

Juaní Hernández

Entre el Sol y la Luna



Juani Hernández

Entre el Sol
y la Luna

Saga de Los Lagos
II

Copyright © 2014 Juani Hernández

Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta: GinebraCamelot

Imprimido por CreateSpace

ISBN: 1497366151

ISBN-13: 9781497366152

Para David y Selina.

Y sigo soñando...

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Apéndice](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)



Prefacio



El frío viento del norte golpeó su rostro. Se acababa el invierno y el Equinoccio de Primavera le otorgaba al mundo una jornada donde la duración del día y la noche sería la misma. Un momento en el que el alma se sincronizaba con el acercamiento del Sol a la Tierra y, junto con el cambio que experimentaba la propia Naturaleza, el hombre se sentía renacer. Además, a partir de ese día, el reinado de las tinieblas iría en declive, cada día brillando con más vigor el Rey Sol, aunque en esa nueva etapa y para lograr el triunfo sobre la oscuridad, el Divino Astro los iba a necesitar.

El Sol era el fuego, el cielo diurno, el dador de vida. Sus rayos teñían de verde los campos, hacían madurar sus frutos y les otorgaba abundantes cosechas. También los protegía de los demonios de la noche y les daba calor, reconfortándolos como una Madre a sus Hijos.

¿Qué era todo aquello comparado con lo que Él les pedía? Nada. Su sangre no tenía valor si Él no les concedía todas sus bendiciones para que pudieran vivir y disfrutar de ellas, y era un honor entregar el propio cuerpo para que Él se alimentara y asegurar así el bienestar y la prosperidad de su gente.

Eso fue lo primero en lo que pensó Anyan cuando vio a La Ofrecida

descender la escalinata para reunirse con ellos en el patio de entrada. Apenas se apreciaba su rostro, iba enfundada en una capa negra de envés rojo sangre, con ribetes y florituras del mismo borgoña, como las que usaban las mujeres de la Corte, como la que la misma Anyan usaba. Vislumbró a un lado de la escala a una mujer de edad madura y supuso que debía ser su madre, dado que miraba a la muchacha, sonriente..., llena de gozo. Por sus vestimentas parecía una simple sirvienta, así que no era de extrañar su emoción, en vista del honor que se le había concedido a su hija. Todos se apartaban dándole paso mientras caminaba hasta situarse frente a los tres Reyes, arrodillándose humildemente ante ellos, quienes inclinaron levemente su rostro como reconocimiento. Cuando se irguió, los tres hombres le dieron la espalda y ocuparon sus respectivas posiciones, dando inicio al peregrinaje.

Formaban un triángulo perfecto. Anyan no pudo evitar sobrecogerse ante su solemnidad como cada vez que los contemplaba; a la cabeza se situaba Quyosh, el Rey del Mediodía, de cabello rubio, largo y lacio, con un rictus severo. Su mediana edad lo situaba en aquella posición adelantada al ser su Sol el que más alto brillaba en el horizonte. Tras él y justo delante de la muchacha, convirtiéndose en la base de aquella armoniosa figura se encontraban Günes, a la izquierda y Korw, a la derecha. Günes era su Rey del Atardecer, el más longevo de los tres, aunque no era ni mucho menos un anciano. Su cabello largo y ondulado aún conservaba el brillo dorado de su juventud, pero sus facciones ya habían comenzado a alargarse, mostrándose cada vez más angulosas y sombrías. La mirada de Anyan se detuvo entonces en Korw, el llamado Rey del Amanecer, quien alzaba su barbilla con orgullo, sabiéndose hermoso. Su cabello lucía fino y de un rubio tan claro que casi se tornaba plateado en algunos de sus largos mechones, sus rasgos eran suaves y delicados, llenos de frescura.

El joven rey le dedicó una fugaz, inexpresiva y casi imperceptible mirada, por lo que un escalofrío la recorrió al percibirlo, desviando la suya de forma inconsciente y topándose al instante con los ojos de su hermano que se encontraba frente a ella, al otro lado del pasillo que se había abierto para la comitiva. Vio en su mirada un deje de satisfacción, sin duda sabía perfectamente en qué estaba ella pensando, compartiendo, como lo hacían, una sintonía que iba mucho más allá del mero hecho de ser mellizos. Y sí, Griän tenía razón: Anyan envidiaba a aquella muchacha que en ese momento pasaba frente a ellos interrumpiendo su conexión visual. En realidad, todas

las jóvenes allí presentes lo hacían, deseaban estar en la piel de aquella doncella, pero a diferencia de ellas, Anyan solo tenía que esperar un poco más. Pronto ocuparía su lugar, en cuanto cumplierse con la misión para la que había sido escogida.

Hacía únicamente tres meses del Ritual de Designio, tres meses que habían pasado volando de tan ocupada como estaba preparándose para su cometido. Ese Solsticio de Invierno había dado inicio a su nuevo destino y en el siguiente Equinoccio de Primavera, justo un año después y habiendo cumplido ya con el deber para el que se la había honrado, sería ella la que caminaría hacia el Altar Sagrado.

Cuando se anunció que, después de muchos años, en aquel Solsticio se realizaría el Ritual, no dudó en presentarse. Tenía derecho por pertenecer a la Corte, aunque cualquier plebeya que se considerara merecedora de tal honor podía hacerlo, cosa que no era muy común. Y, tal y como su hermano le aseguró que ocurriría, la escogieron a ella. *Posees todo lo necesario para que así sea*, no hacía más que repetirle. Era una noble, refinada y entregada a las costumbres de sus ancestros. Su hermosura era remarcable, con rostro angelical, mirada verde que recordaba los campos fecundados que les regalaba el Divino Astro, el cabello dorado rememoraba sus brillantes y cálidos rayos de vida. Y, además de todo eso... era pura.

Un movimiento entre el gentío la sacó de su ensoñación y se apresuró a incorporarse al séquito. Griän se había ya unido con anterioridad a él, justo detrás de La Ofrecida, caminando al lado de otros dos hombres, sus amigos Antü y Cam. Traspasaron el portón y se dirigieron a la colina. En lo alto habían colocado el Altar Sagrado sobre una peana que lo elevaba del suelo. Un gran tablero de mármol negro y tallado de forma triangular. Sobre la superficie de dicho altar se hallaban cinceladas, desde su centro, tres acanaladuras que lo recorrían hacia cada uno de sus vértices, hasta las bocas de unas vasijas allí colocadas. A un lado, cerca del conjunto sacro, se había dispuesto una pequeña plataforma formada con troncos y ramas, la pira que daría fin al ritual.

Al llegar a la cima, todos los asistentes dirigieron sus cuerpos y rostros hacia el occidente, por donde el sol ya comenzaba a ocultarse. Entonces, los tres Reyes, que seguían manteniendo sus mismas posiciones, alzaron sus manos y voces al cielo haciendo que sonaran al unísono.

—Divino ser de luz que representas el reflejo de la realidad que nosotros

somos, te saludamos —recitaron, tras lo que hicieron una venia.

Anyan observó cómo la muchacha dejaba caer su capa hasta el suelo, dejando al descubierto su cuerpo desnudo. Entonces, su hermano Griän y los otros dos hombres acompañaron a La Ofrecida hasta el altar, alzándola y ayudándola a tumbarse sobre él. Situaron su cabeza en uno de los vértices del triángulo y abrieron sus brazos y piernas levemente, siguiendo la inclinación de los lados de la figura. Fue al apartarse los tres jóvenes cuando los Reyes se acercaron, trasladando la efigie que ellos formaban al propio altar; Quyosh se colocó en el vértice donde reposaba la cabeza de la joven, mientras Korw y Günes lo hacían a sendos lados, cerca de sus brazos.

Otra mujer a la que tampoco se le veía el rostro al estar cubierta con una oscura capa, pero que Anyan sabía era Araw, se acercó a ellos. Haciendo una leve reverencia elevó sus manos hacia Quyosh, mostrándole la bandeja que portaba con tres dagas de oro en ella. El rey tomó una y la alzó con ambas manos, dirigida la punta hacia el cielo.

—Tú suministras vida a innumerables seres sobre la faz de la Tierra, tus rayos nutren las plantas y tu calor regenera nuestras vidas. Cuando tú respiras, es tu aliento de vida el que nos alimenta. Tú eres donador y abastecedor.

Entonces Araw se acercó a Korw repitiendo ambos el mismo ritual que había realizado Quyosh.

—Conocedor de la creación, inicianos en tus misterios. Ahora que somos moradores en un mundo de formas y fuegos de ilusión, te pedimos que traigas tus rayos a nosotros para que iluminen nuestros ojos y así podamos ver el esplendor de tu obra, a través de estos velos de ignorancia que nos rodean —recitó el joven soberano con alta voz y sosteniendo también el puñal entre sus manos.

Por último, Günes asió la última daga y entonó de igual modo su salmo.

—Danos tu fortaleza y entendimiento para ejercer la correcta acción, juicio en los asuntos de nuestras vidas y así poder ver y sentir la verdad. Llegará el día en el que nos elevaremos entonando una nueva canción de inmortalidad, ataviados con tus prendas espirituales de luz, la que hasta ahora hemos visto solo en ti, pero que también veremos en nosotros mismos.

Dicho esto, los tres hombres voltearon las dagas entre sus dedos, orientando en lo alto sus puntas con siniestro brillo hacia la joven, quien vio

la señal en ello para hablar.

—Yo estoy en ti y tú brillas en mí —comenzó a decir con voz firme—. Con ardiente deseo me esfuerzo en reflejar tu luz en mi corazón. Como un compromiso mutuo yo te alimento de mi sangre..., tú me alimentas de la vida.

Y las tres dagas descendieron hacia ella de forma unánime, clavándose en su carne de manera fulminante. La muchacha recibió la muerte arqueando su espalda hacia el cielo, como una mujer que recibe deseosa a su amante, entregando sin temor ni pesar su ser y su sangre, que empezó a fluir al instante de sus heridas, a la vez que se disipaba por ellas su vida. El sagrado néctar comenzó a recorrer los canales labrados en la piedra... y cayó, espesa, en las vasijas.

Araw bordeó el altar, permitiendo que los soberanos depositaran las mortales armas en la bandeja, tras lo que se dirigieron a sus respectivas puntas, tomando cada uno un cuenco entre sus manos.

—Aliméntate a través de mí —rezaron los tres soberanos a la vez, antes de llevar el recipiente a sus labios.

Sin ningún titubeo o dilación bebieron todo su contenido, tiñéndose sus bocas de carmesí con algunas gotas renuentes adheridas a su piel, y enrojeciendo sus mejillas con el fulgor del líquido caliente. Cuando volvieron a depositar las vasijas en sus lugares, se alejaron un poco, permitiendo que Griän, Cam y Antü cubrieran el cuerpo sin vida de la joven con una sábana color borgoña y la llevaran hacia la pira, colocándola allí y prendiéndola.

El fuego era una emanación del Sol, era su representante sobre la Tierra y consumiría el cuerpo de La Ofrecida, alimentándose ya no solo de su sangre, sino también de su carne.

—Que este fuego arda hasta que te halles saciado y nótrenos tú con tu protector abrazo, luminoso y cálido —recitaron los tres Reyes dando así fin al Ritual.

Se dejaría arder la hoguera durante toda la noche para que al día siguiente se recogieran las cenizas y se esparcieran al alba, hacia el nuevo Sol.

Todos contemplaban la hipnotizadora danza de las llamas cuando desde la tenue luz del ocaso, se escuchó a lo lejos un graznido que rompió la sinuosa melodía del fuego al crepitar. Todos se voltearon hacia el lugar de donde

provenía aquel sonido y vieron en el anaranjado horizonte un punto negro que se iba aproximando a ellos, agrandándose, cada segundo un poco más. Entonces, Quyosh alzó su brazo, en el momento en el que aquella forma indefinida se transformaba en un cuervo y que fue a posarse sobre él, como si en su mano hubiera sostenido una especie de imán que lo atrajera. Un pequeño pergamino pendía de su pata. Quyosh alargó su brazo hacia Korw, acercándole el ave para que, con sumo cuidado, desatase la lazada que lo unía a su mensajero y lo desenrollase para él.

Conforme los ojos de Quyosh paseaban por el diminuto pliego, media sonrisa se esbozaba en sus labios. Levantó la mirada y tomó una bocanada de aire antes de hablar.

—Hermanos, la Sizigia entregó un hijo al Mundo. Debemos partir.

Capítulo 1



Gabrielle depositó el libro en la mesa de piedra del jardín para envolverse mejor en su capa, recostando su espalda en el banco. Era una mañana luminosa y despejada, que anunciaba el inminente fin del invierno, aunque los pocos días que faltaban para la llegada de la primavera parecían querer ofrecer batalla, pues se presentaban fríos, sin dejar penetrar los cálidos rayos de sol que danzaban impotentes al no poder alcanzar la tierra. Sin embargo, a Gabrielle no le desagradaba aquel frescor que golpeaba su cara, la reconfortaba de hecho, y se maravillaba al comprobar que la temperatura allí era mucho más agradable que en Asbath.

Nicholas le había explicado a qué se debía, en el nombre del reino estaba la respuesta. Las límpidas láminas de agua que adornaban el paisaje de su nuevo hogar atemperaban el clima. En verano absorbían parte del calor del sol refrescando el ambiente, mientras que en invierno los lagos les devolvían aquella tibieza que habían estado albergando en sus aguas durante la época estival. En sus numerosas visitas al reino, Jordan aseguraba que, a veces, era más agradable tomar un baño que estar a la intemperie.

Al pensar en su amigo volvió a invadirle la nostalgia, ya no solo por la vida en el que había sido su reino, sino por su presencia..., la de sus seres queridos. Días después de la boda de Jordan y Agatha, todos acudieron a Asbath. Nicholas quería rendir homenaje a aquellos guerreros que lo ayudaron a derrotar a Adamón y que aún no habían regresado a casa. Por fin lo harían y acompañados por sus Reyes, como testimonio de su agradecimiento.

Una vez allí, hubo mucho que celebrar. Se hizo una ceremonia simbólica para volver a coronar a Nicholas como Rey de Asbath y a Jordan como su Virrey, ratificando el nombramiento de Francis como Capitán de la Guardia. Gabrielle no pudo evitar sonreír al recordar a Selene, la hermana del muchacho, cuando se burló de él alegando que, finalmente, dejaría de ser el eterno sustituto de Jordan, tal y como él había predicho que diría, no obstante, era evidente lo orgullosa que se sentía de su hermano, y bien se lo hizo saber después al abrazarlo, reprimiendo contra su pecho un sollozo de alegría.

Gabrielle siempre creyó que eran el paradigma de la relación entre hermanos, en todo momento unidos, apoyándose y comprendiéndose. Selene era poco más de un año menor que él y, por eso, Francis se mostraba como su paladín protector. Pero ello no impedía que él se dejara cuidar y aconsejar por ella de modo maternal. Sus padres habían fallecido cuando eran muy pequeños, por lo que no era de extrañar que buscasen en su unión ese afecto que les había faltado, mas su conexión iba mucho más allá, confiando ciegamente el uno en el otro y conociéndose como si fueran uno mismo.

Gabrielle ni siquiera había visto ese tipo de vínculo entre Nicholas y Agatha, a pesar de ser mellizos. Por supuesto que Nicholas haría cualquier cosa por la felicidad de su hermana, algo que había quedado más que patente en su reacción al conocer su romance con Jordan. Pero pensaba que con Francis y Selene habría sido diferente, él se hubiera dado cuenta de todo desde un principio, si es que ella no se lo contaba antes. Era una muchacha muy dulce, inocente y franca, tal vez demasiado, alegaba Francis, pues en su ingenuidad a veces no alcanzaba a comprender que tanta sinceridad podía dejarla indefensa frente a las malas intenciones.

A Gabrielle le encantaba conversar con ella, ambas tan soñadoras como eran, de ahí que en el primer momento en el que estuvieron a solas, Selene no perdió la oportunidad para felicitarla por haber encontrado, finalmente, al

"príncipe de sus sueños", suspirando por conocer ella al suyo y echándose ambas a reír.

La extrañaría mucho, como a todos. Era feliz en Los Lagos, por supuesto, estar junto a Nicholas era vivir inmersa en una continua dicha, pero había días que estaba muy ocupado con sus quehaceres y no siempre la dejaba ayudarlo, alegando que no quería que se fatigasen ella y el niño. Sin embargo, no se sentía sola, aquella leve aflicción que a veces la sorprendía no era soledad, era añoranza..., nostalgia de aquel verano pasado todos juntos, en familia.

Terminadas las celebraciones en Asbath, Zayev, Ylva y su tío Richard decidieron volver a casa. Su viaje hacia Los Lagos había sido poco menos que inesperado y, sobre todo Richard, debía volver a retomar sus asuntos en Breslau. Su despedida de Claire fue muy emotiva, siendo comprensible, al tener que separarse de su hija y futuro nieto. Zayev les reiteró a todos la invitación a su matrimonio con Ylva, pidiéndole a Erick que fuera su padrino de bodas. Ciertamente la petición no sorprendió a nadie en vista de los lazos fraternales que habían surgido entre ambos hombres, como tampoco extrañó la condición que le puso Erick a su vez, que él fuera el padrino de su hija, empeñado como estaba en que sería una niña. Gabrielle volvió a sonreír al recordar la alegría de todos, pero se entristeció al pensar en la marcha de Claire.

Su separación de Jordan y Agatha bien sabía que sería corta. Jordan acudía a Los Lagos frecuentemente para poder poner las cosas en orden junto con Nicholas, y gobernar de forma justa ambos reinos. Agatha aprovechaba la ocasión para acompañarle y visitarlos. Lamentablemente a Claire no había vuelto a verla desde que se separaron.

Prometieron reunirse para la mitad del invierno, pero solo recibieron la visita de Gladys y Trystan, quien quería revisar a Gabrielle y asegurarse de que su embarazo iba bien, cosa que no estaba sucediendo con el de Claire. Había sufrido hemorragias, leves eso sí, pero existía el riesgo de que perdiera al bebé, así que debía guardar reposo. Su visita duró un par de días y se marcharon, pues Trystan no quería ausentarse demasiado tiempo de Meissen, por si Claire lo necesitaba.

A Gabrielle le habría gustado ir a visitarla, pero Nicholas no lo creyó oportuno. Le preocupó las dificultades que estaba padeciendo Claire, no obstante, prefería que Gabrielle no hiciese un viaje tan largo. Por suerte, unas

semanas atrás recibió una carta de su prima, diciéndole que se encontraba mucho mejor y que había vuelto a hacer vida normal, aunque de igual modo debía cuidarse.

Suspiró palpando su vientre. En pocas semanas vería el rostro de su hijo y la emoción la embargaba al pensar en ese día. Notó cómo se movía en su interior, era una sensación maravillosa el sentirlo crecer cada día dentro de ella, pero esa mañana estaba bastante inquieto. Gabrielle comenzó a acariciar su abultado vientre mientras cerraba los ojos susurrando una nana. Normalmente, en las ocasiones en que lo notaba más nervioso, eso era suficiente para calmarlo, pero ahora parecía estar bastante molesto, porque no funcionaba.

—¿Qué haces aquí tan sola, amor? —escuchó de repente la voz de Nicholas a su lado.

Gabrielle lanzó un quejido como respuesta, dibujándose una mueca de dolor en su rostro.

—Si haces enfadar a tu hijo, pago yo las consecuencias —le apuntó ella—. Piensa que lo ignoras al afirmar que estoy sola —le aclaró al ver su semblante confuso.

—¿Está despierto? —quiso saber mientras se sentaba a su lado.

—Y bastante nervioso —agregó ella preocupada.

—Veamos —dijo, indicándole con un gesto que apartara sus manos.

Nicholas posó entonces las suyas en su vientre y Gabrielle dejó escapar un suspiro de alivio. La sensación de calma y sosiego que la invadían cada vez que lo hacía aún la sorprendía y lo mismo debía sentir el bebé, pues se detenía al instante. Lo reconocía por su simple tacto, ni siquiera le hacía falta escuchar su voz, aunque Nicholas acostumbraba a hablarle mientras Gabrielle lo observaba encandilada.

—Cálmate o le harás daño a madre —le decía en ese momento y, como si de un conjuro se tratase, el niño dejó de removerse.

—¿Mejor? —le preguntó Nicholas a Gabrielle.

Gabrielle asintió con los ojos cerrados, apoyando su cabeza en el hombro de su esposo.

—Quizás deberías recostarte un poco —le sugirió él.

—Estoy bien —negó con la cabeza—. Tal vez no le ha gustado el desayuno o, simplemente, ha amanecido de mal humor.

—No puede ser que tenga mal carácter con los padres tan risueños y afables que tiene —bromeó Nicholas y sintió al segundo cómo palpitaba con fuerza el abdomen de Gabrielle.

—Definitivamente está de mal humor —hizo ella una mueca.

Entonces Nicholas acercó su mejilla apoyándola en su vientre mientras acariciaba la zona donde le había dado la patada.

—Tranquilo, pequeño —le susurraba.

Gabrielle volvió a respirar pausadamente, relajándose.

—Tal vez está enfadado porque aún no hemos escogido su nombre —sugirió Nicholas.

—No es eso y lo sabes —alegó ella enredando sus dedos en las suaves ondas de su cabello rubio—. Él mismo me dará su nombre cuando nazca.

Muy despacio, Nicholas apartó el rostro y manos de su cuerpo, irguiéndose.

—Creo que ha vuelto a dormirse —repuso mientras rodeaba los hombros de Gabrielle con su brazo, acercándola a él. Con la otra mano tomó su mejilla y buscó sus labios con los suyos, besándola con dulzura.

—Hola —musitó apartándose de ella.

—Hola —le lanzó una sonrisa.

—Siento haber tardado tanto —se disculpó él—. Quería leer ese informe lo antes posible.

—¿Cómo le está yendo a Jordan? —se interesó ella.

—Está haciendo un trabajo formidable con el tema de las recaudaciones —le explicó.

—Entonces, ¿qué te preocupa? —indagó, conociendo bien el semblante de su esposo y alisando con su dedo índice la línea que se le marcaba en el entrecejo.

—El abuso de poder por parte de algunos señores feudales —le dijo.

No era un tema que le agradase tratar con ella, pero Gabrielle le había hecho comprender después de lo sucedido con Balkar que era lo mejor no

mantenerla al margen, por lo que concordó en no eludir ningún asunto, por mucho que a él le contrariase hacerlo.

—Quizás los mismos alguaciles que se ocupan del tema de la recaudación podrían encargarse de ello en tu nombre —le sugirió ella.

—Eso mismo me ha propuesto Jordan —añadió Nicholas—. Aunque temo que acabarán convirtiéndose en verdaderos litigios, por lo que necesitamos mandar a hombres que estén bien preparados sobre nuestras leyes. Hay Señores en Los Lagos que aún creen que su simple nombre les otorga todo tipo de privilegios.

—La justicia es la única solución en esos casos —recitó ella—. Como buen rey que eres, seguro que sabrás impartirla.

—Gracias por la confianza, mi reina —besó él su nariz—. Pero no nos preocupemos por eso ahora —le pidió él—. ¿Qué quieres hacer hoy?

—Estaba pensando que aún no hemos hecho aquella excursión por los lagos que me prometiste una vez —propuso con mirada traviesa.

—¿Y tú me consideras buen rey? —apuntó él—. Parece que no he sido capaz de cumplir con mi principal obligación.

—No era un reproche, Nicholas —acarició ella su rostro al tornarse su mirada sombría.

—Debería serlo —se lamentó él.

—No es fácil gobernar un reino, mucho menos dos —agregó mostrándose comprensiva.

—Tú y mi hijo sois lo más importante para mí, y no creo estar demostrándolo como es debido.

—¿Crees que me sentiría más satisfecha si no te separases de mí en todo el día, y que nuestros reinos se derrumbasen por la falta de atención y dedicación de su soberano?

Nicholas la atrajo hacia su pecho abrazándola con ternura.

—En verdad no sé qué he hecho para merecerte —le susurró.

—¿Y para merecerte yo a ti? —preguntó ella en cambio.

—Amarme como lo haces —afirmó él.

—Del mismo modo que me amas tú a mí, ¿no? —alegó con rotundidad.

—Tanto que a veces no sé qué hacer para que lo comprendas.

—Pues, por lo pronto, puedes llevarme a dar ese paseo —bromeó ella.

—¿Te sientes con fuerzas? —se inquietó él.

Gabrielle se levantó del banco animosamente como respuesta.

—Está bien —aceptó Nicholas irguiéndose a su vez—. Aunque en esta ocasión, creo que deberíamos obviar la idea tuya de compartir montura. Podría ser peligroso para el niño que cabalgaras.

—Es increíble que aún te acuerdes de aquello —se mordió el labio con timidez.

—Jamás lo olvidaría —negó él.

—Nicholas... —tomó ella sus manos al ver de pronto una sombra enturbiar su mirada.

—Por desgracia sí que hay cosas que quisiera y no puedo olvidar —se lamentó él bajando su rostro.

—Eso pasó hace mucho tiempo —llevó una de sus manos a su mejilla—. Y en parte fue culpa mía por no confiar en ti y sacar mis propias conclusiones. No hablemos de eso, por favor —añadió al ver su intención de discrepar—. Disfrutemos de este día, juntos.

Nicholas suspiró hondo.

—Muy bien —aceptó entonces con tono más optimista—. Le pediré a algún muchacho que nos prepare la calesa, así yo puedo manejar las riendas y tú observar el paisaje a mi lado.

—Mientras la alistan, puedo ir a la cocina a preparar algo para comer —propuso ella, y Nicholas le lanzó una mirada de diversión—. Puedo manejarme en la cocina —le recordó—. He cocinado para ti cientos de veces.

—Y por eso voy a acompañarte —la instó a caminar llevándola de la mano—. Quiero verte en plena tarea, debe ser fascinante —le sonrió travieso.

—Fascinante no sé si será, pero lo que sí sé es que a las muchachas les dará un ataque al verte allí —exclamó Gabrielle provocando la risa de ambos.

Abandonaron el jardín y accedieron al patio de servicio esperando encontrarse a alguien de camino a la cocina, hallaron a Bruc, quien salía de ella.

—Buenos días, Bruc —se apresuró a saludarlo Gabrielle.

—Buenos días, Majestades —se inclinó él levemente.

—¿Ivette ya ha terminado sus clases? —quiso saber ella.

—Sí, Majestad. Acabo de dejarla en la cocina —le indicó.

—Necesito un favor —le comentó Nicholas entonces—. ¿Podrías pedirle a algún mozo que nos prepare la calesa? Queremos dar un paseo.

—Por supuesto, Majestad —se apresuró a obedecer.

—Vamos —tiró Gabrielle de Nicholas, apremiándolo, quien se maravillaba del ánimo de su esposa. Con lo avanzado de su embarazo debería sentirse pesada, incluso torpe, pero su impetuosidad era la misma de siempre.

Al entrar por la puerta trasera de la cocina, sorprendieron a Erin y Ivette sentadas a la mesa, departiendo alegremente mientras desenvainaban legumbres para la comida. Al voltearse a mirar quién había entrado, sus rostros alarmados ilustraron el respingo de ambas doncellas, que soltaron las vainas y se levantaron de súbito, inclinándose confusas.

—Te lo dije —miró Gabrielle a Nicholas de reojo.

—No era mi intención importunaros —se disculpó Nicholas.

—Eso es innecesario, Majestad —disintió Ivette—. Disculpád nuestra reacción, no os esperábamos.

—Queremos algunos alimentos para nuestro paseo —les explicó Gabrielle mientras se dirigía a la alacena.

—Sentaos, Majestad —le cedió Erin su silla a Nicholas, acudiendo a ayudar a Gabrielle.

—¿Queréis un té de hierbas? —le ofreció Ivette.

—Sí, gracias. ¿Qué tal las clases con los pequeños? —se interesó Nicholas, mientras la muchacha le alcanzaba una jarra de greda para llenarla de agua hirviendo.

—Muy bien, aprenden muy rápido y...

El estruendoso estallido de una fuente contra el suelo los alertó a ambos, quienes dirigieron su mirada hacia el lugar de donde venía aquel sonido.

—¡Gabrielle! —gritó Nicholas levantándose al instante al verla encogida contra la puerta de la alacena, con sus manos rodeando su vientre y el rictus

convulsionado de dolor—. ¿Qué tienes? —La sostuvo contra su pecho. La joven apenas podía respirar.

—¡Majestad, habéis roto aguas! —exclamó Erin señalando un charco en el suelo.

—Eso es imposible —negó Nicholas escéptico—. Aún faltan varias semanas para que el niño nazca.

Entonces Gabrielle volvió a encogerse contra Nicholas lanzando un quejido ahogado, apretándose el abdomen.

—Creo que es tu hijo quien decide eso —resopló ella—. Y ha decidido que sea ya.

—Hay que llevarla a la recámara —propuso Ivette—. Prepararé más agua caliente.

Sin dudarle un segundo Nicholas, con el rostro crispado, la tomó en brazos para encaminarse a su habitación, seguido de Erin.

—Necesitaría que me contagiaras de tu calma ahora —le pidió Gabrielle reprimiendo una mueca de dolor.

—Tranquila, todo saldrá bien —dijo más para sí que para ella, pues él mismo necesitaba hacer acopio de toda su calma. Su hijo iba a nacer ya y no estaban preparados para ello. Trystan había prometido acudir en las próximas dos semanas para estar presente en el caso de que el niño se adelantara, pero se había anticipado más de lo previsto.

Depositándola en la cama, Gabrielle volvió a encogerse al arremeter otra contracción.

—Hay que ir en busca de una partera —sugirió Nicholas—. En alguna aldea cercana debe haber una.

—Los dolores son muy seguidos, demasiado —sacudió Erin la cabeza—. No creo que llegue a tiempo.

—En cualquier caso, que vaya alguien en su busca.

—Se lo diré a Nigel —acordó ella retirándose de la habitación—. Y vendré enseguida con el agua.

Nicholas se sentó cerca de Gabrielle, quien buscaba su mano, aferrándola con fuerza al encontrarla. En su frente comenzaban a agolparse gotas de sudor que resbalaban, entremezclándose con las lágrimas que escapaban de

sus ojos a causa del dolor.

—Tranquila —susurró él pausadamente, retirando los mechones de cabello húmedo de su rostro.

—Tengo miedo, Nicholas —musitó ella con voz ahogada.

—Todo va a salir bien —quiso asegurarle él.

De pronto, Gabrielle cerró los ojos apretando su mano con fuerza, encogiéndose contra su vientre y conteniendo la respiración mientras una aguda punzada la traspasaba y, después de lo que le parecieron segundos eternos, se derrumbó en la cama.

—Respira —la animó él acariciando su frente—. Despacio.

—Nicholas...

—Mírame, Gabrielle —le pidió obedeciendo ella—. Vamos a superar esto —le aseguró con firmeza enjugando sus lágrimas—. No voy a permitir que os pase algo, a ti o al niño, ¿de acuerdo?

Gabrielle asintió repetidamente con la cabeza y de nuevo la atacó otra contracción, con más violencia que la vez anterior, pues no pudo reprimir un grito.

—¿Cuántas veces ha sucedido desde que me fui? —preguntó Erin quien entraba en la recámara junto con Ivette, portando un caldero de agua caliente y paños limpios.

—Esta es la segunda —respondió Nicholas.

—Bruc ha salido en busca de la partera — le informó Ivette mientras depositaba el caldero en la cómoda y sacaba sábanas de los cajones—. Majestad, necesito revisaros —se acercó entonces a Gabrielle.

—No os andéis ninguna con remilgos y formalidades ahora —masculló Gabrielle luchando contra el dolor—. Haced lo que tengáis que hacer.

—Apoyad los pies en la cama y abrid las piernas —titubeó la doncella alzando su vestido por encima de la cadera, descubriéndola—. Me temo que ya no hay tiempo para la partera.

Nicholas se levantó y comprobó por sí mismo a qué se refería Ivette. Atusándose el cabello nerviosamente, volvió a la cabecera de la cama y se arrodilló colocándose cerca del rostro de Gabrielle, para que pudiera mirarlo.

—Escúchame, Gabrielle. El bebé va a nacer ya...

—Pero...

—Cálmate —le pidió, aún sabiendo que estaba aterrada—. Ya te dije que todo va a salir bien.

—¡Pero no puedo dar a luz sola! —exclamó ella con temor.

—No estás sola, yo te ayudaré.

Gabrielle lanzó un grito al asaltarle otra contracción.

—¡No podré! —chilló en medio del dolor, sujetando su abdomen entre sus manos, como si así pudiera impedir el inminente parto—. Tienes que buscar a alguien, Nicholas. El bebé...

—Le ayudaremos a nacer —le aseguró—. Nunca lo hemos hecho, pero sabemos qué hay que hacer, ¿verdad? —se dirigió a las doncellas en busca de apoyo, quienes asintieron, aunque inseguras.

—Nicholas...

—Ahora vas a calmarte, ¿de acuerdo? —asíó su rostro entre sus manos llamando su atención—. Vas a tratar de controlar la respiración y a empujar cuando yo te diga, ¿me has entendido?

—Tengo miedo —repitió ella, sin creer todavía cómo se había precipitado el nacimiento.

—Te prometo que todo saldrá bien —besó su frente—. Pero tienes que confiar en mí, ¿sí?

Gabrielle asintió entre lágrimas y Nicholas depositó un beso en sus labios.

—Te amo, Gabrielle —le susurró separándose de ella.

Luego, con decisión, ocupó el lugar de Ivette, frente a las piernas de su esposa, colocando las manos en sus rodillas, por lo que la muchacha se apresuró a adelantarse y tomar la mano de Gabrielle, alentándola.

De repente, la habitación comenzó a oscurecerse.

—Quiero que respires y me avises cuando vuelva el dolor —le dijo, ignorando aquella penumbra que empezaba a ser cada vez más intensa.

De pronto, Gabrielle lanzó un gemido y Nicholas se arrodilló frente a ella.

—Empuja, amor —le pidió obedeciendo ella con un quejido—. ¡Maldita nube! —exclamó entonces al hacerse la oscuridad cada vez más latente.

—No es una nube, Majestad —se alarmó Erin corriendo hacia la

ventana—. Es como si una luna negra empezara a tapar el sol.

—¿De qué demonios hablas? —Se encogió un poco dirigiendo desde su posición la vista a la ventana—. ¿Pero qué...?

—¡Nicholas! —gritó Gabrielle mientras la negrura se hacía cada vez más densa.

—Empuja otra vez mi amor, no tengas miedo, estoy aquí —le habló—. Rápido Erin, ¡enciende velas!

—Majestad...

—¡Es un eclipse! —le gritó exaltado—. ¡Se oscurecerá todo y necesito ver para recibir a mi hijo!

—Nicholas... —murmuró Gabrielle, sintiéndose desfallecer.

—Lo estás haciendo muy bien —la animó con voz más calmada ahora, mientras veía a la doncella colocar velas a su alrededor, con premura—. Respira y, cuando vuelva el dolor, quiero que empujes con todas tus fuerzas.

Erin estaba colocando un candelabro al lado de Nicholas cuando la noche cerrada inundó la habitación y el chillido de Gabrielle se alzaba en la habitación.

—Ahora, Gabrielle, ¡empuja! —le pidió soltando sus rodillas y colocando las manos en la entrada de su cuerpo, por donde comenzaba a vislumbrar la cabeza del bebé—. Ya casi está, amor, empuja un poco más.

Gabrielle agarró las sábanas entre sus puños, notando cómo sus uñas se clavaban en las palmas de las manos, e irguió la cabeza, apretando los dientes y los párpados mientras un grito desgarraba su garganta y el dolor... sus entrañas. Empujó con toda la fuerza que pudo reunir su ya agotado cuerpo y notó a su hijo atravesándola, poco a poco, en un instante de sufrimiento que parecía no querer extinguirse y que lo hizo justo en el momento en el que Gabrielle creyó que no lo soportaría ni un segundo más, el mismo en el que Nicholas sentía sus manos llenarse con el cuerpecito de su hijo. Lo tomó ayudándole a salir de su madre, y el bebé se puso a lloriquear al instante.

—¡Dios mío, Gabrielle, es precioso! —exclamó sintiendo en su boca un sabor salado. Lloraba y apenas se había dado cuenta—. Tenías razón, es un niño.

—Quiero verlo —gimió ella, casi sin aliento.

—Dame un segundo —le pidió mientras Ivette y Erin se arrodillaban a su lado para ayudarlo.

Extrajo una daga de su cincho y cortó el cordón que Erin anudaba. Mientras, Ivette lo limpiaba un poco de sangre con un paño y agua caliente, envolviéndolo con una sábana. Nicholas se levantó acunándolo un momento para calmar su llanto y caminó hacia la cabecera de la cama para entregárselo a Gabrielle, quien abrió sus brazos, dejando que Nicholas lo colocara sobre su pecho. El bebé lanzó un pequeño suspiro en cuanto sintió el calor de su madre.

Paulatinamente, la luz comenzó a abrirse paso entre las sombras y Nicholas miró hacia la ventana con cierto asombro.

—Ilsik —susurró entonces Gabrielle.

—¿Cómo? —preguntó Nicholas sin comprender sentándose frente a ella.

—Se llamará Ilsik.

—¿Qué significa? —indagó curioso acariciando su rostro.

—No lo sé, pero es lo que él quiere —sonrió ella—. ¿No te gusta?

—Es perfecto, al igual que él... al igual que tú —se inclinó sobre ella para besarla con ternura—. Gracias, Gabrielle.

—¿Ves que tiene el color de tu cabello y tu mentón? —apuntó ella, alzando sus dedos para secarle las lágrimas.

—Pero yo tenía razón en lo del color de los ojos —puntualizó él, sonriente.

—Es verdad —afirmó Gabrielle mirando al pequeño—. ¿Qué hacéis ahí? —preguntó de repente al ver a las doncellas observando la escena desde lejos.

—Venid aquí —les pidió Nicholas—. Os agradezco infinitamente la ayuda.

—No hemos hecho nada, Majestad —repuso Ivette, acercándose ambas a la cama.

—Este jovencito ha hecho todo el trabajo solo —acercó Erin un dedo a la mano del bebé que lo tomó con un leve apretón—. Va a ser muy fuerte —rio la doncella ante el gesto.

—Parece que ya no harán falta las velas —comentó Nicholas al percatarse de que la mañana volvía a presentarse tan luminosa como antes y de un modo

tan rápido como sorprendente.

—Me ha parecido que has dicho algo de un eclipse —aventuró Gabrielle viéndolo apagarlas.

—Nuestro hijo ha decidido nacer en un momento un tanto especial —se volvió a sentar frente a ella.

—Porque va a ser especial —sentenció ella acariciando la espalda de Ilsik, quien dormía plácidamente sobre el latido de su madre.

Capítulo 2



Se dice que la curiosidad es una cualidad característica de la juventud, al igual que las ansias de vivir y descubrir nuevos horizontes, y en aquel muchacho brillaban con deslumbrante fulgor. Empero, las enseñanzas de su Maestro le decían que aquello lo distanciaba del camino del altruismo y no podía dejarse llevar por sus anhelos personales.

Con gesto sombrío elevó la vista al cielo..., su necesidad de comprender le hacía morderse la lengua y así se lo hizo saber el anciano que lo observaba con aire divertido a su lado.

—¿Qué te aflige tanto? —le preguntó con conocimiento de causa.

—Nada, Maestro —titubeó el muchacho mientras revolvía el fuego de la hoguera con infructuoso disimulo.

—Es peor la mentira que reconozcas lo que corroe tu mente —le advirtió.

El muchacho enrojeció de vergüenza, pero se decidió a hablar.

—Maestro, ¿quién gobierna la marcha del Sol y la Luna?

El anciano profirió una risa amortiguada, mas respondió a su inquietud.

—Cuando crearon el mundo, los Dioses sembraron la bóveda celestial con chispas para iluminarlo, puntos de luz que brillaban constantemente a

través de la oscuridad como estrellas relucientes. Las más luminosas de estas chispas, sin embargo, se reservaron para la forja del Sol y de la Luna, los cuales fueron colocados en bellos carros de oro para guiar al Día y la Noche.

—Rápidos viajan el Sol y la Luna. Parecería que están asustados, y no apresurarían más su marcha si temiesen la muerte —puntualizaba el joven al sabio anciano mientras este contemplaba el cielo estrellado, alarmado por lo rápido que se le escurría el tiempo de las manos.

—No es extraño que vayan deprisa; cerca van quienes los persiguen... y no tienen más salida que escapar —aseveró él.

—¿Quién les causa tantas fatigas? —inquirió curioso el joven.

—Hay dos Sombras: Shabth, el señor de la repulsión que asusta y quiere coger al disco Sol, y su hermano Theth, señor del odio que corre tras la Luna para devorarla.

—No quieran los Dioses que así sea —exclamó con temor el muchacho.

—Mas así habrá de ser —declaró el viejo con seriedad—. Desde los albores de la humanidad lo dicta la profecía.

—¿Qué profecía es esa? —quiso saber él.

La expresión del anciano se tornó grave y solemne mientras comenzaba su relato.

"Y dará el equilibrio que el mal siempre siga de cerca los pasos del bien con la intención de destruirlo, siendo el único objetivo de las bestias el alcanzar y tragarse a los brillantes objetos que persiguen, para que el mundo vuelva así a estar envuelto en su oscuridad inicial en que se sumía la vida y renacer desde sus cenizas.

Llegará el día en que ambos seres se aproximarán demasiado a sus presas, clavándoles sus fauces y la humanidad, aterrorizada ante un posible fin, provocará un estruendo tan ensordecedor que las Sombras, asustadas por el ruido, los soltarán de sus mandíbulas. Una vez libres de nuevo, el Sol y la Luna reanudarán sus caminos, huyendo con más rapidez que antes, perseguidos velozmente por los hambrientos monstruos a través de sus estelas, los cuales esperarán con ansia el momento en el que sus esfuerzos se verán recompensados.

El brillo que los señores del hastío robasen a ambas esferas celestiales

con sus dentelladas, no será en vano. Unirán esos fragmentos en el día señalado, en la noche señalada: un día sin su noche y una noche sin su día; un único y fatuo momento de perfecta conjunción de ambos astros, rompiéndose por un mísero instante los designios que los fuerzan a no reunirse jamás.

Y de esa unión mística nacerá un niño, de carne y luz, brillante como el sol, enigmático como la luna, y los dos convivirán en él, sus esencias. Un estigma en su cuerpo lo marcará y será la prueba de su identidad, una efigie del momento en que verá el mundo y tomará como propio el nombre de ese encuentro mágico en cualquiera de sus formas paganas, para así ser reconocido por ellos.

Pronto se alzarán hasta los cielos en un intento de volver a su cuna, hacia su Padre Sol y su Madre Luna, y ese ardid usarán los señores oscuros para cumplir con su misión, intrigando, engañándolo para ser guiados por él.

Entonces se dará un gran impropio, y es que Shabth se tragará al Sol y destruirá el elixir masculino de la Luz Divina, llorando todos los hombres por lo que les parecerá una gran calamidad. Tan inmersos estarán en su desgracia que no se percatarán de que Theth sorberá a la Luna y suprimirá el elixir femenino de esta misma Luz, extinguiéndola al anular las dos esencias que la formaban complementándose, y ya nada quedará...

Se cumplirá así la Profecía y el Eclipse será total, eterno, perpetuo. Y así llegará el Fin de los Días..."

—¿De nuevo con ese libro?

La voz de Ylva a su lado le hizo dar un respingo, cerrando el tomo de golpe.

—Desde el eclipse del otro día...

—Sizigia —la corrigió Zayev.

—Sé perfectamente lo que fue —puso Ylva sus brazos en jarra, discrepando—. Creo que conozco las fases de la luna tan bien como tú.

—Discúlpame —colocó el libro sobre la mesa cercana y se levantó del butacón, tomando sus manos entre las suyas.

—No haces más que leerlo desde entonces —le recordó ella más calmada—. Y no entiendo el motivo. No deberías prestarle atención, ni siquiera sé por qué está aquí, en la biblioteca.

—También lo tenemos en la nuestra —apuntó Zayev.

—Pero no forma parte de nuestro legado —negó ella con la cabeza—. No refleja nuestras costumbres o creencias.

—A veces, es interesante conocer la visión que tienen otros del Mundo.

—Hablas como mi hermano —suspiró ella resignada.

—El Mundo es uno, pero cada quien lo ve desde diferentes perspectivas.

—Pues esa perspectiva en concreto me da escalofríos —señaló ella el volumen.

—En eso concuerdo contigo —besó sus nudillos—. No es muy esperanzadora que digamos, pero parece que hay quien cree en ella.

—Puede ser —admitió Ylva a regañadientes y encogiéndose de hombros.

—Bueno, dejemos el tema —acarició su mejilla—. ¿Para qué me buscabas?

—¿Y quién dijo que te estaba buscando? —lo miró ella con simulado recelo.

—Tus ojos lo dicen—aseveró él, divertido.

—¿Ah, sí? —se hizo la sorprendida.

—Aunque creo que hay quien lo está diciendo a gritos —la miró, sugerente.

—Yo no oigo a nadie —fingió desinterés.

—Pues yo sí, y escucho claramente lo que quiere de mí —repuso acercándose con lentitud a ella—. Y, la verdad, le daré más que gustoso lo que me pide.

Consumió el poco espacio que había entre ellos y atrapó sus labios entre los suyos. Ylva dejó escapar un suspiro ante su impulso, que Zayev capturó, gimiendo su pecho al captar su aliento..., al degustar su sabor; jamás se saciaría de ella. Jugó con su boca recorriéndola con tortuosa lentitud, estudiando su silueta, su forma y reconociéndola en cada uno de sus roces. Su mente era capaz de evocar cada curva, cada pequeño surco que se dibujaba en aquellos labios carnosos que lo enloquecían, y el elixir que humedecía los suyos lo ataba a ellos, cautivándolo sin remisión. Y aquel aroma..., el tacto terso de su piel, sus finos dedos hilando las largas hebras de su cabello y el temblor de su delicado cuerpo al estrecharla él entre sus brazos..., toda ella...

Con cada día que pasaba, rozaba de un modo más palpable los límites de la demencia, siendo semejante tesitura difícil de no traspasar. Se obligó a separarse de ella, reticente, y unió su frente a la suya, clamando por aliento y sosiego, tratando de controlar esa necesidad indomable que tenía de ella.

—Estas semanas se me están haciendo eternas —musitó él.

—Ya falta poco —susurró ella.

—Debería haber aguardado más tiempo en Dagmar —suspiró él con pesar.

Ylva bajó su rostro, entristecida.

—Pero no soportaba ni un día más separado de ti —agregó entonces y toda la tristeza de la muchacha se diluyó dando paso a una gran sonrisa.

Enredó los brazos en su cuello y acercó su boca a la suya, besándolo llena de emoción. Zayev rodeó su cintura con sus manos atrayéndola hacia él, perdiéndose de nuevo en la locura de sus labios.

—Así no me ayudas —respiró en su boca.

Ylva consintió, apartándose de él mientras lanzaba una risita traviesa.

—En realidad venía a avisarte de que la cena está casi lista —admitió ella.

Zayev lanzó una carcajada.

—Vamos, entonces. —Tiró de su mano para que caminara junto a él, pero no habían dado ni un par de pasos cuando Cailen irrumpió en la biblioteca.

—Os estaba buscando.

—¿Ha pasado algo? —se alarmó Ylva.

—Hemos recibido carta de Los Lagos —negó con la cabeza, alargándole a Ylva un pliego que portaba en su mano—. Ha nacido el bebé de Gabrielle.

—¿Cuándo? —preguntó ella sonriendo con alegría mientras posaba la vista rápidamente sobre las líneas de la misiva—. No lo vas a creer —miró a Zayev asombrada—: Justo en el instante de la Sizigia.

Ylva apartó la vista del pliego y miró a los dos hombres, quienes compartían una mirada más que significativa.

—Es solo una casualidad —trató de disuadirlos la joven—. Pueden haber nacido centenares de niños en todo el mundo en ese momento.

—Pues espera a escuchar su nombre —replicó Cailen divertido.

—¿Cuál es? —preguntó Zayev intrigado.

—Ilsik —concluyó Cailen.

Ambos miraron a la muchacha de modo inquisitorio y su escepticismo, irremediablemente, tocó a su fin, al igual que su alegato. Los acontecimientos eran, cuanto menos, abrumadores... hasta para ella.

Capítulo 3



Erick dirigió su mirada hacia el horizonte a través de la ventana del carruaje. Ya había empezado a sentir el aroma peculiar de aquellas tierras que conocía tan bien como su propio hogar y, en aquellos momentos, pudo comprobar lo cerca que se encontraban ya del castillo de Los Lagos.

De repente notó cómo Claire se removía entre sus brazos. Inclino su rostro hacia ella y la observó dormir contra su pecho. Por más que lo había intentado, le fue imposible mantenerse despierta de tan agotada como estaba. Demasiadas emociones al conocer la noticia del nacimiento de Ilsik y el tener que preparar, de forma tan apresurada, un viaje que no pensaban realizar hasta dentro de unas semanas.

Despacio, tratando de no sobresaltarla, posó la mano en su vientre para acariciarlo con ternura y sin poder evitar que se le escapase un suspiro de desasosiego. De forma instintiva, miró de reojo hacia sus padres, sentados frente a ellos.

—Tu inquietud no hace más que atormentarla —lo miró Trystan con cierto aire reprobatorio.

—Padre, ¿no crees que después de lo sucedido tengo razones para

preocuparme? —alegó Erick.

—Lo que yo creo es que acabaréis por despertarla —susurró Gladys de modo conciliador, mientras con su mano presionaba levemente el brazo de su esposo.

Erick chasqueó la lengua con disgusto y volvió a dirigir la mirada hacia el paisaje. No entendía cómo su padre, tan conocedor como era de las artes curativas, no compartía su preocupación. Aún recordaba de forma muy viva aquella tarde, aquel momento en el que el vestido de Claire se tiñó de su propia sangre, aquel instante en que creyó que Claire y su hija morirían, y él con ellas... Aún podía sentir la impotencia de aquellos días, viendo esa aciaga palidez en el rostro de su esposa. Erick siempre había tratado de ser cuidadoso con ella, pero no parecía haber bastado para evitar postrarla en aquella cama. Y si bien era cierto que con los esfuerzos de su padre el riesgo, aparentemente, había desaparecido, lo que no desaparecía era aquella desazón que vivía en su pecho. La sola idea de que a Claire o a su hija pudiera pasarles algo..., le quitaba el aliento.

—¿Ya estamos llegando? —escuchó susurrar a Claire a su lado.

—Sí, amor —la miró esbozando una sonrisa—. ¿Cómo te sientes? —trató de no sonar inquieto.

—Bien —asintió ella—. Emocionada, deseando conocer al bebé de Gabrielle.

—Ilsik —murmuró Erick de forma distraída.

—No sé de dónde habrá sacado mi prima ese nombre, pero seguro que tiene alguna explicación —agregó ella divertida—. A mí me gusta.

—A mí también —reconoció él—. Pero no por eso voy a dejar que Gabrielle te influya a la hora de ponerle nombre a nuestra hija.

—Puedes estar tranquilo —sonrió ella con complicidad—. Ya habíamos acordado que si es niña se llamará Deanna, y si es niño...

—Es una niña —afirmó él con sonriente rotundidad.

Gladys no pudo evitar reír interrumpiendo la idílica escena.

—No quiero imaginar los reproches de tu hijo si por uno de aquellos devenires del destino resultase ser varón.

—Sin embargo, mi hija y yo nos reiremos de vosotras dos, escépticas,

cuando le cuente toda vuestra incredulidad.

—Seríamos escépticas si hubiese alguna señal que nos negásemos a ver, pero ¿en qué te basas para asegurarlo con tal contundencia? —alegó Gladys alzando su ceja.

—En mi instinto paternal —aseveró con convencimiento.

—¡Con razón no vemos señal alguna! —continuó su madre entre risas.

Trystan y Claire observaban aquella animada discusión, sonrientes, mientras el carruaje comenzaba a cruzar el puente levadizo, alertándoles el ruido de los cascos de los caballos contra la madera. A los pocos minutos, cuando Erick volvió a mirar a través de la ventana, vio la escalinata que accedía al castillo y observó a Nicholas y Jordan descendiendo por ella, acudiendo ambos a su encuentro.

—¡Erick! —lo recibió Nicholas con un caluroso abrazo en cuanto se apeó del carruaje.

—¡Felicidades... “padre”! —exclamó entre risas—. Me alegra mucho volver a verte, Jordan—. Se dirigió al otro hombre saludándose también con un abrazo—. ¿Dónde está mi hermosa prima?

—Arriba, con Gabrielle —respondió alegre mientras Erick volvía al carruaje para ayudar a Claire—. No se separa del bebé ni un instante.

—Parece que va a ser una tía muy consentidora —anunció Claire acercándose a él para abrazarlo, y después a Nicholas.

—Pues deberíais ver al tío —apostilló el joven mirando a Jordan divertido—. Cuando lo toma en brazos no sé quién necesita más el babero, si Ilsik o él.

Todos estallaron en risas mientras el aludido se atusaba los cabellos haciendo un mohín.

—No quiero ni imaginarte cuando Agatha te dé un hijo —bromeó Trystan saludándolos a ambos, al igual que Gladys, con sendos abrazos.

—No cabré en mí de gozo —reconoció Jordan, sonriendo—. Pero mientras tanto, no hay nada de malo en que un tío disfrute de su sobrino, ¿no?

—Y tampoco hay nada de malo en que lo disfrute una tía abuela impaciente, así que vamos —intervino Gladys y haciendo que todos se encaminasen hacia el castillo.

—¿Y cómo ha estado Gabrielle? —se interesó Trystan.

—Yo creo que bien —respondió Nicholas con inseguridad.

—¿Crees? —rio Trystan.

—Bueno... No se lo digas a Gabrielle, pero aún estoy un poco impresionado por la forma en que sucedió todo —admitió con semblante preocupado.

—Siento mucho no haber estado aquí para asistir a tu esposa —se lamentó él.

—¿Quién iba a suponer que este principito tuviera tantos deseos de ver el mundo? —quiso restarle Jordan gravedad al asunto—. Lo importante es que todo fue bien.

—En estos días no he querido que Gabrielle se levante por precaución —le informó Nicholas—. Pero ella asegura que se siente perfectamente bien y el niño también parece muy saludable —añadió conforme llegaban a la recámara.

Al abrir la puerta, encontraron a una sonriente Gabrielle que observaba a Agatha con Ilsik en brazos danzando por la habitación.

—Ya estáis aquí —exclamó Gabrielle desde la cama al verlos entrar.

—¿Por qué no nos habéis avisado? —le reprochó Agatha a Jordan y caminando los recién llegados hacia las mujeres.

—No quería interrumpir vuestro romance —sonrió él señalando al niño y echándose todos a reír. Sin embargo, aquella algarabía no fue del agrado de todos, pues Ilsik exigió silencio rompiendo a llorar.

—Y ese es su recibimiento —reía Gabrielle negando con la cabeza.

—Déjame un momento —le indicó Nicholas a su hermana que, alarmada, trataba de calmarlo.

Nicholas tomó al bebé en brazos y comenzó a acunarlo entre susurros, bastando unos segundos para acallarlos.

—Si no lo veo, no lo creo —se mofó Erick sorprendido.

—Pues era igual de efectivo mientras estaba embarazada —confirmó Gabrielle mirando con orgullo a su esposo, mientras todos acudían a la cama para saludarla.

—Muchas felicidades —la abrazaba Claire.

—Es un bebé precioso —exclamó Gladys tomándolo ella una vez que Nicholas lo hubo calmado.

—Y parece estar muy bien —apuntó Trystan—. De momento hay constancia de sus potentes pulmones —bromeó—. Aunque me gustaría revisaros a los dos.

—Sí, por favor —le suplicó Gabrielle—. Quiero levantarme de una vez de esta cama —suspiró con aflicción y mirando de reojo a su esposo.

—Entonces, hagámoslo ya —le sonrió él—. ¿Os importa dejarnos solos? —les indicó a los demás, encaminándose éstos hacia el pasillo, mientras Erick le reclamaba a Gladys su tiempo para coger al niño.

Únicamente fueron unos minutos, pero a Nicholas le parecieron eternos. Comenzó a deambular a lo ancho del corredor lleno de inquietud.

—Pareciera que Gabrielle fuera a dar a luz de nuevo. —Se le acercó Jordan, haciéndole detenerse.

—Tengo miedo de haberla lastimado —le confesó—. No sabía muy bien lo que hacía, solo que tenía que ayudar a mi hijo a nacer, así que seguí mis instintos.

—Verás cómo no hay de qué preocuparse —le animaba mientras se abría la puerta.

—Ya podéis pasar —les anunció Trystan—. Gabrielle está perfectamente —le aseguró a su sobrino al observar la tensión de su rostro—. Así que ahora le toca el turno a este pequeño.

Tomó al bebé de los brazos de Claire, quien había conseguido arrebatárselo a Erick y lo depositó a los pies de la cama. Comenzó a desnudarlo mientras le hacía divertidas muecas a lo que Ilsik respondía lanzando risitas y levantando sus manitas.

—Pues para tener pocos días su capacidad de atención está muy despierta —se maravilló—. Eso está muy bien.

Nicholas sonrió a Gabrielle y se sentó a su lado observando cómo su tío revisaba a su hijo.

—Gabrielle, ¿tuviste algún antojo? —preguntó entonces Trystan, curioso y Gabrielle lanzó una risita como respuesta.

—No sabes lo que es buscar fresas en pleno diciembre —puso Nicholas los ojos en blanco—. Pero lo conseguí —afirmó con el pecho hinchado mientras su familia reía.

—¿Solo fresas? —insistió Trystan.

—Sí, ¿por qué? —Quiso saber Gabrielle.

—Por la mancha que tiene en el pecho —les indicó.

—Más bien parece una almendra —rio Claire—. Primita, admítelo, ¿tuviste antojo de almendras?

—No, lo prometo —se defendió ella—. A mí me recuerda a la cicatriz que tiene Nicholas. La que le causó aquella flecha envenenada.

Hubo varias miradas furtivas entre los asistentes al haber sacado a relucir Gabrielle aquel mal recuerdo, pero ella se mostraba sonriente, como si no le afectase lo más mínimo.

—Incluso está hasta en el mismo lugar —continuó ella—. A semeja una reproducción, pero en diminuto.

—De hecho, estamos frente a una diminuta representación vuestra —sonreía Trystan mientras Ilsik le dejaba hacer, como si supiese o entendiese lo que estaba ocurriendo—. El cabello y las facciones de Nicholas, aunque indiscutiblemente su nariz y ojos son los de Gabrielle. Y, además, está sanísimo, ¿verdad? —le sonreía al bebé haciéndole carantoñas mientras este le lanzaba risitas. Luego, lo tomó en brazos y se lo entregó a Gabrielle.

—Sin duda hiciste un buen trabajo —palmeó en la espalda a su sobrino, provocando que sonriera de alivio.

—¿Entonces puedo levantarme de la cama? —preguntó Gabrielle con entusiasmo.

—Sí, pero hoy te limitarás a dar paseos por la habitación —le indicó.

—¿Al menos puedo bajar a cenar al comedor con vosotros? —Lo miró lastimera.

—Está bien —lanzó un suspiro de resignación—. La verdad, no entiendo cómo Nicholas ha conseguido mantenerte en la cama estos días.

—No sin esfuerzo —concluía Nicholas ante las miradas animadas de su familia.

—¿Y qué tal está yendo todo en el reino? —preguntó entonces Erick.

—Un momento —interrumpió de súbito Gladys—. Para hablar de gobernar y de vuestros reinos, más vale que os vayáis al torreón sur.

Y comenzó a acompañarlos hacia la puerta, tomándolos por el brazo e instándolos a salir.

—Creo que nos están invitando a irnos —se rio Jordan mientras Gladys lo empujaba hacia el corredor.

—¡Por fin solas! —exclamó ella al cerrar la puerta.

Se sentó en la cama, al igual que las otras dos mujeres que sonreían al ver a Ilsik quedándose dormido en brazos de su madre.

—Para él se acabó el tiempo de las visitas —sonrió Gabrielle.

—Eso parece —repuso Claire mirándolo con ternura.

—¿Y tú cómo te sientes? —se interesó su prima.

—Por ahora bien —asintió ella.

—Nos asustamos mucho cuando tuvo aquella hemorragia —apuntó Gladys, ofreciéndose de modo silencioso a dejar al bebé en su cunita—. Pero por suerte, Trystan pudo controlarla.

—Y tú te quejas por haber estado en la cama varios días —la acusó Claire—. Yo he tenido que permanecer en reposo semanas enteras.

—Ya lo sé, pero era por tu bien —trató así Gabrielle de consolarla.

—Fue más bien por insistencia de Erick —le aclaró ella con cierto disgusto en su tono.

—Querida, sé que siempre trato de justificarlo, pero bien sabes que mi hijo es demasiado sobreprotector —se acercó a ella y colocó una mano sobre su hombro.

—No es que proteste, es solo que...

—¿Qué? —le cuestionó Agatha, inclinándose hacia ella, claramente interesada.

Sin embargo, Claire se limitó a bajar la cabeza y enrojecer profundamente.

—Claire, después de todo lo que hemos pasado juntas, creo que puedes confiar en nosotras —le demandó la joven.

—No es que no confíe —titubeó con un hilo de voz—. Es algo que...

—Claire, no será que en quien no confías es en Erick, ¿verdad? —insistió Agatha.

—Sé que no me traicionaría, pero...

—¡Habla de una vez! —Gabrielle agitó las manos, impaciente por su enésimo silencio.

—Es poco recatado hablar de esos temas —se defendió Claire sin levantar la vista.

—Te refieres a... —dudó su prima—, a la intimidad entre vosotros.

—Me refiero a que no la hay —repuso de súbito, como si haberlo dicho, realmente, supusiera un desahogo.

Durante unos momentos se hizo el silencio en la recámara. Claire continuaba sin alzar el rostro mientras las otras tres mujeres compartían miradas más que significativas.

—Imagino que será por miedo a dañarte —habló por fin Gladys con gran prudencia.

—Apenas me toca —insistió titubeante—. Todas somos mujeres casadas y sabemos que la relación de pareja va más allá del simple... acto.

—No puedo creer que pienses que Erick no te ama —negaba Agatha con la cabeza.

—Me consta que mi hijo se desvive por ti. Es muy posible que todo se limite a que él se esté excediendo y a que tú lo estés malinterpretando.

Claire la miró con cierto recelo, pero Gladys se sentó a su lado, tratando de que su cercanía la reconfortase, al igual que sus palabras.

—Hace un momento, en el carruaje, mientras tú dormías, Trystan le reprochaba eso mismo. Se preocupa demasiado, sobre todo desde que casi pierdes al bebé.

—Si lo comprendo, yo también he estado muy preocupada.

—Yo creo que estás demasiado sensible con el embarazo —supuso Gabrielle.

Claire lanzó un suspiro que parecía oprimirle el pecho.

—Tal vez sea más sencillo que todo eso y simplemente Erick ya no me desee, viéndome así —concluyó posando las manos sobre su abultado

vientre.

—No digas eso —la reprendió Agatha—. Es maravilloso ser madre, ver cómo tu cuerpo cambia para albergar una nueva vida. Yo daría cualquier cosa por sentir a un hijo mío y de Jordan crecer dentro de mí.

Claire la miró con cierta culpabilidad, Gabrielle y Gladys con asombro.

—Discúlpame —se excusó Agatha de repente ante su apasionamiento.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Gladys.

—Es solo que no consigo quedar encinta —se lamentó la joven.

—Pero hija, hace muy pocos meses que estás casada —la alentó Gladys, presionando suavemente una de sus manos.

—Lo sé. Pero tengo miedo de que no pueda.

—¿Pero qué barbaridades estás diciendo? —se alarmó su tía—. Es que Jordan te...

—¡No! —exclamó ella—. Él jamás me ha dicho nada, aunque sé que desea con fervor ser padre. Tendrías que verlo con Ilsik. El hombre de aspecto bizarro y recio queda reducido a una laguna de ternura cuando lo tiene en brazos.

—La verdad es que desconocíamos esa faceta en Jordan —sonrió Gabrielle.

—Esto es serio, Gabrielle —Agatha la miró con desaprobación.

—Creo que también estás exagerando —dijo ahora más reservada.

—Es cierto —concordó Gladys—. Los dos sois jóvenes y sanos. No creo que exista ningún problema para que quedes encinta. Solo hay que tener paciencia y esperar...

Las voces y risas de los cuatro hombres resonaban a través de los corredores del castillo. Una vez en el torreón sur, Nicholas se sentó en el lugar de costumbre mientras Trystan y Erick tomaban sendas butacas y lo hacían al otro lado del escritorio, frente a él. Jordan, sin embargo, se apoyó descuidadamente en el alfeizar de uno de los ventanales

—Reconozco que muero de la impaciencia porque Agatha me dé un hijo —expresó sus deseos en voz alta.

—Puedo darte unos tónicos si quieres —se mofó Trystan.

—No creo que los necesite —alegó con aire presuntuoso y el pecho hinchado, haciendo que los demás rieran—. Es solo que, como se suele decir, quien espera, desespera. Pero ya vendrán, y llenaremos aquel castillo de niños.

—Por lo que he estado escuchando, te estás desarrollando bien en tu cargo —apuntó Erick, recostándose en el respaldo del butacón.

—Me ayuda el hecho de que la gente del reino tenga muy buena voluntad, aunque hay algún caso puntual al que debemos otorgar mayor atención —agregó mirando a Nicholas, quien asentía—, pero nada que la justicia no solucione. Por otro lado, todos han aceptado de muy buena gana a Agatha, y yo no puedo ocultar la felicidad que siento al tener una mujer como ella a mi lado.

—Cuidado con lo que dices —alegó Nicholas con simulada desaprobación y provocando las risas de todos.

—Tu hermana también es feliz, o al menos eso dice —se defendió él, cruzándose de brazos y encogiendo los hombros.

—Después de todo lo sucedido, bien nos merecíamos un poco de tranquilidad —caviló Erick.

—Nicholas, por las cartas que hemos recibido de Gabrielle, parece que lo ha superado todo —le comentó Trystan a su sobrino, haciendo que toda la atención se centrara en él.

—Bueno, las primeras semanas sufría de pesadillas —recordó con amargura cómo Gabrielle se despertaba gritando sobresaltada y bañada en sudor, buscando sus brazos para refugiarse en él—. Llegué a pensar que, en realidad, recordaba más cosas de su cautiverio de las que admitió frente a nosotros, pero día tras día fueron desapareciendo los malos sueños, y con ellos los malos recuerdos —continuó el joven—. Hasta el punto de que en ocasiones parece frivolar con el tema, ya la habéis escuchado antes.

—Nos ha sorprendido mucho la forma en que se ha referido a tu herida —asintió Jordan, acercándose a la mesa.

—Pero no hay que juzgarla duramente —replicó Trystan—. Quizás sea una especie de mecanismo de defensa que ha creado su propia mente.

—A mí, realmente no me importa si habla o no de ello —repuso Nicholas con cierta aflicción—. Mientras sea feliz y me sonría cada día, todo estará

bien.

—Por supuesto que todo estará bien —proclamó Jordan con gran ánimo y rompiendo aquel aire de tristeza que parecían traer las palabras de Nicholas.

—Y deberíamos brindar por ello —exclamó entusiasmado Erick.

—Voy a llamar a Erin para que nos traiga unas jarras de hidromiel —informó dirigiéndose hacia la puerta.

—Buena idea —acordó Erick—. Brindemos por la felicidad.

—Y porque esta dure mucho —añadió Nicholas tratando de borrar de su corazón aquella sombra que, sembrada por esos malditos recuerdos, se negaba a abandonarlo.



El sol comenzaba ya a descender por Occidente y los anaranjados rayos del ocaso se reflejaban en la nieve aún remanente en las cumbres de las Tierras Altas. Sin embargo, apenas alcanzaban a calentar, pues aquellos últimos días invernales querían grabar su paso por la Tierra, obsequiándola con gélidas jornadas.

A pesar de eso, Hrodgar disfrutaba entrenando con el torso descubierto y sentir el aire helado en su cuerpo. Por fin, sus miembros acartonados y su piel aletargada habían recuperado la sensibilidad y le hacía sentirse vivo cualquier tipo de sensación que recorriera sus músculos, aunque fueran aquellos escalofríos provocados por la fresca brisa. Le recordaban lo cerca que había estado de la muerte y le daba un preciado valor a aquellos meses de sufrimiento y tormento, que supusieron el esfuerzo de recuperarse.

El momento en que volvió a despertarse cubierto de pies a cabeza por aquellas vendas y envuelto en un dolor insoportable... revivió en su mente. Blasfemó para sus adentros alzando con ambas manos la pesada espada sobre su cabeza y lanzando un poderoso embate contra el poste de entrenamiento enfundado en sisal.

¡Maldito Nicholas y todo su Reino!

Una punzada de dolor atravesó su costado a través de aquella herida, por la daga que empuñó Jordan contra él. Sonrió para sus adentros pensando en

lo irónico que era aquello. Esa era una de las pocas cicatrices visibles que presentaba, nadie habría podido jurar que, con tan pocas señales en su cuerpo, este en realidad hubiera estado prácticamente destrozado. Era difícil enumerar la cantidad de huesos rotos con los que contaba, muchos más que sanos y sobre todo, en las extremidades. Bajo aquellas vendas, las tablillas trataron de hacer soldar correctamente las fracturas pero aún así, el riesgo de quedar tullido fue grande. Incluso Moira había atado su torso contra una tabla temiendo que se hubiera roto la espalda al haberse precipitado de semejante altura. Tenía tal cantidad de hematomas que temía que las heridas internas fueran tan graves que no pudiera hacer nada por él. Por lo tanto, aquella que le hizo Jordan, en realidad, pasó a ser una nimiedad.

Sin embargo, Moira no cesó en su lucha por él. Aún hoy, Hrodgar se maravillaba de eso, pero más se maravillaba del gran poder que había ejercido su voz para hacerlo permanecer en este mundo. *Condenada bruja*. Todavía retumbaba en sus oídos aquel sueño profético que ella le había transmitido en su inconsciencia, en horas y horas de vigilia a su lado. Así lo mantuvo vivo, literalmente se lo arrebató de las garras a Deati, Señora de la Muerte, y él sabía que habría ofrecido su alma al mismísimo Malhok si hubiera sido necesario. Sin embargo, trató de instaurar en él aquellas imperiosas ansias de venganza, como si no hubiera encontrado otra razón en el universo por la que él luchara contra Deati y vivir.

Mas sí la había.

Me perteneces, igual que yo a ti. Siempre lo hicimos.

Aquella era la única vez que lo había reconocido frente a ella y tal vez sería la última, no estando seguro de lo que ello significaba. Ni siquiera se atrevía a pensar en la palabra *amor*, porque no creía haberlo conocido jamás, ni falta que le había hecho. Pero era indudable el nexo que se formó aquella noche entre los dos; para él porque lo sentía extenderse desde su propio cuerpo hasta el suyo, y para ella también debía serlo por la forma en la que se había involucrado con él y con su recuperación, volcando en su restablecimiento todos sus esfuerzos, energías y conocimientos, como hechicera y como mujer. Hrodgar jamás le había debido nada a nadie y se congratulaba de ello, aunque ahora a ella le debía su vida, hecho que tampoco le molestaba demasiado. Lo único que Moira le pedía a cambio era a él mismo, y lo tenía. Y, para su propio asombro, a él le bastaba ella, de hecho le entregaba mucho más de lo que pedía. Incluso le estaba entregando un nuevo

rumbo por el que dirigir sus vidas..., la vendetta.

Saboreó la palabra en su boca mientras estrellaba por enésima vez la espada contra el sisal, haciendo temblar el mástil. Se sentía más que recuperado. Sus músculos, tonificados; la movilidad de su cuerpo lleno de agilidad y sus reflejos, agudizados. Ya estaba preparado y solo restaba esperar a que Moira marcara el inicio de la siguiente fase.

De pronto, la vio caminar por una de las almenas, hacia la parte alta de la Fortaleza, seguramente dirigiéndose al torreón de los cuervos. Su cabello suelto ondeaba como un mar enrojecido y asemejaba con el brillo del sol el crepitar de las llamas, ardiente, como lo era ella con aquel contoneo de sus caderas. Una tentación mortal, y Hrodgar sintió cómo su cuerpo se sentía más que deseoso de caer en ella y pecar.

Abandonó la liza y le entregó la espada a un mozo que aguardaba y que le alargó un paño limpio para secarse el sudor.

—Estáis en plena forma, mi señor —le dijo mirándolo con admiración.

Hrodgar lo ignoró fijando su atención en la mujer que desaparecía de su vista para adentrarse, tal y como él había supuesto, en el torreón de los cuervos, e inició su marcha hacia el mismo destino, atajando por una pequeña escalinata lateral que serpenteaba recorriendo el rojo sillar.

Cuando entró, la halló leyendo un pequeño pergamino, con una sonrisa de satisfacción dibujada en su cara. Moira se giró al verlo llegar.

—Tenemos noticias de Douglas...

Sin embargo, él no tenía ninguna intención o interés en escuchar lo que su criado les hubiera escrito en aquella nota, y menos escuchar cualquier otro sonido saliendo de los labios de Moira que no fuera su nombre entre gemidos de placer. Acalló su boca poseyéndola con la suya y empujándola con su cuerpo hacia la pared más cercana.

—Preferiría hacer esto después de que te hayas bañado —susurró ella sugerente, escapando a su beso con falso ademán.

—Tranquila, también serás mía cuando me haya bañado —amenazó él, tras lo que volvió a tomar su boca mientras la alzaba contra sus caderas.

Hrodgar inició la batalla provocando que Moira lanzara un gemido al hacerle sentir su turgente masculinidad. Como respuesta, ella descendió de sus labios hasta su cuello, recorriéndolo con ardientes besos, en espera a que

él la invadiera para justo entonces, hincar los dientes en su piel, haciéndolo gritar a él por la ola de placer que traspasó su espalda.

—Pagarás por usar tus malas artes conmigo, bruja —gimió Hrodgar mientras recorría el interior de Moira una y otra vez.

—No temo tus amenazas —se regodeó ella.

Y para dejar aún más constancia de ello, arqueó sus caderas contra él profundizando su contacto. Aunque aquello no solo lo lanzó a él al borde del abismo, sino que fue su propia perdición, y así se lo hizo saber a Hrodgar clavando las uñas en su espalda y provocando que él intensificara sus movimientos dentro de ella. A partir de ese instante, todo fue caer en aquel vórtice que siempre los envolvía hasta dejarles sin aliento. Hrodgar apoyó su mejilla entre sus pechos mientras ambos controlaban la respiración.

—Tal vez ahora te interesen las noticias de Douglas —habló ella con pícaro insinuación.

—Ahora que estoy saciado, sí. Tienes toda mi atención.

Moira lanzó una carcajada de satisfacción y lo instó a separarse de ella.

—¿Son buenas noticias? —quiso saber él.

—Mejor que buenas —puntualizó ella—. Tal y como predije, el niño nació en el instante de la sизigia.

—Aun ahora no sé cómo pude llegar a creer en aquella predicción —admitió él tomando el pergamino en sus manos y llegando aquella certeza a sus ojos.

—Porque, en el fondo, crees en mis poderes mucho más de lo que te atreves incluso a imaginar.

—Presuntuosa —se mofó él.

—Sí, pero aquí me tienes, alertando a los Hæe de tan buena nueva —le señaló un pequeño pliego manuscrito por ella.

—¿Y tú crees que nos ayudarán? —preguntó con cierto recelo.

—Temo que estás enfocando mal las cosas —le lanzó una sonrisa pretenciosa—. Son ellos los que creen que les estamos ayudando. Lo único que debemos hacer es allanarles el camino para que cumplan con su cometido.

—Su cometido —repitió con suspicacia.

—Eso es lo que todo esto significa para ellos, es más, supone hacer prevalecer su existencia. Ese es el sentido de sus creencias —le aclaró—. Créeme cuando te digo que nos estarán mucho más agradecidos de lo que te imaginas. Y qué mejor que esa misma misión que se verán en la obligación de cumplir sea nuestro pago, y algo más —añadió maliciosamente.

—Visto de ese modo...

—Es perfecto —apostilló ella—. No solo te estoy entregando en bandeja de plata a Nicholas, Jordan, Erick y toda su maldita prole. Voy a entregarte un reino entero.

Hrodgar se frotó la barbilla, pensativo, mientras Moira lo miraba incitante.

—Tengo la sensación de que a mí sí me vas a exigir algún tipo de pago —se acercó a la mujer peligrosamente.

—Tenlo por seguro —concluyó ella—. Y estaré más que dispuesta a escuchar tus sugerencias en cuanto envíe el cuervo.

—Está bien —se alejó entonces un paso de ella, dejándola hacer.

Moira le lanzó una mirada libidinosa antes de dirigirse a una de las jaulas para extraer una de aquellas oscuras aves. Hrodgar sabía que ése era su favorito. Lo tomó con sumo cuidado y le ató en una de sus patas el pergamino enrollado, tras lo que salió del torreón. La vio girar su cuerpo hacia Oriente, y hacia allí orientó al pájaro, que echó a volar hacia la lejana Hãe. Entonces, con las manos apoyadas en su cadera volteó y caminó hacia Hrodgar de modo más que provocativa.

—Ahora estoy dispuesta a escuchar tus ofertas.

—Tengo algo en mente, pero de momento... te daré un anticipo —le anunció caminando también para reunirse con ella.

Al alcanzarla, hundió los dedos en la estrecha cintura femenina y la atrajo hacia sí, uniendo su boca con la suya.

Capítulo 4



Ya hacía varios días que habían dejado atrás Hæe, varios días en los que el horizonte se mostraba ante ellos completamente desconocido y perturbador. Los Hæe no solían salir de su Reino, aunque no porque hubiera algún tipo de prohibición para ello, sino porque les era innecesario; cualquier cosa que pudieran precisar, se hallaba entre sus fronteras. Más allá de ellas, el poblado más cercano se encontraba a casi una jornada de camino, pues ya en la época de los Antiguos Hombres, pocos pueblos se habían atrevido a aproximarse más, habiendo levantado sus antepasados infinidad de fábulas y falsas leyendas en torno a ellos mismos para procurar precisamente eso, que nadie se aproximara demasiado.

Griän sabía, porque así lo decían las Enseñanzas, que muchas eran las creencias que guiaban el Destino del Hombre y, de igual modo que en Hæe no se contemplaban como plausibles, sus propias raíces podían crear incomprensión o displicencia a su alrededor, por lo que era mejor mantenerse al margen, protegidos de miradas indiscretas y críticas que, al final, siempre acababan por pretender inculcar sus propios valores.

Los Hæe tenían su propio legado, costumbres y creencias, y sobre ellas

debían regirse sus vidas, como una ley sagrada que no se puede cuestionar. A partir de ahí, poco importaba en qué creyeran los demás. Podían dirigir sus plegarias a imágenes o buscar consuelo espiritual en dioses invisibles, pues de ese mismo modo, ellos se debían al Divino Astro, el Sol, quien les daba luz, calor y vida.

Pero lo que más estaba en tela de juicio eran sus rituales y ceremonias. Griän había leído cómo ciertas gentes a su sacrificio lo calificaban de aberración y barbarie, asesinato incluso, y algunos lo relacionaban con un Señor de las Tinieblas al que llamaban Malhok. Otro motivo añadido para querer estar alejado de otros reinos. ¿No se cazaban animales y se comía y bebía su carne y sangre para mantenerse vivo? Pues ellos ofrecían la suya propia para dotar de vida a su gente. ¿Acaso no era igual de legítima una cosa que la otra?

Griän inspiró con profundidad mientras pensaba en aquello y un delicado perfume de lavanda llegó a él. A pesar de que la primavera hacía solo unos días que reinaba en la Tierra, ya había vestido aquella pradera que cruzaban en ese momento de pequeñas y perfumadas flores silvestres, permitiéndoles disfrutar de su aroma. Sin duda, el Astro Sol había quedado satisfecho con la última Ofrecida.

Inconscientemente, volteó su vista hacia sus espaldas. Las mujeres se hallaban tras él, tras los hombres de la Corte y, justo detrás de ellas, la servidumbre, cerrando la comitiva. Giró un poco su cuerpo sujetándose de la montura y oteó entre los rostros de las jóvenes, hasta encontrar el de su hermana Anyan. La miró con orgullo mientras ella le dedicaba una leve sonrisa, tras lo que volvió a dirigir su vista al frente. Personalmente no le había parecido lo más conveniente que ella viajase en esa posición, siendo quien era, pero los Reyes lo habían dispuesto así, ni siquiera el mismo Korw había sugerido otra cosa, por lo que Griän acató su decisión sin cuestión alguna. En ese viaje, para evitar más preguntas de las necesarias en cuanto a su forma de vida, Anyan sería una más de las mujeres de la Corte. Quedaba un año para que su hermana alcanzara su destino y ya para entonces, deberían haber acabado con ese asunto que los llevaba a tierras tan lejanas de Häe.

Griän apenas podía creer que aquella antigua profecía pendiera de sus cabezas de forma tan mortífera; ni él ni nadie del Reino. Sí era bien conocida por todos, pero después de tantos siglos, nadie contaba con que llegaría ese día. Sin embargo, los sucesos a los que aquella mujer hacía referencia en su

pergamino, no llevaban a equívocos y así debían de haberlo considerado los Reyes para dejar los límites de Häe y la protección de sus murallas. Los tres iban encabezando el séquito, dispuestos a acabar con aquello que amenazaba con destruir su historia, borrando el paso de los Häe por la Tierra.

Volvió a fijar la vista en el horizonte, el rojizo cielo ya empezaba a anunciar con el ocaso la decadencia del reinado del Sol en ese día, y que moría con la noche. Algunos podrían llamarlo Malhok, pero la noche era su demonio particular, el que les privaba del regalo de vida que el Sol les ofrecía cada mañana al amanecer. Como era de esperar, la comitiva empezó a detenerse y los sirvientes se apresuraron a levantar el campamento.

—Vayamos a montar nuestra tienda —le propuso a los dos hombres que cabalgan a su lado.

—Deja que los criados se encarguen de eso —rezongó el que estaba más próximo a él, un joven moreno y bastante corpulento.

—No seas perezoso, Antü —le reprochó Griän—. No quiero esperar a que los criados hayan acomodado a Sus Majestades para que dispongan nuestras cosas. Estoy exhausto y quiero descansar cuanto antes.

—Venga, haragán —palmeó su espalda el otro joven llamado Cam—. Yo tampoco quiero esperar, así que acompáñame.

Cam tiró de las riendas de su alazán y lo hizo cambiar de dirección, lanzándole una mirada de impaciencia a su amigo.

—Está bien —masculló Antü con una mueca de disgusto en los labios—. Pero das tú de beber a mi caballo —le exigió.

—Sí, claro... y le cepillo también las crines —se mofaba Cam mientras azuzaba a su montura.

Griän los vio alejarse con una expresión de diversión en su rostro, mientras los jóvenes espoleaban sus caballerías con brío, compitiendo por quién llegaba antes donde los criados. Desmontó echando una ojeada a su alrededor, pero antes de buscar el lugar en el que instalarían la carpa, decidió acercarse a su hermana que conversaba animadamente con otra joven, de cabellos castaños y figura voluptuosa. Ella, al verlo aproximarse, le lanzó una mirada más que seductora, tras lo que tiró fuerte de las riendas para alejarse de allí.

—¿Qué hay entre tú y Araw? —le preguntó Anyan con divertido tono

mientras desmontaba.

—Nada que yo sepa —se encogió él de hombros con desinterés.

—¿Y lo que acaba de suceder? —rio ella.

—No sé —respondió con igual monotonía que antes—. Tal vez deberías preguntárselo a Cam —señaló viendo que la joven le estaba haciendo algún tipo de confidencia a su amigo, pues le hablaba al oído.

Mas no tardaría mucho en averiguarlo.

Habían disfrutado de una exquisita cena. Le maravillaba que los criados hubieran sido tan capaces dadas las circunstancias de no contar con una cocina y utensilios adecuados. Sin embargo, los platos habían estado deliciosos y ahora estaba echado perezosamente sobre su camastro, degustando una buena copa de vino con sus dos amigos.

—Vamos a por más bebida, Antü —exclamó Cam de repente, rompiendo aquel armonioso silencio.

—¿Más vino? —discrepó él—. Creo que ya hemos tomado suficiente. Mañana nos espera la última jornada de viaje y no quisiera afrontarla con resaca.

—No seas aguafiestas —tironeó de su brazo haciendo que se irguiese—. Vamos —insistió.

—Sabes, Cam, cuando te lo propones llegas a ser bastante fastidioso —le decía mientras Griän reía al verlos desaparecer. Aunque su risa se tornó en una mueca de sorpresa al ver a Araw aparecer en la tienda un momento después.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con cierto malestar mientras se incorporaba.

—Pensé que te apetecería un poco de compañía —respondió ella más que sugerente.

—La compañía era muy grata hasta hace un momento —replicó Griän, entendiendo entonces con claridad lo que había ocurrido horas antes.

—Hablando así, das a entender que prefieres la compañía de un hombre a la de una mujer —trató de provocarlo mientras caminaba hacia él con insinuante movimiento de caderas—. Y no es lo que tengo entendido.

—Es que eso depende de la mujer en cuestión —espetó con sequedad,

observándola de pies a cabeza con cierto desdén.

—Muchos hombres querrían estar conmigo —repuso ella ofendida, deteniéndose. Su cuerpo que hasta ese instante se mostraba como un santuario de sensualidad se endureció tensándose a causa de la furia que le provocaba ese inesperado rechazo.

—Entonces, ve y ofrécete a ellos —alegó con gran indiferencia, dando un sorbo a su copa.

Araw no pudo agregar palabra alguna a aquella ofensa y con el rostro enrojecido de ira, dio media vuelta y salió de la tienda. Griän no había terminado aún de comprender lo sucedido cuando Antü y Cam volvían al interior de la carpa con sendas copas en la mano.

—Esto sí que no me lo esperaba —reía este último mientras se sentaba en su camastro.

—Yo tampoco esperaba que tú creyeses necesario hacerme el favor de conseguirme mujeres —le recriminó Griän duramente.

—El favor no te lo he hecho a ti —continuaba sonriendo divertido—. Además, no entiendo por qué tantos remilgos a estas alturas. Has estado con mujeres mucho menos deseables que Araw.

Griän lanzó un suspiro de exasperación.

—De acuerdo —levantó Cam sus manos con gesto conciliador—. Deja ya el mal genio, tampoco es para tanto. Siempre hemos bromeado con ese tipo de asuntos.

—No me parece este el caso —continuó Griän, aunque un poco más calmado.

—Está bien —fingió su amigo darse por vencido para contraatacar después con una sonora risotada—. Pero aún no entiendo cómo has podido rechazar a una mujer como esa. Si hubiera sido yo...

—¿Podemos dar ya el tema por zanjado? —explotó de repente Antü, dejando con un golpe seco su copa sobre una pequeña mesa.

—¿Qué demonios te sucede? —replicó Cam, tanto él como Griän mirándolo más que sorprendidos.

—Nada —trató torpemente de justificarse—. Te dije que no quería más vino. Voy a acostarme ya —concluyó apagando la vela cercana a su camastro

y tumbándose.

—Buenas noches —apuntó con sorna Cam—. Menudo carácter —agregó por lo bajo hacia Griän—. Espero que mañana amanezca de mejor humor o será un verdadero castigo aguantarlo el resto del viaje.

Griän asintió mirando a su amigo que se había tumbado de espaldas a ellos.

Sin embargo, y como era de esperarse, Antü no fue el único en levantarse de mal humor. Como cada mañana, Griän acudió en busca de su hermana para ir a desayunar, encontrándola con Araw. La joven se limitó a dedicarle una mirada de desprecio y marcharse al verlo llegar.

—Y me dirás que tampoco sabes nada de esto. —Se cruzó de brazos Anyan.

—Creo que esta vez sí tengo algo que ver —repuso con cierta monotonía.

—Pues no parece importarte mucho —alegó ella viendo su comportamiento indiferente—. ¿Me cuentas qué ha sucedido?

—Anoche se las ingenió para poder venir a mi tienda, asegurándose de que estuviera solo —le explicó.

—Y por lo que veo, esa visita no se dio tal y como ella esperaba —supuso mirando de reojo a la muchacha con suspicacia.

—No la juzgues tan duramente —le restó importancia su hermano.

—No lo hago —discrepó ella—. Cada uno es dueño de elegir su propio camino, y los nuestros están claramente diferenciados.

—Desde luego, ella jamás podría aspirar a semejante privilegio como es el tuyo —la miró orgulloso.

—¿Es por eso que la rechazaste? —quiso saber Anyan—. ¿Porque no es pura? Claro, puedes tener a cuanta mujer quieras —agregó con un toque de sarcasmo—. Te puedes permitir el lujo de elegir.

Griän disintió haciéndole un mohín como respuesta. Sí, era cierto que disfrutaba del favor de las mujeres y nunca había rechazado a ninguna por el hecho de no ser pura, aunque, a decir verdad, pura o no pura le daba igual. Una virgen podía darle la satisfacción de ser él quien primero la tocara, quien la desflorara, permitirle adentrarse en los misterios de su cuerpo antes que ningún otro hombre, incluso guiarla a su antojo para conducirla por las

sendas del placer. Una mujer experimentada, por el contrario, ya ha dejado a un lado sus temores virginales y, por tanto, la búsqueda de ese placer podía resultar más satisfactorio aún.

Sin embargo, últimamente no le llenaba ni el obsequio de una virtud sin mácula, ni las armas de seducción de una mujer diestra en dicho menester, como lo era Araw. Tan vacuo le resultaba lo uno como lo otro... Solo había hastío, apatía, vacío, un nudo en su pecho que aumentaba con el paso de los días y del que no sabía cómo deshacerse.

Y lo peor era que no había nada más, nada que esperar, sobre todo tan lejos de los muros de Häe, en aquellas inhóspitas tierras que apenas había pisado y que ya quería abandonar.

Capítulo 5



—¿A dónde crees que vas? —preguntaba Nigel mientras Erin hacía ademán de marcharse. La rodeó con más fuerza entre sus brazos y la besó evitando cualquier tipo de reproche por parte de la muchacha.

—La cena ya estará lista y debo ir a servirla —reía ella al tratar Nigel de volver a silenciar sus labios con los suyos.

—Hay muchas doncellas en el castillo que pueden hacerlo —se negó a soltarla.

—¡Nigel! —exclamó la joven con fingido malestar, aunque sin resultado. Él se limitó a seguir besándola con ardor—. Está bien —consintió ella—. Pero mañana iré a hacerte una visita cuando estés entrenando a los hombres, y no quiero quejas ni protestas, ni oírte decir que esa no es forma de darles buen ejemplo.

El Capitán soltó a la joven como si aquello hubiera sido la peor de las amenazas, y Erin sonrió complacida en vista de su reacción.

—Sabes que luego no hacen más que chismorrear y mofarse a mis

espaldas —se defendió él—. Y así no hay quien haga su trabajo.

—Pues mi trabajo es servir la cena —alegó ella alzando la barbilla, y el rostro de Nigel se tornó en culpabilidad.

—Es que te extraño —dijo él entonces, cabizbajo.

—Pero si estamos juntos casi todo el día —rio ella ante su ocurrencia.

—De ti quiero los días, y también las noches —repuso él con seriedad y, de igual modo, se apagó la sonrisa de Erin.

—Nigel, no me parece correcto que creas que yo...

—No me refiero a eso —la interrumpió tapándole la boca con la punta de los dedos al ver que claramente la muchacha lo estaba malinterpretando—. Quiero compartir contigo mis días y mis noches, pero siendo tú mi esposa.

Decir que Erin quedó impactada ante aquella declaración era un ridículo eufemismo. La emoción que empezaba a bullir dentro de su cuerpo, al asimilar el significado de sus palabras, comenzaba a hacerse latente en sus ojos brillantes y su respiración agitada, pero no quería dejarse dominar por ella sin asegurarse primero.

—¿Qué estás queriendo decirme, Nigel? —tembló su voz, toda ella temblaba, aunque contuvo los deseos de abrazarlo.

—¿Dudabas que quisiera hacerte mi esposa? —preguntó, mientras un ligero tono presuntuoso dejaba patente que sabía la respuesta.

—No sé —sonrió con nerviosismo y torpeza.

—Entonces sí, te estoy pidiendo que seas mi esposa —dijo tratando de borrar cualquier duda en Erin, quien continuaba atónita y sin articular palabra, y apuntillando así la tranquilidad de Nigel—. Normalmente la respuesta suele ser sí o no —añadió él expectante.

Erin no pudo hacer otra cosa que hundirse entre sus brazos, dejándose abrazar por él fuertemente, escuchándolo suspirar aliviado.

—Me dirás que dudabas de mi respuesta —rio Erin contra su pecho.

—No sabía cómo definir tu reacción —admitió él acariciando su cabello.

—¿Y cómo debería haber reaccionado? —lo miró ella con incredulidad—. Lo que menos me esperaba era esto.

—Ya, sé que no ha sido muy romántico —reconoció bajando la mirada,

apenado.

—No seas tonto —tomó ella su rostro amorosamente—. Para mí ha sido lo más romántico del mundo —le aseguró y, afianzando su respuesta, lo acercó a ella para besarlo. El posible nerviosismo o inseguridad que pudiera quedar en ellos se disolvió con aquel beso, unidos sus labios y sus cuerpos por aquella promesa.

—¡Erin!

Escucharon a lo lejos la voz de Ivette.

—Debo marcharme —intentó la muchacha separarse de Nigel, que se mostraba reticente y la abrazaba con más fuerza—. ¡Nigel! —insistió ella, liberándola, al fin, de mala gana.

—Te veo en la cena —agregó viéndola alejarse a toda prisa, aunque se volteó, lanzándole un beso al aire antes de entrar en la cocina.

—¿Qué te sucede? —preguntó Ivette al verla llegar tan agitada.

—Nigel acaba de pedirme que me case con él —tomó a su amiga por las manos, emocionada.

—¡Cuánto me alegro! —La abrazó la muchacha.

—Después te cuento —dijo al soltarla—. ¿Ya están todos a la mesa?

—No lo sé, pero la cena está lista.

—Voy a ver si quieren que sirvamos ya —respondió saliendo de la cocina.

Todo el recorrido hasta el comedor lo hizo palpando sus mejillas que le ardían. Apenas podía reprimir las ganas de gritar y danzar por lo que acababa de ocurrir. Era una lástima que hubiera tenido que separarse tan pronto de Nigel y no haber disfrutado más de aquel momento, aunque ya habría tiempo.

Al llegar al comedor vio que ya estaban todos sentados a la mesa, excepto Nicholas y Gabrielle que aún no habían llegado. Antes de que pudiera decir nada, Jordan la cortó mirándola preocupado.

—Erin, ¿estás bien?

—Sí, Excelencia —respondió ella avergonzada al sentirse descubierta.

Jordan hizo una mueca de disgusto y la miró con desaprobación chasqueando la lengua, haciendo que todos se echaran a reír, avergonzando aún más a la joven quien no comprendía.

—¿Aún tiene problemas con su título? —le preguntó Erick a su prima, divertido.

—Creo que los tendrá siempre —respondió ella.

—Sobre todo con la gente que aprecio y que me han conocido tal cual soy —agregó Jordan mirando con declarada intención a Erin.

—No la recrimines —posó Agatha su mano en su hombro—. Es normal que se dirija a ti así, dado que tu situación ha cambiado.

—Lo sé, Agatha —tomó su mano entre sus dedos—. Pero yo llegué a este castillo como Jordan, y así me conocieron todos. Estoy orgulloso de servir a este Reino y agradeceré siempre ese título porque pude así desposarte, pero tú bien sabes que no me siento de la nobleza y menos para que mis amigos me traten de vos. ¿De acuerdo? —preguntó dirigiéndose ahora a Erin con una sonrisa conciliadora.

—Lo intentaré —le sonrió también a cambio.

—Ahora cuéntame por qué venías tan agitada —continuó con cordialidad—. Seguro que el mentecato de Nigel te ha hecho algo —dio por sentado y tuvo la certeza de que había acertado cuando la vio enrojecer.

—No seas así, Jordan —le recriminó Claire—. Serán cosas privadas entre ellos y la estás poniendo en un aprieto, ¿verdad? —le guiñó el ojo a Erin que le sonreía.

—En realidad, es algo bueno —dijo sin embargo—. Nigel me ha pedido que me case con él.

Jordan fue el primero en levantarse para felicitarla con un gran abrazo, a lo que lo siguieron todos los demás.

—¿Qué estamos celebrando? —exclamó Gabrielle animadamente viendo la escena al entrar al comedor seguida de Nicholas, quien portaba a Ilsik en brazos.

—Nigel le ha pedido matrimonio —les anunció Jordan.

—¡Enhorabuena! — Gabrielle fue a felicitarla.

—Ya era hora —bromeó Nicholas mientras dejaba cuidadosamente al bebé en una cunita que había dispuesta cerca de la mesa.

—¡No digas eso! —le reprochó Gabrielle riendo, entretanto él también la felicitaba.

—¿Y para cuando la boda? —quiso saber Trystan.

—En realidad, aún no hemos hablado de eso —aclaró ella.

—En cualquier caso, lo celebraremos por todo lo alto —le anunció Nicholas ayudando a Gabrielle a sentarse.

—Gracias, Majestad —respondió ella agradecida.

—Ves, y él no hace aspavientos —le apuntó Erick a Jordan con tono burlón.

—¿Todavía sigue con eso? —lo regañó Gabrielle.

—Siempre —respondió Agatha por él.

—Dejadlo ya —les interrumpió Claire—. Erin está esperando.

—Perdón —Gabrielle sonrió—. Ya podéis servir.

—Sí, Majestad —respondió ella, tras lo que salió.

—Entonces habrá que preparar una boda dentro de poco —dijo Gabrielle ilusionada.

—¿Y el bautizo de Ilsik? —se interesó Gladys.

—Gabrielle quiere esperar a que nazca nuestro bebé —respondió en su lugar Claire.

—Será un doble bautizo —agregó Gabrielle lanzándole una mirada más que significativa a Nicholas.

—¿Ahora? —le preguntó él por lo bajo y asintiendo ella con la cabeza.

—¿Pasa algo? —preguntó Erick con curiosidad.

—Bueno, ya que estamos tratando el tema del bautizo, Gabrielle y yo hemos estado hablando sobre quiénes queremos que sean los padrinos de Ilsik —le explicó, enredando sus dedos entre los de su esposa cariñosamente.

—Sabemos que todos le queréis mucho y sois igual merecedores, pero debíamos elegir —se justificó Gabrielle de antemano.

—No te preocupes —Erick agitó una mano, restándole importancia al asunto—. Además, ya nos hacemos a la idea de quiénes serán.

—¿Ah, sí? —lo miró Jordan extrañado, como si Erick supiera algo que él desconocía—. ¿Quién según tú?

—Pues Agatha y tú, Excelencia —respondió con sorna, tratando de

provocarlo, aunque no causó ningún efecto sobre él, pues estaba tratando de asimilar el significado de sus palabras mientras intercambiaba miradas de sorpresa con su esposa.

—Gabrielle... —se giró entonces hacia ella, expectante.

—Sí —respondió ella sonriente—. Y no me pidas que te explique los motivos, porque son evidentes.

—Lo que te voy a pedir es un abrazo —dijo en cambio levantándose y caminando hacia ella. La rodeó entre sus brazos, emocionado, y vio cómo una más que sonriente Agatha hacía lo mismo con Nicholas.

—No sabes la ilusión que me hace —le decía a su hermano. Luego se dirigió a Gabrielle para abrazarla también, haciendo Jordan lo propio con Nicholas.

—Cuando vayamos a su matrimonio, debemos reiterarles nuestra invitación a Ylva y Zayev —le sugirió Gabrielle a Nicholas.

—Cuando veamos a Ylva no creo que tenga cabeza para pensar en invitaciones, Gabrielle —apuntó Claire.

—Ya sé que estará muy ocupada con los preparativos —afirmó ella—. Pero creo que sería muy buena idea que ellos vinieran aquí a pasar la luna de miel —propuso ella.

—Sería delicioso que pasaran aquí una temporada —la apoyó Gladys—. Además, Claire, para entonces el bebé estará por nacer, y visto que van a ser los padrinos, deben venir de igual modo.

—Pues no es mala idea —admitió Claire—. Se lo sugeriré a Zayev en cuanto lleguemos a Tarsus. Por cierto —se dirigió a Trystan ahora—, quería consultarte algo.

—Tú dirás —respondió amablemente.

—¿Crees que Gabrielle está lo suficientemente recuperada como para que viajemos ya? —quiso saber.

—¿Quieres adelantar el viaje? —la miró Erick con cierta desaprobación—. No creo que aún te hayas repuesto del que hicimos nosotros.

—Pues yo creo que sí —discrepó ella—. Es más, me encuentro mejor que nunca desde que quedé encinta. Pasó la época de las náuseas y los mareos, y

opino que podríamos aprovechar y viajar cuanto antes, siempre que tu padre lo crea conveniente.

—¿Qué opinas, padre? —preguntó Erick con un deje de suspicacia, al no pensar precisamente en sus indisposiciones matutinas.

—Opino que Claire tiene razón —repuso con contundencia, sabiendo la actitud que mostraba su hijo ante la salud de su esposa—. El embarazo de Claire ahora va según lo previsto, y Gabrielle ya lleva días haciendo vida normal.

—Si viajamos con más tiempo podríamos hacer más paradas —trató Claire de convencer a su esposo—. Incluso desviarnos un poco hasta Breslau. Descansaríamos y, de paso, mi padre podría hacer el trayecto hasta Tarsus con nosotros.

—Parece una buena idea —intervino también Nicholas, provocando que Erick lo mirara de reojo con cierto malestar.

De pronto, sintió que todas las miradas recaían sobre él, aunque la de Claire, obstinada y dolida, era la que más lastimaba. ¿Tan difícil era entender que lo hacía por su propio bien?

—Está bien —tuvo que acceder, finalmente, Erick, aunque la tensión en el ambiente era palpable.

—Pues entonces brindemos —dijo entonces Jordan tomando la jarra de vino y sirviendo en las copas con gran ánimo, consiguiendo contagiar a los demás—. Claire, tú con agua —apuntó cuando la muchacha le ofreció su copa—. Aunque tal vez Trystan te dé permiso para que bebas un sorbito de vino, y así brindes como es debido por el recién nombrado padrino de Ilsik —bromeó mirando a Trystan, y haciendo que todos estallasen en risas.

—No sabía que fueras tan vanidoso —bromeó Nicholas—. Tal vez deberíamos considerar nuestra decisión —le dijo a Gabrielle con fingida seriedad mientras ella reía.

—Yo también opino lo mismo —lo secundó Erick, ya más tranquilo—. No sé si Jordan sería una buena influencia para vuestro hijo.

—Decid lo que queráis —agregó él con el pecho henchido—. Pero no enturbiareis mi alegría ni un ápice. ¡Salud! —exclamó levantando su copa con entusiasmo.

Y es que su buen humor era difícil de aplacar. Aún después de cenar y

habiéndose retirado ya a su recámara, Jordan seguía emocionado. Se quitó la túnica y la camisa, y se sentó en la cama apoyando su espalda en el cabecero, con las manos cruzadas en la nuca y una gran sonrisa en los labios. Agatha lo observaba curiosa desde el reflejo del espejo de la cómoda mientras desabrochaba su vestido para ponerse el camisón.

—¿Aún piensas en lo del bebé?

—Es que verdaderamente no lo esperaba —se incorporó yendo hacia ella aún sonriente.

—Sigues siendo igual de modesto que siempre —negó ella con la cabeza sonriendo a su vez—. Nunca cambiarás.

—Y tú nunca dejarás de ser tan hermosa —la abrazó por detrás, mirándose ambos en el espejo.

—No dirás eso cuando empiece a envejecer y me llene de arrugas —apuntó ella con coquetería.

Jordan la hizo girar tomándola de la cintura y fundió su mirada con la suya.

—Siempre serás mi diosa —le susurró—. Aunque intente imaginarte llena de arrugas como tú dices, tu imagen sigue siendo divina.

—Así que me imaginas convertida en una viejecita —rio ella.

—Te tengo tan grabada en mí que puedo verte de cualquier forma que desee —agregó con una sonrisa sugerente, inclinándose lentamente hacia ella.

—¿Y qué visión de mí prefieres? —musitó al sentir sus labios cálidos en su cuello. No resistió los deseos de tocarlo y hundió los dedos en su fuerte espalda.

—Hay tantas —respondió sin separarse apenas de su piel—. Pero, últimamente, hay una que invade mi mente con insistencia, y te ves tan deseable en ella...

—Cuéntame —le pidió Agatha mientras notaba su vestido resbalar hasta el suelo.

Jordan se separó un paso para observarla, mordiéndose el labio inferior al sentir de pronto esa ola de deseo que su esposa provocaba en él con solo mirarlo, con solo tocarlo. Y ella sabía de su poder. Con ojos traviosos, alargó

su brazo y comenzó a recorrer la larga cicatriz de su abdomen con la punta de sus dedos, lanzando deliciosos escalofríos por todo su cuerpo. Él suspiró como respuesta. Llevó las manos hasta sus hombros y tiró de la tela de la enagua, deslizándola por los brazos de su mujer y despojándola de la prenda. Una mirada insaciable la atrapó a la vez que lo hacían sus manos al rodear su estrecha cintura, acariciando la piel de su contorno, y acercándola por fin hacia él.

—Te veo así, desnuda —le susurró con ardor, cerca del oído.

—Me has visto desnuda muchas veces —musitó, entrecerrando los párpados, sintiendo el efecto que producía la voz de Jordan sobre ella.

—Tienes razón —comenzó a besar lentamente la línea de su rostro, aproximándose peligrosamente a su boca—. Pero te veo con el vientre deliciosamente abultado, albergando a nuestro hijo.

—Jordan...

—Quiero que me des un hijo —le pidió antes de tomar sus labios con pasión.

Agatha correspondió a su beso, aferrándose a él, entregándose por entero, queriendo que ese beso arrasara con todo en su interior, sobre todo con aquella desazón que acababa de clavársele en el corazón tan dolorosamente.

Capítulo 6



Por fin habían salido de aquel inquietante bosque. Las copas de sus árboles eran tan espesas que apenas dejaban pasar un rayo de sol, y buena prueba de ello era que aún se mantenía fresca la nieve en el suelo, no habiendo podido derretirla con su calor. Sin embargo, el paisaje frente a ellos era igual de desolador, pues la llamada Fortaleza Roja se alzaba como un hito de sangre clavado en la soledad de aquel enorme claro en el que estaba apostada y que, prácticamente, la rodeaba.

En cuanto cruzaron aquella extensión yerma, dirigiéndose al puente levadizo, vieron que, en el otro extremo, les aguardaban un hombre y una mujer. Los tres Reyes descabalaron en cuanto estuvieron frente a ellos.

—Vos debéis ser Lady Moira —habló Quyosh en representación de todos. Alargó su mano en demanda de la suya para besársela, accediendo ella—. Y vos sois Lord Hrodgar, si no me equivoco —se inclinó levemente.

—Sed bienvenidos —respondió él, inclinándose a su vez—. Debéis estar agotados tras un trayecto tan largo. Mis criados os atenderán inmediatamente —e hizo un gesto con su mano instándoles a entrar.

—Os lo agradecemos —respondió Günes caminando a su lado—.

Aceptamos más que encantados vuestra hospitalidad, pero nosotros tres preferiríamos que antes nos reuniéramos para tratar ciertos asuntos.

—Por supuesto —accedió Moira—. Alyna, encárgate de todo —le indicó a su sirvienta—. Seguidme, por favor.

Los condujo al Salón del Trono, donde se había colocado una mesa con cinco mullidos butacones dispuestos a su alrededor. Mientras los hombres tomaban asiento, varias doncellas entraron portando algunas jarras de vino e hidromiel, más bandejas con viandas, pero Moira les lanzó una significativa mirada para que comprendieran que ella se encargaría de servir a los soberanos y se retiraran.

—Pueden tomar un refrigerio mientras tanto. —Les ofreció llenando sus copas de bebida, tras lo que volvió a sentarse junto a Hrodgar.

—Sois una anfitriona excelente, Milady —apuntó Korw, alzando su copa hacia ella con reconocimiento.

—Gracias —sonrió, complacida.

—Y muy hermosa, con todos mis respetos —añadió Quyosh, provocando que Hrodgar se removiese en su butaca.

—Moira es una mujer de grandes cualidades —afirmó, tratando de disimular su malestar con una sonrisa forzada.

—De eso no cabe duda —intervino Günes—. No es necesario que os explique nuestra sorpresa al recibir vuestro cuervo. Son muy pocas las personas que podrían descifrar el significado de la profecía con tal precisión.

—Digamos que eso es parte de esas grandes cualidades de las que hablaba antes —apuntó Hrodgar—. Moira no es, ni por asomo, una mujer común.

—Soy lo que llaman una hechicera —agregó Moira al ver la confusión de sus rostros.

Los tres soberanos intercambiaron durante unos segundos miradas de complicidad. Más que eso, parecían mantener una silenciosa conversación, algo que Moira supo con seguridad al ver cómo Günes asentía con la cabeza.

—Por lo que veo, no soy la única que goza de algún tipo de poder —apuntó ella entonces.

—En efecto, Milady. La telepatía puede considerarse un don, pero se ha de tener la mente predispuesta para ello y perfeccionarlo con arduos años de

entrenamiento —le explicó Quyosh.

—Pero somos los únicos en Hæe con este poder, solo podemos comunicarnos entre nosotros —le aclaró Günes—. Los conocimientos necesarios para adquirirlo se transmiten exclusivamente de soberano a soberano, de padre a hijo —añadió, dejando de manifiesto la relación de consanguineidad que compartían los tres.

—La intención de nuestros antepasados era que, dada nuestra forma de gobernar, pudiéramos discutir y tomar decisiones en presencia de nuestros súbditos, sin poner en tela de juicio nuestras opiniones o ponernos en evidencia con discusiones o desacuerdos frente a ellos —continuó Korw.

—Comprendo —asintió Hrodgar—. ¿Y a qué conclusión habéis llegado? —preguntó haciendo referencia a su silencioso diálogo.

—Primero, nos gustaría que nos pusierais en antecedentes —comenzó Günes—. Y así comprender vuestros intereses en esto.

—Por supuesto —accedió Hrodgar.

—Pero sobre todo, necesitamos saber si conocéis la profecía en profundidad —añadió Quyosh.

—Sé con exactitud que, lo que precisáis para dicha profecía no se cumpla, no afecta solamente al niño; va mucho más allá —respondió así Moira a sus dudas, haciendo que los tres sonrieran satisfechos.

—¿Quiere decir eso que está todo dispuesto? —quiso asegurarse Korw.

—Solo a falta de algún detalle del que pienso encargarme personalmente —anunció Moira con pérfida sonrisa en su rostro.



Las doncellas depositaron en la gran mesa las últimas bandejas donde servían la cena. A un lado de ella se hallaban sentados Quyosh, Günes y Korw y frente a ellos, Anyan, Griän, Cam, Antü y Araw entre el resto de miembros de la Corte. Como era de suponer, el resto de la comitiva cenaría en el comedor de la servidumbre.

—Todo tiene un aspecto exquisito —comentó Günes deleitándose con el

aroma.

—Mi señora me manda a decirlos que podéis disponer del salón cuanto tiempo gustéis, y nos ha ordenado que no os interrumpamos en ningún momento —le explicó una de las sirvientas, depositando una campanilla cerca del soberano—. Tocadla si requerís de nuestros servicios, Majestad.

—Dale las gracias en nuestro nombre a Lady Moira —le pidió Quyosh.

—Sí, Majestad —respondió la criada, inclinándose levemente, tras lo que siguió a sus compañeras que ya habían abandonado la sala.

—Tanta hospitalidad abrumba —murmuró Griän con suspicacia.

—Tienes razones para desconfiar, mi querido joven —repuso Günes—. Por eso, debemos explicaros en qué punto está la situación.

—Antes que nada, debéis saber que el Niño de la Sizigia es el heredero de Asbath y Los Lagos, dos reinos declarados enemigos acérrimos de este —empezó Quyosh.

—Lady Moira y Lord Hrodgar, no son los soberanos de estas tierras —apuntó Anyan—. Y, sin embargo, sus gentes parecen rendirles pleitesía como si así lo fueran.

—En efecto —asintió satisfecho Korw a su intervención, sonriendo ella levemente—. Eso se debe a que, meses atrás, hubo un cruento enfrentamiento entre ellos, en el que el Rey Balkar resultó muerto.

—Lord Hrodgar fue gravemente herido y Lady Moira salvó su vida, rescatando después ambos lo poco que quedaba del Reino —continuó Günes—. Entre ellos hay un vínculo muy fuerte —añadió pensativo.

—Entonces, nada de esto es gratuito —concluyó Antü, refiriéndose no solo a la ya nombrada hospitalidad, sino a la ayuda que parecían estar ofreciéndoles.

—Digamos que es una simple relación simbiótica. Ellos nos ofrecen su ayuda y, de esa forma, nosotros les ayudamos a ellos —razonó Quyosh—. Su deseo de venganza es desmedido, pero en un enfrentamiento directo estarían perdidos, habiendo quedado la población diezmada en el combate.

—Nosotros seremos el brazo ejecutor, y ellos nos facilitarán el camino, poniendo al niño y toda su estirpe a nuestra disposición —prosiguió Korw—. Hasta entonces, podremos habitar en este castillo con tranquilidad.

—Majestad, habéis dicho que este reino perdió aquella batalla —puntualizó Griän—. Tal vez el Rey Nicholas, como soberano vencedor, lo reclame con justo derecho mientras estamos aquí, y complique así nuestros planes.

—De nuevo tienes razón —respondió Günes—. Lord Hrodgar supone que si no lo reclamó en su día no lo hará ahora pero, igualmente, nos ha facilitado una solución para ello.

—Se ha redactado un documento, falso por supuesto, donde se demuestra que antepasados nuestros eran los soberanos de estas tierras y que les fueron arrebatadas de forma ilegítima —desenrolló Quyosh un pergamino, mostrándoselo—. Solo falta que añadamos el símbolo de nuestro linaje para darle más veracidad. Confío en que Lady Araw, con sus grandes dotes, sepa hacer un buen trabajo —deseó, alargando el pliego a la joven.

—Será un honor, Majestad —respondió ella tomándolo con orgullo.

—Por tanto, la primera parte del plan será esa —anunció Günes—. Nos presentaremos ante el Rey Nicholas reclamando de forma pacífica este reino, para así poder instalarnos aquí sin apremio o preocupación alguna, y gozando de total libertad de movimiento.

—¿Y cómo sabremos que está todo dispuesto? —quiso saber Cam—. Porque no solo necesitamos al niño.

—Para nuestra fortuna, Lady Moira es más que consciente de eso —afirmó Korw—. Se ha ofrecido a encargarse personalmente de ello. Así que únicamente restaría esperar aquí a que todas y cada una de las piezas encajen, y poder entonces efectuar el Ritual de la Luna Nueva para vencer la profecía.

—Ella nos mantendrá informados de todo a través de sus cuervos —agregó Günes—. Un método muy curioso pero infalible, como todos habéis comprobado.

—¿Y cuándo partiríamos? —preguntó Griän.

—No hay tiempo que perder, así que mañana mismo —decretó Quyosh—. Por tanto, si habéis finalizado, deberíamos retirarnos ya. Nos espera otro largo viaje.

—Sí, Majestad —murmuraron algunos de los comensales mientras otros hacían ademán de marcharse.

Se levantaban los soberanos también cuando Korw llamó la atención de los otros dos, de modo sutil. Su silenciosa conversación duró solo unos segundos, asintiendo ambos soberanos y dirigiéndose entonces a la salida.

—Aguarda, Lady Anyan —detuvo el joven rey a la muchacha que había quedado un tanto rezagada.

—¿Precisáis de mí, Majestad? —obedeció ella.

—Solo quería conversar un momento contigo —le aclaró él—. No lo hacemos desde antes del Ritual del Equinoccio de Primavera.

—Es cierto, Majestad —asintió al hacer memoria.

—Me pareció apreciar en ti, aquel día, un deje de envidia hacia la muchacha —apuntó él con un ápice de malicia—. Es algo totalmente normal —agregó con rapidez al ver la intención de la joven de justificarse.

—Ninguna de nosotras puede negar que hemos deseado alguna vez estar en el lugar de la Ofrecida —alegó igualmente.

—Sin embargo, ahora son ellas las que te envidian a ti —añadió con declarada intención—. Y más que eso, pues no eres una simple Ofrecida, sino La Elegida.

—Tenéis razón—afirmó con una leve sonrisa—. Aunque aún queda un año para que sea yo quien camine hacia el Altar Sagrado —bajó entonces su mirada.

—Detecto cierto temor —la miró curioso—. Pero creo adivinar que no es a ése momento al que temes, sino a lo que sucederá dentro de tres meses —agregó receloso.

—No me malinterpretéis, Majestad —se apresuró ella a aclararle, preocupada de contrariarlo—. Es únicamente el temor a fracasar en mi cometido.

—Serías la primera en hacerlo —negó con la cabeza tratando de disuadirla—. Y me consta que acatas con complacencia cada una de las instrucciones y directrices que marcan Nuestras Escrituras para prepararte como es debido.

—Mi hermano, como mi Preceptor que es, se encarga personalmente de supervisarlos —asintió ella más calmada.

—Siendo así, no hay posibilidad alguna de fracaso —le sonrió

transmitiéndole confianza.

Entonces Korw alzó su mano para tomar un pequeño mechón dorado de cabello que había escapado de su recogido y lo colocó tras su oreja. Anyan bajó la vista sonriendo, mostrándose complacida con aquella leve caricia.

—Sabes —le oyó decir al soberano en un susurro—. Debo reconocer que ejercí cierta influencia en Günes y Quyosh para que tú fueras la escogida, y me siento muy satisfecho de haberlo conseguido.

—Gracias, Majestad —alcanzó a murmurar ella, orgullosa y agradecida por lo que aquello significaba.

—Ahora deberías retirarte —le sugirió—. Mañana reemprendemos el viaje.

—Buenas noches, Majestad —obedeció ella inclinándose. Le dedicó una leve mirada tratando de disimular su nerviosismo y se encaminó a abandonar la sala.

No cabía duda de que el Rey del Amanecer mostraba cierto interés en ella, y eso era mucho más de lo que podía esperar. Y Anyan era capaz de ocultarlo al resto del mundo, pero no podía mentirse a ella misma; sí temía lo que sucedería dentro de tres meses. Solo deseaba que esa pequeña muestra de afecto significara que iba a resultar un poco más fácil de lo que creía.

Capítulo 7



Francis supuso que restaban pocas horas para el final de su viaje, pues hacía tiempo que había empezado a recorrer los lagos que adornaban aquel reino. Se obligó a sí mismo a decir que esa también era su patria, debía acostumbrarse, estando como estaban tanto Los Lagos como Asbath bajo la soberanía de Nicholas y Gabrielle.

Aún recordaba cuando Jordan les anunció que, la que entonces era Princesa Gabrielle, contraería matrimonio con el Rey Nicholas. Era inevitable desconfiar. Era un rey del todo desconocido para ellos, a pesar de ser reinos vecinos. Y había que contar con que ya habían sufrido varios intentos de ataque por parte del Rey Balkar. Todo cambió desde entonces, y para bien. El Rey Nicholas resultó ser un soberano generoso y condescendiente que colmaba de felicidad a su reina; Jordan no solo halló el amor, sino que desposó a la Princesa Agatha, siendo nombrado Marqués y, lo más importante... Virrey. Y, como consecuencia de todo eso, a él lo habían ascendido oficialmente a Capitán de la Guardia de Asbath.

Francis suspiró hondamente. Aquel era un honor que no esperaba. Era cierto que Jordan había renunciado a su cargo temporalmente, para proteger

personalmente a la reina, pero era un puesto que debía retomar tarde o temprano. Sin embargo, el destino había cambiado a su favor, siendo suya ahora la labor de procurar seguridad y protección a su pueblo, además de que contaba con la entera confianza de Jordan, quien le asignaba mayores responsabilidades que él cumplía gustoso.

Aquel viaje era uno de esos casos. Había recibido una misiva suya en la que le informaba que se adelantaría su viaje a Tarsus para acudir a los esponsales del Príncipe Zayev y la Princesa Ylva, por lo que necesitaba darle ciertas indicaciones personalmente. No era de extrañar. El asunto de las recaudaciones le estaba generando dolores de cabeza, expresión dicha literalmente por Jordan, aunque todo pareciera ir por buen rumbo.

Por eso, apenas hubo recibido la misiva, Francis salió de Asbath, deseando llegar a su destino cuanto antes y, reconociendo ese tramo de trayecto, era muy probable que arribase al castillo antes de que anocheciera. Sin embargo, tanto él como su caballo ameritaban un pequeño descanso, así que se alejó del camino adentrándose en el paraje, en busca de alguno de esos tranquilos lagos en el que relajarse. Tal vez después de comer algo podría darse un baño y aprovechar para asearse un poco.

Palpó sus mejillas en busca de posible vello incipiente y, al pasar los dedos por su bigote, no pudo evitar acordarse de su hermana y sonreír, recordando su opinión acerca de su aspecto.

A Selene no le hacían falta grandes motivos para mofarse de él. Aunque Francis sabía que ella lo adoraba, aquello era parte de su carácter alegre y risueño, y no perdía ocasión para reírse de él, bromeando frente a los guardias en un falso intento de restarle autoridad y que nunca conseguía conociéndola como la conocían sus hombres.

Normalmente, el objeto de sus burlas solía ser su cabello que era castaño y ondulado, y he aquí la cuestión, largo hasta casi los hombros. "*Voy a empezar a llamarte Francesca, porque vas camino de convertirte en una nenaza*", solía decirle y él reía porque, mientras ella se mofaba, lo estaba obligando a sentarse frente al espejo para peinar cariñosamente sus cabellos. Sin embargo, el argumento de sus chistes había cambiado hacía unos días. "*Ese reguero de hormigas y la barba de chivo que te sale de la barbilla no te harán parecer más varonil, ni hará que las mujeres caigan rendidas ante ti*", le había dicho Selene la mañana en que Francis había decidido dejarse bigote y barba.

El joven volvió a reír al recordar la ocurrencia de su hermana, pintándolo como una muchacha presumida que se acicala tratando de atraer así al amor. ¡Como si fuera tan sencillo!, tal como lo narraban en las fábulas donde la doncella encontraba a su príncipe amado con una simple caída de pestañas. Sin embargo, Francis sabía que ella esperaba encontrar ese hombre, ese amor, y que ese era el motivo por el que aún no había elegido esposo, a pesar de ser una mujer casadera. Y él podría obligarla, en cierto modo, al haber fallecido sus padres, pero no quería hacerlo, máxime compartiendo, como compartían ambos, aquella misma esperanza.

Él, en la soledad de su recámara en el Cuartel de Guardias, también soñaba con encontrar a esa mujer a quien amar, tanto... que lo hiciese capaz de enfrentarse al mundo entero por ella. Sí, un amor así de fiero esperaba en su vida, por imposible de encontrar que pareciese. Selene le decía, cuando él le hablaba de sus inquietudes, que era un romántico empedernido, pero él se llamaba a sí mismo pobre iluso, por perseguir tal quimera. No obstante, lo prefería, no quería convertirse en uno de tantos hombres que se casaba con la primera muchacha que encontraban, para luego engañarla con cuanta mujer se le ponía a mano, yendo en busca de eso mismo que buscaba él. ¿Era tal pecado el querer sentir amor en la vida?

Eso parecía, y su destino sería vagar en soledad. A esa conclusión llegaba mientras divisaba un pequeño y acogedor lago. Azuzó un poco a su caballo hasta un árbol cercano y descendió para atarlo a una rama. Nadie podía negarlo; sería maravilloso gozar de aquel paisaje en compañía de la mujer de su vida. Suspiró con resignación y buscó entre su zurrón la comida que su hermana le había preparado, cuando escuchó una voz.

Se separó de su montura y empezó a buscar con la mirada, aunque convencido de que no era posible. Allí no había nadie más que él, e iba a volver sobre sus pasos cuando la escuchó nuevamente, con total claridad ahora. Era una voz femenina y provenía del lago. Al dirigir su vista al agua vio cómo unos brazos emergían a la superficie hundiéndose a continuación, y Francis supo con certeza que, si no hacía algo, quien quiera que fuera, se ahogaría.

De camino a la orilla apenas si pudo despojarse de su espada. El tiempo corría en su contra y no podía perderlo liberándose del peso de su brigantina y botas. Tal vez se arriesgaba a que lo hundiera en las profundidades del lago, pero algo lo impulsaba a lanzarse al agua y nadar sin parar, sin pensar en las

consecuencias. No había vuelto a ver resurgir aquellos brazos y temía llegar tarde, así que solo nadaba con fuerza hacia donde creía que la había visto por última vez. Sumergió entonces por completo su cuerpo y comenzó a atravesar aquellas aguas, pero no la halló y maldijo para sus adentros pensando que la perdería. Salió a la superficie tomando una gran bocanada de aire y volvió a zambullirse, con más impulso, tratando de hundirse más, cuando vio una sombra oscura. Braceó alcanzando con sus dedos sus ropas y tiró con energía de ella hasta la superficie.

Apoyó la espalda de la joven contra su pecho, sujetándola de la cintura con una mano y con la otra impulsándose para nadar hacia la orilla, de espaldas. Su cuerpo era delicado y ligero como una pluma pero laxo, pareciendo carente ya de vida.

Al llegar a la ribera la depositó con suavidad sobre la hierba y, acercando el oído a su boca, comprobó que no respiraba. Temió que se hubieran llenado sus pulmones de agua y que fuera tarde, así que decidió insuflarle aire tratando de salvarle la vida, tomando su barbilla y nariz lo más delicadamente posible e inclinándose sobre ella.

Un fuerte latido resonó en sus oídos en cuanto posó sus labios sobre los de la joven. Un tanto confundido y turbado llenó su interior con su aliento, haciendo resurgir, a través de aquella sensación extraña que lo recorría, la prioridad de salvarla. Le insufló todo el aire que pudo, apartándose después un poco en busca de una señal de vida, y que no halló para su desazón. Volvió a exhalar con fuerza en su boca y esa segunda vez ya no escuchó aquel latido en sus oídos, sino que lo sintió golpear con ímpetu contra su pecho, en cuanto entró en contacto con sus labios, desarmándolo por completo. Aturdido, se separó y la miró de nuevo, aliviado vio cómo la joven empezaba a toser, expulsando el agua y volviendo a respirar.

—Calmaos —le dijo rodeándola con un brazo y apoyándola contra su regazo—. Estáis a salvo.

Fue entonces cuando pudo observar lo hermosa que era, jamás había contemplado belleza igual. Sus pálidas facciones, que contrastaban con su oscuro vestido, no eran propias de una mujer, eran las de una deidad, dulces y delicadas, quedando enmarcadas por algunos mechones mojados de un cabello dorado como el sol, y que habían escapado de lo que parecía haber sido un recogido. Algunos caían largos sobre su pecho y se preguntó cómo sería poder liberarlo de aquellas horquillas que lo sujetaban, para enredar

aquella seda entre sus dedos. Y sus ojos..., el verde de los campos se divisaba en esos ojos que ahora lo miraban con extraña expectación. Francis apenas se atrevió a respirar cuando la vio alzar una mano y dirigirla a su rostro. Aquellos dos latidos, de hacía unos momentos, se convirtieron en un palpitante galopar en el preciso instante en que sintió sus finos y húmedos dedos recorrer su mejilla, mientras aquellos ojos seguían hipnotizándolo, mirándolo con una expectación difícil de descifrar.

Pero es que en ese mismo momento, para ella todas sus creencias se habían desmoronado como un castillo de naipes. Creció creyendo que el Astro Sol era el dador de luz, calor y vida, para darse cuenta, en ese mismo segundo, de que no era así. No había visto la luz hasta fijar su mirada en aquellos ojos grises que brillaban como ceniza candente, el mundo era de un frío glacial hasta que no hubo sentido su cálido aliento traspasar su interior y aquellos labios, que ahora perfilaba con la punta de sus dedos, eran los que acababan de devolverle la vida con su caricia.

Y si siempre había dirigido sus rezos hacia el Sol en busca de su cercanía y el obsequio de sus dones, ahora dirigía su rostro hacia lo que para ella se acababa de convertir en una fuente de vida, cuyo elixir acababa de despertar cada uno de sus sentidos. Sin miedo alzó los labios en su busca y Francis, no dudó en ir a su encuentro. Durante un segundo trató de buscar una explicación a algo tan incomprensible, pero fue solo durante ese segundo, lo que tardó en sentir rugir la sangre en sus venas con el tacto de aquella boca.

La besó con frenesí, impulsado por aquella fuerza extraña que había propiciado ese momento tan indescriptible y enigmático, tan inexplicable que hacía que su cuerpo no obedeciera otra orden que no fuera la de besar a esa mujer, que lo besaba a él con la misma intensidad. Notó su delicado cuerpo estrecharse contra el suyo, sus dedos hundirse en las anillas de su pelo y su boca robar su aliento con necesidad. Y Francis no pudo hacer otra cosa que abrazarla con fuerza y entregarle todo su ser con la profunda caricia de sus labios, deleitándose en su sabor, que penetraba en él en forma de ardor que recorría su cuerpo.

—¡Anyan! ¡Anyan! —se escuchó una voz a lo lejos, y ambos separaron sus bocas, sobresaltados, con la respiración agitada y la consciencia aún adormecida.

—¡Anyan! —volvió a escucharse. Y esta vez se obligaron a despertar, buscando los dos con la mirada de dónde provenía aquella voz.

—¡Griän! —exclamó ella entonces, divisando Francis la figura de un hombre a caballo que se acercaba con rapidez. Tal vez debería haberla soltado en ese momento, pero la joven no daba intención de quererlo, así que continuó sosteniéndola entre sus brazos.

—¡Maldita sea, Anyan! ¿Dónde te habías metido? —preguntó aquel hombre, deteniéndose frente a ellos y desmontando—. ¿Qué ha sucedido? —demandó al verla de semejante guisa.

—He estado a punto de ahogarme y este caballero me ha sacado del agua —le explicó con simulada normalidad.

—¿Ahogarte? —se extrañó Griän arrodillándose junto a ellos y sustituyendo, con dolorosa naturalidad para Francis, sus brazos por los suyos—. Pero si eres una experta nadadora.

—He sentido un calambre muy fuerte en la pierna —le narró dejándose revisar por él—. No sé, Griän, de repente fue como si algo me hundiese hacia las profundidades, sin poder hacer nada por evitarlo.

—¿Por qué te has alejado de la comitiva? —la regañó, aunque aliviado al ver que estaba bien—. Y sin caballo, además.

—Quería pasear un rato aprovechando la parada y, al ver el lago, no he podido reprimir los deseos de nadar —se defendió ella—. Deberías agradecer que no me haya pasado nada.

Griän giró su rostro entonces hacia Francis, quien observaba aquella conversación entre confundido y contrariado.

—¿Y vos sois? —inquirió Griän alzándose, ayudando a su hermana a incorporarse.

—Mi nombre es Francis —respondió un tanto disgustado por aquella actitud cortante, levantándose a su vez—. Soy el Capitán de la Guardia de Asbath.

—Yo soy Lord Griän de Häe —dijo con un poco más de cordialidad al recordar con rapidez el nombre de ese reino—. Ella es mi hermana, Lady Anyan.

—Es un honor, Milady —repuso con alivio al conocer su parentesco, y tomó su mano con suavidad para besarla—. Aunque temo que para vos no haya sido la mejor ocasión para conocernos, dadas las circunstancias —añadió con declarada intención, dejando un mensaje en el aire solo para

ellos dos.

—Os equivocáis, Milord —mantuvo ella su mirada, tal parecía que no temiese verse delatada ante su hermano—. Qué mejor ocasión que esta en la que me habéis devuelto la vida.

—Quienes también estarán encantados de conoceros, y agradecidos por haber salvado a mi hermana, serán sin duda nuestros soberanos —añadió Griän, ajeno a aquella conversación entre líneas. Pero quien de súbito endureció sus facciones fue Anyan al escucharle nombrar a sus Reyes—. De hecho, nuestra comitiva se dirigía al castillo de Los Lagos. Hay cierto asunto que tratar con vuestro Rey —prosiguió el joven mientras Francis trataba de escudriñar en la ahora huidiza mirada de Anyan.

—Qué casualidad —alegó el Capitán un tanto distraído, sin explicarse el comportamiento de la joven—. Yo me dirijo hacia allí también.

—Sería un honor para nosotros si nos guiarais —le sugirió Griän en tanto se despojaba de su oscura capa y cubría a su hermana con ella.

—Por supuesto —asintió Francis.

—Seguidme, entonces —le pidió Griän, pasando un brazo por los hombros de Anyan e iniciando la marcha.

Francis intentó leer por última vez en el rostro de Anyan, que seguía con la mirada baja. Algo había cambiado en ella que no alcanzaba a comprender. Y tampoco comprendía lo que acababa de suceder hacía un momento entre ellos, aunque no le interesaba buscar explicación alguna. Si existía alguna certeza en toda aquella situación inverosímil era lo que había sentido, ¡lo que ambos habían sentido!, la forma en que su delicado cuerpo vibraba contra el suyo era buena prueba de ello.

Solo unos minutos antes, se lamentaba a los cielos vaticinando una vida llena de soledad, buscando una mujer a quien amar, por quien luchar. ¡Pues como que el cielo existía que la había encontrado!



Claire recostó su cabeza sobre el pecho de Erick, cerrando los ojos y respirando profundamente, llegando a ella el perfume de los ya engalanados

jardines del castillo. Pero sobre todo, disfrutaba de la cercanía de su esposo y de su calor.

—Como ves, mi primo escogió con justa razón este torreón para convertirlo en su escritorio —lo escuchó decir mientras le acariciaba con dulzura el vientre—. Desde este ventanal la vista es maravillosa.

Claire volvió a abrir los ojos hacia el paisaje que alcanzaba a verse hasta el horizonte. Los cristalinos lagos ya empezaban a reflejar la luz melocotón del sol del ocaso, otorgando al momento una anaranjada tibieza.

—Tienes razón —asintió ella—. Pero con semejante espectáculo se corre el riesgo de desatender el trabajo y ocupar el tiempo contemplándolo.

—Eso depende —disintió Erick con rotundidad.

—¿De qué? —preguntó ella con ingenuidad, inclinando su rostro para poder mirar el suyo.

—De la compañía —alegó él con sonrisa torcida—. He subido aquí para asomarme por esta ventana miles de veces, pero nunca un atardecer me había parecido tan hermoso como este. Cada pequeño momento, cada simple instante es especial por el mero hecho de vivirlo contigo —le susurró.

El joven percibió cómo aquel encantador rubor maquillaba sus mejillas, y volvió a sonreír. Por mucho tiempo que pasase, siempre causaría ese efecto en ella. Acarició su rostro con ternura y se inclinó para depositar un suave beso en sus labios.

—Erick...

—¿Sí? —murmuró mientras volvía a besarla levemente.

—¿Aún me amas?

Erick se tensó por completo ante aquella repentina cuestión carente de sentido. No era una pregunta retórica, una de esas que se hacen sabiendo cuál es la respuesta. Se separó de ella y la observó contrariado. Claire parecía dudarle firmemente y no comprendía en absoluto a qué se debía aquello.

—Debes pensar que no si me lo preguntas así —respondió con seriedad—. Dudas de mi amor por ti —no lo cuestionó, lo afirmó.

—Erick, yo... —titubeó bajando el rostro avergonzada, pero él tomó su barbilla haciendo que lo mirara.

—¿Por qué crees que no te amo? ¿A qué viene esto? —insistió Erick con

el dolor ya reflejado en su voz y ojos.

Claire se sintió morir. Comprendió, de repente, que estaba siendo injusta con él y, lo peor de todo, le estaba haciendo daño con aquella insinuación que ahora se le antojaba sin fundamentos. Seguramente las demás tenían razón y el embarazo la había sensibilizado demasiado magnificando en demasía lo que ocurría a su alrededor, haciendo una montaña de un simple grano de arena. Gladys insistía en que el comportamiento de Erick se debía a que estaba muy preocupado por ella y el bebé, desviviéndose por su bienestar. ¿No era esa una buena prueba de su amor?

—Perdóname —exclamó Claire de súbito, hundiendo el rostro contra su pecho—. Gabrielle piensa que estoy demasiado susceptible con el embarazo y empiezo a creer que tiene razón. Perdóname por ser tan estúpida.

—Puedo entender que te afecte tu estado, pero no hasta el punto de hacerte infeliz con ese tipo de pensamientos absurdos —la abrazó lleno de comprensión—. No pueden hacerte olvidar que eres lo más importante para mí, la razón por la que vivo. Puedo decirte a cada momento lo mucho que te amo si es lo que necesitas, pero no permitas que esos fantasmas te alejen de mí.

—Hazlo entonces —le pidió ella mirándolo suplicante, con ojos cristalinos.

Erick enjugó una pequeña lágrima que ya recorría su mejilla, casi podía ver desesperación en la mirada de su esposa, y el corazón se le encogió dolorosamente. Claire no podía estar sufriendo por una estupidez semejante, cuando él la amaba cada día más, feliz de tenerla a su lado, de saberla suya, habiéndole obsequiado con la dicha de ese hijo. ¿Es que ella no se daba cuenta de eso?

—Claire, te amo con todo lo que tengo y todo lo que soy —tomó su rostro con ambas manos—. Si pudieras ver en mi corazón..., si fuera posible mostrarte cuán grande es mi amor por ti, si hubiera algo que pudiera hacer para demostrártelo, te juro que lo haría sin dudar.

—Bésame —le pidió entonces ella en un susurro.

Erick dudó un segundo ante aquella petición. ¿Un beso? Podría ofrecerle el mundo entero si ella quisiera, pero si eso le bastaba... y tanto que lo tendría. La atrajo hacia él alcanzando sus labios, acariciándolos con dulzura infinita y deseando que el roce de su piel pudiera borrar aquellas sombras que

la atormentaban. La sintió enredar sus dedos tras su nuca y él hizo descender sus manos hasta su espalda para estrecharla entre sus brazos, pero entonces notó su vientre abultado contra su abdomen e, instintivamente, debilitó su agarre temiendo dañarla.

Sin embargo, Claire respondió con demandante exigencia, acrecentando la intensidad de ese beso, aferrándose a sus labios con turbadora necesidad. Así era imposible no dejarse arrastrar por ella. Erick luchaba por controlar sus impulsos, la sentía entre sus manos como una figurita de cristal a punto de quebrarse en cualquier momento, y era un temor que lo perseguía sin descanso. Pero ahora sentía la boca de su mujer deliciosamente apetecible, aturdiéndolo, tentándolo con su sensual caricia y obligándolo a rendirse ante ella.

Dulce rendición.

La abrazó con fuerza y demandó acceso a su boca entreabriéndola ella gustosa, recibéndolo con un gemido imposible de reprimir al sentir la cálida y húmeda caricia de su lengua en la suya. Y Erick tembló por entero. La respuesta de Claire lo hacía arder en deseo, de un modo incontrolable. La necesidad que tenía de ella iba en aumento conforme pasaban los meses, y estaba por pasarle factura. Sería tan fácil flaquear, perderse en la desnudez de su cuerpo, recorriendo con sus labios cada rincón de su piel, disfrutar de esa boca que estaba a punto de llevarlo a la locura...

Pero no debía, aquella voz interna volvía a resonar en su cabeza devolviéndole la cordura. Su embarazo había tenido dificultades, podría dañarla, hacer que perdiera el bebé y no tendría fuerzas para continuar viviendo si algo les pasaba. Era un doloroso sacrificio separarse de su calor, pero tenía que hacerlo, por su bien.

La tomó por los brazos y la separó de él con trémula lentitud, mirándolo ella profundamente confundida.

—Claire, yo...

—Erick, ¿has visto a Jordan? —irrumpió repentinamente Nicholas en el estudio, sobresaltándolos. Al ver la turbación de sus rostros, Nicholas comprendió que su aparición había sido una desafortunada intromisión—. Disculpadme —intentó excusarse.

—Tranquilo, ya nos íbamos. ¿Verdad, Claire? —la miró con intención.

—Sí —se obligó ella a decir.

—Nos vemos después —espetó Erick haciendo ademán de irse—. ¿Vamos? —instó a su esposa a seguirle, quien obedeció.

Nicholas se limitó a verlos salir lamentándose de nuevo por su interrupción. Solo esperaba que el motivo de su extraña actitud no se debiese a una discusión, idea que trató de eliminar de su mente de inmediato. Ambos se amaban y ese amor pronto iba a dar su fruto con el hijo que Claire esperaba. Y aquello le recordó el motivo por el que buscaba a Jordan.

Había pasado toda la jornada trabajando, sin apenas descanso, para poder disfrutar durante un rato de su mujer y su hijo, y cuál había sido su sorpresa al saber que Jordan se había "apropiado" de Ilsik para disfrutar de un paseo. Nicholas comenzaba a pensar que habían salido del reino, porque no era capaz de encontrarlos.

Con desánimo abandonó su estudio y se encaminó hacia su recámara, al menos pasaría su tiempo con Gabrielle, no desaprovechándolo en aquella búsqueda infructuosa. Ya se había resignado cuando escuchó la voz de Jordan resonando en el interior de su habitación.

—Por fin te has dignado a devolverme a mi hijo —exclamó Nicholas con una mal conseguida seriedad.

—Ni lo sueñes —rio el joven—. El principito necesitaba un cambio de pañal —señaló a Gabrielle que se hallaba inclinada sobre la cama, terminando de vestir al bebé—. Seguimos con nuestro paseo, ¿verdad? —se dirigió a Ilsik que alzaba sus manos como respuesta—. Como ves, estamos de acuerdo por aquí —se mofó tomándolo en brazos.

—¿Y se puede saber adónde vais? —le preguntó Nicholas, fingiendo malestar.

—Un príncipe heredero debe conocer sus posesiones, así que empezaremos por este castillo, ¿te parece? —le decía de nuevo al bebé como si realmente le entendiera.

—¿No crees que es muy pequeño? —rezongó Nicholas.

—Debe ser consciente de cuáles van a ser sus responsabilidades desde la cuna —respondió tranquilamente—. Nos vemos en la cena.

Nicholas lo observó marcharse con total asombro y aquello fue lo único que le faltaba a Gabrielle para echarse a reír.

—¿Pero tú has visto eso? —señalaba el joven hacia la puerta tratando de contener su risa.

—¿Estás celoso? —bromeó ella.

—No, aunque espero que Agatha le dé un hijo pronto para que yo pueda recuperar al mío —ironizó—. No te rías —le pidió a su esposa que encontraba aquello demasiado divertido—. Soy tu marido, así que debes apoyarme.

—Sí, mi señor —consintió ella aún sonriente.

La expresión de Nicholas cambió de inmediato y en sus labios se esbozó media sonrisa y una mirada sugerente en sus ojos.

—¿Qué sucede? —preguntó Gabrielle con simulada ingenuidad mientras su esposo se acercaba a ella lentamente, acechante.

—Sabes que me encanta cuando me llamas así —la tomó de la cintura acercándola a él.

—Creí que te gustaba más oírme decir tu nombre —le dijo dejándose abrazar.

—Con eso, lo que consigues es tenerme a tu merced —le confesó.

—¿Es cierto eso? —le lanzó una sonrisa pícar—. Me gustaría comprobarlo.

—Adelante —la alentó, desafiante.

Notó cómo Gabrielle se ponía de puntillas y acercaba su boca a su oído, susurrando su nombre... *Nicholas*... Podría tomarlo como un juego y bromear con Gabrielle sobre ello, pero para él era implacable el efecto que le causaba.

Encontró los labios de su esposa a medio camino de los suyos, buscándolos y, como siempre, le sorprendió la impetuosidad de la mujer que se escondía tras su sonrisa de niña. La rodeó fuertemente con sus brazos, sintiendo su pequeño cuerpo encajando con el suyo, hecho como estaba para él, mientras sus labios seguían unidos en una dulce caricia.

—¿De veras hay que aguardar a que pase el periodo de cuarentena? —murmuró Nicholas, provocando la repentina risa de su esposa—. ¿Es que hoy te va a hacer gracia todo lo que te diga? —quiso quejarse él.

—Es solo que me ha sorprendido tu ocurrencia —trató de contener su risa

sin conseguirlo.

—Estoy hablando en serio —rió también habiéndolo contagiado ella—. Es normal la impaciencia de un hombre por estar con su mujer, ¿no?

—Totalmente —asintió ella sonriente.

—¿Entonces? —Se inclinó sobre su cuello para besarlo.

—Temo que sea pronto todavía —emitió una leve risita.

—Maldición —suspiró el joven con gesto exagerado, haciendo que Gabrielle volviera a reír.

—¡Nicholas! —escucharon a Jordan exclamar por el pasillo.

—Vaya, no solo me robas la atención de mi hijo, sino que también quieres robarme la de mi esposa —bromeó al verlo entrar por la puerta con el niño aún en brazos—. ¿Sucedo algo? —le preguntó entonces al ver su seriedad.

—Acaba de llegar Francis —le dijo.

—Bueno, esperábamos que llegase para la cena —le recordó sin entender su preocupación.

—Es que no viene solo —le explicó—. Una comitiva de al menos un centenar de personas viene con él.

—¿Quiénes son? —Soltó a Gabrielle para caminar hacia él, comprendiendo entonces su actitud.

—Los que encabezan el séquito dicen ser los soberanos de un reino llamado Häe —hizo una deliberada pausa—, y quieren discutir contigo sobre Adamón.

Capítulo 8



Nicholas alzó su mano casi a la altura de su hombro demandando la de Gabrielle, y ella la posó sobre la suya. La joven ya no recordaba cuánto tiempo hacía que no se tomaban la mano de ese modo tan ceremonial y respetuoso; ahora, cuando caminaban enredaban sus dedos como la pareja enamorada que eran. Sin embargo, la ocasión lo ameritaba, igual que precisaba el que vistiesen ropajes reales y corona, ya que en el Salón del Trono aguardaban los Reyes de Häe y su Corte.

Al entrar a la estancia, la pareja compartió una fugaz y sorprendida mirada al contemplar aquella inusual estampa. Cuando Jordan les habló de "los Reyes de Häe", habían dado por supuesto que se refería a un Rey y una Reina, pero parecía que su suposición era del todo errónea. De frente hacia sus tronos esperaban tres hombres, que indiscutiblemente eran reyes con igualdad de derecho, pues las tres coronas que portaban eran idénticas. Uno de ellos, el de en medio, se encontraba un poco más adelantado que los otros dos, y era de mediana edad. Lo flanqueaban a su derecha un hombre joven, y a su izquierda otro mayor que él. Tras ellos, se situaban los que imaginaron

formaban su Corte, hombres y mujeres con elegantes y oscuros ropajes.

Nicholas acompañó a Gabrielle hasta su trono, ayudándola a acomodarse, tras lo que él hizo lo mismo. Fue entonces cuando su familia, escoltados por Francis y Nigel, accedieron a la sala, colocándose tras ellos. A pesar de estar acompañada de los suyos, un inexplicable escalofrío recorrió a Gabrielle al enfrentarse directamente con aquellos desconocidos.

—Es un honor conoceros, Rey Nicholas —le escuchó decir al soberano que encabezaba el séquito—. Permitidme que nos presente. Ellos son Korw y Günes —indicó señalando a los hombres—, y yo soy Quyosh, Reyes de Hæe.

—El honor es nuestro —asintió Nicholas con la cabeza—. Ella es mi esposa, la Reina Gabrielle.

La joven inclinó levemente el rostro como muestra de respeto mientras los tres soberanos compartían simuladas miradas, pero llenas de significado.

—Antes que nada —se apresuró a continuar Günes—, queremos asegurarnos que nuestra intención con esta visita no es perturbar vuestra tranquilidad.

—Tengo entendido que queréis tratar conmigo sobre el Reino de Adamón —alegó Nicholas con cierto recelo.

—Os han informado bien —repuso Korw.

—A pesar de la gran lejanía a la que se encuentra Hæe, ha llegado a nuestros oídos vuestro triunfo sobre el Rey Balkar —prosiguió Quyosh—, al igual que vuestro desinterés por ese territorio al no haberlo reclamado.

—¿Acaso os interesan esas tierras? —preguntó Nicholas con extrañeza.

—Lord Griän —pronunció Quyosh haciendo que el joven se adelantase. Con los ojos fijos en el suelo, evitando mirarlo directamente, se acercó hasta Nicholas y le entregó un pergamino que portaba en su mano.

Ante la mirada expectante de los tres soberanos, Nicholas lo desenrolló para leerlo con detenimiento. Al concluir pasado un momento, se lo alargó a Gabrielle, quien lo tomó para revisarlo también. Ese detalle produjo otra mirada suspicaz entre los soberanos y que a Gabrielle, como la vez anterior, no le pasó inadvertida. Se removió en su asiento con cierto malestar y continuó con la lectura. Le devolvió, al finalizar, el pliego a su marido, llena de asombro por lo que había leído.

—Es vuestro desinterés, antes mencionado, el que nos ha animado a presentarnos ante vos —le aclaró Günes—. Nuestro pueblo es pacífico, no somos un Reino con un gran ejército, por lo que no es un enfrentamiento con vos lo que buscamos.

—Pero este documento os acredita como soberanos legítimos del Reino de Adamón —apuntó Nicholas—. Aunque yo tuviera algún interés en él, no podría negarme a entregároslo.

—Eso habla muy bien de vos —concordó Quyosh—. Sois un soberano justo y ecuánime, pero debéis comprender nuestra postura. Ese documento no sirvió de nada ante Balkar ni ante sus antepasados, que fueron quienes nos lo arrebataron.

—Sin embargo, no es el caso —les alargó Nicholas el pliego, tomándolo Quyosh—. Podéis tomar posesión de ese territorio cuando gustéis.

—Nicholas, ¿puedo decir algo? —susurró Gabrielle por lo bajo.

Su esposo la miró contrariado. *¿Desde cuándo su Reina debía pedir permiso para hablar?*

—Por supuesto —la instó a hablar, dándole un cariñoso apretón en su mano y haciéndole un gesto con la cabeza para que lo hiciese en voz alta. Gabrielle asintió, tomando aire.

—Si a vuestros oídos llegó la hazaña de mi esposo, imagino que también sabréis de la naturaleza sanguinaria de aquel pueblo —pronunció—. Que este Reino consienta en que toméis lo que es vuestro por derecho, no significa que ellos vayan a someterse a vuestra voluntad por las buenas.

Los tres Reyes la observaron atónitos.

—Puede que tengáis razón —repuso Quyosh titubeante, sin saber muy bien qué decir.

—¿Queréis decir por tanto que tal vez nuestro largo viaje ha sido en vano? —quiso tantear Günes.

—En absoluto —negó Gabrielle un poco más confiada gracias al apoyo de su esposo.

—¿Qué propones? —la miró Nicholas con una mezcla de curiosidad y orgullo.

—Ofrecerles nuestro apoyo —le respondió ella—. Mandar un

destacamento de nuestros hombres que porten nuestros emblemas. En Adamón son conscientes de que tu victoria te da el derecho sobre ellos, y no atacarán. Saben que pueden ser derrotados de nuevo.

—No queremos causar molestias —trató Quyosh de disuadirlos.

—Mi esposa tiene razón —insistió Nicholas—. Yo bien sé de qué materia está hecha esa gente y, sin duda, os atacarán.

—Con vuestro permiso, Majestad —se adelantó un paso Francis.

—Habla —accedió Nicholas.

—En vista de vuestro inminente viaje, me ofrezco para encargarme de este tema personalmente.

—¿Y el asunto que tienes pendiente? —señaló hacia Jordan.

—Hay hombres de confianza en quien podría delegar y que cumplirán eficazmente con ese cometido. —Francis le lanzó una mirada más que significativa a Jordan, quien comprendió que debía apoyarlo, aunque no entendiera el porqué.

—Steve y Patrick se harían cargo sin problemas —le corroboró entonces.

—Puedo llevarme de aquí a algunos hombres —miró Francis a Nigel, quien asintió concordando— y, de camino a Adamón, desviarnos un poco hacia Asbath y completar un buen grupo, para otorgarnos protección a modo de prevención.

—¿No estáis de acuerdo? —les preguntó entonces Nicholas a los tres soberanos que observaban la escena con contrariedad.

—Oh, sí —se excusó Quyosh—. Es solo que no pretendemos ocasionaros perjuicio alguno, y más habiendo escuchado que os marcháis de viaje —tuvo que mentir.

—Partimos pasado mañana hacia el Reino de Tarsus —le confirmó Nicholas—. Pero podéis permanecer aquí más tiempo si gustáis. Debéis estar agotados tras un viaje tan largo.

—No queremos abusar de vuestra hospitalidad más de lo necesario —replicó Korw—. Podemos partir mañana mismo.

—Como deseéis —aceptó Nicholas.

—Ordenaré inmediatamente que os acomoden en las mejores recámaras —se ofreció Gabrielle—. Mientras tanto, ya se han dispuesto algunos

refrigerios en el comedor. Si nos acompañáis —apuntó levantándose ella seguida de Nicholas.

De nuevo de la mano, se abrieron paso para indicarles el camino hacia el comedor, acompañados de Trystan y Gladys; Erick y Claire, y Agatha, quedándose Jordan un tanto rezagado.

—Espera un momento —tomó del brazo a Francis, quien se iba a retirar al igual que Nigel hacia el Cuartel de Guardias a advertir a los hombres.

—¿Has cambiado de opinión? —le preguntó el Capitán un tanto expectante.

—No, pero quiero que me lo expliques —le habló ahora con camaradería.

—Solo cumplo con mi trabajo —le dijo con simulada seriedad.

—No me vengas con paparruchas —insistió golpeando su brazo.

Francis soltó una carcajada. Luego dirigió su mirada hacia el séquito que acompañaba a los Reyes de Hãe, y que ya comenzaban a encaminarse hacia la salida, tras ellos. Entonces hizo un gesto con la cabeza a Jordan para que también mirara.

—La mujer de cabello rubio y recogido —sentenció Jordan.

Francis ahora volteó su vista hacia él, aunque más que sorprendido esta vez.

—Era fácil de adivinar —se sonrió Jordan—. Solo había que ver cómo la mirabas hasta hace un momento.

—Es ella —admitió Francis—. Y quiero decir en todos los aspectos.

—¿Estás seguro? —preguntó con divertido asombro.

—Completamente —dijo rotundamente.

—Pues buena suerte.

—¿Por qué lo dices? —Creyó dilucidar cierta llamada a la precaución en su expresión.

—Igual que te he observado a ti, la he observado a ella —le aclaró Jordan—. Y casi podría asegurarte que le interesas.

—¿Sin embargo?

Sabía Francis que había algo más.

—Las mismas miradas que te dedicaba a ti, se las dedicaba después al rey más joven. No me malinterpretes —detuvo Jordan su intervención—. No eran miradas de amor, sino más bien de temor.



Gabrielle agradeció para sus adentros cuando llegaron a la recámara tras la cena. Su primer y casi urgente impulso fue acercarse a la cuna de Ilsik. La doncella que se quedó a su cuidado había hecho un buen trabajo, y su hijo dormía plácidamente. Lo observó durante unos momentos, sobrecogida por aquella angustia inexplicable, hasta que sintió las manos de Nicholas recorrer sus brazos hacia sus hombros.

—Has estado muy callada en la cena y apenas has sonreído —susurró calmadamente en su oído—. ¿Qué te ocurre?

—Que no sonría no significa que me ocurra algo. —Trató de excusarse.

—Aunque solo llevemos meses de casados, te conozco mejor de lo que crees, Gabrielle —respondió él—. Volver a hablar de ese reino te hace revivir lo que ocurrió, ¿verdad? —dijo con tristeza.

Gabrielle se volvió y se dejó abrazar por su marido.

—Aquello no es más que un mal recuerdo. —Negó con la cabeza tranquilizándolo.

—¿Entonces? —deseó saber él—. Te noto extraña desde que llegaron los Reyes de Häe.

—¿Te has fijado en cómo me miraban? —Alzó de repente su mirada hacia él—. Cuando me has pasado ese pergamino sentía sus ojos indagadores sobre mí.

—Me he dado cuenta y en cierta forma comprendo su actitud —la abrazó otra vez contra él, acariciando suavemente su espalda—. Mucha gente consideraría inusual mi forma de actuar con respecto a ti.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes que muchos reyes no permiten que sus esposas intervengan en asuntos de estado —le recordó él.

—¿Lamentas que yo...?

—No seas tonta —la rodeó más fuerte contra su cuerpo acunándola cariñosamente como si fuera una niña—. Tú y yo nos tratamos de igual a igual no solo en ese, sino en todos los aspectos de nuestra vida. Es lo que siempre esperé encontrar en una esposa, en mi Reina.

—¿Ves como son extraños? —dijo de súbito revolviéndose entre sus brazos—. ¿Qué reino es ese, con tres reyes y ninguna reina? Porque Francis me ha asegurado que no es que su ausencia se deba a que han permanecido en Häe a la espera de sus esposos. ¡Es porque no hay reinas en Häe!

—Cálmate, Gabrielle —sonrió él volviendo a acogerla contra su pecho—. El mundo es demasiado grande como para que sea gobernado por las mismas y únicas reglas para todos. Hay distintas formas de vida que rigen a los distintos pueblos, y no se puede prejuzgar a nadie por ello.

—Reconoce que es una monarquía un tanto peculiar —insistió ella—. Si ya es difícil que un rey tome la decisión justa, ¿cómo lo harán tres?

Nicholas se echó a reír ante lo que ya parecía un arrebató infantil.

—Tienes razón, Gabrielle —concedió finalmente—. Y claro que reconozco que me producen una gran curiosidad, pero su actitud en la cena me ha resultado demasiado distante hacia nosotros como para preguntarles y tratar de indagar sobre su forma de gobernar. Hubiera sido descortés y, aunque aseguren que vienen en son de paz, no siento deseo alguno de crearme ningún enemigo a causa de una simple indiscreción por mi parte —inclinó él su rostro buscando los ojos de su esposa—. Gabrielle —tomó su barbilla obligándolo a mirarle—, no hay razón para dejarse intimidar por algo así. ¿O es que hay más?

—Algo en ellos me inquieta, me asusta —le dijo con un hilo de voz.

Nicholas depositó un dulce beso en sus labios, acariciando con suavidad su mejilla.

—No hay de qué preocuparse, yo estoy contigo —murmuró.

—Lo sé —suspiró abrazándose a él casi con alivio.

—Además, parten mañana mismo —agregó.

Y eso fue lo que definitivamente otorgó paz a Gabrielle. No sabía por qué ni necesitaba saberlo, pero algo en ella le hacía desear que se alejaran de sus

vidas cuanto antes.



Hrodgar se desperezó, reticente a abrir los ojos, y fue al estirar sus brazos y sentir la ausencia de Moira a su lado cuando los abrió. La buscó por la habitación y no tardó en hallarla sentada frente a un pequeño escritorio, aún desnuda.

—Muy importante debe ser lo que lees para sacarte así de la cama —bostezó con pereza.

—Malas noticias —anunció ella.

—¿Qué sucede? —Se incorporó con rapidez desapareciendo de súbito toda aquella desidia.

—Los Hæe no viajan solos. —Le alargó un pequeño pergamino. Hrodgar reparó entonces en el cuervo de Moira, que estaba posado en el alféizar de la ventana y que les había entregado a los reyes para usarlo como modo de comunicación.

—¿Qué significa que no viajan solos? —revisó el manuscrito con rapidez, tras lo que se lo devolvió.

—Mandan a guardias con ellos para asegurarse de que tomarán el poder sin que los ciudadanos puedan considerar la opción de evitarlo —le resumió ella mientras acercaba con rabia el pequeño pliego a la llama de una vela para quemarlo.

—¿Cómo es esto posible? —masculló él.

—No podían negarse ante su oferta —le sugirió ella—. La mínima insistencia por su parte para disuadirlos, podría haber hecho que Nicholas dudara de sus intenciones. Sería mucho más difícil deshacernos de su presencia.

—No sé cómo piensas hacerlo una vez hayan traspasado las murallas —discrepó él.

—El problema es mayor que todo eso —le aclaró.

—Eres de gran ayuda —espetó él con sarcasmo, sacudiendo una de sus

manos y dándole la espalda.

—Más de la que te atreves a reconocer —dijo ella entre risas—. No podemos permanecer aquí —continuó seria ahora—. Alguien podría reconocerte, todos te vieron en el castillo cuando te hiciste pasar por Duque de Bogen.

—Maldita sea —blasfemó—. Esto manda al traste nuestros planes.

Se paseó por la habitación, meditabundo.

—No —negó categóricamente, poniéndose de pie y acercándose a él—. Aún hay tiempo para actuar. La rapidez del cuervo nos da ventaja, y los Hæe acaban de emprender el viaje.

—¿Qué tienes en mente? —se detuvo y giró su rostro hacia ella, claramente interesado.

—Los ciudadanos de Adamón saben de tu fortaleza.

—Y de tus habilidades —apostilló él, señalándola. Todos estaban convencidos de que la combinación de ambos factores era lo que lo había arrancado de las garras de Deati.

—Nuestro liderazgo es irrefutable —prosiguió ella, alzando su barbilla, segura y altiva—. Conocen la situación y nos apoyan. De buena gana aceptan la presencia de los Hæe al saber que colaborarán en nuestra venganza —le recordó—. Hay que reunirlos y ponerlos sobre aviso para que no se produzca ningún enfrentamiento que pudiera trastocar aún más el plan. Douglas quedará al mando, a la sombra claro está, y nos irá informando de todo.

—Y, mientras tanto, nosotros ¿qué? —inquirió poniendo los brazos en jarras.

—Permaneceremos ocultos en mi cabaña —concluyó ella—. Está en mitad del bosque y nadie nos encontrará. Alyna puede procurarnos alimentos. Esperaremos hasta que los guardias de Nicholas se vayan.

Hrodgar resopló disconforme, aunque se acercaba a ella lentamente.

—¿Unos días en mi compañía te parecen tan mala idea? —preguntó ella con tono sugerente.

Hrodgar se limitó a hundir los dedos en la cintura desnuda de Moira mientras poseía su boca con ardor. La mujer rio complacida separándose de él.

—Nada puede salir mal —susurró ella haciendo resbalar sus labios por el cuello masculino—. Los Hæe sabrán llevar la situación a la perfección.

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo? —alcanzó a decir. Ni siquiera un asunto de tal importancia era capaz de hacerlo mostrarse indiferente ante las caricias femeninas.

—Tiempo es lo que nos sobra, y lo sabes —trató de tranquilizarlo—. Además del nacimiento del niño, hay un par de cosas más que deben cumplirse para que todo pueda llevarse a cabo. Una está en camino, y a la otra hay que allanárselo para que ocurra.

—Eso tampoco me gusta nada —la tomó de los hombros para mirarla fijamente—. No entiendo por qué debes encargarte tú de eso. Podrías mandar a Alynna.

Moira rio quedamente.

—Una cosa es la leche de amapola blanca para dormir a una muchachita como Gabrielle, y otra muy distinta lo que yo deberé hacer en ese castillo —alegó ella—. Debo encargarme personalmente, Hrodgar —deslizó con suavidad sus uñas por su mejilla—, del mismo modo que tú dirigirás en persona la parte más arriesgada del plan.

—No es lo mismo —murmuró entre dientes.

—¿Por qué? —preguntó divertida. *¿Es que Hrodgar aún no confiaba en sus habilidades?*

—Porque estarás a su merced, alejada de mí, y así no podré protegerte.

Meses atrás, Moira habría soltado una sonora carcajada ante aquello que bien podría parecer una declaración de amor, mas no ahora. Un fuerte palpitar en su pecho impulsó su sangre a la vez que su cuerpo, que se aferró al de Hrodgar con desesperante necesidad; piel con piel, aliento envuelto en aliento y... por qué no... corazón contra corazón.

Capítulo 9



Selene tomó otra fresa del cesto que portaba apoyado en su cintura y se la llevó a la boca, saboreándola. El clima moderado de aquel invierno había hecho florecer los fresales antes de lo previsto, haciendo sus frutos madurar de manera deliciosa. Pensó en su hermano Francis y en cómo le encantaban a él. Lástima que no estuviera allí para disfrutar de su sabor, aunque le daba la ventaja de no tener que compartirlas con él. Rio para sus adentros ante tal pensamiento y tomó otro rojo fruto. A ese paso habría acabado con ellos antes de llegar al castillo, y la vieja Bianca se enojaría con ella por no llevarle ninguno. Se dijo que ese era el último y aceleró su caminar. Se había entretenido demasiado en aquellos fresales silvestres y ya empezaba a oscurecer. Otro motivo más para que Bianca se molestase con ella, igual que se molestaría su hermano. A Francis no le gustaba que estuviese fuera de las murallas a esas horas y sin duda la anciana, habiendo quedado a su cargo, le informaría a su hermano de su retraso.

Selene resopló resignada y se apresuró aún más. No podía culparlo de querer protegerla; ella también lo hacía con él, a su modo. Solo se tenían el uno al otro y era la mejor manera en la que podían mostrarse su cariño,

cuidándose mutuamente. Sabía que algún día ella tendría que dejar de hacerlo, confiaba en que Francis encontrase una mujer a la que querer, que cuidase de él por ella y lo hiciera feliz, aunque ella dejase de serlo.

Sacudió la cabeza y se reprochó a sí misma aquella idea. No podía ser egoísta, Francis debía seguir su rumbo y ella el suyo, sola. Ella misma se había labrado ese camino al rechazar a los pocos pretendientes que se acercaron a ella con intención de desposarla. No podía aceptar a ninguno, no los amaba y, a pesar de que la vieja Bianca la animaba a escoger a alguno de ellos, Francis se mantenía al margen, para su fortuna. No, no quería un esposo simplemente por la búsqueda de seguridad y protección que le ofrecían. Ella buscaba el amor, por absurdo que pareciese en los tiempos que corrían, un amor que la golpease con fuerza, como ese flechazo del que hablaban los libros que le prestaba la Reina Gabrielle, que la lanzara a lo más alto, haciéndola volar...

—¡Apartaos!

Escuchó entonces un grito a su espalda, y sí, tuvo que lanzarse, más bien tirarse al borde del camino si no quería perecer bajo los cascos de aquel caballo que pasaba en ese instante por su lado a toda velocidad. Quedó en el suelo, sentada con todas las fresas desparramadas a su alrededor, observando a aquel jinete que frenaba violentamente al aproximarse al árbol más cercano.

—¡Te vencí! —Le oyó mofarse de otro jinete que pasaba por su lado justo en ese momento y que se detenía derrotado.

—De acuerdo, Griän, eres el ganador. —Se resignaba el otro joven.

¿Una estúpida carrera? ¿Casi muere arrollada y todo por una estúpida carrera?

Sin pensarlo dos veces, tomó en su mano la primera piedra que encontró.

—¡Lo que sois es un bellaco! —lo insultó ella en voz alta, lanzándole la piedra que Griän alcanzó a esquivar con su brazo.

—¿Cómo os atrevéis? —Miró por primera vez hacia ella y restregándose adolorido la zona donde había impactado la piedra.

—¿Atreverme? —espetó ella ofendida, poniéndose en pie y atusándose el vestido para liberarlo del polvo del camino—. Casi me arrastráis hasta ese árbol bajo vuestro caballo y no os habéis dignado ni a mirarme.

—¿Osáis hablar así a un caballero siendo una simple criada? —replicó

alargando su mano y señalando la indumentaria de la joven como una marca de su posición.

—Vos de caballero no tenéis más que las ropas —escupió ella entonces.

Griän tensó la mandíbula fuertemente y comenzó a descender del caballo, sin dejar de observarla lleno de furia.

—Griän...

—Cállate, Antü —le ordenó caminando hacia la joven que alzaba su barbilla mirándolo altiva.

—¿Qué vas a hacer? —chascó su amigo la lengua con apatía.

—Darle una lección a esta deslenguada —anunció tomando con dureza el brazo de Selene.

Pero ella no se amedrentó, al contrario. Movi6 su brazo acercando la mano del joven hasta su boca y mordiéndolo con todas sus fuerzas, hasta hacerlo sangrar.

—¡Me habéis mordido! —exclamó 6l apartando con rapidez la mano y soltándola—. ¡Maldita fiera!

Sin embargo, Selene no se preocupó por escuchar o reprocharle sus insultos. Sin ni siquiera detenerse a coger el cesto, echó a correr hacia el castillo como alma que lleva el diablo.

—¡Déjala ir! —Oía decir entre risas al otro joven, y eso fue para lo único que Selene volteó el rostro en su arrebatada carrera, para asegurarse de que, en efecto, no la seguía.

No se detuvo hasta que cruzó las murallas, sintiéndose entonces segura y alejada de la furia de aquel hombre, y se sentó un instante al pie de la escalinata de entrada al castillo para recuperar el aliento. Bien mirado ahora, aquel joven parecía en verdad un noble y hacerlo enfurecer podía acarrear pésimas consecuencias para ella, si 6l se empeñaba en que así fuera. Pateó el suelo con rabia al levantarse y comenzó a subir. No, ese hombre podría ser un noble, pero eso no le daba derecho alguno a vapulearla. Divina Vetsa... ¡ese caballo la habría aplastado! Y a 6l solo le había preocupado el ganar su ridícula competición. ¡Ridículo!, como lo era 6l con sus aires de grandeza.

—¿Qué te ocurre? —la voz de la vieja Bianca frente a ella la sobresaltó.

—Nada —alcanzó a decir.

—¿Por qué vienes tan despeinada? Tu vestido en vez de verde parece marrón con tanto polvo.

—Es que he venido corriendo —trató de excusarse.

—¿Corriendo? —La anciana la miró con incredulidad.

—Ya está oscureciendo y no quería llegar muy tarde y que te molestaras —mintió mientras trataba de contener la furia que le producía pensar en aquel maldito arrogante que la había puesto en aquella situación.

—¿Y dónde están las fresas? —le preguntó recelosa.

—Las fresas...

Mentecato engreído. Si le contaba a Bianca lo ocurrido sí que iba a tener problemas.

—¡El Capitán! ¡Vuelve el Capitán! —Escucharon desde lo alto de la muralla.

—Francis —susurró Selene llenándose de repente su rostro de alegría y dejando atrás todo lo demás.

Bajaba a toda prisa la escalinata cuando lo vio descender de su caballo, y poco le importó que tras él se hallase toda una comitiva de desconocidos. En cuanto estuvo a unos cuantos metros, se lanzó sobre él, recibéndola su hermano al vuelo entre sus brazos.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó Selene.

—Pareciera que he estado fuera por años por lo fuerte que me abrazas —bromeó él.

—Idiota. —Se separó de él golpeando su hombro.

—Compórtate, Selene —rio por lo bajo—. Tenemos visita —destacó señalando con la cabeza tras él.

Fue entonces cuando Selene prestó atención por primera vez a aquella comitiva.

—Son los Reyes de Hæe y su Corte.

Y ella sintió cómo el alma se le caía hasta los pies al ver entre aquellos rostros ese que hacía minutos trataba de olvidar.

Como era de esperarse, aquel hombre no tardó en reparar en la joven, dedicándole una mirada llena de ira.

—Mira quién tenemos aquí —le susurró burlón Antü, dándole un codazo.

—Cállate —masculló entre dientes mientras seguía fijo en la mujer, que se inclinaba ante los soberanos.

—Bianca, por favor, encárgate de que los traten como se merecen —le decía Francis a la anciana que también se inclinaba.

—Si gustáis acompañarme, en el salón os atenderemos y podréis aguardar a que preparemos vuestras recámaras. —Los invitó ella a seguirlos.

—Gracias —repuso Quyosh, tras lo que desmontó, siendo quien iniciara la marcha hacia el interior del castillo.

—Tengo mucho que contarte —le susurró Francis a su hermana al oído.

—Yo también —asintió sintiendo aquella fría mirada sobre ella por última vez, antes de que su hermano tirara de ella, liberándola.

—Parece mucho más dócil de lo que nos has contado —bromeaba Cam desmontando de su caballo.

Griän alzó furibundo su mano en la que aún quedaban rastros de sangre, mostrándosela.

—¿Seguro que no ha sido el caballo? —se mofó su amigo.

—Yo tampoco lo habría creído si no fuera porque he sido testigo —lo corroboró Antü mientras ya se encaminaban todos hacia el castillo—. Te aseguro que de dócil no tiene ni un solo cabello.

—No es de extrañar llamándose de ese modo —intervino Araw—. ¿Os habéis fijado? Tiene nombre de demonio

—Araw, Selene es uno de los nombres que se le da a la Luna —le recordó Anyan—. Para esta gente, Ella no significa el demonio que es para nosotros.

—Aún así —se encogió Araw de hombros—. Tal actitud solo puede esperarse de alguien como ella.

—¿Por qué dices eso? —preguntó extrañada Anyan.

—¿No has visto con qué descaro se ha lanzado a los brazos del Capitán? —sonrió Araw dibujándose una mueca de sarcasmo en sus labios.

—Tal vez son hermanos, me ha parecido ver cierto parecido entre ellos —alegó la joven, sintiendo una extraña punzada en su pecho ante la idea de que su suposición no fuera cierta.

—Hermanos o no, no me negarás que su comportamiento es bien diferente al nuestro —insistió Araw.

—Deberías haber leído sobre ellos, como se nos encomendó —le recordó Griän con cierto tono molesto que no pasó inadvertido a nadie.

—Y lo hice —le corrigió ella—. Es por eso mismo que lo digo. Su forma de actuar me recuerda a ese tipo de mujeres libertinas y que ellos llaman "cortesananas".

—¿Y en qué te basas para llamarla así? —la enfrentó Griän.

Araw rio sorprendida. Si no lo conociera habría podido jurar que a Griän le interesaba aquella mujercita.

—Lo que tú mismo nos has contado y lo que acabo de ver con mis propios ojos: una completa y total falta de recato —señaló ella hacia el lugar por el que había desaparecido la joven—. Además, no hay más que ver su aspecto vulgar y ordinario, el de una cualquiera...

Si Griän había creído sentir furia en su encontronazo con Selene, no era nada en comparación con aquella bruma rojiza que nubló sus ojos de repente. Se detuvo en seco, sin apenas poder dar un paso más y provocando que los demás también lo hicieran.

—Si tan enterada estás de sus costumbres, respóndeme a esto —la encaró con dureza—: ¿Con qué nombre despectivo llaman a la mujer que se ofrece a cuanto hombre se pone a su alcance?

Araw sintió aquel golpe bajo penetrarle las entrañas. Enmudeció con el rictus convulsionado por la rabia y la humillación.

—Anyan, por favor —le pidió a su hermana sin abandonar el tono mordaz ni apartar su mirada de Araw.

—Fulana —murmuró mortificada.

—Ahora, procura no olvidarlo mientras estemos en estas tierras —le escupió lleno de desprecio tras lo que emprendió la marcha de nuevo.

Araw necesitó unos cuantos segundos para poder seguirlos, doliéndole todo el cuerpo a causa de la cólera. Por supuesto, claro que no lo olvidaría nunca..., al igual que tampoco lo olvidaría él.

Capítulo 10



Ylva observaba desde el reflejo del espejo cómo las costureras trabajaban afanosamente sobre su cuerpo para dar forma a, lo que sería, su vestido de novia. Había tiempo de sobra, faltando aún varios días para la ceremonia, pero cuantos menos quedaban más en aumento iban sus nervios.

—¿Puedo pasar?

Y Zayev no se lo ponía nada fácil.

—¡No, Zayev! —exclamó ella mientras se apresuraba a ocultarse tras una cortina, justo antes de que el joven abriese la puerta—. Sabes que da mala suerte que el novio vea el vestido antes de la ceremonia —le reprendió ella, asomando la cabeza y haciéndole una seña a una costurera para que le ayudase a desvestirse.

—He de hablarte —dijo él sin tratar siquiera de justificarse.

—¿Puedes darme un minuto? —le pidió ella.

—Es urgente —insistió él.

—Ya voy —se exasperó Ylva apresurándose y saliendo a los pocos instantes.

—¿Nos podéis dejar solos? —se dirigió Zayev a las muchachas, quienes

inmediatamente obedecieron.

—¿Se puede saber qué es tan urgente para que hayas echado así a las costureras? —demandó colocando las manos en sus caderas con los brazos en jarra.

Zayev tomó uno de ellos y tiró con fuerza, arrastrando a la joven hasta sus labios, donde quedó irremediablemente atrapada. Enredó los dedos en su largo cabello, uniéndose a él, contagiada de aquel mismo ímpetu por el que Zayev se sentía dominado cada vez más, con cada día que pasaba. La aprisionó contra su cuerpo besándola con mayor fervor, dejándola sin aliento.

—¿No podemos casarnos mañana mismo? —susurró contra la boca femenina.

—Sabes que no —rio ella, complacida—. A no ser que quieras que lo hagamos con las ropas de diario y prácticamente solos.

—Ya han llegado algunos invitados —comentó como si nada.

—¿Cómo? —se alarmó ella.

—Acaban de llegar Claire, Erick y sus parientes. Como el bebé de Gabrielle nació antes, decidieron adelantar el viaje.

—¿Y me lo dices tan tranquilo? —se soltó de él para dirigirse hacia la puerta—. ¿Los están atendiendo?

—¿Ves como era algo urgente? —repuso caminando ya a su lado.

Ylva le lanzó una mirada reprobatoria.

—Y tu padre y el mío, cazando —puso la joven los ojos en blanco.

—Tranquila, Cailen está con ellos y, además, son como de la familia —añadió tomándola de la mano para calmarla.

Y Zayev tenía razón. Estaban todos en el comedor, sentados a la mesa, compartiendo risas mientras las doncellas les servían algunas bebidas.

—Aquí está la novia —exclamó el Rey Richard al verlos entrar, acudiendo a su encuentro.

—Majestad, ¿Vos también? —exclamó sorprendida de verlo.

—Ya deberías acostumbrarte a tutearme, después de tantos años —le pidió él, dándole un cariñoso abrazo.

—Nos desviamos un poco del camino hasta Breslau, para que así mi padre

no tuviera que hacer el viaje solo —le explicó en su lugar Claire mientras se acercaba a saludarla.

—Me dice Cailen que vuestro padre está cazando con Lyal —le comentó el Rey.

—Acabamos de llegar —le reprochó su hija sus claras intenciones de ir en busca de sus amigos.

—¿Me estás llamando viejo y que por eso necesito descansar? —se dio por ofendido.

—Ese es el espíritu —bromeó Trystan.

—¿Vienes? —lo invitó a acompañarle.

—Prefiero quedarme —le respondió—. No, no es que necesite descansar —se rieron ambos—, es solo que no soy muy aficionado a la caza.

—Entonces, yo os dejo. Hasta luego —se despidió de ellos.

—No tienen remedio —se lamentó Ylva mientras terminaba de saludar a todos, siendo la última Gabrielle, dirigiéndose hacia ella, quien sostenía en sus brazos a Ilsik, sonriente.

—Esto sí que no me lo esperaba —susurró besando en las mejillas a la joven—. No creí que te conocería tan pronto —se dirigió ahora al bebé que balbuceó levantando las manitas.

—Es un bebé muy despierto —intervino Nicholas, respondiendo a la mirada de sorpresa en el rostro de Ylva.

—No me puedo ni imaginar la angustia que pasarías en el momento que fuiste consciente de que ibas a tener que ayudar a Gabrielle a dar a luz —lo elogió ella.

—Yo no creo que hubiera sido capaz —admitió Zayev mientras se acercaba a conocer al pequeño.

—Dada la situación, lo habrías sido. Te lo aseguro —discrepó Nicholas.

—¿Puedo cogerlo? —preguntó Ylva.

—Claro que sí —le ofreció Gabrielle al bebé.

—¿Has visto la expresión de su rostro, Zayev? —señaló Cailen con tono jocoso—. Estás perdido, cuñado. Te veo cambiando pañales dentro de poco.

—Pues un cambio de pañal es lo que necesita este niño —arrugó Ylva la

nariz de forma graciosa.

—Ilsik, no... —acudió Gabrielle en su ayuda, echándose todos a reír.

—Vaya con el Principito —bromeó Zayev—. Así saluda a su anfitriona.

—No le hagas caso, es idiota —le decía Ylva al bebé—. ¿Puedo cambiarlo? —le preguntó a Gabrielle.

—Por supuesto —le sonrió ella—. Tengo aquí mismo el cesto con sus cosas.

Rápidamente se dirigió al lugar en el que lo había dejado, colocándolo sobre una silla cercana.

—Zayev, definitivamente estás perdido —se rio Erick.

—Cállate —le hizo un mohín.

—Por favor, que traigan un poco de agua templada —le pidió Ylva emocionada a una doncella, mientras Gabrielle colocaba un paño doblado en la mesa para que dejara al bebé.

—Hay que desvestirlo con cuidado —le daba indicaciones Gabrielle.

—Tú también deberías tomar nota, Erick —se mofó Cailen, quien observaba con atención los movimientos de su hermana—. A Claire le falta poco... ¿Y esa marca? —preguntó de repente el joven, abandonando de inmediato el tono bromista. Le hizo una leve seña a Zayev quien se acercó a comprobar a qué se refería.

—Aunque ella no lo admita, creo que mi prima tuvo antojo de almendras durante el embarazo —respondió Claire desde lejos.

—Ya te dije que no —se defendió Gabrielle mientras tomaba un cuenco lleno de agua caliente de manos de la doncella—. A mí me recuerda a la cicatriz de Nicholas, incluso está en el mismo lugar.

—Enseguida vuelvo —espetó Cailen abandonando con rápidas zancadas la estancia y provocando que los presentes compartieran miradas un tanto atónitas por su súbito cambio de actitud.

—¿A dónde va? —preguntó Jordan, quien había estado observando toda la escena con silencioso interés.

—A buscar algo —respondió de modo ambiguo Zayev.

—Esto —indicó el propio Cailen entrando en el comedor, alzando un libro

en su mano.

—No me lo puedo creer —protestó Ylva quien terminaba de vestir de nuevo a Ilsik—. Ya habíamos hablado de esto.

—No está de más que lo sepan —discrepó Zayev.

—¿Saber qué? —inquirió Nicholas.

—Dejadme que mejor os lo lea —demandó tomando el libro que Cailen le alargaba ya y lo abrió, no tardando mucho en encontrar lo que buscaba. Con tono firme, comenzó su lectura...

"...Y dará el equilibrio que el mal siempre siga de cerca los pasos del bien con la intención de destruirlo, siendo el único objetivo de las bestias el alcanzar y tragarse a los brillantes objetos que persiguen, para que el mundo vuelva así a estar envuelto en su oscuridad inicial en que se sumía la vida y renacer desde sus cenizas.

Llegará el día en que ambos seres se aproximarán demasiado a sus presas, clavándoles sus fauces y la humanidad aterrorizada ante un posible fin provocará un estruendo tan ensordecedor que las Sombras, asustadas por el ruido, los soltarán de sus mandíbulas. Una vez libres de nuevo, el Sol y la Luna reanudarán sus caminos, huyendo con más rapidez que antes, perseguidos velozmente por los hambrientos monstruos a través de sus estelas, los cuales esperarán con ansia el momento en el que sus esfuerzos se verán recompensados.

El brillo que los señores del hastío robasen a ambas esferas celestiales con sus dentelladas, no será en vano. Unirán esos fragmentos en el día señalado, en la noche señalada: un día sin su noche y una noche sin su día; un único y fatuo momento de perfecta conjunción de ambos astros, rompiéndose por un mísero instante los designios que los fuerzan a no reunirse jamás.

Y de esa unión mística nacerá un niño, de carne y luz, brillante como el sol, enigmático como la luna, y los dos convivirán en él, sus esencias. Un estigma en su cuerpo lo marcará y será la prueba de su identidad, una efigie del momento en que verá el mundo y tomará como propio el nombre de ese encuentro mágico en cualquiera de sus formas paganas, para así ser reconocido por ellos.

Pronto se alzará hasta los cielos en un intento de volver a su cuna, hacia

su Padre Sol y su Madre Luna, y ese ardid usarán los señores oscuros para cumplir con su misión, intrigando, engañándolo para ser guiados por él.

Entonces se dará un gran impropio, y es que Shabth se tragará al Sol y destruirá el elixir masculino de la Luz Divina, llorando todos los hombres por lo que les parecerá una gran calamidad. Tan inmersos estarán en su desgracia que no se percatarán de que Theth sorberá a la Luna y suprimirá el elixir femenino de esta misma Luz, extinguiéndola al anular las dos esencias que la formaban complementándose, y ya nada quedará...

Se cumplirá así la Profecía y el Eclipse será total, eterno, perpetuo. Y así llegará el Fin de los Días..."

El golpe seco del libro al cerrarse fue lo que cortó aquel silencio espeso que se había levantado en la estancia.

—¿Crees que ese libro se refiere a mi hijo? —se atrevió entonces Nicholas a preguntar, acercándose un par de pasos a él con actitud escéptica.

—Ya les dije a ambos que era absurdo —trató de excusarse Ylva.

—Por supuesto que es absurdo —aseveró Nicholas casi divertido—. No es más que una leyenda.

—No, es una profecía —apuntó Cailen—. La Profecía del Fin de los Días.

—No veo la diferencia entre ambas cosas —le restó importancia el joven.

—Nicholas, bien sabes que una leyenda habla de cosas pasadas. Una profecía, en cambio, habla del futuro.

—Lo que sé bien es que ni yo soy el Sol ni Gabrielle, la Luna —se encogió de hombros.

—Deja tu racionalidad a un lado y mira a tu hijo —señaló Zayev al bebé que Ylva sostenía en brazos—. Su cabello es dorado como el brillo del sol, y sus ojos grises como rayo de luna.

—Por el amor de Dios, Zayev, es nuestro hijo —rio Nicholas ante lo que le parecía pura terquedad—. No tiene nada de extraordinario que haya heredado rasgos míos y de Gabrielle.

—Tampoco tiene nada de extraordinario que haya nacido justo en el momento de la Sizigia, el eclipse perfecto, ¿verdad? —apostilló el joven—. Habéis prestado, todos, atención a lo que os he leído, ¿no?

—No es más que una coincidencia —intervino Erick, posicionándose

cerca de Nicholas y mostrándose de su misma opinión.

—Extrañamente, todo coincide —continuó Cailen—, porque esa marca también tiene una forma peculiar.

—Una almendra —apuntó Claire reincidiendo en su idea.

—El Ojo de Zhishan —la corrigió el joven.

—En la Antigüedad, los Hombres creían que, al observar un eclipse eran testigos, en realidad, de una confrontación entre los Dioses Zhishan y Mepht —comenzó a explicarles Zayev—. Siendo Zhishan un Dios Celestial como era, sus ojos representaban uno el Sol, y el otro la Luna. Mepht, durante la pelea, le arrancaba uno de ellos y se lo tragaba, dándose así la oscuridad propia del eclipse. La devolución de la luz provenía de la intervención divina del Dios Kadzait que deshacía el entuerto con su poder supremo y devolvía los ojos a Zhishan.

—El estigma de su cuerpo lo marcará —recitó de nuevo Ylva, llena de resignación y bajando su mirada hacia el pequeño—, y será la prueba de su identidad, una efigie del momento en que verá el mundo.

—Ella también se mostró escéptica —señaló Cailen—, hasta que supo el nombre de vuestro hijo.

—¿Cómo se os ocurrió? —quiso saber Zayev.

—Lo decidió Gabrielle —le informó Nicholas.

—En realidad no lo decidí —reconoció ella—. Vino a mi mente en cuanto tomé al niño entre mis brazos.

Nicholas se acercó a su esposa. Rodeó sus hombros con el brazo y le besó la frente, como si pretendiera ahuyentar de su cabeza todas aquellas ideas absurdas.

—Ilsik significa eclipse en la Lengua Ancestral —concluyó Zayev, creando un silencio mucho más denso que la vez anterior.

—Esto me parece ridículo —lo quebró, finalmente, Nicholas con una carcajada, soltando a Gabrielle—. Si pretendes decirme que mi hijo provocará el Fin del Mundo...

—Yo no estoy diciendo nada de eso, porque tampoco lo creo, aunque lo parezca —lo cortó con un tono también más distendido—. Puede que Ylva haya tenido razón todo el tiempo y que ni siquiera debía habérselo

comentado. Pero cuando nació vuestro hijo, no pude obviar las palabras de este libro.

—Parece antiquísimo —indicó Erick tomándolo para estudiarlo.

—Nuestros antepasados prohibían su lectura —le dijo Ylva.

—¿Vuestros antepasados? —intervino Agatha por primera vez.

—Las raíces de los reinos que conforman los Territorios Gealach se remontan a muchos siglos atrás —le explicó Erick—. Se hacían llamar así porque eran adoradores de la Luna —añadió con cierta sorna.

—Diciéndolo así haces que parezca que nuestros ancestros se pasaban las noches aullándole a la luna. —Zayev le hizo un mohín.

—Aunque sí es cierto que le rendimos culto —apuntó Cailen.

—Mostrádselo a mi prima —les pidió entonces Erick.

Los dos hombres alzaron la manga izquierda de su camisa hasta el codo para mostrarles su muñeca, mientras Ylva descubría de entre su vestido una joya que colgaba de una cadena de plata, y que representaba el mismo símbolo que estaba delineado en la piel de los dos jóvenes: una esfera, perfecta y plena, flanqueada por sendas medias lunas a ambos lados. Una composición, en sí misma, llena de armonía y magia.

—Representa Las Fases de La Luna —explicó en su nombre Erick—. Y Gealach era el nombre que le daban sus ancestros a la divinidad.

—Ah, ¿pero tú lo sabías? —le preguntó Gladys a su hijo, sorprendida.

—He de conocer bien a quien va a ser el padrino de mi hija, ¿no crees? —ironizó Erick, recibiendo un puñetazo en el hombro por parte de Zayev.

—Había oído hablar de este tipo de marca pigmentada en la piel, pero jamás había visto una —admiró la figura Trystan—. ¿Fue doloroso cuando os la hicieron?

—Nos la hacen de pequeños, así que no lo recuerdo —admitió Cailen.

—¿Os la hacen a todos? —quiso saber Agatha, observando también la marca del joven llena de curiosidad.

—Solo a los hombres —le respondió—. A las mujeres les entregan esa joya.

—Hace que no olvidemos nuestro legado —prosiguió Ylva—, que nos

esforcemos en procurar que perduren sus ritos y tradiciones en nuestras costumbres.

—Como el ritual del Vínculo de Seda en vuestros esponsales —apuntó Gabrielle con una sonrisa.

—¿Qué ritual es ese? —preguntó Gladys.

—Después del intercambio de alianzas —comenzó a explicarle Gabrielle—, las manos de los novios quedan unidas simbólicamente por una cinta de seda.

—Entiendo —sonrió a su vez Gladys.

—Yo nunca lo he visto hasta ahora, pero debe ser un momento muy emotivo.

—¿Y por qué prohibían esta lectura tus antepasados? —cambió de tema Erick, interesándose de nuevo en el viejo manuscrito y acercándose también Nicholas.

—Habla de creencias muy distintas a las nuestras —le aclaró Zayev—. Esa profecía apocalíptica que os acabo de leer no es nada comparado con algunos pasajes de ese libro.

—A mí me horroriza —musitó Ylva—. Habla de cultos que creen en el sacrificio humano como obsequio a sus dioses.

—Eso es una completa monstruosidad —exclamó Gladys.

—De eso hace ya muchos siglos —la calmó Trystan.

—Ciertamente —afirmó Zayev—. Pero hace siglos, alguien creía en todo esto, incluida esa profecía —habló ahora con gran solemnidad.

Entonces, se acercó a Ylva y tomó a Ilsik entre sus brazos, quien, curiosamente, parecía observarlo con gran atención.

—Para nosotros, las circunstancias que han rodeado tu nacimiento no son más que felices coincidencias —pronunció con suavidad, mirándolo—, anécdotas que contar a tus hijos y tus nietos. Pero, por increíble que parezca, hubo un tiempo en el que, para alguien, tú suponías una gran amenaza; eras quien vendría a destruir su mundo y a quien deberían detener para impedirselo. Porque sería tu vida... o la suya.

Capítulo 11



Majestad:

Al recibir la presente confío en que Vuestras Majestades y toda vuestra familia se encuentren bien y aprovecho para, humildemente, mandarles mis mejores deseos de felicidad a Sus Altezas el Príncipe Zayev y la Princesa Ylva, con motivo de sus esponsales.

Mi intención al escribiros es la de comunicaros que hemos arribado al Reino de Adamón sin novedad alguna. Con los hombres que viajaron conmigo desde Los Lagos y los que, después, se nos unieron en Asbath, formamos una expedición más que suficiente para presentarnos ante la gente de este reino. También pedí a algunas doncellas, entre ellas mi hermana, que nos acompañaran para que se ocuparan de nosotros en nuestra estancia aquí. Los Reyes de Häl viajan con su propia servidumbre, pero no me pareció oportuno que debieran servirnos a nosotros también. En cualquier caso, Bianca quedó al cuidado de todo en Asbath y, Patrick y Steve, tal y como habíamos acordado, quedan a disposición de Jordan para encargarse de todo lo relacionado al tema de las recaudaciones.

Deseaba también narraros un poco cómo ha sido nuestra llegada aquí.

Debo admitir que esperaba mucha más resistencia, o reticencia al menos, por parte de los habitantes de Adamón a nuestra presencia y las circunstancias en las que se iba a dar; no todos los días llega un soberano desconocido proveniente de lejanas tierras a reclamar un reino como propio. Sé que es absurdo, pero casi tuve la impresión de que esperaban nuestra llegada, aunque tal vez sean ideas mías, sugestionado por el espíritu batallador que tenía esta gente mientras vivía el Rey Balkar. Tal vez, él era quien los contagiaba con su sed de poder y sangre, y muerto él, ya no queda nada de esa motivación.

En cualquier caso, aquí hay mucho trabajo por hacer; hay instaurada una anarquía total, viviendo cada uno a su propio recaudo, sin orden ni concierto alguno. Se va a proceder a efectuar un censo, tanto de población como de propiedades, tratando de aplicar vuestro sistema de recaudaciones al haber dado los Reyes de Häe su consentimiento para ello. Nunca habían oído hablar de él, pero confían en que les ayude a que la transición sea lo más rápida y llevadera posible, aunque si aceptáis mi humilde opinión, lo más difícil va a ser que este pueblo los consideren como soberanos y, en cierto modo, me preocupa que se produzca algún tipo de revuelta o rebelión cuando más confiados estemos.

Por eso, me atrevo a pedirlos que me permitáis permanecer aquí hasta que la transición se haya hecho efectiva, y cumplir con los deseos de la Reina Gabrielle al ofrecerles su ayuda a los Reyes de Häe. En cualquier caso, como siempre, estoy a vuestra entera disposición y no dudaré ni un segundo en dejar este lugar si me necesitáis o lo consideráis oportuno.

Con todos mis respetos y aprecio,

Francis, Capitán de la Guardia de Asbath

El joven releyó la misiva por segunda vez, tras lo que, satisfecho, la dobló y lacró. Luego se acercó hacia el Cuartel de Guardias que habían acondicionado para ellos y se encontró allí con el resto de hombres.

—Capitán —se apresuraron en saludarlo.

—Toma —se lo alargó a uno de ellos—. Quiero que mañana al alba viajes al Reino de Tarsus y se lo entregues a Su Majestad.

—Sí, Capitán —obedeció él.

—Nos vemos en la cena —se despidió de ellos, saliendo.

Miró hacia el horizonte, en efecto había empezado a oscurecer, pero aún restaba algo de tiempo para dar un paseo, así que decidió subir a una de las almenas, a ver el ocaso. Tal vez era el tono rojizo de los sillares de la fortaleza que reflejaba una luz que parecía bañada en sangre, o el estar en aquellas tierras inhóspitas, pero ese atardecer se le antojaba extraño. Aunque bien pensado, era muy posible que el extraño fuera él, llevaba varios días sumido en una ansiedad exasperante y a la que no sabía bien cómo poner fin. Y toda la culpa la tenía aquella mujer esquiva que lo rehuía, convirtiéndose en inaccesible. Eso era lo que le inquietaba, aquella situación llena de incertidumbre, y si ella creía que mostrándose fría e indiferente haría que no pensase en ella y en el modo insólito y delicioso en el que se conocieron, estaba del todo equivocada. Su desdén no iba a fomentar su desinterés y tenía que hablar con ella para advertírselo; nada iba a conseguir apartarla de sus pensamientos, ni ella misma.

De repente, su corazón lo puso sobre aviso al comenzar a golpear con fuerza; Anyan estaba en aquella almena a la que él se dirigía y, mirando a su alrededor y comprobando que no había nadie, supo que el momento de enfrentarla había llegado.

—Me alegra encontraros aquí, Lady Anyan —le dijo llegando casi a su altura.

La joven se giró a encararlo sobresaltada, lanzando miradas temerosas hacia ambos lados. Al hacerlo, un rubio mechón escapó de su usual recogido. Francis contuvo los deseos de tomarlo entre sus dedos y apartarlo detrás de su oreja para así acariciar la seda de su cabello y su piel.

—No era mi intención asustaros —se excusó al verla tan azorada.

—No habéis sido vos —reconoció ella, esforzándose por apartar la mirada de aquella brigantina que dejaba entrever parte del torso masculino al estar la prenda parcialmente abierta—. Está oscureciendo y siento cierto temor al anochecer.

—¿Os asusta la noche? —se extrañó él por aquella excusa que le resultaba poco creíble e infantil.

—Hay a quien le infunde temor una simple araña —alzó ella su barbilla con cierto malestar al detectar en él un tono de incredulidad—. La inmensidad del firmamento enfundado en oscuridad y tinieblas creo que es más sobrecogedor.

—Tal y como la describís, sí —admitió él—. Me hacéis recordar a una noche en mitad de una desapacible tormenta. Pero hoy no es el caso —le dijo—. Es un bello anochecer de primavera, despejado. Mirad —le pidió con la intención de que se diera la vuelta hacia el crepúsculo—, la luna ya empieza a brillar en el horizonte y fijaos allí —le señaló un punto brillante en el cielo—, el lucero vespertino ya comienza a iluminarnos.

—No veo nada de bello en eso —contradijo bajando la mirada, sacudiendo la cabeza.

—Tenéis razón —repuso entonces Francis—. ¿Qué es todo eso comparado con una belleza como la vuestra? —susurró acercándose a ella.

—Capitán —quiso replicar ella, y giró sobre sus talones haciendo el ademán de irse, para toparse de lleno con el cuerpo de Francis que se lo impedía.

—Lleváis días huyendo de mí —apoyó sus manos en el murete de la almena, a ambos lados de la cintura de Anyan—. En esta ocasión no será lo mismo.

—No os rehúyo —balbuceó ella, inquieta por su cercanía.

—Simplemente, no me permitís que me acerque —concluyó él.

—No veo razón para que lo hagáis —alegó tratando de infundirse valor, mirándolo de frente con simulada altivez.

—Después de lo que pasó entre nosotros...

—No ha pasado nada entre nosotros, Capitán —insistió ella agitando la mano, tratando de disfrazar de frivolidad su evidente turbación, y media sonrisa se dibujó en el rostro de Francis.

—El hecho de decir las cosas en voz alta no las hace más verdaderas —la retó acercándose aún más—. Lo que pasó aquella tarde en el lago significó lo mismo tanto para mí, como para vos.

—¿Y cómo sabéis lo que significó para mí? —rio ella, nerviosamente, fingiendo indiferencia a la presión de su cuerpo.

—Porque os sentí —declaró él—. Temblabais en mis brazos.

—De frío y miedo —espetó ella—. Creí que iba a morir.

—Mentís —sentenció, y para demostrárselo utilizó la mejor arma que pudiera tener.

Consumió la escasa distancia que existía entre ellos... y la besó. Esperaba resistencia, e incluso lucha por su parte, así que se apresuró en rodearla entre sus brazos mientras tomaba sus labios con intensidad, deseando borrar de su boca aquellas palabras con las que pretendía alejarlo de ella. Sin embargo, sin bien en un principio el cuerpo de Anyan permaneció inerte a causa de su inesperado beso, al cabo de unos segundos lo correspondía, uniéndose a la ávida cadencia de sus labios y colgando los brazos de su cuello, aferrándose a él. Y esta vez no podía alegar que temblaba de frío o miedo, no, Francis la sintió contra su cuerpo, estremecerse, sobrepasada por aquella caricia que compartían y que él había deseado por tantos días, no queriendo ahora que acabara nunca al no saber cuándo tendría la dicha de volver a sentirla. Para desazón suya, fue ella quien le puso fin de modo abrupto.

—No —le susurró Anyan separándose de su boca.

Giró su rostro para evitar el influjo de la ardiente mirada de Francis, y luego tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para colocar las palmas de las manos sobre su torso y empujarlo, en vez de abrazarlo tal y como deseaba.

—Anyan... —Francis trató de tomarla de nuevo entre sus brazos aunque ella se apartó, impidiéndoselo.

—No, Capitán —se refirió a él con respeto, tratando de poner más distancia aún entre ellos.

—Podéis negarlo cien veces, mil si queréis —le advirtió—. Pero las palabras se las lleva el viento. En cambio, vuestros besos no pueden mentir.

—Olvidaos de mis besos y de mí —le pidió ella, casi suplicante—. Os lo pido.

—Podría daros mi vida si queréis —la tomó de la cintura, acercándola a él—, pero no me pidáis lo que sé que no queréis que os dé.

Sin dejarle posibilidad de reproche alguno, volvió a besarla, más profundamente que la vez anterior, y sí, bien sabía el cielo que ella mentía, porque la necesidad que saboreaba en su boca le hablaba del mismo deseo que lo corroía a él.

—Es por vuestra vida y por la mía que os lo pido —volvió a escapar de él, alejándose un par de pasos—. Os lo ruego —repitió, extendiendo su mano un momento para impedir su intención de acercarse.

—No os entiendo —masculló él, apretando los puños contra sus costados.

—No hay nada que entender —se desesperó ella—. Alejaos de mí, ahora que aún estáis a tiempo.

—¿A tiempo de qué? —demandó saber a la vez que se aproximaba un poco, aunque se detuvo al ver que ella intentaba retroceder.

—Olvidad esto que ha pasado —prosiguió ella—. O guardadlo como un bello recuerdo si queréis, pero no me busquéis más —le pidió—. Posad vuestros ojos en otra mujer, tal vez en aquella que os recibió tan calurosamente cuando llegamos a Asbath.

—¿Selene? —rio él de repente.

—No veo motivo para que os riais —alegó ella, contrariada.

—¿Sentís celos de esa mujer? —caminó lentamente hacia ella.

—Yo no siento nada —espetó Anyan.

—Ya lo creo que sí —rio por última vez antes de volver a apresarla entre sus brazos para besarla.

—Soltadme —exigió ella forcejeando y golpeando su pecho con sus puños.

Entonces, Francis aprisionó el cuerpo de Anyan contra la almena evitando que intentara escapar de nuevo y tomó sus mejillas con ambas manos para que lo mirara.

—Selene es mi hermana —le susurró.

—¿Vuestra hermana? —repitió entre avergonzada y aliviada.

—Vos sois la única en la que mis ojos se han posado —murmuró inclinándose sobre ella—. Y después de vos, sé que no habrá ninguna más, nunca —declaró, posando sus labios en los suyos con suavidad y lentitud, en un beso dulce y correspondido.

—¿Anyan? ¿Dónde estás? —escucharon de pronto la voz de Griän acercándose, separándose ella de Francis otra vez, con rapidez.

—Griän —llamó la atención de su hermano quien, por suerte, estaba bastante lejos de ellos.

—Anyan, ¿qué haces aquí? —caminó hacia ella con expresión contrariada—. Ya ha oscurecido.

—Estaba conversando con el Capitán —se excusó, esperando que aquella penumbra del ocaso disimulase el fulgor de sus mejillas.

—Milord —se inclinó levemente, saludándolo Francis y respondiendo Griän con un ligero gesto con la cabeza.

—Ya están sirviendo la cena —anunció con voz seca y tomando la mano de su hermana—. Vamos.

Anyan se despidió de Francis con una rápida reverencia, tratando de no mirarlo directamente a los ojos y se dejó arrastrar por su hermano.

—No sé qué haces aquí fuera tan tarde —rezongó él mientras se dirigían al comedor.

—Estaba dando un paseo por las almenas cuando me encontré al Capitán —le explicó—. Se estaba interesando por nuestra comodidad aquí, y me pareció descortés cortarlo bruscamente.

—Está bien —la miró de soslayo—. Los demás están allí —le señaló a su grupo.

Anyan caminó tras su hermano para unirse a ellos. De forma inconsciente, dirigió su vista a la lejanía, a la mesa principal, donde se encontraban los reyes, y su mirada se topó con la del Rey Korw, quien levantaba levemente la copa hacia ella, como en señal de brindis. La joven bajó su rostro con fingida aceptación.

—Anyan, querida, empezábamos a preocuparnos por ti —la saludó Araw con cierto toque malicioso.

—Estaba conversando con el Capitán Francis —les informó Griän restándole importancia.

—El guapo y gallardo Capitán Francis —recitó Araw—. Ahí está —lo señaló alzando su barbilla al verlo entrar en el comedor—. Y me apuesto con vosotros, lo que queráis, a que sé quién será la primera doncella que vaya a servirle vino. Observad.

Como si hubiera tenido el don de la clarividencia, apenas se había sentado el joven cuando Selene hizo aparición. Caminó hacia su mesa y dejó sobre ella una jarra, tras lo que besó una de sus mejillas y lo abrazó con efusividad.

—Parece que la jarra de vino traía guarnición como acompañamiento —se mofó Cam mientras recibía una mirada de advertencia por parte de Griän.

—Defender lo indefendible es tarea de necios —murmuró, no obstante, Araw por lo bajo.

—Es su hermana —dijo Anyan, entonces.

Griän casi dejó caer su jarra de golpe en la mesa.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Araw airada. Griän, sin embargo, miraba a su hermana con expectación, aguardando con interés su respuesta.

—Él mismo me lo acaba de decir. —Se giró hacia su hermano un tanto sorprendida por su reacción.

—En cualquier caso hay algo en ella que no me gusta...

—Parece que tienes fijación por ella, Araw —Griän parecía molesto.

—¿Qué edad tendrá? —continuó ella, ignorándolo.

—Rondará los veinte —prosiguió Antü.

—¿Y no está casada aún? —simuló Araw escandalizarse—. Creía que aquí la costumbre era que las "doncellas" se casaran más jóvenes —insinuó mordaz—. A no ser que ya no lo sea.

Griän le lanzó una mirada iracunda y Araw rio entre dientes, complacida.

—Tal vez deberíamos preguntarle —alzó la joven su brazo para llamar la atención de Selene que servía de beber en una mesa cercana.

—¿Pero qué demonios haces? —farfulló Griän.

—No seas aguafiestas —rio Cam, bebiendo vino.

—¿Más vino, Milady? —se acercó la doncella, sonriente, tratando de esquivar la mirada escrutadora de Griän.

—Sí, por favor —le ofreció su vaso—. Selene es tu nombre, ¿no? —le demandó con falsa amabilidad, asintiendo la joven—. Es muy peculiar, ¿sabes lo que significa?

—Sí, Milady. Mi padre lo escogió porque nació una noche de hermosa luna llena.

—Ya veo —la observó de arriba abajo—. ¿Te importa si te hago una pregunta?

—Claro que no —repuso ella.

—¿Qué edad tienes? —demandó estudiándola.

—Veinte —contestó, aunque no comprendía su interés.

—¿Y no es costumbre en estas tierras que las mujeres de tu edad ya estén casadas?

—Araw —la atajó Griän, pero ella no se dio por aludida.

—¿Hay alguna razón para que no lo hayas hecho? —siguió cuestionándole con suspicacia—. Tal vez, falta de pretendientes...

—Ninguno era de mi agrado —respondió ella a su demanda, mirándola todos sorprendidos, incluso Griän.

—No creí que las mujeres de tu posición se dieran el lujo de elegir —alegó Araw con aire burlesco.

—Elegir la persona con la que compartir nuestra vida no es un lujo —discrepó Selene—, es un derecho.

—Vaya sorpresa —asintió Araw, atónita—. Pero eso será hasta que tu hermano haga valer su propio derecho y te obligue a casarte.

—Os equivocáis —sonrió Selene con malicia ante lo que ya veía como un ataque personal en toda regla, aunque solo fuera verbal—. Mi hermano se casará con la mujer que ame —miró fugazmente a Anyan—, y eso mismo es lo que quiere para mí, que me case con un hombre de mi agrado.

—Mucho debes exigir cuando no lo has hecho aún —masculló Griän por lo bajo, mirando distraídamente su copa de vino.

—No exijo tanto, Milord —se dirigió a él por primera vez desde su desafortunado encuentro—. Pero un requisito indispensable será que me respete y me trate con amabilidad.

—No puedes exigir en los demás lo que no ofreces tú. —Alzó su mano mostrándole la herida que le había causado y que aún no había terminado de cicatrizar.

—¿Debo recordaros que casi morí arrollada por vuestra estúpida carrera? —le encaró ella cruzándose de brazos, desafiante—. Fuisteis el primero en mostraros de modo ruin ante mí.

—Yo no tengo que mostrarme de ningún modo contigo porque eres...

—Una sirvienta —concluyó ella misma la frase.

—Es bueno saber que eres consciente de tu posición —intervino Araw—. Tranquilo, Griän —se mofó—. No tiene aspiraciones tan altas como

conseguir a alguien como tú.

—Aspirar a alguien como él sería caer muy bajo —espetó, sin embargo, Selene.

—¿Cómo te atreves? —Griän hizo ademán de levantarse, impidiéndoselo Anyan.

—Vuestra cuna y vuestras ropas no hablan por vos, lo hacen vuestros actos —lo miró ella con desdén—. Y aún no he visto en vos ni un solo ápice de bondad, ni creo que la haya, por lo que jamás consideraría la posibilidad de casarme con alguien como vos.

—Era de esperarse —agregó Araw, mientras Selene se mantenía impávida, sin inmutarse ante la mirada amenazante e iracunda de Griän—. Como vuestro antiguo Capitán logró casarse con una princesa, ahora los criados pensáis que todo el monte es orégano.

—Jordan se ha convertido en el esposo de la Princesa Agatha, gracias a su nobleza, la que parece que a vos os falta, al referiros a alguien que pertenece a una familia real de ese modo tan soez —habló con seguridad.

Ofendida, Araw alzó su mano para darle una bofetada, deteniéndola Anyan.

—Estamos lejos de Häe —le murmuró, clamando a la cautela.

—En eso tenéis mucha razón, Lady Anyan —concordó Selene—. Puedo limpiar vuestras porquerías e inmundicias las veces que queráis —volvió a mirar a Araw—, pero no me debo a vos.

—Osada —farfulló Araw llena de ira.

—No soy osada —discrepó—, solo soy una mujer, igual que vos, y que tiene derecho a amar y ser amada, lo mismo que vos.

—Esto sí que es una desfachatez —rio Araw con impotencia—. Una mujercita insulsa y vulgar como tú, comparándote con una noble como yo.

—¿Cómo lo dijisteis antes? —simuló recordar—. Ah, sí. Es bueno saber que soy consciente de mi posición y que no tengo aspiraciones tan altas. ¿Parecerme yo a vos? Que la Divina Vetsa no lo quiera. Moriría envenenada si me mordiera la lengua. Ahora, si me disculpáis, Milady —hizo una teatral y profunda reverencia, y tomando la jarra en sus manos, se fue.

Las carcajadas de Antü y Cam, no se hicieron esperar, tratando Griän de

evitar las tuyas.

—¿De qué os reis? —se encolerizó ella.

—Era para divertirnos al fin y al cabo, ¿no? —seguía riendo Cam.

—Pero no a mi costa —espetó—. ¿Y tú, qué gracia le ves al asunto? —inquirió hacia Griän—. ¿No te has dado cuenta de cómo te ha despreciado? Una simple criada como ella... ¿O es que no has oído cómo ha dicho que jamás se casaría con alguien como tú?

La sonrisa de Griän se esfumó al instante. No hacía falta que Araw se lo recordase, por supuesto que lo había escuchado, pero aquello no era lo peor del asunto. Lo peor era la forma tan absurda y letal que esa afirmación se había clavado en su mente y en su pecho... de una manera extrañamente dolorosa.

Capítulo 12



Nicholas caminaba con premura por el corredor. Aunque estaba oscureciendo, quedaba tiempo de sobra para la ceremonia, pero se habían retrasado más de lo que creía visitando las caballerizas del Rey Phelan. Agatha y Jordan, que entendían bastante de caballos, aseguraban que eran ejemplares excepcionales, siendo la alegría de su hermana mayúscula cuando el soberano le obsequió con uno de sus sementales; no cabía en sí de gozo. Lástima que Gabrielle no hubiera ido con ellos, alegando que quería preparar al niño, hecho que a él lo tentó a rechazar o posponer la visita. Era increíble cómo podía extrañar tanto a su esposa, aunque estuvieran en el mismo castillo. Por eso, había lamentado en cierto modo que se hubiera alargado tanto aquella visita, quería estar un rato con ella y el niño antes de asistir a la ceremonia.

Cuando llegó a sus aposentos, supuso que aún estaría bañando al bebé en la recámara interior, al no verla. Con sigilo se adentró en la habitación y cruzó hacia la otra, donde solía asear a Ilsik, encontrándola allí. Parecía absorta, porque ni se percató de su presencia, así que Nicholas se detuvo a unos cuantos pasos de ella a observarla. Ilsik estaba encima de la cama desnudo, a falta del pañal y Gabrielle pasaba con lentitud sus dedos sobre aquella marca almendrada que señalaba su cuerpo. Apenas había reaccionado

cuando Cailen y Zayev les contaron sobre aquella profecía, aunque no porque no la hubiera impresionado. La conocía y sabía que le había afectado profundamente pero, por alguna extraña razón que no comprendía, prefería no hablar del tema.

—Gabrielle —susurró él acercándose para sentarse a su lado.

—No te oí entrar —se sobresaltó ella un poco—. ¿Qué tal los caballos? —preguntó fingiendo normalidad.

Nicholas la tomó por los hombros y la atrajo hasta su pecho.

—No quiero que pienses en eso —le dijo—. No es más que una leyenda que tiene siglos de antigüedad.

—Lo sé —admitió ella, mirándolo—, pero no puedo evitar pensar en qué pasaría si os sucediera algo a ti o al niño.

—No va a pasar nada, y tampoco vale la pena entristecerse por algo que escapa a nuestro control; es imposible saber lo que nos deparará el futuro —acarició su mejilla con suavidad—. Lo importante es que estamos juntos y felices, dispuestos a enfrentar lo que sea, y agradezco cada mañana al despertar que seas lo primero que ven mis ojos. Eres mi fortaleza y mi alegría, Gabrielle, el niño y tú sois lo único que me importa.

Con la mirada cristalina, Gabrielle alzó sus manos hacia el rostro de su esposo y lo atrajo hasta sus labios, emocionada por aquellas palabras que acariciaban su corazón.

—Te amo, Nicholas —le susurró.

—Y yo a ti —la miró a los ojos—. Y no soporto verte así, y menos a causa de un antiguo cuento lleno de supersticiones y fantasías. Anda, regálame una de tus sonrisas.

Gabrielle le sonrió ampliamente, y es que no habría podido evitarlo, aunque hubiera querido. Pensó que Nicholas tenía razón al fin y al cabo, y aquellos miedos tontos se esfumaban en cuanto la acogía en la calidez de sus brazos, siempre dispuestos a recibirla.

—Eso está mejor —le tocó la punta de la nariz—. Además, hoy es un día de fiesta, de esos que tanto te gustan —prosiguió—, y te prometo que danzaré contigo hasta que no pueda más y tema desfallecer.

—¿Palabra de soberano? —bromeó ella.

—Palabra de esposo —la abrazó dándole un corto beso—. Será mejor que comience a prepararme.

—He dejado tu ropa encima del diván —le dijo más animada, separándose de él para volver a atender a Ilsik—. Tengo curiosidad por ver la ceremonia del Vínculo de la Seda —le dijo de pronto.

—Yo también —admitió—. ¿Pero qué tienen que hacer Erick y Claire exactamente? —demandó.

—Solo sé lo que me ha relatado Claire —le contó—. De hecho, sus padres fueron los padrinos en los esponsales de los padres de Zayev —dejó al bebé en la cuna tras lo que se sentó en el diván al lado de su esposo para explicarle—. La ceremonia es como una boda corriente, a excepción del momento en que se intercambian los anillos porque no se recitan los votos.

Nicholas la miró curioso.

—Tras colocarse las alianzas, Erick deberá tomar las manos izquierdas de los novios, las del lado del corazón, y unir las, así... —Tomó el antebrazo de Nicholas quedando sus muñecas en contacto, por el anverso, donde la piel era más sensible y el pulso de su corazón más latente.

—Casi puedo sentirte —susurró Nicholas con cierta sorpresa.

—Es la idea —lanzó ella una sonrisa soñadora—. Entonces, Claire tomará una cinta de seda, de ahí el nombre de Vínculo de Seda, y rodeará sus manos, mientras recita unos versos. Son siempre los mismos, como un símbolo de esa unión —colocó la mano de Nicholas en su regazo, acariciándola—. Y es en ese momento cuando se recitan los votos que ninguno de los dos ha preparado previamente.

—No te comprendo —la miró confuso.

—Se supone que deben improvisar —dijo divertida—. El novio es quien los recita primero, dejándose llevar por la emoción del momento, y la novia le responde. Debe ser un momento muy emotivo, producto de los sentimientos que afloran en ellos en ese instante.

—Será bonito verlo —asintió Nicholas.

—A no ser que lleguemos tarde —le señaló la ropa.

—Tienes razón —sonrió apresurándose en vestirse.

Sin embargo, llegaron más que puntuales. Jordan les había reservado sitio,

a su lado, en uno de los bancos y Agatha reclamó su derecho a coger a Ilsik. Claire se encontraba en uno de los bancos delanteros, acompañada por Cailen y aguardando allí su intervención, mientras más al fondo, al pie del altar, Zayev aguardaba con Erick.

—Tranquilo —le susurraba él, viendo que el joven se frotaba las manos sudorosas.

—Es fácil decirlo cuando se es el padrino —masculló entre dientes y forzando una sonrisa.

—Te recuerdo que yo también he pasado por ahí —alegó divertido.

—Debí pedirle un tónico de valeriana a tu padre —miró hacia Trystan, quien se sentaba con Gladys y Richard, y levantó una mano saludándoles nerviosamente.

—Con lo tenso que estás, te habría hecho efecto en la noche de bodas —se mofó.

—Eso ni en broma —espetó, haciendo que Erick riera.

El sonido de las trompas los interrumpió dando inicio a la ceremonia y Zayev corrigió su postura, atusando su túnica. De repente, vio cómo los asistentes dirigían su mirada al otro lado del corredor; su padre, Lyal, se dirigía hacia el altar ya que iba a ser él quien oficiase la ceremonia, y siguiéndole, entraba Ylva del brazo de su padre. Todo el nerviosismo de Zayev se agolpó en su corazón, palpitando casi enloquecido y, al verla caminar hacia él, así, hermosa y sonriente, enfundada en su precioso vestido de novia, sintió deseos de mandar todo al demonio y llevársela de allí, anhelando estar con ella.

Al colocarse frente a él, Phelan tomó su mano y posó en ella la de su hija.

—Zayev —pronunció—. Te entrego a mi hija y te encomiendo su bienestar y protección.

—Con mi vida —pronunció con solemnidad.

Phelan se retiró, sentándose junto a Richard, y Zayev condujo de la mano a Ylva hasta el altar para dar comienzo a la ceremonia que iba a officiar Lyal.

Nicholas comprobó que Gabrielle tenía razón en lo que le había dicho. Por el momento la ceremonia no distaba mucho de sus propias celebraciones, aunque variaban las lecturas al ser de su propio Libro Sagrado. Hasta que

llegó el instante en el que Lyal le hizo una seña a Erick para que se adelantara y le entregara los anillos a Zayev.

Gabrielle le lanzó una mirada de complicidad a su esposo, advirtiéndole de que el momento había llegado y ambos siguieron observando con curiosidad.

En silencio, Zayev tomó la mano izquierda de Ylva y colocó la alianza en su dedo anular, ofreciéndole luego el otro anillo para que ella hiciera lo mismo, permaneciendo sus manos unidas.

Entonces, Erick y Claire caminaron hacia el altar, posicionándose frente a ellos y de cara a los asistentes. Erick fue quien tomó sus manos y las colocó correctamente, como Gabrielle le había explicado a Nicholas, con sus muñecas enfrentadas, pulso con pulso...

La madre de Ylva, Ayame, se lo había narrado, cientos de veces cuando era una niña, antes de morir, pero para Ylva aquella sensación de sentir la sangre de Zayev golpear contra su piel... era indescriptible. Alzó con nerviosismo su mirada hacia él quien la observaba con expresión insondable, mezcla de amor, pasión y devoción.

Tratando de controlar su agitada respiración vio cómo Claire comenzaba a enredar una cinta de seda blanca desde el codo de Zayev, pasando por sus muñecas unidas, para llegar a su propio codo, justo antes de comenzar a pronunciar para ellos los salmos propios de aquel ritual.

—Que esta marca sobre vuestro brazo quede como un sello sobre vuestro corazón, y que esta ligadura permanezca fuerte e indeleble, así como lo será vuestro amor.

En ese momento, lentamente, Claire y Erick se alejaron del altar mientras la sala al completo continuaba en silencio, a la espera de la culminación del ritual.

Zayev observó cómo aquella cinta recorría ya su brazo hasta el de Ylva, parecía así que sus cuerpos se habían convertido en una prolongación, el uno del otro. Y es que con aquel latido golpeando tan profundo en él, casi sentía la sangre de Ylva corriendo por sus propias venas. Continuó mirando el trayecto de aquella cinta por el brazo de la joven, hasta más allá de su codo, su hombro, su cuello y su pecho que reflejaba con su sinuoso vaivén su respiración expectante, aquel hálito que escapaba de su boca y que tantas veces había sentido en la suya.

Llevado por un impulso y deseoso de notar su efluvio sobre su rostro, tiró de sus manos enlazadas hacia él, acercándola a escasos centímetros, a punto casi de saborearlo.

—Tu aliento es el mío, Ylva —le dijo con voz grave, fija la mirada en sus labios entreabiertos.

Ylva jadeo levemente, temblorosa, sobrecogida por su impulso y su declaración, y Zayev tuvo que contenerse para no besarla en ese mismo instante, sin permitirle responder siquiera.

—Mi aliento siempre será el tuyo, Zayev —la oyó contestar, rompiendo así aquellas cadenas y pudiendo él, al fin, poseer los labios de la joven como tanto ansiaba. Con su mano libre la tomó por la nuca y la acercó más a él, profundizando más su beso. Mientras en su oído resonaban los aplausos y vítores de todos los presentes, contagiados por la magia y la alegría, en su pecho su corazón latía emocionado con tanta energía que parecía a punto de estallar.

Al caminar por aquel corredor, hacia la que sería la recámara nupcial, Zayev volvió a sentir aquel nerviosismo recorriendo sus venas. Si alguien le preguntara qué le había parecido la fiesta, contestaría que bien, pero por pura cortesía, pues todo aquello había sucedido ante él como una nebulosa. Tenía otras cosas en qué pensar aparte del hidromiel y el cordero asado. Ylva estaba a su lado, radiante y hermosa, y deseaba con fervor estar con ella, a solas, y supo que, por fin, el momento había llegado cuando las mujeres acudieron a la mesa para llevársela. Creía haber dejado pasar un tiempo más que prudencial para que la preparasen; al menos, él ya no era capaz de esperar más.

Al abrir la puerta de la recámara, encontró a Ylva sentada en la cama, sobre sus rodillas, enfundada en un camisón de lino, blanco e inmaculado. Aún cerraba la puerta tras de sí cuando la vio descender y correr hacia él, encontrándose con ella, con sus labios a mitad camino.

—Esto no me lo esperaba —dijo el joven casi sin aliento.

—Disculpa —murmuró ella separándose un poco, avergonzada al dejarse llevar sin mostrar recato alguno.

—No te disculpes por esto —negó él sobre sus labios, agarrándola con fuerza de la cintura—. Me alegra saber que sientes esto mismo que siento yo.

Ylva sonrió complacida y volvió a buscar su boca mientras enredaba los dedos en las largas y negras hebras de su cabello, curvando su espalda contra él, y sintiendo Zayev cómo aquel liviano tejido esculpía las líneas de su cuerpo, en las que él ansiaba perderse.

—Ylva —jadeó apartándola y mirándolo ella confusa—. Yo...

—¿Qué sucede, Zayev? —preguntó, temerosa de haberlo decepcionado, no siendo ella lo que él esperaba.

—No es lo que estás pensando —pareció leerle la mente—. Te... —titubeó—. Te deseo demasiado, Ylva, tanto que temo no ser capaz de controlarme.

La joven sonrió con mirada sugerente y se acercó a su cuello, depositando cálidos besos sobre él, recorriéndolo.

—No quiero que lo hagas —susurró ella sobre su oído, lanzando a través del cuerpo de Zayev.

—Esto es serio, Ylva —alcanzó a murmurar, preguntándose dónde demonios había aprendido ella aquella caricia tan deliciosa.

—Lo sé —prosiguió con aquel húmedo camino con el que lo torturaba.

Zayev la tomó por los brazos y la obligó a mirarlo.

—Sé que no me lastimarás —musitó ella con mirada ardiente, y ni un solo atisbo de ese temor que había en él halló en los ojos de la que por fin era su esposa.

La joven reclamó sus labios y él se dejó arrastrar por ella, mientras notaba sus finos dedos jugar con las lazadas de su brigantina con declarada invitación. Zayev gimió, estremecido, cautivado, dejándola hacer, sintiéndose al borde de la locura por esa pasión que ella también sentía al igual que él, compartiendo ambos ese deseo de pertenecerse.

Apenas sin despegarse de sus labios, fascinado por las caricias de Ylva, fue guiando sus delicadas manos para asistirla en la tarea de desvestirlo, sin premura, pero con aquel deseo creciente en ellos, y casi había concluido cuando él desató los lazos de su camión, dejando que resbalara por sus hombros hasta el suelo y mostrando ambos su desnudez, por primera vez.

Se observaron durante unos segundos, turbados, descubriéndose mutuamente hasta que Zayev volvió a besarla, abrazándola con fuerza,

sintiendo las curvas de su figura contra él, reconociéndose sus cuerpos, sus pieles, su calidez, y que comenzaba en la caricia húmeda de sus bocas y los recorría por completo. La tomó en brazos y la llevó hasta la cama, depositándola con suavidad y recostándose junto a ella, volviendo a hundirse en sus labios, a la vez que sus dedos comenzaban a estudiar cada rincón de su cuerpo tan femenino.

La acarició con sus manos, con su boca y con todo su cuerpo, deleitándose en el aroma de su piel, en su sabor y disfrutando de las caricias con las que ella le obsequiaba a cambio. No, él no deseaba una novia pudorosa y asustadiza, deseaba a una mujer que lo amase así, como lo hacía Ylva, llenándolo de sensaciones inimaginables y entregándose a él sin reservas, recorriendo juntos aquel mundo desconocido lleno de pasión. Cada caricia era un nuevo descubrimiento, un escalofrío que los recorría o una oleada cálida que los estremecía, y Zayev sintió hervir la sangre en sus venas cuando hizo descender su boca hasta su pecho y la escuchó gemir, al acariciar la cima con su lengua. Lo enardecía, sí, y lo hacía volverse osado hasta el punto de ir más allá, recorriendo con sus dedos la curva de su cadera hasta su feminidad. Ylva hundió las manos en su negro cabello cuando Zayev comenzó a acariciar su húmeda intimidad, perdiéndose en la suavidad de los pliegues de su carne, haciéndola vibrar bajo sus manos.

—Zayev —la escuchó jadear, separándose entonces de ella.

Elevó su rostro hasta el suyo, fundiéndose en su mirada oscura, incendiada por el ardor, el mismo que lo corroía a él al desear hundirse en la profundidad de su cuerpo y que lo invadiera por completo aquella tersura que acababa de acariciar. Sin embargo, no podía dejarse dominar, ya se lo había tratado de decir antes, y el mismo miedo seguía sintiéndolo ahora; temía lastimarla en su ansia por pertenecerle y que le perteneciera, y se obligó a respirar hondamente, en busca de sosiego y control.

Entonces, Ylva elevó su rostro hacia el suyo, besándolo con lentitud y calma, pero acariciando sus labios con intensidad, grabando los suyos en él.

—No me lastimarás —le susurró, alentándolo a continuar con aquella entrega mutua, suspirando Zayev, derrotado.

Despacio, se colocó sobre ella e invadió su cuerpo con toda la delicadeza de la que fue capaz, tratando de que aquella sensación sublime que lo dominaba al recorrer su calidez no le hiciera perder el poco control que aún

residía en él. Sin embargo, al llegar a la barrera de su pureza, Ylva aunó sus caderas contra él, incitándolo a seguir, no deseando por ningún motivo que se detuviera, y lanzando un quejido cuando, finalmente, la quebró.

—Ylva —la miró él preocupado, deteniéndose.

—Te amo, Zayev —le dijo, sintiendo cómo aquella punzada de dolor desaparecía ante esa sensación de plenitud que la sobrecogía al saberse por fin suya.

—Y yo a ti —repuso besando su rostro—. Ojalá supieras cuánto.

—Entonces... demuéstramelo, Zayev —musitó—. Ámame.

Y él obedeció, besándola con pasión mientras daba rienda suelta a todo ese deseo que se acumulaba en él y que amenazaba con asfixiarlo. Con cadencia sinuosa comenzó aquella danza de amor en la que sus cuerpos iban en armonía, complementándose, como una mitad que encuentra su otra mitad, formando un todo. Juntos se perdieron en aquel placentero y cálido mar cuyas olas iban chocando contra ellos, cada vez con más y más intensidad, hundiéndose en esa profundidad azul que los envolvió hasta hacerlos estallar y lanzándolos a un cúmulo de éxtasis sobrecogedor.

Con Ylva temblando bajo su cuerpo, Zayev se refugió en su pecho, dejándose cubrir por ella. Poco a poco recuperaron el aliento perdido, regalándose laxas caricias, desfallecidos pero felices, cobijados uno en brazos del otro.

Y la noche los envolvió con sus propios hilos de seda, trenzándose en las brillantes hebras miles de sueños y promesas que cumplir en la nueva vida que iniciaban, juntos.

Capítulo 13



—Pasa, Jordan —escuchó decir a Nicholas desde el otro lado de la puerta.

Cuando entró a sus aposentos, lo encontró sentado en un escritorio revisando un documento con interés, mientras Gabrielle se hallaba de pie a su lado con el bebé en brazos, quien lo recibió moviendo sus manos al verlo llegar.

—¿Querías verme? —preguntó Jordan tomando a Ilsik en sus brazos.

—He recibido esta carta de Francis —se la alargó Nicholas.

Jordan se acercó a recogerla, leyéndola mientras deambulaba por la habitación meciendo a Ilsik.

—Ha ido mejor de lo que esperábamos —anunció Jordan, devolviéndole el pliego al haber finalizado su lectura.

—Eso parece —asintió Nicholas, aunque con recelo.

—También desconfías —afirmó Jordan.

Nicholas dobló la misiva y se levantó de la mesa, apoyando la parte trasera de los muslos en ella y cruzándose de brazos con actitud disconforme.

—Tú mejor que nadie sabes cómo es esa gente —le dijo, recordándole la época en que vivió infiltrado allí.

—Por eso mismo opino que Francis debería permanecer allí un poco más —le propuso Jordan—. Y no estaría de más advertirle que esté ojo avizor. Que esos malnacidos no hayan levantado la voz... puede ser la calma que precede a la tempestad.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió—, y házselo saber cuando le respondas, pero necesito asegurarme de que el hecho de alargar su estancia allí no influye en el resto de asuntos.

—No tienes de qué preocuparte —lo disuadió él—. Steve y Patrick son muy capaces. Además, había pensado hacer una parada en Asbath para recibir directamente los informes.

—¿Quiere decir eso que Agatha y tú venís a Los Lagos con nosotros? —preguntó Gabrielle, animada, y viendo la oportunidad de intervenir dado el cambio de tema.

—Veo a Agatha un poco decaída y había pensado que una temporada con la familia le vendría bien —se explicó.

—No necesitas una excusa para pasar tiempo con nosotros —le reprochó Nicholas—. Ese castillo también es vuestra casa.

—En cualquier caso, no quisiera que pensases que estoy desatendiendo mis obligaciones —insistió Jordan.

—Sé que nunca lo harías —palmeó su hombro con confianza—. Pero ¿qué es eso de que mi hermana se siente decaída? —se preocupó—. Se mostró muy animada cuando el Rey Phelan le obsequió con aquel pura sangre, igual que en la boda de Zayev y Ylva.

—Yo, sin embargo, siento como si me ocultase algo —resopló con impotencia—. ¿Ha hablado contigo, Gabrielle?

—Nada en especial —trató de parecer convincente—. Aunque lo mejor sería que hablaras con ella, ¿no? Y sales de dudas.

—Tienes razón..., en fin —suspiró, pensativo—. Por cierto —cambió de tema finalmente—, ¿cuándo tenéis pensado que volvamos a Los Lagos?

—Mañana mismo —le informó Nicholas.

—¿Finalmente, Zayev y Ylva nos acompañarán? —quiso saber Jordan.

—Sí —respondió Gabrielle, entusiasmada ante la idea de que la pareja hubiera elegido Los Lagos como lugar para pasar la luna de miel—. Y también se nos unirá Cailen —agregó.

—Estupendo —sonrió Jordan—. Un buen grupo para ir de caza, ¿verdad, Nicholas?

—Y que lo digas —asintió él conforme.

—En ese caso, voy a avisar a Agatha —anunció devolviéndole el niño a Gabrielle—. Nos vemos después —se despidió antes de cerrar la puerta.

Con premura, se dirigió a su habitación. Sabía que Agatha estaría allí, pues hacía un rato le había dicho que quería recostarse un poco, ya que le dolía la cabeza. Trystan le sugirió darle un tónico, pero ella se negó en rotundo, alegando que una pequeña siesta le sentaría bien.

No, la actitud de Agatha no era normal y eso nadie se lo quitaba de la cabeza. No lo había mencionado porque era poco apropiado, pero él notaba que su comportamiento hacia él había cambiado, sobre todo cuando estaban solos. En ocasiones veía cómo le rehuía la mirada, como si se sintiera culpable por algo y, siempre que él le preguntaba, ella alegaba sonriente que no le sucedía nada. Pero él conocía a su esposa, esa sonrisa no era sincera y sus ojos no brillaban como antaño. Fuera lo que fuera, había algo que la estaba atormentando y él debía descubrir lo que era; temía perder el amor de su mujer sin haber podido hacer nada al respecto.

Al llegar a la recámara abrió la puerta con cuidado, no queriendo despertarla, aunque no estaba acostada, como él creía. Fue entonces cuando escuchó algo parecido al chapoteo del agua en la recámara contigua. Al parecer Agatha se estaba dando un baño, cosa que extrañó a Jordan, pues ya estaba oscureciendo y su cabello mojado a esas horas podría causarle un resfriado. Se encogió de hombros y pensó que tal vez lo hacía para combatir aquel dolor de cabeza y, con paso decidido, cruzó la habitación para ir a su encuentro.

Sin embargo, antes de traspasar el segundo umbral, quedó helado al verla. Efectivamente, se estaba dando un baño, pero aquel chapoteo lo producía ella misma batallando con lo que parecía su enagua que, en vez de blanca, lucía manchada en sangre. Agatha frotaba entre sus manos enérgicamente la prenda, con el rostro lleno de rabia y lágrimas.

—Agatha, ¿qué te sucede? —exclamó preocupado, aproximándose a ella.

—Jordan —tembló su voz y se detuvo girándose hacia él, con la clara expresión de verse sorprendida.

—¿Qué es eso? —señaló la prenda que ella ocultó en el fondo de la tina.

—Nada —espetó ella, secándose las lágrimas con rapidez, aunque Jordan hizo caso omiso y se arrodilló a su lado, sacando la prenda del agua.

—¿Qué es esta sangre? —se angustió—. ¿Estás herida?

—¡No! —exclamó ella.

—¿Entonces? —la miró extrañado—. ¿Qué es...?

—Mi periodo —dijo ella con voz desgarrada y repitiéndolo al ver la expresión de él—. Sí, mi maldito periodo.

—¡Por los Dioses que no te entiendo! —exclamó él empezando a desesperarse.

—¿No entiendes lo que significa el periodo en una mujer? —inquirió con entristecido desdén.

—Sabes que no soy tan estúpido —se defendió—. Es la prueba de que podéis ser madres.

—Es la prueba de que este mes tampoco me convertiré en madre —lo cortó ella con la voz rota.

—Agatha...

—No soy capaz de darte un hijo —se rindió finalmente.

—¿Pero qué barbaridades dices? —se sorprendió él.

—No lo digo yo —tomó la enagua manchada de sangre para mostrársela—. Sé cuanto ansías un hijo, lo veo en tus ojos cuando coges a Ilsik en brazos. Sé que quieres un hijo y yo no soy capaz de dártelo —susurró entre lágrimas.

—Pero Agatha... —rogó tomándola de los hombros para acercarla a él.

—¡No! —lo rechazó ella, apartándolo—. No deberías estar conmigo, con una mujer incompleta.

Jordan apretó las mandíbulas y se irguió, alejándose.

—Es lo mejor que puedes hacer —musitó Agatha, vencida.

Sin embargo, esa no era la intención de Jordan. Se acercó a un butacón

cercano para tomar un gran y mullido lienzo y se lo echó al hombro. Volvió hasta Agatha y, con decisión y sin titubeo alguno, la agarró de los brazos y la sacó del agua, sin que ella apenas pudiera hacer nada por remediarlo. Para evitar cualquier intento de lucha, envolvió con rapidez su cuerpo por completo con el paño, hasta los hombros.

—¡Jordan! —quiso replicar ella, pero él también lo impidió tomando su boca con la suya para besarla intensamente, estrechándola con fuerza entre sus brazos.

—No vuelvas a repetir eso jamás —le pidió él en un susurro, a lo que ella no pudo contestar, surcando sus mejillas abundantes lágrimas.

Jordan la tomó en brazos y la llevó hasta el lecho, obligándola a sentarse. Cogió otro paño y, tras despojarla del lienzo mojado, comenzó a secar su piel de forma suave y dulce. Agatha apartó la vista mientras se mordía el labio, mortificada, incapaz de soportar la mirada de devoción de su esposo hacia ella, hacia su cuerpo yermo e inservible. Y, sin embargo, Jordan seguía adorándola, con los ojos y con el calor de sus manos a través del tejido, sin importarle que ella intentara mostrarse ajena a sus caricias. De hecho, tras terminar de secarla, apartó la colcha de la cama y la recostó para cubrirla con ella. Luego se tumbó a su lado y la aproximó a él, abrazándola para que entrara en calor.

—Jordan —musitó ella entre sollozos.

—Si vas a continuar diciendo estupideces, prefiero que guardes silencio —sentenció él, sin brusquedad, mas con firmeza.

—Entiéndeme —insistió ella—. Hace meses que nos casamos.

—Como si fueran años —repuso él con indiferencia.

—No me digas que no te importa, porque sé perfectamente que no es cierto —le advirtió.

—Por supuesto que no me importa —rebatió en cambio—. Y claro que deseo que me des un hijo, pero si los Dioses no nos lo han concedido aún será porque no es el momento.

—No es cosa de los Dioses —negó ella con rotundidad—. Soy yo la que no es válida como mujer.

—¿Y si fuera yo el que no sirve como hombre? —trató de disuadirla.

—Eso no puede ser —titubeó ella—. Eres fuerte y vigoroso.

—Y tú una mujer perfectamente sana y muy hermosa —acarició su mejilla contemplándola con una mezcla de deseo y dulzura.

—No me mires así —apartó ella su rostro, pero él lo tomó entre sus dedos, obligándola a enfrentarlo.

—No puedo hacerlo de otro modo —susurró él—. Y por mi vida que, si no estuvieras indispuesta, te amaría hasta hacerte enloquecer.

—No bromees —musitó ella, brotando otra vez las lágrimas de sus ojos.

—No lo hago —las enjugó él con ternura—. Todo esto es lo que tú me haces sentir. ¿O es que, después de todo lo que hemos luchado para estar juntos, aún no logras entender cuánto te amo?

—Dejarás de hacerlo cuando...

—No dejaré de amarte jamás —posó un dedo sobre sus labios acallándola—. Puedo vivir sin un hijo, de hecho lo estoy haciendo y no soy infeliz en absoluto —expuso con seguridad—. En cambio sé lo que es vivir sin ti, y no podría soportar el volver a pasar por eso. Prefiero morir mil veces.

—Jordan...

—Agatha, ¿tú me amas? —prosiguió él.

—No lo dudes ni un instante —le respondió.

—¿Y recuerdas aquella vez que me dijiste que yo era lo único que necesitabas para ser feliz?

—Sabes que habría renunciado a todo por ti —alzó su mano hasta su rostro—. Nada ni nadie me importa más que tú.

—Entonces, ¿por qué te cuesta tanto creer que yo tampoco necesito nada más si te tengo a ti?

Agatha separó sus labios con la intención de rebatirle, pero no halló argumento alguno para hacerlo.

—Ahora es cuando te pido que renuncies a algo por mí —continuó él—. Renuncia a esa idea absurda que te está alejando de mí, y sigamos amándonos como hasta ahora. No sé cuándo, o si podremos o no engendrar un hijo, pero lo que sí sé es que no concibo mi vida sin ti. No me apartes, Agatha —acarició sus labios con las yemas de sus dedos—. Te necesito para seguir viviendo.

—Bésame, Jordan —le pidió.

Y él obedeció al instante, fundiendo su boca con la suya, sus dedos en su piel desnuda. Con su beso profundo la hizo estremecer, sintiendo su cuerpo, a su mujer, temblando bajo sus manos. La besaría hasta dejarla sin aliento, hasta hacerle perder la noción del tiempo y la realidad, consiguiendo que olvidara todo a su alrededor e incluso lo que guardaba en su interior, llenándola solo de él, su cuerpo, su mente y su espíritu... toda. No podía arriesgarse, sus labios debían arrasarse con todo, porque si de algo estaba seguro en esa vida... era de que moriría, sino la tenía a ella.

Capítulo 14



Apenas había amanecido cuando salió del Cuartel de Guardias y, como era de esperarse, la Fortaleza Roja parecía estar desierta, durmiendo todos como estaban. De hecho, él debería estar haciendo lo mismo, mas aquella ansiedad era del todo insana. Las palabras de Anyan pidiéndole que se alejara de ella aún revoloteaban en sus oídos, pero resonaban huecas cuando llegaba a su mente la respuesta de sus labios a sus caricias. Aquella mujer lo sumía en la más profunda de las confusiones; su boca hablaba un idioma completamente distinto al de su cuerpo y, aún ahora que había vuelto a iniciar su maniobra de evasión, cuando sus miradas se cruzaban, sus ojos le revelaban la nostalgia que sentía alejada de él.

¿Por qué aquella lucha entonces?

Tras una conversación con Selene, llegó a la conclusión de que la posición social para la gente de Hæe era más que relevante, y tal vez eso la refrenara a sincerarse con él y consigo misma..., pero sabía que había algo más.

Lo peor era que iba a ser muy difícil averiguarlo, sobre todo con su actitud hacia él. Desde la última vez que se encontraran en aquella almena, se había vuelto totalmente inaccesible, acompañada la mayoría del tiempo por

Griän... A veces parecía más un perro guardián que un hermano y, por lo que también le había dicho su hermana, con muy malas pulgas.

Francis resopló lleno de resignación, necesitaba dejar de pensar o enloquecería. Él era un hombre de hechos, de acción, un militar, pero aquella mujer conseguía maniatarlo con una sola de sus miradas. Sin nada mejor que hacer, hasta que el resto del castillo despertara, acudió a la parte trasera, a una pequeña liza de entrenamiento, lo suficientemente apartada para no despertar a nadie con los golpes de su espada.

Como aquella noche en la almena, el latido de su corazón le puso sobre aviso de la presencia de Anyan. Definitivamente iba a tener que dejar de buscarla, siendo en el momento que menos lo esperaba cuando tenía la fortuna de encontrarla a solas. Porque, por muy extraño que pareciera, la joven estaba sola y, para su asombro, haciendo lo que él tenía en mente al acudir a aquel lugar: Anyan estaba entrenando, como lo haría cualquier guardia, espada en mano contra un mástil envuelto en sisal. Francis se detuvo un instante refugiado en las sombras del alba a observarla y se maravilló de cuán precisos y efectivos eran sus movimientos, muy femeninos y delicados, pero implacables. Sin duda, no era la primera vez que tomaba una espada entre sus manos, de hecho, la que portaba era de menor tamaño que las comunes, mucho más pequeña y de aspecto más ligero, como si la hubieran forjado expresamente para ella.

—Esa guardia está demasiado baja —le advirtió saliendo, finalmente, de la penumbra.

Anyan se sobresaltó un instante, pero siguió con su rutina de ejercicios, golpeando aquel mástil.

—¿Y quién lo dice? —se dio por aludida. Francis no pudo reprimir una carcajada.

—¿Creéis que mi cargo se me otorgó por casualidad?

—Que seáis Capitán no implica que no haya nadie mejor que vos —espetó ella mordaz.

—¿Me estáis desafiando? —se mofó él.

—¿Qué os ofende más, que pisoteen vuestro rango de Capitán o que lo haga una mujer? —ironizó.

—Ninguna de las dos cosas —apuntó divertido—, es simplemente que no

sois rival para mí —quiso provocarla, consiguiéndolo.

—Mi hermano me entrena desde que pude sostener por primera vez una espada entre mis manos —masculló ella ofendida.

—Y me encantaría ver una demostración —prosiguió él con su tono burlón—, pero ¿qué aliciente tendría?

—¿Luchar no es suficiente?

—Lady Anyan, luchar es algo que hago a diario, falto así de emoción, aunque —se mostró pensativo— podríamos agregarle ese algo que lo dotaría de motivación.

—No os entiendo —repuso cauta.

—Una apuesta —propuso.

—¿Qué tipo de apuesta? —lo miró recelosa.

—Si ganáis vos, no volveré a acercarme, visto que eso es algo que os preocupa tanto —dijo, percibiendo cómo la joven se tensaba.

—¿Y si ganáis vos? —quiso saber ella, curiosa.

—Eso lo decidiré cuando haya ganado —decretó con arrogancia—, lo que os da un doble motivo para vencerme.

Anyan se alejó unos cuantos pasos del mástil y tomó la espada con ambas manos, en guardia. Francis asintió, riendo para sus adentros e imitó su posición, empezando ella a desplazarse en un círculo mientras él la acompañaba. Tal y como esperaba, Anyan fue la primera en atacar, recibiendo Francis su ataque sin problemas, aunque no sin sorpresa. Al ser su arma más ligera y de menor tamaño, la energía se repartía entre menos superficie, siendo su golpe más potente que si este mismo se hubiera dado con una espada más grande. Aún así, Francis siguió regodeándose, con una sonrisa torcida en el rostro y provocando a la joven que crispaba sus facciones.

Comprobó por sí mismo aquellos movimientos que viera con anterioridad. Anyan sabía compenetrar a la perfección los embates de su espada con los giros de su cintura y cuerpo. Giraba a su alrededor sin perder nunca el enfoque, envolviéndolo en una danza tiznada de lucha, con valentía e ímpetu y con golpes certeros y precisos. Un par de ellos pasaron muy cerca del rostro de Francis y él rio, provocándola, consiguiéndolo al notar cómo ella daba

más intensidad a su juego de muñecas. Durante unos momentos más dejó que dominara la situación, hasta que él, de repente, se adelantó un par de pasos haciéndola retroceder, y yendo a dar ella con su espalda en el mástil, ambas espadas cruzadas entre sus cuerpos.

Anyan temblaba de impotencia y tratando de evitar la presión de su cuerpo contra el suyo, mientras Francis se limitaba a observarla, con el rostro inclinado peligrosamente sobre el de ella. Su respiración entrecortada se volvió errática cuando lo vio elevar una mano hacia su cabello, tomando una de las horquillas que lo sujetaban en su acostumbrado recogido y haciéndolo caer en cascada.

—Para qué buscar tesoros en los Confines del Mundo, si tengo el máspreciado ante mí, en el oro de tus cabellos —le susurró hilando sus dedos en su largo pelo, y acercando sus labios a los suyos.

—No —musitó ella empujándolo con todas sus fuerzas y liberándose, al fin, de su prisión. Francis sonrió lleno de seguridad y aguardó su asalto, que no tardó en llegar.

Anyan atacó con brío, había sentido debilidad durante un segundo al notar su aliento en sus mejillas, pero debía vencer ese desafío, ambos se jugaban la vida, aunque él no lo supiera, y la única salida era ganar esa apuesta y que él se alejara definitivamente de ella..., tenía que salir victoriosa...

Anyan comenzó a moverse con mayor rapidez, lanzando su espada contra él una y otra vez, de modo incansable, cosa que comenzó a preocupar a Francis, no porque tuviera dificultad para vencerla, sino porque lo que para él no era más que un juego, para ella parecía ser una lucha a muerte. Si seguía así acabaría dañándola al tratar de evitar sus golpes y eso era lo último que él querría hacer. Debía terminar con aquello cuanto antes, aunque lógicamente ella no se lo estaba poniendo fácil, así que decidió recurrir al truco más antiguo de todos. Su rostro se tensó en una mueca de asombro y miró por detrás de Anyan, hacia la lejanía.

—Lord Griän —susurró, haciendo que de forma inmediata e instintiva, Anyan girara su cuerpo y su rostro, hacia donde, supuestamente, estaba su hermano. Lo siguiente que sintió fue un duro golpe contra su espada que cayó a la arena, marcando el fin del combate.

—Sois un tramposo —exclamó ella corriendo hacia su arma con la intención de recuperarla, pero que él aprisionó bajo su pie.

—¿Es que vuestro hermano no os enseñó la regla más importante? —se mofó él—. Un momento de distracción puede ser fatal en la batalla y traer...

—La derrota o la muerte, sí, lo sé —espetó ella.

Entonces, Francis dejó caer también su arma al suelo y le tomó una mano, tirando de ella y llevándola consigo, casi a la carrera y a pesar de su reticencia, hacia un pequeño cobertizo. Tras obligarla a entrar, la apoyó contra una de las paredes, aprisionándola entre su cuerpo y la madera, y antes de que ella pudiera protestar asaltó sus labios con intenso afán. La sintió tensa por un momento, pero no tardó en corresponder su beso, venciendo su propio deseo a su voluntad.

—¿Esto es lo que queráis a cambio de ganar? —trató de parecer ella todo lo indiferente posible, sin conseguirlo.

—Esta es la recompensa para el ganador —sonrió con picardía—. El premio de la apuesta será otro.

—¿Y qué queréis, Capitán? —inquirió mordaz.

—Deja el maldito protocolo de una vez y llámame por mi nombre —masculló él, contrariado.

—¿Es ese el pago? —sonrió ella creyendo manejar la situación—. ¿Que te llame por tu nombre?

—No, quiero que me digas que me amas, como yo te amo a ti.

Anyan no supo reaccionar. Quedó estática con su mirada fija en aquellos ojos cenicientos cuyo brillo reflejaban la sinceridad de esas palabras, y sintió cómo aquella verdad la golpeaba duramente en el pecho, dejándola sin aliento. Anyan nunca había amado, ni siquiera supo jamás lo que era eso. Siempre había escapado a su comprensión cómo un sentimiento tan irracional e ilógico enloquecía a la gente, llevándola incluso a la muerte..., hasta ahora. En aquel maltrecho cobertizo, cautiva entre los brazos de Francis entendió, por fin, de lo que era capaz ese sentimiento, su poder, todo el caos que podría originar en un instante. Sabía que un solo beso más podría costarle la vida y fue, entonces, cuando supo que también lo amaba, porque moriría por sentir sus labios una vez más.

Porque así iba a ser...

Lo vio alzar la mano hacia su mejilla y notó cómo sus dedos enjugaban una lágrima..., ni siquiera sabía que estaba llorando.

—¿Qué te atormenta así? —preguntó él en un susurro—. ¿Qué es lo que te impide decir con palabras lo que me gritan tus labios con cada uno de tus besos?

De pronto, tomó su rostro con ambas manos pidiendo su total atención.

—Anyan, ¿acaso tu prometido espera por ti en Häe? —se atrevió a preguntar—. ¿O tiene que ver con el Rey Korw? —continuó—. ¡Anyan! —la sacudió un poco—, he visto cómo te mira. Dime, él...

—¿Por qué me salvaste en el lago? —demandó con la voz quebrada.

—Porque nuestros caminos estaban destinados a cruzarse aquel día para no separarse jamás, nunca, hasta la muerte.

Hasta la muerte... repitió ella para sus adentros con tristeza. La muerte estaba mucho más cerca de lo que él pensaba, al menos para ella. Fuera como fuese, estaba condenada. Entonces, si así debía ser, ¿por qué no hacer como los demás? ¿Por qué no dejarse morir por amor, como hacían todos?

Rodeó el masculino cuello con sus brazos y elevó su rostro hacia el suyo, buscando los labios de Francis y que él le ofreció con pasión. Si Anyan hubiera podido entregarle todo con ese beso, lo habría hecho, no deseando que quedara nada de ella cuando la muerte fuera a buscarla. Sintió sus caricias, se intoxicó de su aliento y de su viril sabor, quedando su piel impregnada de su tacto y correspondiendo a su abrazo con todo su ser... dio y quiso todo con aquel beso... por si era el último...



Desde el otro lado de la carroza, Claire observaba a su esposo, quien miraba distraído por la ventana. Estaban solos, Erick le había pedido una carroza más a Zayev para que ella pudiera viajar más cómodamente, pudiendo tumbarse completamente en el asiento si se sentía cansada... Erick y su eterna y enfermiza preocupación por ella.

Decir que la trataba como una muñequita de cristal era un eufemismo, apenas la tocaba, como si el roce de sus dedos fuera a dañarla. Si él supiera cuánto la dañaba al no hacerlo..., cientos de ideas absurdas la asaltaban torturándola cada vez más y, por inverosímiles que parecieran, hacían mella

en su corazón. No le bastaba pensar que era su inquietud por ella lo que lo mantenía alejado, porque ya no era únicamente por el hecho de no tocarla; cuando estaban juntos parecía ausente, casi indiferente. Ahí era cuando la idea de que Erick ya no la deseaba penetraba en ella como dolorosa certeza, incluso le asaltaba la dudosa impresión de que evitaba verla desnuda.

Cerró los ojos, fuertemente, apoyando la cabeza contra la carroza. No podía volver de nuevo aquella incertidumbre que casi rozaba la desconfianza, y le hacía buscar respuestas que resultaban demasiado dolorosas solo de imaginarlas.

—¿Te sientes bien? —la voz preocupada de Erick la hizo abrir los ojos.

—Sí —repuso ella.

—Sabes que lo tuyo no es mentir, ¿verdad? —le sonrió él—. ¿Qué te sucede?

Claire observó su sonrisa por un momento... ¿Acaso era un pecado que una mujer deseara a su esposo, que quisiera que la acariciara, que... la amara?

—Claire —susurró él inquieto, sentándose a su lado—. ¿Te ocurre algo? ¿Por qué me miras así?

—Al final sí que va a resultar pecado que mi esposo me resulte atractivo —bromeó ella.

—¿Todavía te lo parezco? —siguió él su juego—. Creí que esa idea desaparecía tras los tres primeros meses del inicio del enamoramiento.

—Vanidoso —se burló ella, acariciando su mejilla.

Erick cogió su mano y la llevó hasta sus labios, besando su palma amorosamente y Claire deseó sentir el tacto de su boca, pero recorriendo su cuerpo... lentamente... De repente, apartó la mirada de él, avergonzada y casi escandalizada por sus propios pensamientos.

—¿Por qué te sonrojas? —rió, tomando su barbilla para que lo mirara—. ¿En qué estás pensando?

—En que... —titubeó llena de nerviosismo—. Quiero que me beses.

Erick sacudió la cabeza sonriendo y la acercó a él para besarla con dulzura. Ella le correspondió con su misma calma, con lentitud, sabía que de otro modo se alejaría, como hacía siempre, así que contuvo, mientras pudo,

los deseos de fundir su boca con la suya con ardor, o, al menos, lo intentó. Pero el anhelo de sentirlo cerca era más poderoso que ella, lo necesitaba casi de manera enfermiza, y su aliento recorriendo sus labios no la ayudaban en absoluto. Quería a su esposo, lo deseaba y nadie podía reprochárselo.

Alzó sus manos hasta su cabello, enredando sus dedos en él, atrayéndolo hacia ella y entreabrió sus labios demandando una caricia más íntima que aunque reticente, finalmente, Erick le ofreció. Claire gimió en su boca al sentir su húmeda caricia y aquello debió causar el efecto que ella tanto ansiaba en él, porque Erick asió su nuca y la acercó más a su cuerpo, profundizando aquel beso mucho más si eso era posible. La intensidad con que sus labios se movían sobre los suyos era casi dolorosa y podría jurar que lo notaba temblar contra ella, así que Claire le correspondió con la misma avidez, creyendo por un instante que se rompería aquella barrera invisible pero casi insalvable, entre ellos.

Sin embargo, la sensación duró eso mismo, un instante. Al segundo lo notó tensarse y, aunque no se separó de ella enseguida, sí disminuyó su agarre y el vigor de su beso. Poco a poco volvió a ser esa caricia dulce de un principio, suave, como un aleteo de mariposa hasta que, finalmente, se apartó.

Erick la miró a los ojos, pero ella no quiso verse en ellos y apoyó su rostro contra su pecho. Tal vez su mirada trataría de justificar lo que para ella era un doloroso rechazo o, peor, le daría la respuesta a esas malditas dudas que tanto temía... Quizá era cierto que no la deseaba, que la visión de su abultado vientre lo refrenaba, aunque él le había asegurado que la amaba... ¿Sería mentira? ¿Habría puesto sus ojos en otra y se sentía obligado a seguir con ella por la obligación de ese hijo que estaba por nacer?

Claire cerró los ojos con fuerza..., todo aquello no era posible. Erick la amaba y se preocupaba por ella, y ese era el principal motivo de su actitud. Por primera vez en todos esos meses, deseó que el niño naciera cuanto antes, que se le adelantara el parto como había pasado con Gabrielle y, una vez que volviera a ser la Claire de antaño, saldría de dudas.

Se sentía agotada, tanto que, al parecer, se había quedado dormida sobre el pecho de Erick, pues notó el tacto de su mano en la espalda y su voz despertándola.

—Hemos llegado, Claire —le susurró.

La joven se despegó y miró por la ventanilla, comprobando que tenía razón. Ya todos habían descendido de las carrozas y saludaban a parte de la servidumbre que acudía a su encuentro. De hecho, Ivette se adelantó hacia ellos dos al verlos bajar.

—Bienvenidos —los saludó la muchacha, afable.

—Hola, Ivette —la abrazó Claire—. ¿Cómo ha ido todo?

—¿Alguna novedad? —preguntó a su vez Erick.

—Todo bien, Alteza —le respondió la doncella—. Pero vos tenéis visita.

—¿Yo, visita? —se extrañó él.

—Sí, Alteza —le ratificó—. La Princesa Adrianne llegó hace dos días y os espera desde entonces —le informó.

—¿Dónde está?

—Acompañadme —le pidió.

Claire lo observó alejarse de ella, por segunda vez en ese día, mientras una espina de dolor se instalaba implacable en su corazón.

Capítulo 15



Zayev acercó el ramillete de flores a su rostro para percibir su aroma; sin duda a Ylva le encantarían. Luego rio para sus adentros, asombrado de cuánto había cambiado su vida y su forma de verla en esos meses. No mucho tiempo atrás, hubiera jurado que ese tipo de sensiblerías eran propias de juglares y trovadores, músicos y poetas que hacían del amor su trabajo y fuente de ingresos, o eso creía. Ahora, después de conocer ese sentimiento de manos de ella, ya no estaba tan seguro. Cualquiera que hubiera amado de verdad alguna vez, sabía que el amor era capaz de inspirar desde un acto tan simple como cortar unas hermosas flores para la mujer amada, hasta uno tan bizarro como dar la vida por ella. Tal vez hubo una época en la que le podría haber avergonzado reconocerlo, pero no en ese momento que era tan feliz debido a lo que Ylva le hacía sentir. Y si ese pequeño ramo hacía que le regalase una sonrisa, sería un detalle más que recompensado.

Observó el delicado bouquet preguntándose si podría ser más hermoso aún, cuando recordó unas flores que le habían llamado especialmente la atención a su esposa en uno de sus paseos por aquellos bellos jardines. No sabía el nombre en cuestión, era un hombre enamorado, no un jardinero, pero sí recordaba en qué lugar las hallaron, y se encaminó dispuesto a coger unas cuantas.

Estaba tomando un pequeño sendero flanqueado por grandes árboles cuando se detuvo en seco, ocultándose tras uno de los gruesos troncos a comprobar si, efectivamente, era cierto lo que estaba viendo. Al final del camino se abría un pequeño claro con unos bancos de piedra en los que divisó a Erick y la Princesa Adrienne. Aquello realmente no era lo extraordinario de la situación, la pareja conversaba tranquilamente, sino el hecho de que a pocos metros de donde Zayev se encontraba, en concreto a un par de árboles de distancia, estaba Claire, agazapada como lo estaba él, detrás del tronco y, al igual que él, observando la escena que se desarrollaba al fondo del camino. Aquello no podía ser cierto... ¿Claire estaba espiando a su esposo? Le pareció algo tan insólito como ridículo, si quería formar parte de aquella conversación, no tenía más que acercarse a ellos, estando en todo su derecho de hacerlo; lo ilógico era querer ser partícipe desde la lejanía. Quiso acercarse a ella y, a pesar de sus elucubraciones, lo hizo en silencio, queriendo salvaguardarla de la opinión de Erick si la encontraba de esa guisa y que sería, sin lugar a dudas, reprobatoria. Se acercó a ella con sigilo y puso su mano en su boca para evitar que no solo ella se viera descubierta, sino los dos. Al hacerlo, y como había supuesto, amortiguó un grito de Claire con su mano, pidiéndole el joven con la otra que guardara silencio.

—¿Qué haces aquí, Claire? —le preguntó en un susurro casi inaudible.

—Casi me matas del susto —murmuró ella con su mano en el pecho.

—Vayámonos de aquí —sugirió él.

—No. —Fue lo primero que respondió ella.

—Pero Claire —Zayev no lograba entender, viendo cómo la joven retomaba su misión de otear hacia aquel claro—. Esto es ridículo —masculló él, tomándola del brazo y arrastrándola de allí.

—Suéltame —pidió ella al cabo de un momento, cuando ya se habían alejado lo suficiente.

—¿Me puedes explicar la situación tan absurda que acabo de vivir? —le reclamó él cruzándose de brazos.

—No te importa —repuso ella con dureza.

Zayev la miró un momento, sin reproche en sus ojos, solo tratando de comprender la actitud de la princesa.

—Claire, después de todo lo que ha pasado, creí que éramos amigos —se

lamentó él.

Ella tomó aire y lo soltó lentamente, sentándose derrotada en un banco de piedra cercano.

—Perdóname, Zayev —murmuró—. No quise hablarte así.

—¿Me explicarás ahora qué sucede? —insistió sentándose a su lado—. Discúlpame si me equivoco, pero lo que he visto tenía toda la apariencia de que estabas espiando a Erick —dijo esbozando una sonrisa, como si aquello fuera un disparate, pero las mejillas enrojecidas de la joven le dieron a entender todo lo contrario—. Pero ¿por qué, Claire? No puedo creer que desconfíes de Erick.

—Puedo preguntarte algo —dijo ella de repente.

—Sí, claro —titubeo él.

—¿Recuerdas cuando conociste a la Princesa Adrienne? —quiso saber.

—Sí —hizo memoria—. Fue en la boda de Gabrielle, estaba con Erick.

—¿Y qué pensaste de ellos? —demandó—. Dime la verdad —se anticipó a cualquier mentira piadosa.

Zayev vaciló un instante.

—Creí que, o estaban prometidos, o les faltaba poco para estarlo —admitió.

—Lo mismo pensé yo, incluso ella me lo insinuó —le ratificó—. ¿Me explicas, tú que eres hombre, qué extraña razón divina hizo que, teniendo una mujer al lado como esa, Erick fuera a fijarse en mí?

De repente, Claire palideció, siendo consciente de la pregunta que estaba realizando, precisamente a Zayev, quien había pretendido hacerla su esposa.

—Tranquila —la calmó él, comprendiendo—. Todo aquello pasó, quedó atrás. Conocí el verdadero amor con Ylva, y eso mismo es lo que descubrió Erick a tu lado. Se enamoró de ti. Qué más divino que eso —le guiñó el ojo.

—Estoy hablando en serio —le rehuyó la mirada.

—Yo también —se encogió él de hombros—. Tú mejor que nadie deberías saber cuánto te ama Erick.

Zayev habría esperado un "tienes toda la razón", o como mínimo un "tal vez estés en lo cierto", pero solo recibió el silencio de Claire mientras las

lágrimas comenzaban a recorrer sus mejillas.

—No puede ser verdad —tomó su barbilla haciendo que lo mirara—. No puedes creer ciertamente que tu esposo no te ame —agregó con dura voz—. Eso es absurdo, Claire. Es como si aseguraras que el Sol sale por el Oeste, simplemente es imposible.

—Siendo así, te recomiendo que prestes atención —susurró—. Puede que mañana el Astro Sol decida despuntar el alba por el Poniente.

—¿Por qué hablas así? —inquirió—. ¿Acaso Erick te ha dicho algo o has visto algo? —señaló hacia donde había discurrido aquella escena.

—No —respondió escuetamente.

—¿Entonces? —comenzó a impacientarse—. ¿Qué te hace mantener una afirmación tan absurda?

—Una mujer sabe ese tipo de cosas —se defendió ella mientras las lágrimas brotaban en abundancia.

—¿Qué cosas? —se desesperó él.

—Por todos los Dioses, Zayev, no pretenderás que hable de un tema tan poco delicado contigo —se rehusó ella a contestar, aumentando la intensidad de su llanto.

—Está bien, tranquila —trató de calmarla—. En tu estado no te conviene excitarte de este modo —le dijo, alargándole su pañuelo.

—En mi estado —repitió ella con tono mordaz.

Y observándola así, Zayev comprendió todo, sin necesidad de más.

—Claire, me has dicho hace un instante que somos amigos —le habló con suavidad.

—Sí —respondió ella sin terminar de entender.

—Pues en nombre de esa amistad, te ruego que te calmes —le pidió—. Por favor.

—Está bien —respiró ella, profundamente, un par de veces.

—Claire, yo te tengo en gran estima, lo sabes, ¿verdad?

—¿A qué viene esa pregunta? —se extrañó ella.

—Viene a que quiero ayudarte —le aclaró él—. Y, aunque sé que no debo plantearte ciertas cuestiones por miedo a faltarte el respeto o perder todo tipo

de decoro, quiero apelar al aprecio mutuo que compartimos para hacerlo.

Claire sopesó sus palabras, comprendiendo.

—Te refieres a cuestiones... —vaciló—, íntimas.

—Eso es —repuso conteniendo el aliento, temiendo el ofenderla de cualquier modo.

—Entre Erick y yo... no las hay —le confesó con un hilo de voz y el rostro completamente enrojecido.

—No digas más —la tranquilizó él, evitando el avergonzarla.

No había que ser clarividente para entender lo que sucedía. Zayev sabía lo complicado que estaba siendo el embarazo de Claire, al menos al principio y, por lo que conocía a Erick, era consciente de que era capaz de no tocar ni uno solo de los cabellos de su esposa con tal de protegerla y evitar dañarla de algún modo. Como era lógico, Claire se sentía insegura, y la aparición en escena de la Princesa Adrienne no la ayudaba en absoluto; los celos eran la consecuencia que cabía esperar a esa situación.

No es que le diera la razón a la joven; aquello era un total despropósito, concebido por su mente sugestionada y el embarazo que lo magnificaba. Sin embargo, era cierto que Erick había pecado de incauto. Era comprensible su actitud hacia su esposa, pero no hacia la Princesa Adrienne.

—No se ha separado de ella desde que llegó —escuchó cómo Claire se hacía eco de sus propios pensamientos. Y, aunque eso no era del todo cierto, desde que Adrienne llegara un par de días antes, Erick se mostraba muy atento con ella, tal vez no demasiado para cualquier persona que los observase, pero sí para Claire, para su esposa, y él debía haberse percatado de aquello, de su malestar.

—Yo te voy a ayudar —dijo el joven de súbito.

—No quiero que hables con él —lo disuadió.

—Pero... —dudó mirándola contrariado.

—No —exigió ella—. No quiero quedar en evidencia ante ellos.

Zayev se alarmó. Realmente, Claire creía que Erick la estaba traicionando.

—De acuerdo —accedió él—. No hablaré con él, pero quiero que estés calmada, sin alimentar estas sospechas tuyas que, personalmente, pienso que carecen de fundamentos. Aunque te entiendo —agregó ante el ademán de la

joven de protestar—, y por eso te he dicho que te voy a ayudar.

—¿Cómo? —quiso saber ella, no sin cierta desconfianza.

—Déjalo en mis manos, y tranquila, que todo esto es por iniciativa propia —le aseguró—. Tú y yo no hemos tenido esta conversación.

—Gracias, Zayev —tomó ella sus manos.

—Sin embargo, debo pedirte algo a cambio —le advirtió.

—¿Sí?

—Hablabas en serio respecto a lo de no alimentar tus celos con escenas estúpidas como la de hace un momento —le recordó—. Ten un poco de confianza en Erick, aun cuando en este instante te cueste. Piensa que está en juego el futuro de tu matrimonio y el de vuestro hijo. No vayas a hacer o decir cosas que luego puedas lamentar.

—Pero ¿qué vas a hacer? —insistió ella.

—Simplemente, despejar la situación —aseguró besando su frente antes de levantarse.

—¿Despejar?

—Prométeme que aguardarás más calmada —le repitió—. Todo se aclarará pronto.

—Está bien —consintió ella.

—Debo marcharme —se despidió—. Pero recuerda que me lo has prometido.

Zayev la observó asentir, aunque confusa, antes de tomar el camino que iba al castillo. Tal vez hacía mal en inmiscuirse en un asunto de pareja, pero no veía a Claire con las agallas suficientes para enfrentar a Erick, prefiriendo el espiarlo a contarle de sus sospechas. En cierto modo la comprendía. Ella creía tener razones más que suficientes para desconfiar de él, y el hecho de encararle le parecía rebajarse, aunque para Zayev resultaba absurdo, sabiendo como sabía que todo aquello era infundado.

Verdaderamente, habría preferido hablar directamente con Erick, pero le había prometido a Claire que no lo haría y debía cumplir con su palabra. Además, si lo hacía, tal vez Erick se sentiría ofendido al saber de su conversación con su esposa, y más sobre un tema de tal calibre, así que su intervención debía pasar lo más desapercibida posible, aunque necesitaría

cierta ayuda para que así fuera.

No sabiendo muy bien a dónde dirigirse, accedió a la plaza principal, frente a la escalinata de entrada al castillo, no pudiendo creer su buena suerte. Allí se encontraba Cailen, quien le entregaba unas monedas a un niño a cambio de un pequeño cesto de mimbre.

—Cailen —lo llamó.

—¿Esas flores son para mí? —le cuestionó en tono burlón.

—Necesito hablar contigo —lo ignoró él.

—Observa —le abrió el pequeño cesto de mimbre—. Aún están vivos, y un precioso lago lleno de peces me espera.

—Tus gusanos aguantarán que te entretengan durante unos minutos, y ni el lago ni tus peces van a ir a ningún sitio —insistió él—. Vamos a tu recámara —le instó.

—¿Sucede algo? —preguntó dada su seriedad—. Mi hermana...

—Esto no tiene nada que ver con Ylva —lo calmó—. Apresúrate.

Al cabo de unos momentos llegaron a los aposentos del joven, haciéndolo Zayev entrar y cerrando la puerta tras él. Cailen dejó la cesta encima de la cómoda y le lanzó a su cuñado una mirada de fastidio.

—Habla de una vez —comenzó a impacientarse.

—Necesito que me ayudes —empezó a decirle, narrándole tras eso lo que acababa de presenciar y su conversación con Claire.

Cailen, por su parte, se había sentado en la cámara, escuchándolo con interés, aunque notablemente confuso.

—No comprendo en qué puedo ayudarte —apuntó encogiéndose de hombros—. Basta con que hables con Erick.

—No es tan sencillo —negó Zayev—. Aunque Erick se tomara a bien el hecho de que Claire haya compartido conmigo ese tipo de inquietudes, podría jurarle a su esposa hasta la saciedad que jamás la ha traicionado, y sin que ella le creyera.

—¿Y tú lo crees? —preguntó con recelo mientras Zayev comenzaba a deambular por la habitación, meditabundo.

—Jamás creería que Erick engañara a Claire —le aseguró—. Pero él no es

el único en esta escena.

—Te refieres a la Princesa Adrienne —sugirió.

—O ella es muy ingenua, o verdaderamente imprudente —sopesó él.

—¿Dudas de sus intenciones? —frunció el ceño—. Erick es un hombre casado.

—¿Acaso la conoces para defenderla? —le cuestionó deteniéndose frente a él.

—No la estoy defendiendo, es simplemente que solo existe un tipo de mujer capaz de algo así, y ella es una noble —argumentó.

—En todo cesto puede existir una manzana podrida —respondió—. Y cuando la conocí, en la boda de Gabrielle, me pareció una mujer demasiado frívola y caprichosa.

—Que sea frívola no significa que sea una pérdida.

—No estoy dando nada por sentado —agregó ante la mirada reprobatoria de su cuñado—. Es que no entiendo la situación. ¿Qué hace aquí?

—De visita —propuso Cailen.

—¿Ella sola, sin nadie de su familia acompañándola? ¿No te parece un poco extraño?

—No sé —respondió incapaz de darle una razón convincente—. En cualquier caso, no eres nadie para juzgarla.

—Ni tú para defenderla —espetó—. Además, yo no la estoy juzgando, solo prefiero ser cauto. Y recuerda que esto no tiene nada que ver conmigo. Hablamos de Claire y Erick, y yo no soy el único que los tiene en gran estima —añadió señalándole con el dedo.

—Ya lo sé —admitió él—. Pero piensa que, tal vez, la preñez hace que Claire vea fantasmas donde no los hay y que esté malinterpretando las intenciones de la Princesa.

—Puede ser pero, sean cuales sean sus intenciones, debemos alejarla de Erick.

—¿Debemos? —inquirió con extrañeza.

—Más bien tú —puntualizó—. Por obvias razones yo no puedo hacerlo.

—¿Hacer, qué? —preguntó no queriendo creer que lo que sospechaba era

cierto.

—Eso mismo, que la apartes de Erick —le confirmó encogiéndose de hombros.

—¿Te has vuelto loco? —inquirió ofendido, poniéndose de pie de un respingo y acercándose un par de pasos—. ¿Cómo pretendes que haga eso?

—No me dirás que quieres que te de lecciones sobre cómo debes acercarte a una mujer —respondió con sorna.

—Pero, ¿cómo puedes bromear así mientras me pides algo tan sucio? —empuñó sus manos.

—Que la Madre Luna me asista, Cailen —lo calmó—. No te estoy pidiendo que la cortejes, solo que te ganes su confianza y puedas sonsacarle lo que necesitamos saber.

—Me dan ganas de golpearte —masculló él, tensando la mandíbula.

—No seas tan exagerado —le reprochó Zayev haciendo una mueca y cruzándose de brazos—. Te has acercado a muchas doncellas y no con la intención de pedirles en matrimonio precisamente —bromeó—. Y no negarás que ella es una mujer muy hermosa.

—Zayev —pronunció secamente a modo de advertencia.

—Míralo de este modo —alzó sus manos con gesto conciliador—. La Princesa Adrienne es simplemente una mujer a la que te puedes acercar con la única intención de conocer un poco mejor, casi por cortesía, por ser una huésped en este castillo, al igual que tú. Si en el proceso consigues saber qué pretende con Erick, habremos conseguido nuestro propósito. No es necesario que intimes con ella si no te agrada —añadió con tono burlón.

—Pretendes que la utilice con el único propósito de calmar tu curiosidad malsana —le reprochó mirándolo duramente.

—Es por ayudar a Claire —le recordó, serio ahora—. Y sí, reconozco que me intriga su actitud. Dime, ¿con cuántas personas se ha relacionado desde que llegó, además de con Erick?

Cailen permaneció en silencio, lamentando no poder quitarle la razón.

—Es que ni con Gabrielle que es su anfitriona —agregó Zayev—. Puede que la Princesa no tenga mala intención alguna con su actitud, pero reconoce que deja mucho que desear. ¿O es que no la has visto acaparar a Erick a pesar

del estado de Claire? Al menos, el tiempo que converses con ella dejará a Erick tranquilo.

—No puedo creer lo que me propones. Es una vileza —escupió dándole la espalda, tras lo que volvió a coger de malas maneras sus aparejos de pesca con la intención de dejar la recámara de una buena vez.

—Tómame un segundo y piénsalo —lo detuvo Zayev tomándolo del brazo y que Cailen sacudió para soltarse de su agarre—. Observa la actitud de la Princesa y cómo sufre Claire con todo esto, y dime si no te gustaría saber la verdad para que no siguiera atormentándose así.

Cailen lo miró de arriba abajo sin contestar, tras lo que salió de sus aposentos.

Le parecía una situación irrisoria. ¿Qué pretendía Zayev? ¿Que se detuviera frente a la Princesa Adrienne y le dijera "disculpádmelo, Alteza, el interés que tengo en conocerlos es el mismo que tenéis vos en conocerme a mí, pero mi cuñado está empeñado en que me expliquéis cuáles son vuestras intenciones con Erick"? Era algo vergonzoso, una infamia el acercarse a ella con semejante pretensión, y no quería ni pensar si la joven acababa por descubrirlo. Su honor ante ella, ante todos, quedaría en entredicho. No, no podía creer que Zayev le hubiera pedido algo así. Era cierto que estimaba a Erick y Claire, y le apenaba que ella estuviera sufriendo, pero no podía calmar su inquietud a costa de algo tan bajo.

Decidido a no pensar más en aquello, bajó la escalinata de entrada dispuesto a cumplir con su objetivo de hacer una tranquila visita al lago cuando, no supo si para su suerte o infortunio, se encontró de frente con Erick y la Princesa Adrienne que caminaban hacia él.

—Cailen —lo llamó Erick—. ¿Vas de picnic? —le preguntó con cierta mofa.

—Voy de pesca —repuso con sonsonete.

—Un hombre de acción como tú —continuó Erick con su broma—, abandonado a la calma de la pesca... Simplemente inconcebible.

—Llamémoslo el descanso del guerrero —aceptó él su chanza.

—¿Vas solo? —quiso saber.

—Todo el mundo en este castillo parece muy ocupado —asintió—. ¿Te animas?

—No, gracias —rehusó riendo.

—¿Podría yo acompañaros? —intervino de súbito Adrianne, sorprendiendo a los dos jóvenes—. Disculpad mi falta de respeto y decoro —se lamentó entonces ella, bajando la mirada.

—Disculpadme vos a mí por no haberos saludado como es debido —inclinó Cailen su rostro de forma respetuosa mientras pensaba en lo que estaba ocurriendo. Hasta Zayev se habría sorprendido ante esa proposición.

—Gracias —repuso ella—. Y, de nuevo, os pido excusas por mi actitud impulsiva. No pretendo excusarme con ello, pero siempre he sentido curiosidad en saber cómo se pesca. Se divisa el mar desde los ventanales de mis aposentos y, en cambio...

—Eso es del todo innecesario —la cortó Cailen, cortésmente—. Y puedo entender que esa misma curiosidad os ha instado a sugerir el acompañarme.

—Entonces, ¿no apelaríais a mi falta de pudor si voy con vos? —preguntó ella casi con ingenuidad.

Cailen la observó durante un momento. No, el juicio de Zayev era completamente erróneo. Si, realmente, estuviera interesada en Erick, no sería ella misma quien querría apartarse de su acompañante. Para su propio asombro, la imagen de Adrianne y Erick juntos le produjo una extraña punzada de desasosiego y, aunque la apartó de su mente y de cualquier tipo de cuestión, no fue capaz de alejar el deseo de que ella lo acompañara.

—Al contrario —negó él—. Me sentiría honrado viendo que consideráis vuestro honor a salvo en mi compañía.

—Yo también lo considero porque, de otro modo, jamás te dejaría a solas con ella —bromeó Erick, recibiendo un mohín por parte de Cailen.

—Eso me deja más tranquila —prosiguió Adrianne con su juego y riendo levemente.

—Alteza, visto que os dejo en buenas manos, me retiro —se dirigió a Adrianne—. Y tú, no hagas que me avergüence —dijo en un susurro, pero con la clara intención de que la joven lo escuchase.

—Gracias por hacer que me avergüence yo —le reprochó con una mueca, haciendo que Adrianne volviera a reír, tratando en vano de contenerse.

—Disculpadme —le pidió ella.

—No, disculpadnos a nosotros —sacudió la cabeza.

—¿Ciertamente no os importa si os acompaño? —insistió la princesa.

—En absoluto —repuso, reparando en que sinceramente así lo sentía—. Sin embargo, había pensado ir caminando. El lago al que me dirijo no está lejos y quería dar un paseo. Pero podemos ir a caballo si lo preferís.

—Será agradable dar ese paseo —negó ella—. De todas las veces que he venido, muy pocas he tenido la suerte de poder disfrutar de estos parajes y, verdaderamente, me gusta caminar.

—No se hable más entonces —la instó con un gesto a hacerlo a su lado—. En cualquier caso, no dudéis en decírmelo si estáis cansada, para detenernos si lo deseáis.

—Así lo haré —le aseguró ella.

La caminata se presentó mucho más grata de lo que Cailen hubiera apostado, siendo ambos como eran unos desconocidos. En realidad, no hablaron de temas serios o trascendentales, pero la conversación era animada y a Cailen le pareció que realmente ella disfrutaba de su compañía, como él disfrutaba de la suya. Sin que pudiera evitarlo, las palabras de Zayev resonaban en su cabeza una y otra vez. La había acusado de frivolidad y, sin embargo, Cailen habría definido su actitud como simple coqueteo femenino, al menos hasta ese momento.

Pronto llegaron al lago, por lo que el joven sacó una pequeña manta de su morral que extendió en la orilla, ayudando a Adrienne a sentarse y haciéndolo él a su lado.

—No esperaba encontrar un lugar tan hermoso —exclamó la joven, guiada por el impulso que le producía el bello paisaje.

—¿No lo conocíais? —preguntó él un tanto sorprendido—. Tengo entendido que habéis visitado este Reino con anterioridad.

—Mi padre es amigo de juventud del Rey Trystan, por lo que los visitábamos con asiduidad —comenzó a explicarle—. No sé si sabréis que él y su familia suelen viajar aquí todos los veranos, por lo que el Rey Nicholas, muy amablemente, nos hizo extensiva su invitación, reuniéndonos aquí con ellos en varias ocasiones.

—Comprendo —asintió él—. ¿Tenéis más hermanos? —se interesó.

—Una más —le respondió—. Edwina, pero se casó hace poco más de un año, así que vive con su esposo.

De pronto, Cailen percibió una sombra de tristeza en los ojos de la joven.

—¿Estáis bien, Alteza? —se preocupó.

—Tenía otra hermana —pronunció Adrienne con la mirada brillante perdida en la lejanía—. Inna. Era más joven que yo. La perdimos junto con mi madre hace algunos años, a causa de unas fiebres.

—Lo lamento mucho —susurró Cailen dándole un leve apretón a su mano y tratando de reconfortarla, cosa que al parecer logró, pues la joven le sonrió tímidamente.

—No os preocupéis —murmuró bajando la vista y pasando los dedos de forma distraída por donde él la había tocado.

—Entonces vuestro padre debe estar echándoos de menos —quiso cambiar de tema, aunque de modo poco afortunado dado lo endurecido en que se tornó el semblante de la princesa.

—Espero que no —dijo sin embargo, girando el rostro hacia la hierba cercana.

Cailen la observó un instante, intrigado, antes de voltear la vista en dirección al lago. Sin saber muy bien por qué, Adrienne se estaba convirtiendo en un misterio para él. Posiblemente Zayev lo había sugestionado con aquellas ideas estúpidas, pero sabía que escondía algo más detrás de esa expresión en su rostro, lleno de tristeza y casi podría jurar que de rencor. Tal vez, todo se resumía a que tuvo un disgusto con su padre y por eso había acudido a Los Lagos, aunque debería haber sido una discusión fuera de lo común; solo una razón muy poderosa la habría impulsado a abandonar así su casa, sola, desprotegida y expuesta al juicio del mundo.

—Alteza —le sorprendió la voz de Adrienne—. ¿Puedo preguntaros algo?

—Sí, claro —titubeó al encontrarse con aquella mirada anhelante que buscaba la suya.

—¿No sentís curiosidad por saber el motivo por el que he venido sola?

Cailen agradeció el color trigueño de su piel. Seguro que había enrojecido de vergüenza y culpabilidad ante aquella puntualización tan acertada por parte de la ella.

—Yo no soy quien para juzgaros —quiso asegurarle sin apartar los ojos de los suyos.

—Y yo os lo agradezco enormemente —le dedicó una sonrisa inocente—. Puede que os parezca extraño porque nos acabamos de conocer, pero me inspiráis una gran confianza y, aunque siento deseos de contaros, temo que no comprendáis.

Por absurdo que pudiera parecer, Cailen respiró aliviado. Aquello era una prueba más de que las sospechas de Claire eran del todo infundadas; si Adrienne tuviera realmente cualquier tipo de intención con Erick, sería algo inconfesable, algo que ni se podría insinuar y que, ciertamente, necesitaría algo más que confianza para ser revelado.

—Me siento honrado ante tal consideración, máxime teniendo en cuenta que apenas nos conocemos y, haciendo honor a esa confianza, estaré dispuesto a escucharos cuando así lo queráis —aseguró sonriente.

—Mientras tanto, ¿puedo pedirros algo? —preguntó con sonrisa coqueta.

—Por supuesto —repuso con cierto nerviosismo. Debía ser pecado una sonrisa de mujer como esa.

—Hasta entonces, no penséis mal de mí —le pidió en un susurro.

—Nadie osaría a pensar mal de una mujer tan hermosa como vos —le dijo dejándose llevar por el embrujo de esos ojos.

—Sí, tan hermosa como yo... —la oyó decir con pesar, apagándose todo ese encanto femenino de repente, como si hubiera escuchado el insulto más soez que se pudiera pronunciar.

Giró su rostro y comenzó a jugar con el bajo de su vestido. Cailen se mordió la lengua al sentirse un estúpido. Él no era dado a ese tipo de lindezas y así debería haber seguido, porque el efecto causado en Adrienne era justo el contrario al que cabía esperarse.

—Lo siento mucho —pronunció cabizbajo—. No pretendía ofenderos, mi intención era...

—Halagarme, lo sé —apuntó ella con suavidad y la mirada gacha—. Disculpadme vos a mí. A toda mujer le gusta que le agasajen y, aunque peque de falta de modestia, no sois el primero que lo hace. Sí, soy hermosa, pero ¿es que lo único que se ve en mí es belleza? —sentenció con tristeza.

Cailen no podía creerlo. Adrienne se lamentaba de su belleza, ¿cómo era eso posible? Desde luego, la mujer que él tenía frente a sí poco tenía que ver con la que Zayev le había descrito. En ese instante, con el rostro cabizbajo y sus ojos lánguidos, se la veía realmente desdichada, llena de secretos que parecían atormentarla, deseando confiárselos a alguien, a él.

—Todo me hace pensar que no hay nada más en mí que valga la pena —añadió con mirada llorosa.

—Eso no es cierto —volvió a posar su mano en la de la joven, esta vez con suavidad. Era tan cálida...—. Todos tenemos defectos pero también virtudes, incluso vos.

—¿Lo creéis realmente?

Cailen sintió que se le encogía el corazón en el pecho, lo miraba como si lo que acababa de decirle fuera la mayor de las esperanzas, su salvación. ¿Qué había tras ese lamento?

—Por supuesto que lo creo —le reiteró—. Están en nuestro interior, unas más ocultas que otras, pero solo hay que saber observar para descubrirlas —afirmó rotundo, deseando de pronto ser él quién descubriera las suyas.

Una sonrisa se esbozó en los labios de Adrienne.

Capítulo 16



Griän afilaba pensativo el filo de su espada sentado sobre un gran mampuesto en el patio. Había concluido minutos antes su entrenamiento con Anyan y aún sentía cierto malestar por la falta de concentración de su hermana. Sus golpes habían sido torpes, casi de principiante, consiguiendo arrancarle la espada de las manos en varias ocasiones. Aquello no era propio de ella, y lo peor de todo era que no tenía ni el más mínimo indicio que le aclarara qué le sucedía. Él siempre había podido entrever sus inquietudes, mas ahora era como si una neblina se apostara entre él y Anyan. Ella había alegado que tal vez era nerviosismo por el temor a que se descubrieran sus planes allí, pero sabía que era algo más, como también sabía que no lo averiguaría por boca de Anyan.

—Tú también estás extraño —se había defendido ella—. Todo el día te muestras malhumorado e irascible, como si estuvieras enfadado con el mundo.

Y en realidad estaba enfadado, aunque con él mismo por dejar que algo tan absurdo lo inquietara. Porque no lo admitiría jamás frente a nadie, pero las palabras de Selene, aquella noche, habían hecho mella en él.

"Jamás consideraría la posibilidad de casarme con alguien como vos".

Por más que lo había intentado no era capaz de explicar esa zozobra. La rabia por la afrenta era fácil de distinguir, pero se entremezclaba con una sensación que le sacudía continuamente el pecho, un escalofrío que le golpeaba el corazón con un regusto dulce al final, cuando estaba a punto de extinguirse y que lo confundía por completo. Nunca había sentido algo así, y le molestaba porque le parecía que iba a flaquear en cualquier momento ante no sabía el qué, como si algo fuera capaz de debilitarlo hasta el punto de destruirlo. Y, aunque no podía explicarse la razón, estaba seguro de que todo eso tenía que ver con aquella mujer y con su modo descarado de ofenderlo..., de rechazarlo.

—¿Griän! —lo sorprendió repentinamente Antü—. ¿Te has vuelto sordo? Te vengo llamando desde la otra punta del patio.

—Estaba distraído —se excusó—. ¿Qué sucede? —preguntó al notar cierto malestar en el rostro de su amigo.

—¿Has visto a la palomita? —demandó mirando a su alrededor.

—¿A quién? —cuestionó extrañado.

—Sí, hombre, la muchacha esa... Selene —respondió haciendo memoria.

—¿Palomita? —repitió un tanto molesto.

—Es que está para comérsela —repuso con sonrisa maliciosa—. Llevo un rato buscándola y no la encuentro.

—¿Y se puede saber por qué la buscas con tanto afán? —indagó tratando de sonar lo más indiferente posible.

—¿Tú qué crees? —insinuó lanzando una soez carcajada. *formular no me gusta “solo” hay que “formular algo”

—¿Estás hablando en serio? —Tratando de ocultar su sorpresa se levantó lentamente de su pétreo asiento, mientras comenzaba a sentir un extraño ardor recorriendo sus venas.

—¿Y por qué no? —se encogió de hombros—. Tal vez Araw tenga razón.

—¿Pero has perdido el juicio? —le reprochó.

—Pues yo no veo el problema —se defendió—. ¿O es que te ha dado un repentino ataque de escrúpulos? Precisamente de ti me costaría creerlo.

—Claro que no hay nada de eso —intentó justificarse, manteniendo un tono de voz lo más indiferente posible para que Antü no percibiese su malestar—. Solo que deberíamos relacionarnos con esta gente lo menos

posible, a fin de cuentas, los motivos de nuestra estancia aquí nos convierte en sus enemigos.

—No veo qué tiene que ver nuestra misión con que yo quiera divertirme un rato —rezongó con desidia.

—Y, por lo visto, estás convencido de que a ella le complacerá ayudarte en tal menester, ¿no? Apenas has cruzado dos palabras con ella.

—Precisamente palabras son lo que sobran para los planes que tengo respecto a ella —recitó recreándose en la idea mientras Griän reprimía los deseos de golpearlo.

—Y lo vas hacer así, abiertamente —se cruzó de brazos. Debía tener las manos ocupadas si no quería romperle la cara a su amigo.

—Tengo la excusa perfecta —repuso con satisfacción—. Mi recámara está tan desordenada...

—Nuestra servidumbre se encarga de eso —le recordó, aunque su única intención era disuadirlo.

—Si se lo pido con amabilidad, vendrá —le aseguró con insultante seguridad.

—O sea, que con solo chasquear los dedos piensas que ya podrás... —Griän trató de encontrar la palabra justa para definir aquello, pero todas ellas le producían náuseas.

—Hay mujeres a las que les basta con enseñarle la bolsa del dinero para que complazcan cada uno de tus deseos —apuntó con ironía.

—Y crees que ella es de ese tipo.

—¿Acaso tú no? —lo observó durante un segundo.

—Podrías ofenderla y provocar un problema con su hermano —argumentó, esforzándose por mantener la expresión de su rostro impávida—. Y algo así no nos conviene en absoluto.

—¿Dudas de mi experiencia con las mujeres? —rio, jactancioso.

—Es por eso que lo digo —discrepó, sentándose de nuevo en la piedra y devolviendo su atención a la tarea de afilar su espada. Era eso, o clavársela.

—Ya sé lo que sucede aquí —agregó soltando una sonora carcajada—. Te molesta que yo haya tenido esa ocurrencia antes que tú. Seguro que tú darías lo que fuera por hacerla escarmentar por su comportamiento hacia ti.

—Si quisiera hacerlo, no sería llevándomela a la cama, desde luego —escupió con rabia, la misma con la que lo miró.

—Entonces, no te importa si lo intento yo, ¿no? —preguntó con suspicacia.

—Haz lo que te parezca —respondió fingiendo total desinterés, volviendo a bajar la vista a su espada—. Pero antes de seguir con la búsqueda de tu palomita, ve y ordena a algún mozo que ensille mi caballo y que preparen mis útiles de caza.

—¿Ahora? —rezongó con desgana.

—¿Debo esperar a que tú finalices con tus quehaceres? —cuestionó lleno de sarcasmo, tras lo que soltó el arma con desgana y se puso en pie—. Tú ya te has buscado un entretenimiento, deja que yo disfrute del mío mientras tanto.

—Está bien —replicó frunciendo los labios con apatía, antes de marcharse para cumplir su encargo.

Antü no había terminado de cruzar el patio cuando Griän salió en dirección contraria. No sabía qué fuerza lo estaba impulsando a hacer aquello, pero prefirió no cuestionárselo; necesitaba encontrar a Selene de forma imperiosa. La sola idea de Antü poniéndole un dedo encima le revolvía el estómago... ¡Como si a él le importara lo que le pasara a esa deslenguada! Pero, aun así, algo le decía que debía impedirlo.

Se alejó de las proximidades del castillo, suponiendo que Antü ya la habría buscado allí y, siendo consciente de que la tarea que le había encomendado a su amigo no le llevaría mucho tiempo, decidió apresurarse preguntando por ella a algunas sirvientas que encontró en su camino. Ninguna supo darle razón de ella, hasta que una le indicó que la había visto dirigirse a un pequeño huerto situado en la parte posterior, cercano a las murallas.

Casi a la carrera acudió en su busca y, efectivamente, la halló en aquella huerta recogiendo algunos vegetales con un cesto de mimbre apoyado en su cadera. La forma en que Antü se había referido a ella volvió a su mente y tuvo que reconocer que tenía razón; a cualquier hombre podría resultarle deseable, incluso a él mismo. Sin querer detenerse a analizar aquello, se aproximó a ella y, tomándola por un brazo, la llevó casi a rastras hacia un pequeño cobertizo destinado a las herramientas de labranza, haciendo que el

cesto cayera al suelo.

—¿Qué demonios hacéis? —protestó ella tratando de deshacerse de su agarre.

—Tengo que hablar contigo —le anunció él, obligándola a entrar en la maltrecha cabaña.

—Pues yo no tengo por qué escucharos, Milord —se soltó con brusquedad y se dirigió a la salida.

—Lo que te tengo que decir es por tu propio bien —la rodeó con un brazo por la cintura y volvió a arrastrarla al interior.

—No os atreváis a tocarme —le advirtió alejándose de él.

—No tengo intención de hacerlo —exclamó posicionándose de espaldas a la puerta—. En cuanto diga lo que tengo que decirte, me iré. No sé ni por qué me molesto —maldijo entre dientes.

—¿Qué queréis? —preguntó, más producto de la curiosidad que de otra cosa.

—Vengo a prevenirte sobre Antü.

—¿Prevenirme? —lo miró extrañada—. En qué sentido.

—En cuanto a sus intenciones.

—Pero si ni siquiera ha cruzado una palabra conmigo —negó incrédula—. Dudo que pueda tener intención alguna respecto a mí.

—Pues créeme que las tiene y nada honorables, por cierto.

Selene guardó silencio durante un segundo observando a Griän con ojos escrutadores.

—Y como amigo vuestro que es, se ha regodeado de sus planes frente a vos —supuso.

—Eso es —respondió, sorprendido de que la joven estuviera aceptando de buena gana su advertencia.

—¿Y os ha dicho cómo piensa hacerlo? —tanteó.

—Querrá que ordenes su recámara —le contó, con la mirada huidiza. La situación lo avergonzaba más de lo que habría esperado.

—Así de fácil —asintió ella con incredulidad—. Imagino que una bolsa de monedas aguardará por mí en su cómoda, ¿no?

Griän se pasó nervioso la mano por el cabello antes de asentir. No quería pararse a pensar en la furia que le provocaba conocer las intenciones de Antü, como tampoco quería tratar de entender qué extraña fuerza lo movía en ese instante a apartarla por todos los medios de él. Por suerte, ella...

—¿Puedo marcharme ya? —cuestionó Selene de repente.

—¿Cómo? —se mostró confuso.

—¿Hay algo más que queráis decirme, Milord? —demandó poniendo los brazos en jarra, apoyadas sus manos en la cadera.

—No, pero... —titubeó, contrariado.

—Ya sé, esperáis que os lo agradezca —agregó con falsa sonrisa—. Pues lo haría si supiera cuál es el verdadero motivo de todo esto.

—¿Qué otro motivo puede haber, además del que te he dado? —preguntó ofendido.

—Decídmelo vos —lo retó—. No creo que haya sido para salvaguardar mi virtud porque, hasta donde yo sé, ni vos ni vuestros amigos creéis que esté intacta.

Griän la observó atónito, incapaz de pronunciar palabra alguna, aunque lo intentó.

—¿Tan ignorante me creíais? —lo miró ella con desdén—. Que sea una sirvienta, como vos me llamáis, no significa que sea estúpida, y sé muy bien a qué se debía el interrogatorio de Lady Araw la otra noche.

—Veo que eres muy resabida en cierto tipo de temas —apuntó Griän sintiendo cómo una creciente rabia inundaba su interior.

—No debería sorprenderos visto que me creéis una cualquiera —escupió con desdén.

—¿Lo eres? —se aproximó a ella agarrándola por los brazos.

—Eso no es asunto vuestro —alzó su barbilla sin amedrentarse—. No tengo por qué daros ninguna explicación de mis actos.

—¿Significa eso que vas a acudir cuando Antü te haga llamar? —preguntó lleno de ira.

—¿Y qué os importa? —repuso ella con su misma rabia.

—Pues aunque no lo creas, sí me importa —masculló entre dientes.

—¿Por qué? —inquirió con sarcástica sonrisa—. ¿Os molesta que vuestro amigo se os haya adelantado? —quiso provocarlo—. Pues sabed que con cualquiera antes que con vos —siseó.

Debería haberla dejado por perdida; si a ella no le importaba, menos debía importarle a él, pero aquella rabia lo cegaba por completo. No solo consideraba a Antü mejor que él, sino a cualquier hombre..., estaría con cualquiera antes que con él... y eso era algo que no podía soportar. Un repentino sentimiento de posesión sobre ella se apoderó de él, nadie debía tenerla, nadie que no fuera él mismo, y a ella no debía quedarle duda alguna al respecto.

Sujeta como la tenía por los brazos, la acercó a él y la besó, un beso lleno de rabia, desesperación e impotencia, asaltando sus labios casi con rudeza. Cuando Selene se removió tratando de zafarse, Griän le soltó los brazos para rodear fuertemente su cuerpo con los suyos, impidiendo su movimiento, pero sin abandonar ni un instante sus labios, al contrario, aumentando su intensidad, como si quisiera castigarla por todo aquello que sentía y que no quería sentir. Y, aunque esperaba que ella insistiera en su lucha, como respuesta a eso y en contra a todo lo que hubiera imaginado, notó cómo el cuerpo de la joven se destensaba en sus manos mientras sus labios comenzaban a amoldarse a los suyos.

Griän no quiso cuestionarse la rendición de Selene, hacía días que había dejado de cuestionárselo todo, así que disfrutó de su victoria, convirtiendo ese asalto a su boca en una caricia suave y lenta, dándose la oportunidad de saborear la delicia de esos labios tersos y dulces que se abandonaban a los suyos. Y cuando sintió sus delicadas manos posarse en su espalda, Griän suspiró en su boca, pero no por el orgullo satisfecho o su ego enardecido, sino por todas aquellas sensaciones que recorrían su cuerpo como un soplo cálido y limpio, en forma de un sentimiento que jamás había sentido y que jamás podría explicar. Solo la certeza de que aquello era lo correcto, lo adecuado, y unos deseos incontenibles de no separarse de ella nunca más. Sin embargo, tuvo que hacerlo cuando ambos quedaron sin aliento, abandonando sus labios con reticencia y lentitud.

Creyó que enfrentar los ojos de Selene sería enfrentar el más puro odio, llena como estaría de rabia por su atrevimiento, pero lo único que leyó en ellos fue la más grande confusión. Parecía estar ante un absoluto caos, extraviada, y lo miraba como si fuera la primera vez que lo tenía frente a ella,

con intensidad, como si buscara en sus ojos..., en él, la respuesta a su inquietud.

No pareció hallarla porque, al cabo de un momento, sus facciones se endurecieron y esa mirada turbada se tornó fría, casi hiriente. Griän esperó mil y un insultos, que nunca llegaron. En cambio, Selene alzó su mano y lo abofeteó.

Ninguna mujer había osado jamás hacer algo parecido y, en otras circunstancias, la habría hecho pagar por su insolencia, pero fue incapaz, se quedó inmóvil observándola mientras el ardor palpitaba en su mejilla. Porque aquello no podía llamarse dolor, el dolor fue lo que vino a instalarse en su pecho cuando la vio marchar.

Capítulo 17



Decir que amaneció de terrible humor era un insulso eufemismo; Griän apenas pudo soportar su propio reflejo en el espejo y, tapando con una mano su imagen en él, maldijo aquel condenado insomnio que se había apoderado de él en aquella noche que se tornó eterna. Mas lo peor no fue aquella vigilia, sino la imposibilidad de sacarla a ella de su mente. Escenas de Selene en brazos de Antü se habían agolpado en su pensamiento sin cesar, una tras otra, y cada una de ellas siempre le mortificaba más que la anterior. Sencillamente, no podía soportarlo y lo que lo trastornaba era que no sabía el porqué; si era sincero consigo mismo, temía averiguarlo.

Bajó a desayunar casi por inercia y porque sería más difícil de explicar su ausencia que su mal talante, cosa que empeoró al verla entrar al comedor con su exultante sonrisa a servir las mesas. Maldita cien veces. Él no había sido capaz de conciliar el sueño ni un mísero segundo y a ella se la veía fresca, lozana, como si hubiera disfrutado de la mejor noche de toda su vida, como si la hubieran...

Sacudió la cabeza con violencia para ahuyentar aquella idea de su mente y volvió a fijar la vista en ella. Como siempre, se había detenido en la mesa de

su hermano, saludándolo con un abrazo lleno efusividad. Griän bebió molesto de su copa. Parecía que no se hubieran visto en años, cuando se veían cada día. ¿Por qué tenía que ser así, tan... efusiva? Entre él y Anyan jamás se daban ese tipo de muestras de cariño, aun siendo también hermanos...

Sin pretenderlo, su mirada se posó en Antü, sentado como estaba frente a él. Se encontraba reclinado sobre la silla, con una copa en la mano y una sonrisa maliciosa en su cara, observando todos y cada uno de los movimientos de Selene. Lo poco que había comido, a Griän se le revolvió en el estómago.

—Te la vas a comer con los ojos —se escuchó a sí mismo decirle, no sabiendo de dónde había salido aquel impulso.

—Ya te dije que está para comérsela —confirmó Antü alzando sus cejas descaradamente.

—¿Eso significa que aún no has conseguido hacerlo? —preguntó con toda la intención de averiguarlo.

Sin embargo, su amigo se limitó a reírse y recostarse aún más en la silla, con visible satisfacción, y si aquello era una respuesta, Griän no supo interpretarla.

Tanto ellos dos, como con Cam, compartían esa clase de camaradería que permitía comentar el resultado de una conquista, fuera positiva o negativa; no se andaban con evasivas o insinuaciones equívocas, como esa, que no hacía más que dar libertad a la imaginación de Griän, percatándose él en ese momento de cuán retorcida y dañina era. Aunque quiso controlarla, no hacía más que tratar de sacar sus propias conclusiones: si Antü lo hubiera conseguido, le habría faltado tiempo para presumir de ello ante él y Cam, aunque la presencia de las mujeres, sobre todo de Araw y teniendo en cuenta su antipatía hacia Selene, habría hecho que guardara silencio. Pero no, poco le habría importado su censura con tal de restregarles a sus dos amigos su "triumfo". Eso, y el comportamiento de Selene, le hicieron pensar que había fracasado. La joven no había hecho ningún ademán de querer acercarse a la mesa, ni siquiera le dedicó una mirada o una sonrisa a Antü, cosa que cabría esperar si hubiera sucedido algo entre ellos..., a no ser que su encuentro hubiera sido decepcionante para ella...

Griän creía que iba a enloquecer, con tanta idea sin orden ni concierto asaltando su mente. Era delirante, y más lo era que no conseguiría

información alguna por parte de su amigo. Pero si no quería perder la cordura, tenía que averiguarlo, así que decidió encararla a ella directamente y acabar por fin con aquella maldita duda.

Alargó más de la cuenta su desayuno y, cuando sus compañeros se retiraban de la mesa, les pidió que no lo esperaran, asegurándoles que los alcanzaría más tarde. Selene recogía con otras sirvientas el comedor, por lo que él aguardó a que se marchara, saliendo ella por una puerta anexa. Al poco la siguió, accediendo a la zona de servicios que daban a un pequeño patio trasero, cercano a la cocina.

Tras lo sucedido el día anterior, sabía que una conversación pacífica entre ellos sería imposible, como sería igual de imposible el que ella accediera a acompañarlo a un lugar más privado para hablar de aquel tema, así que aguardó escondido detrás de una pilastra. No pasaron muchos minutos cuando la vio salir, caminando en su dirección. Sin dudarlo ni un instante, esperó a que pasara por su lado para tomarla por un brazo y arrastrarla hacia él. Le tapó la boca con la otra mano impidiendo que gritara y se la llevó de allí, hacia la parte trasera.

—Sé que eres muy capaz, pero te recomiendo por tu bien que no vuelvas a morder mi mano —le advirtió al oído mientras la obligaba a caminar. La joven le lanzó una mirada iracunda pero apeló a la cautela, obedeciéndole.

—¿Qué demonios queréis ahora? —escupió Selene una vez la hubo soltado—. ¿O es que esta vez venís a prevenirme de Lord Cam? —habló con desdén—. Tened cuidado o la gente pensará que sois mi paladín defensor.

—¡Cállate! —espetó molestó, aunque no sabía muy bien por qué.

—Ya veo que me equivoco —no abandonó su altivez—. Si no queréis que hable es que preferís que os entretenga como pretendía vuestro amigo.

Griän, enfurecido por aquellas palabras, la tomó de los hombros y la empujó hasta un muro cercano, golpeando la espalda de la joven contra él.

—¿Quiere decir eso que consiguió su propósito? —inquirió Griän sin soltarla.

—¿Por qué no se lo preguntáis a él? —siseó ella con rabia.

—Te lo estoy preguntando a ti —insistió—. Él no ha querido contarme nada.

—Malsana curiosidad la vuestra —lo miró de soslayo—. Cualquiera diría

que os intereso, aunque definitivamente no es ese el motivo —prosiguió ella al ver la intención de Griän de protestar—. Únicamente queréis comprobar si vais en cabeza en vuestra competencia sobre quién se acuesta con más mujeres.

—No he yacido con ninguna mujer desde que llegué a estas tierras —respondió él a su provocación.

—¿Y queréis que os aplauda por ello? —rio ella.

Griän se mordió la lengua, sin una contestación para aquello. Ella tenía razón en no necesitar esa explicación, el problema era que él había necesitado darla.

—No requiero de tu aprobación —consiguió pronunciar Griän, preso como estaba de la rabia y la confusión.

—Ya sé que vos y vuestros amigos requerís de otro tipo de servicios —espetó ella mordaz.

—Y tú no durarías en cumplir con la encomienda, ¿no? —le sugirió colérico—. Como ayer con Antü.

—Tal vez —respondió ella con sonrisa sugerente.

—¡Maldito sea el Cielo! —bramó él—. Déjate de rodeos y responde de una vez.

—¡No tengo por qué hacerlo! —exclamó ella sin amedrentarse.

—¿No te importa que pueda pensar de ti lo peor? —masculló entre dientes.

Selene soltó una carcajada.

—Vos me importáis a mí lo mismo que os importo yo a vos —sentenció ella mientras se esbozaba una hiriente sonrisa en sus labios.

Selene se enorgulleció de su propio aplomo, fundiendo su mirada en la de Griän, desafiándolo con su seguridad y alzando la barbilla, a la espera de su desdeñosa respuesta, sabiendo que estaba atacando una y otra vez su ego, su orgullo masculino.

—Puede que te equivoques con respecto a eso —repuso él, sin embargo, derrumbando así todas las defensas de la joven.

—Sí, claro —balbuceó ella—. Os enfurece no poder poseer lo que creéis que ya han poseído vuestros amigos, ¿no? —respondió tratando de no sacar

conclusiones erróneas y, sobre todo, de no dejarse intimidar por su cercanía, por esos ojos verdes que la miraban llenos de ira, o esa boca carnosa que se tensaba en ese momento por la furia, a causa de su comentario.

—¿Lo han hecho? —hundió los dedos en sus brazos, acercándola a él peligrosamente—. ¡Contesta! —le exigió con dureza, alarmando por primera vez a la joven.

—¿Qué es lo que os gustaría oír? —le preguntó en un susurro.

—Dime que no —gruñó entre dientes—. Miénteme si es preciso, pero dime que no.

—Nadie me ha tocado, Milord —le dijo entonces ella, y Griän descubrió que habría dado la vida porque aquello fuera cierto—. ¿Satisfecho ahora? —murmuró ella con sonrisa burlona.

—No —respondió él a su provocación y, dispuesto a hacer desaparecer esa agonía que suscitaba su insultante indiferencia, la besó.

El bálsamo que Griän ansiaba para calmar su tormento llegó al instante a través de los labios de Selene, con su calor, con su sabor. Soltó sus brazos para aferrarla entre los suyos, rodeando su cintura con fuerza, queriendo que ese beso durase mientras aún tuvieran aliento, y poco le importaba si ella volvía a abofetearlo, necesitaba de aquel elixir vital en que se había tornado su dulce efluvio.

Sin embargo, como si hubiera expresado su temor en voz alta, notó la presión de unos dedos enredándose en su claro cabello, y Griän gimió, aturcido por su respuesta. Tal vez solo se debía a un momento de debilidad por parte de Selene, o que simplemente quería disfrutar de ese beso como había hecho con muchos otros hombres..., pero su egoísmo hacía que le diera igual. Ahora estaba entre sus brazos, pegada a su cuerpo, besándolo con creciente fervor, el mismo que él sentía correr por sus venas con cada caricia de sus labios, y que no había sentido jamás con ninguna otra mujer, nunca. El palpar de su corazón en su pecho resonaba en sus sienes, acompañada dicha melodía por la respiración de Selene, fresca y atrayente, golpeando contra su boca y alimentándose él de ella.

Temió entonces tener que separarse de esa ambrosía que desprendía la humedad de su caricia..., ya no sería capaz de sobrevivir sin ella. Esa certeza lo llenó de rabia e inseguridad, jamás había necesitado nada, y esa lucha se vio reflejada en la intensidad de su beso, que se tornó fiero y abrumador. Aún

así, Selene lo acompañó, se aunó más a él como quien se aferra a su salvación, sintiendo Griän cómo recibía todo en aquel beso, mucho más de lo que esperaba, mucho más de lo que pensaba que se podía recibir. Si pudiera él ofrecer lo mismo..., darse a alguien por entero...

—¡Griän! —le sobresaltó la voz de Anyan a su espalda.

Separó su boca de la de Selene, aunque no hizo nada para soltarla. A pesar de la presencia de Anyan, la mantuvo entre sus brazos, observándola. La mirada de Selene era inescrutable, fija en sus ojos, los labios aún permanecían entreabiertos, escapando por ellos su respiración agitada que llegaba a él como una brisa cálida... Con gusto la habría vuelto a besar.

—Lástima que nadie haya venido a prevenirme sobre vos. —La escuchó entonces susurrar, justo antes de que escapara de sus brazos y se alejara de allí.

Griän suspiró pesadamente, atusando sus cabellos.

—¿Me puedes explicar eso? —lo interrogó su hermana.

Griän hizo una mueca.

—No es la primera vez que me ves besando a una mujer —dijo con desinterés.

—En efecto, pero nunca te había visto besar así a ninguna —señaló—. Parecías querer entregarle el alma en ese beso.

—No sabes lo que dices —la estudió él—. ¿O sí?

—No me cambies de tema —lo disuadió Anyan, evitando a toda costa que la conversación se centrara en ella—. Estás muy cambiado, Griän.

—Tú también —se defendió él.

—Y vuelves a justificarte en mí —le reprochó—. No es mi intención juzgarte —le aclaró.

—No es nada —posó su mano en su hombro—. Es que estamos demasiado lejos de Häe.

—¿Quieres regresar? —trató de que se voz no reflejase la inquietud que le causaba aquella idea.

Griän no respondió y Anyan no pudo descifrar la expresión del rostro de su hermano. Por un segundo su mirada quedó ausente, como si realmente una gran confusión invadiera su interior.

—Temo que aún deberemos aguardar para poder hacerlo —agregó ella.

—Lo sé —asintió él—. Pero me pregunto cuándo acabará todo esto.

—Pues parece que queda aún camino por recorrer —alegó ella pensativa.

—De hecho estamos casi como al principio —agregó Griän—. El niño de la profecía ha nacido, sí, pero no hay noticias de que la Princesa Claire haya dado a luz o de que la Princesa Agatha...

—Se supone que Lady Moira se iba a encargar de eso —le recordó ella.

—Pero aún no lo hace —apuntó él.

—No confías en ella —supuso Anyan—. Los Reyes han basado todo nuestro plan en su apoyo.

—No me corresponde a mí poner en duda el plan —le aclaró—. Es solo que veo muchas cosas que dependen del azar como, por ejemplo, la seguridad de que la Princesa Claire va a tener una niña.

—Lady Moira lo asegura —le recordó.

—Sí, ¿pero esa seguridad es fruto de la clarividencia o de una simple intuición? —continuó discrepando—. Tal vez deberíamos limitarnos a usar al heredero de Los Lagos para el Ritual de la Luna Nueva.

—¿Y si no funciona solo con él? —dudó su hermana.

—No lo sé, Anyan —se desesperó—. Solo quiero que todo esto termine. Al menos podríamos alejarnos de aquí —masculló entre dientes.

—Nunca creí que te inquietara tanto el asunto —lo miró ella con recelo. Si no lo tuviera en frente, hubiera jurado que ese no era su hermano.

—Nuestra vida depende de todo esto —abrió Griän sus brazos.

—¿Nuestra vida? —parpadeó atónita—. Nuestra vida pertenece al Astro Sol, y si es por él y para él, gustoso hay que entregarla —recitó casi de memoria—. Me lo has repetido hasta el cansancio. ¿Ya no crees que sea así?

—Ya no sé nada —sacudió sus manos en un brote de exasperación—. Voy a cabalgar un rato —dijo de súbito. Se acercó a ella y, tomando sus mejillas, besó su frente, marchándose luego de allí a toda prisa.

Anyan lo vio alejarse mientras con las yemas de sus dedos acariciaba allí donde Griän la había besado. Ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que lo había hecho. Definitivamente su hermano ya no era el

mismo, toda su seguridad, su temple, su impasibilidad, incluso su frialdad parecían estar desmoronándose como un castillo de naipes, y eso precisamente era lo que lo tenía así, tan irascible e inestable.

Y, aunque Griän podía negarlo cien veces, ella bien sabía lo que le estaba sucediendo, y Selene era la causante. Lo que Griän debía comprender era que la propia Selene tenía el antídoto a toda esa angustia, debía aceptarlo, como ella misma había hecho con Francis. Hasta ese preciso momento creyó que jamás podría compartir con Griän lo que ocultaba en su interior, que nunca lo comprendería. Pero ahora, viéndolo ahogado en esa misma zozobra en la que ella estaba sumida, ya no estaba tan segura... Algún día, Griän lo comprendería, todo.

Capítulo 18



Lo que había comenzado como una simple tertulia de sobremesa, se estaba convirtiendo en toda una reunión de Estado. Tras terminar de comer, Nicholas quiso invitar a Zayev y Cailen, acompañándoles Erick y Jordan, al Torreón Sur, a su estudio, para mostrarles todo el trabajo que habían estado realizando con el asunto de las recaudaciones.

—Está suponiendo un enriquecimiento de las Arcas Reales, ¿no?
—sugería Cailen.

—Por el momento, sí —admitió Nicholas—, pero no es el objetivo principal. Con los informes que nos hacen llegar los hombres, tenemos conocimiento de en qué lugares del reino hay más carencias, dónde poder emplear ese dinero.

—Ya veo —Zayev se rascó la barbilla pensativo—. No muchos reyes estarían de acuerdo con tu proceder —apuntó.

—Lo sé —repuso Nicholas—. Pero cada quien que gobierne como buenamente quiera, o pueda.

—Pues con respecto a en qué invertir el dinero, tenía yo algo que comentarte —intervino Jordan.

—Tú dirás —lo animó a hablar mientras se sentaba en su butaca, tomando asiento también el resto de los hombres alrededor del escritorio.

—De un tiempo a esta parte, la población intramuros ha aumentado muchísimo —apuntó—. De hecho, ayer que salí a montar con Agatha, vi que se están empezando a crear arrabales fuera del recinto amurallado, y en el interior se están aglutinando las cabañas contra las murallas.

—El pueblo tiende a instalarse cerca de su rey, buscando protección —añadió Erick.

—Es cierto —reconoció Nicholas—, pero estamos en época de paz.

—Por eso mismo, creo que deberíamos aprovecharla para ampliar la muralla —le propuso Jordan—, y así poderles dar esa protección cuando la precisen.

—No es mala idea —la sopesó Nicholas—. A fin de cuentas, esta es la capital del Reino, y ampliar las murallas supondría un aumento de la población, siendo aún más prósperos.

—¿Y qué haríais con la muralla antigua? —quiso saber Zayev.

—Pues mantenerla en pie —respondió Cailen a su cuñado—. Un segundo anillo defensivo tan sólido como lo es vuestra muralla no vendría mal, ¿no? —se dirigió ahora a Nicholas.

—Mirad que listo —se burló de él Zayev, golpeando levemente su nuca y haciendo reír al resto.

El sonido de nudillos en la puerta les hizo interrumpir la diversión.

—Adelante —alzó Nicholas la voz, aún sonriente.

—Buenas tardes —apareció la Princesa Adrienne tras la puerta.

Los hombres se pusieron en pie e inclinaron la cabeza como señal de cortesía, mientras Zayev miraba disimuladamente a Erick, quien no parecía inmutarse ante la presencia de la joven. Entonces dirigió su vista hacia Cailen y descubrió que, como él, estudiaba la reacción del Príncipe.

—Perdón si soy inoportuna —agregó ella.

—En absoluto —negó Nicholas—. Pasad, Alteza. ¿En qué podemos servirlos?

—En realidad —atusó sus manos, apurada—, me preguntaba si podríais salir un momento —miró directamente hacia Cailen, quien parpadeó

sorprendido.

—¿Yo? —titubeó inseguro.

—Si no es molestia —se disculpó ella.

—Claro que no —accedió pareciendo reaccionar.

Entonces Adrienne salió de la estancia, siguiéndola Cailen, asombrado, como lo estaba el resto. Tras caminar unos cuantos pasos, la joven se detuvo, girándose hacia él.

—¿Estáis bien? —le preguntó él al notar su inquietud.

—Sí —se apresuró a responder—. Es que, en mi mente no era tan mala idea, pero ahora que os tengo de frente, ya no estoy segura de que lo sea.

—Pues salgamos de dudas —le sonrió, infundiéndole confianza.

—Quería —vaciló un segundo—, agradeceros vuestra gentileza del otro día y había pensado en invitaros a una merienda —señaló una cesta que había en el suelo, cerca de la pared del corredor—. Tal vez podríamos volver a dar un paseo —le propuso insegura.

—No —respondió él, reflejándose visiblemente y de forma inmediata la decepción en el rostro de la joven—. Hoy iremos a caballo —agregó Cailen, alegrándose al instante Adrienne—. Así podemos llegar un poco más lejos, ya que hay un lugar que quiero enseñaros. Incluso, dado que sois una alumna aventajada, podría llevar mi arco esta vez.

—Será entretenido —sonrió Adrienne entusiasmada y claramente halagada.

—Yo iré a por los caballos, esperadme en la entrada principal —le pidió.

—De acuerdo —hizo ademán de tomar la cesta.

—Dejadla —se lo impidió—, yo me encargo.

—Entonces, hasta ahora —murmuró ella, batiendo sus pestañas.

—Hasta ahora —la despidió, viéndola alejarse por el corredor.

Cailen apenas lo podía creer. Habría apostado, sin temor alguno a equivocarse, que la Princesa había acudido en busca de Erick y, sin embargo, apenas lo había mirado.

De un momento a otro se sintió lleno de una gran euforia y, sin razón aparente, con grandes perspectivas en ese paseo. La Princesa Adrienne había

resultado una mujer muy divertida, dejando a un lado esas ráfagas de tristeza que de repente la embargaban, y a él le encantaba la forma en que lo miraba cuando él le mostraba o le enseñaba algo, con gran atención e interés, incluso con ingenuidad, como si sus palabras fueran un dogma sagrado. Y era hermosa, mucho, ensalzada aquella belleza por costosos vestidos y alhajas, tal vez demasiadas para su gusto, pero que realzaban sus facciones a la perfección, casi de una forma estudiada.

Riendo para sí mismo, regresó al estudio de Nicholas para despedirse de los demás.

—Ya creí que no volvías —lo recibió Zayev con cierta sorna.

—De hecho, no vuelvo —le informó—. Voy a dar un paseo con Su Alteza.

—Parecía que te interesaba nuestra conversación —lo tanteó.

—Es una preciosa tarde de primavera y, sin ánimo de ofender, prefiero la compañía de una linda mujer a la vuestra —se defendió, haciendo Zayev un dramático gesto de decepción—. Es más, creo que deberíais seguir mi ejemplo y hacer lo mismo con vuestras esposas —les invitó.

—Pues tienes toda la razón —lo secundó Jordan—. Como bien has dicho, estamos en tiempos de paz —miró a Nicholas—. Si quieres, hablamos de la muralla en otro momento.

—Estoy de acuerdo —rio Nicholas.

—Creo que estaban en el salón norte —intervino Erick.

—Pues no perdamos más tiempo —sentenció Jordan.

—Yo me adelanto, la Princesa Adrienne me espera —se despidió Cailen.

—Que te diviertas —bromeó su cuñado, recibiendo una mueca por su parte.

Los cuatro hombres se encaminaron hacia el salón, comprobando, tal y como había predicho Erick, que estaban todas allí, inmersas en una conversación mientras bordaban.

—¿Y mi madre? —se extrañó Erick por su ausencia.

—Ha ido con tu padre a dar un paseo —respondió Gabrielle.

—Él ha sido el más inteligente de todos —dijo Jordan por lo bajo.

—Estáis muy ocupadas —tanteó Nicholas tomando el bordado que estaba realizando su esposa para observarlo.

—Para ti, nunca —se levantó Gabrielle y, alzándose en puntillas, le dio un sonoro beso a Nicholas.

—Quería dar un paseo. ¿Te apetece que vayamos al jardín? —le propuso.

—Claro —accedió ella sonriente.

—Vamos, pequeño Príncipe —tomó Nicholas a su hijo, rodeándolo con un brazo y ofreciéndole el otro a Gabrielle, colgándose ella de él para caminar a su lado.

—Pues yo directamente me rindo —exclamó Agatha de repente, dejando a un lado el tejido—. Definitivamente los trabajos manuales no son lo mío.

—No os inquietéis, amada mía —recitó Jordan con solemnidad, esforzándose en no reír—. Aquí vengo en vuestro rescate.

—Mi héroe —suspiró Agatha exageradamente.

—¿Puedo proponeros una visita a Drakhon y Dama? —continuó Jordan con su papel de galante caballero.

—Lo que sea con tal de salir de aquí —se levantó Agatha tomando su mano.

—Como deseéis —besó él la suya, haciéndola reír.

—Vamos de una vez —le pidió aún entre risas.

Aquello dejó a las otras dos parejas en el salón, aunque con actitudes bien diferentes. Mientras Zayev y Ylva permanecían con las manos unidas, hablando en susurros para ponerse de acuerdo sobre qué harían después, Erick y Claire se hallaban un par de pasos separados.

—¿Dónde está la Princesa Adrienne? —preguntó de súbito Claire con declarado sarcasmo. La otra pareja desvió su atención hacia ellos, claramente incómodos por lo que, sin duda alguna, se avecinaba.

—Ha ido con Cailen a dar un paseo —respondió Erick con desinterés.

—Qué pena, ¿no? —se cruzó Claire de brazos—. Eso hace que irremediablemente tengas que recurrir a mí.

—¿Qué quieres decir con eso? —cuestionó Erick frunciendo el ceño.

—Cínico —musitó Claire por lo bajo.

—Nosotros mejor nos vamos —carraspeó Zayev incómodo, lanzándole una mirada de advertencia a Claire.

—Tranquilo, Zayev —lo cortó ella—. Por mí podéis quedaros porque yo me retiro a mi recámara, no tengo nada que hacer aquí.

—Claire —la llamó Erick confundido, sin comprender nada de su actitud—. ¿Qué demonios le pasa? —lanzó la pregunta al aire cuando ya se había ido.

—Aquí no hallarás la respuesta —le aconsejó Zayev—. Vamos —tiró de la mano de su esposa, dejando solo a Erick, que pensaba contrariado en lo que acababa de suceder... ¿Claire le había llamado cínico?

Con paso decidido se dirigió a su recámara e irrumpió en ella, sobresaltando a su esposa que estaba de pie junto a la ventana.

—¿Qué haces aquí? —inquirió ella, volviendo rápidamente la vista al exterior y dándole la espalda.

—Me parece que no soy yo quien debe dar explicaciones —aseveró él cerrando la puerta—. ¿Qué acaba de suceder hace un momento?

—No sé a qué te refieres —repuso ella despreocupadamente, aunque comenzó a deambular por la habitación, de brazos cruzados.

—Sabes muy bien a lo que me refiero —insistió él tratando de no perder la paciencia—. Al comentario tan desagradable que has hecho cuando has sabido que Cailen y la Princesa Adrienne...

—¿Comentario desagradable? —pronunció con ironía, mirándolo de soslayo—. ¿Así se le llama ahora a la verdad?

—¿La verdad?

—Deja de aparentar una inocencia que no posees —lo encaró ella deteniéndose frente a él, aunque a cierta distancia—. Estoy cansada de esta situación y, aunque sé que muchos hombres lo hacen, al menos ten la decencia de no hacerlo bajo mi mismo techo.

—¡Por mi alma que no entiendo nada de lo que dices! —comenzó Erick a exasperarse.

—Y yo que creía que no te acercabas a mí porque estabas preocupado por mi preñez... Eres un cínico —volvió a decirle—, y yo una estúpida por no darme cuenta de que te estabas reservando para alguien más.

—¿Reservando? —Erick la miró lleno de incredulidad. Trató de acercarse a ella, pero el paso que dio para hacerlo fue el mismo que retrocedió Claire—. No puede ser cierto lo que creo que estás pensando —murmuró temeroso—. ¿Acaso crees que la Princesa Adrienne y yo...?

—No te atrevas a decirlo en voz alta —le advirtió Claire, alzando un dedo.

—¿Es que has perdido el juicio? —la ignoró él—. ¿Me crees capaz de engañarte con otra mujer?

—Eres un hipócrita —notó Claire cómo las lágrimas acudían a sus ojos víctima de la impotencia—. No te has separado de ella desde que llegó —lo acusó—. Y a mí, apenas te has acercado en estos días.

Erick se tomó unos segundos para analizar la situación.

—Tal vez tengas razón respecto a eso —tuvo que admitir—. Pero solo porque he acompañado estos días a la Princesa no puedes dar por sentado que te estoy engañando. Si supieras, verías cuán equivocada estás. Ella merece tu compasión, no tu recelo y desconfianza.

Claire soltó una malsonante risotada.

—Así que ahora debo compadecerme de ella —ironizó—. ¿Por qué? ¿Por todo el tiempo que le dedicas a ella y que no estás conmigo? —se enjugó las lágrimas de un manotazo—. ¿O porque ella ha conseguido de ti lo que yo no he logrado en meses?

—Claire te estás equivocando...

—¿Quién se compadece de mí? —prosiguió sin embargo—. Viendo cómo mi esposo se aleja de mí cada día más, mientras se transforma mi cuerpo con el paso del tiempo, ahuyentándote, apagando tu deseo por mí.

—¡No sabes de lo que hablas! —protestó alzando Erick la voz.

—¡Claro que lo sé! —exclamó exaltada—. Hablo de mis noches de vigilia observándote mientras duermes, sin atreverme a tocarte por miedo a tu desprecio, deseando que seas tú quien se acerque, quien me acaricie a mí, sin que eso suceda jamás.

—¿Y crees que no quiero hacerlo? —le cuestionó comenzando a sumirse en la desesperación. Claire estaba a un par de pasos de distancia y, sin embargo, la sentía tan lejana...

—¡Por supuesto que no quieres hacerlo! —respondió ella igual de alterada

que él, con las lágrimas que brotaban sin cesar, nublando sus ojos—. No haces más que escudarte en mi estado, pero esa excusa se te va a acabar pronto y a ver qué inventas después de que dé a luz. Aunque bien pensado —continuó a pesar del rictus crispado de Erick—, ya no es necesario que sigas con tu farsa. Veo que para ti soy únicamente la madre de tu hijo, nada más. Dejando eso claro, ya puedes irte con cuanta mujer quieras. Y ahora sal de aquí. ¡Vete! —le exigió señalando la puerta—. Ve a buscar a la Princesa Adrienne o a quien te apetezca.

Aunque Erick hubiera querido, no habría podido salir por aquella puerta, ni siquiera era capaz de moverse. Aquella discusión tomaba un cariz que le asustaba, casi no podía creer que estuviera sucediendo. Entonces vio que Claire comenzaba a caminar hacia una cómoda y apoyaba sus manos en ella, de espaldas a él, bajando su rostro, derrotada, mientras sus hombros comenzaban a convulsionar, producto del llanto.

—Claire...

—No tengo la certeza de que me estés engañando, de acuerdo —admitió, finalmente, entre sollozos—, pero tengo la certeza de tu indiferencia, de tu frialdad, de cómo evitas acercarte a mí y cómo rompes antes de tiempo nuestros besos. Te amo y me duele verte y no poder tenerte, no soporto este abismo entre nosotros dos.

Claire hizo una pausa, en busca de aire, tratando de calmar el llanto que la ahogaba mientras Erick contenía la respiración.

—No resisto esta situación por más tiempo, me hace daño, así que te ruego que me permitas alejarme —le pidió casi en una súplica—. Quiero volver a Breslau, con mi padre.

—Eso jamás —exclamó Erick rotundo y, en un par de zancadas, llegó hasta a ella.

Tomándola de los hombros la giró hacia él y buscó su boca, con desesperación, para besarla como no había hecho nunca en esos meses, con todo ese deseo que tenía reprimido en su interior dolorosamente, y que a veces amenazaba con hacerlo desfallecer. Porque amaba a su esposa, la deseaba y la necesitaba, más que cualquier otra cosa en el mundo, pero el terror de dañarla... o de perderla había sido más fuerte, hasta ese momento.

Pero fue entonces cuando se percató de que esa misma cautela la estaba alejando de él, sin que apenas se hubiera dado cuenta, y hasta el punto de que

ella quisiera marcharse de su lado. ¡No! Erick prefería mil muertes a eso, y ella no podía pensar lo contrario.

Deslizó las manos hacia su nuca y sus cabellos y la atrajo hacia él, profundizando su beso aún más, intensamente, acariciando sus labios con fervor y delirio; y no dejaría de hacerlo hasta que no consiguiera borrar de ella todo ese dolor que él mismo había provocado. Estúpido..., creía haberla protegido y, por el contrario, la había herido de la peor manera, le había estado negando su amor, en todos los sentidos. Pero no era tarde para remediarlo, al menos eso creía; la respuesta de Claire así se lo decía. La notaba temblar contra su cuerpo, y ya no era a causa del llanto, mientras sus dedos se clavaban en su pecho, queriendo atravesar el tejido de su túnica. En ese instante, entreabría sus labios en una incitante invitación y Erick, contrariamente a como habría hecho hasta entonces, la aceptó, devorando su boca con frenesí, saboreándola, embriagándose del néctar de su pasión. Esta vez no se detendría, no rompería ese beso antes de tiempo. Había roto la barrera que él mismo impuso, y nada lo refrenaría.

—Erick —escuchó gemir a Claire sobre sus labios.

—¿Crees que yo no he querido esto? —preguntó él con voz aterciopelada, sin separarse apenas de su boca—. Cada día que pasa te deseo más. No sabes el sacrificio que supone para mí el no poder amarte.

—Claro que lo sé —discutió ella—. Tú me has obligado a compartirlo contigo.

Erick tomó sus mejillas para mirar sus ojos profundamente.

—Te juro que creí que era lo mejor —se lamentó él—. Aún me atormenta la imagen de tu vestido manchado en sangre, el terror de aquellos días al pensar que te perdía.

—Pero aquello fue hace meses y tu padre te ha repetido hasta el cansancio que estoy bien —argumentó ella—. No creo que solo por eso me estés castigando de este modo.

—No digas eso —apretó la mandíbula, notando el ardor de las lágrimas en sus ojos—. No puedes pensar que eso es lo que estoy haciendo contigo —la hizo apoyar el rostro contra su pecho—. Como de igual modo no puedes creer realmente lo que me has dicho hace un momento. Dime que todo ha sido producto de un arrebató.

—¿Y qué querías que pensase? —se defendió ella, mirándolo de frente.

—Que moría de las ansias de amarte —le susurró acariciando sus labios con la punta de sus dedos.

Claire cerró los ojos, estremecida.

—Eso era imposible —temblaba su voz—, viendo cómo te has alejado de mí.

—Creí que te estaba protegiendo, y me equivoqué —admitió él—. Pensé que mi fortaleza bastaría.

—Pero no pensaste en la mía —le reprochó—. ¿Qué hago yo mientras tanto con esta necesidad que tengo de ti?

—Saciarla —murmuró con ardor.

—¿Qué...?

Claire buscó en sus ojos algo que le dijese que era cierta aquella insinuación. ¿Sería posible que...?

—Me rindo, Claire. Me rindo ante ti.

Y Erick volvió a apoderarse de su boca, con inusitada pasión, queriendo robarle el aliento y la cordura. Claire no fue capaz de asimilar lo que estaba sucediendo hasta que Erick la obligó a alzar sus brazos para desprenderla de su vestido y su primera reacción fue la de cubrir sus pechos, sonrojada.

—¿Crees que tu cuerpo me disgusta? —le cuestionó Erick tomando sus manos y colocándolas sobre el cordón de su túnica—. Al contrario, Claire, me fascinas, voluptuosa, brillante y tan llena de vida.

Esta vez fue Claire quien buscó sus labios mientras tiraba de aquel cordón para despojar a Erick de su túnica, ayudándole él con las calzas y las botas. Así, ya ambos desnudos, la tomó en brazos y la llevó hasta su lecho, recostándola con delicadeza, haciéndolo él a su lado y recorriendo con ojos sedientos el cuerpo de su esposa.

Para Claire, aquella fue la más sensual de todas las caricias posibles, hasta que Erick la acompañó con una de sus manos, delineando con sus dedos todas y cada una de las curvas de su cuerpo. Claire cerró los ojos, abandonada a aquellas sensaciones que la recorrían, sintiendo su intensa mirada sobre ella, su tacto y luego su boca que se hundía en la curva de su cuello, lanzando a través de ella miles de escalofríos. Ya casi había olvidado

lo deliciosos que eran los labios de su esposo sobre su piel, al igual que Erick apenas recordaba el exquisito sabor de su esposa.

Sin querer perder tiempo en lamentarse, prefirió ocuparlo en volver a llenar de él su memoria, recorriendo con sus labios y su lengua todos los caminos que diseñaban su cuerpo, sus brazos, su cuello, sus senos plenos, hasta la abultada línea de su abdomen. No quiso dejar ni un rincón de su piel por saborear y mucho menos pudo reprimir el deseo de perderse en la carne de su intimidad. Claire ahogó un gemido al sentir cómo la acariciaba la calidez de su boca mientras aferraba sus manos a las sábanas, perdida en el delirio que le producía, creyendo que su éxtasis estallaría de un momento a otro.

De repente, notó que Erick se apartaba de ella para volver a colocarse a su lado.

—Erick... —se quejó ella con ahogada respiración, colocando él un dedo sobre sus sonrosados labios, silenciándola.

—Ya es tarde para negarme el placer de hacerte mía —le susurró con mirada incendiada.

—Pero... —posó ella sus manos en su voluminoso abdomen.

—Ven —le escuchó decir, mientras la tomaba de sus caderas y la posicionaba a horcajadas sobre él, sus piernas a ambos lados de sus muslos—. Tómame, Claire —le volvió a susurrar y, antes de que ella pudiera comprender lo que sucedía, notó que aún sujetándola de las caderas, la alzaba sobre él para luego hacerla descender, sintiendo en el proceso cómo se iba llenando de él.

En ese instante, sus dos voces se enlazaron en un gemido, llenando el silencio de aquella habitación, abrumados por la gloriosa plenitud de su unión. Hacía demasiado tiempo que sus cuerpos se extrañaban, que se necesitaban. Claire tuvo que inclinarse y apoyar sus manos en el pecho de Erick, aturdida por la sensación, que aumentó de intensidad cuando Erick comenzó a guiarla con las manos aferradas a sus caderas, sintiendo cómo recorría su interior con cada uno de sus movimientos.

A ambos les fue imposible controlar aquella vorágine que comenzó a desatarse desde el centro de sus cuerpos, mientras su nexo se fundía en ardiente vínculo, fusionándose en una única espiral que los atrapaba cada vez más. Fue cuando Erick la tomó por los hombros para hacer que irguiera su

espalda cuando todo estalló a su alrededor, mientras sus centros palpitaban enviando bucles de placer a lo largo de todo su cuerpo.

Con las últimas reminiscencias de su clímax ya alejándose, Claire, rendida, apoyó de nuevo sus manos sobre el torso de Erick, quien abandonaba cuidadoso su interior, separándose de ella. Luego la hizo tumbarse a su lado, recostando ella la cabeza sobre su pecho, que oscilaba en busca de aliento, mientras el latido de su corazón golpeaba con fuerza contra su mejilla. Erick la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él, besando su frente.

—Alguien debería haberte advertido al aceptar casarte conmigo que tomarías a un esposo excesivamente estúpido —musitó Erick.

—No digas eso —murmuró alzando Claire la vista hacia él. Erick tomó su mejilla y volvió a colocar su rostro contra su pecho.

—Me amas demasiado si eres capaz de negarlo —le respondió—. Yo no sé si podré perdonármelo.

—Esto no ha sido solo culpa tuya —negó Claire—. Yo debería haber tenido la suficiente confianza como para contarte mis inquietudes, pero no me resultaba fácil decirte que —vaciló— necesitaba...

—¿Y crees que no lo sabía? —reconoció él—. ¿Crees que no me decían nada cada uno de tus besos? Me tentabas con solo mirarme, pero cada vez que estaba a punto de caer, veía tu imagen, postrada en nuestro lecho...

—Deja de atormentarte —le pidió ella con suavidad, posando sus labios sobre los suyos para silenciarlo. Erick deslizó su mano hasta su nuca y aprovechó para besarla con intensidad.

—Estás bien, ¿verdad? —no pudo reprimir él la necesidad de asegurarse.

—Estoy mejor que bien —rio ella. ¡Que su esposo cambiara era imposible!

—No vuelvas a dudar de mi amor por ti —le rogó—. Te he dicho cientos de veces que lo eres todo para mí.

—Perdóname —se mordió ella el labio con culpabilidad—. Todo esto que guardaba en mi interior no me dejaba ver las cosas con claridad, además de que... —hizo una mueca de disgusto—, no sabía que era tan celosa.

—Los celos son señal de inseguridad —la apretó Erick contra él— y de

eso, soy yo el único culpable, e imagino que la presencia de Adrienne no te ha ayudado mucho.

—A propósito de ella, antes me dijiste que debía compadecerla —recordó.

—Y así es —asintió él.

—¿Qué le sucede? —quiso saber ella.

—Resulta que...

—Ya me lo contarás después —lo interrumpió Claire de súbito.

—¿Qué pasa? —la miró él, extrañado.

—¿Recuerdas lo que me dijiste antes? —titubeó ella.

—¿El qué? —trató de hacer memoria.

—Acerca de saciar toda la necesidad que tengo de ti —se atrevió a decirle.

Una sonrisa torcida se esbozó en labios de Erick.

—Ya veo —acarició el rubor de la mejilla de su esposa—. ¿Significa eso que aún no estás satisfecha? —murmuró sugerente.

—¿Tú sí? —preguntó ella con timidez.

—La verdad es que no —respondió atrapando con sus labios los de su mujer.



—Alinead el codo con el hombro —le indicaba Cailen a Adrienne— y alzad un poco más la barbilla.

El joven se posicionó tras ella para rectificar su postura, luego, colocando la cabeza a su lado, comprobó el blanco.

—Así estaría bien —dijo cerca de su oído, haciendo que ambos se giraran, cruzándose sus miradas. Adrienne se apartó e hizo descender sus brazos, nerviosa.

—Creo que estáis lista para que lo intentéis con una flecha —titubeó Cailen, víctima de ese mismo nerviosismo.

—¿Estáis seguro de eso? —dudó ella.

—Si me coloco detrás de vos, sí —bromeó, haciendo que ella sonriera—. Adelante —le ofreció una flecha.

Respirando profundamente, en busca de aire a la vez que de valor, Adrienne la colocó en el arco tal y como él le había enseñado, tras lo que se colocó en posición.

—Ahora tensad la cuerda —le indicó, obedeciendo ella, comprobando Cailen de nuevo la postura—. Cuando tengáis fijado el blanco, tomad aire y soltad la flecha.

Al cabo de unos segundos, la saeta sesgó el aire con un silbido, clavándose sonoramente en el tronco de un árbol.

—¡Lo conseguí! —exclamó ella, eufórica, soltando el arco y abrazando a Cailen viéndose llevada por el entusiasmo—. Disculpadme —se alejó rápidamente de él, avergonzada.

—No mentí cuando dije que sois una alumna aventajada —quiso restarle importancia mientras se agachaba a recoger el arco.

—El mérito es todo vuestro —repuso aliviada por la reacción del joven—. Sois un maestro extraordinario —esbozó una sonrisa.

—Favor que me hacéis —inclinó él la cabeza—. Pero acertar un tiro a la primera no es tarea fácil, y ese mérito no es mío.

—Gracias —se sintió ella halagada.

De súbito, Adrienne observó cómo las facciones de Cailen se tensaban y le pedía con un gesto que guardara silencio. Fue al ver que tomaba una flecha del carcaj cuando ella quiso comprobar lo que estaba llamando su atención.

—No —exclamó Adrienne entonces, impidiendo con su mano que Cailen tensase la cuerda del arco.

—Pero...

—Son preciosos —añadió ella.

Una pareja de ciervos jugueteaba no muy lejos de ellos. El macho giraba alrededor de la hembra dando pequeños brincos para luego enredar sus cornamentas mientras restregaban sus hocicos.

—Y exquisitos a la brasa —concluyó Cailen, aunque bajando el arco al darse por vencido.

—¿Seríais capaz de poner fin a un romance así? —le reprochó ella,

sentándose cerca de un árbol para observarlos.

—Si lo enfocáis de esa manera, no —admitió con culpabilidad, tomando también asiento, a su lado.

—Entonces, ¿creéis en el amor? —le cuestionó de repente, sorprendiéndolo.

—Sí —respondió azorado—. ¿Vos no?

—Sé que existe —respondió, viendo Cailen cómo ese tinte de tristeza nublababa sus ojos.

—¿Porque lo habéis sentido? —tanteó él.

—Eso creí, una vez —admitió ella—. Pensé que lo que una vez llegué a sentir por el Príncipe Erick era amor, pero me equivoqué.

Cailen notó un escalofrío recorriéndole la espina dorsal al escuchar aquello, un brote de rabia entremezclado con alivio. Incomprensible, mas certero.

—¿No decís nada? —cuestionó el silencio de Cailen tras su confesión.

—No hace tanto que os dije que no os juzgaría —le recordó, aprovechando esas palabras para recomponerse—. Al igual que os escucharía siempre que lo quisierais.

—¿Aunque sean lamentos? —sonrió ella con tristeza.

—¿Una mujer tan hermosa como vos puede lamentarse de algo?

Cailen no se sorprendió de que la leve sonrisa de Adrienne se apagase en ese mismo instante.

—Alguien me dijo una vez que la belleza que atrae, difícilmente es la que enamora —recitó llena de pesar, con la mirada perdida en la espesura del bosque—, y la mía es de las que traen cualquier cosa menos amor.

—¿Por qué decís eso? —preguntó él sin comprender—. ¿Queréis decir que amáis a alguien y vuestra belleza no ha conseguido enamorarlo?

—Aunque yo lo ame, mi maldita belleza hace que no pueda amarme —bajó su rostro con gesto compungido.

—Eso no tiene sentido —le rebatió él, frunciendo el ceño—. Solo habría una cosa en el mundo que me impediría luchar por la mujer que amo.

—¿Y qué sería? —le cuestionó alzando su mirada, que brillaba a causa de

las lágrimas contenidas.

—Que esa mujer pertenezca a otro —respondió—. ¿Es eso lo que os sucede? —demandó al percibir el temblor de sus labios, como prelude de su llanto—. ¿Estáis... comprometida?

—No lo sé —dijo en un hilo de voz, girando su rostro, visiblemente avergonzada.

—¿Cómo...?

—¡Que no lo sé! —exclamó, ocultando la cara entre sus manos, sin poder reprimir ya los sollozos que oprimían su pecho.

Sin embargo, Cailen apartó sus manos siendo él quien colocó las suyas en sus mejillas, alzándolas para que lo mirara y enjugando sus lágrimas con sus pulgares.

—Alteza —pronunció Cailen con seriedad—, vos misma me disteis a conocer la confianza que os inspiro, y a ella apelo para suplicaros que me contéis lo que os sucede. Juro por mi vida que no os juzgaré.

—¿Lo juráis? —quiso asegurarse.

—Por mi vida —le repitió, soltando su rostro lentamente.

Tras un segundo de inseguridad, y ya más calmada, Adrienne asintió.

—Tal y como os conté —comenzó ella su relato—, mi única hermana ya está casada por lo que vivo sola con mi padre. Nuestro trato siempre ha sido cordial, así que no me sorprendió que quisiera averiguar qué había sucedido cuando nos enteramos de la boda del Príncipe Erick con la Princesa Claire. Le aclaré que yo ya sabía de sus intenciones y que me había dado cuenta de que, realmente, él no había sido más que un capricho para mí, al resultarme esa boda menos dolorosa de lo que creía. Entonces, su rictus se tensó y me propuso hacer una fiesta, soy una mujer casadera y, según él, ya era tiempo de buscar un esposo. Os prometo que no veía nada de malo en aquello —miró a Cailen con preocupación.

—Al contrario —razonó él—. Es una buena excusa para conocer a otras personas.

—El problema fue que todas esas personas eran única y exclusivamente hombres —le explicó.

—¿Solo hombres? —se extrañó él, removiéndose ligeramente, molesto.

—Y a cuál de todos más viejo, mal parecido o barrigón. Disculpadme si os parezco frívola, pero no podía entender cómo mi padre pretendía que me enamorara de alguno de ellos.

Cailen negó con la cabeza para que no se preocupara por su reacción más que justificada, así que Adrienne prosiguió.

—Fue entonces cuando descubrí su verdadero propósito. Huyendo de un invitado demasiado atento —pronunció haciendo una desagradable mueca—, me escondí tras unas cortinas y, no sé si para mi suerte o mi desgracia, escuché una conversación. Para resumíroslo —enjugó una lágrima de su mejilla con rapidez—, descubrí que mi padre ha llevado nuestro reino a la ruina, y que todos aquellos hombres eran tan poderosos que había puesto sus esperanzas en mi unión con alguno de ellos para salvarse.

—¿Confrontasteis a vuestro padre para saber si aquello era cierto? —preguntó Cailen mientras sentía que una creciente rabia lo invadía.

—Cuando lo busqué, se había retirado a su recámara y yo aproveché para hacer lo mismo, escapando así de aquella situación —le respondió—. Al día siguiente, todos se habrían marchado y yo podría enfrentar a mi padre, pero no fue así. Esa mañana, mi padre irrumpió en mi recámara reprochándome mi atrevimiento al ausentarme de la fiesta, desatendiendo a los invitados. Si lo hubierais visto —negaba ella con la mirada perdida—, comenzó a revolver en mis vestidos buscando, según él, el más hermoso de todos, mientras me pedía que eligiese entre mis joyas las más vistosas y les vociferaba a las doncellas que se esmerasen con mi peinado. Antes de salir de mis aposentos, me exigió con mirada colérica que, cuando acudiera al salón principal, debía aparecer ante todos ellos como la mujer más hermosa sobre la faz de la tierra. Para eso me sirvió mi belleza —miró a Cailen con los ojos, de nuevo, llenos de llanto—, para ponerme frente a un puñado de patanes que peleaban por ver quién ofrecía más a cambio de mí, porque ni siquiera me veían como una mujer, sino como una posesión, como un simple objeto que se puede comprar con dinero... No podéis imaginaros mi desesperación —exclamó ella.

—Sí que puedo —le susurró él volviendo a enjugar sus lágrimas—. ¿Qué hicisteis entonces? —la alentó a continuar. Necesitaba saber hasta dónde había llegado aquella atrocidad.

—Aprovechando que los ánimos empezaron a caldearse entre algunos caballeros —pronunció con ironía—, me hice la ofendida y salí corriendo.

Mientras lo hacía escuché que mi padre calmaba a sus invitados apelando a un acceso de pudor femenino por mi parte, así que siguieron pujando sin mí —sonrió con tristeza mientras secaba sus mejillas con su mano, aunque de modo infructuoso, pues seguía llorando—. Sin pararme a pensar, tomé un bolso de viaje y lo llené de ropa y algunas joyas, lo primero que encontré. Luego acudí a las caballerizas y puse como excusa que iba a una aldea cercana a llevar algo de ropa usada. Los mozos se extrañaron, pero ensillaron mi caballo y me dejaron marchar.

—¿Cabalgasteis durante días sola, hasta aquí? —se alarmó Cailen, tensándosele todos los músculos del cuerpo—. Creí que alguien os había traído y se había marchado.

—¿Y yo creía que vos no ibais a juzgarme? —se defendió ella, aunque apartó la mirada de él por temor a su respuesta.

—Y no lo hago —le aseguró, obligándose a calmarse—. Solo pienso en el peligro que habéis corrido —le aclaró, de hecho, se le helaba la sangre solo de pensarlo.

—Lo sé —tuvo que admitir ella, cabizbaja—. Pero ya os he dicho que no me detuve a pensar lo que estaba haciendo, solo quería escapar de allí, a como diera lugar —argumentó angustiada.

—Está bien —resopló Cailen, tratando de calmar su inexplicable agitación—. Por fortuna llegasteis sana y salva.

—Sí —asintió ella con expresión culpable.

—Aunque —la miró pensativo— ¿no habría sido más fácil recurrir a vuestra hermana?

—¿Quién creéis que le ayudó con gran entusiasmo en los preparativos y la lista de invitados?

—Entiendo —concordó Cailen—. El Príncipe Erick está al tanto, ¿verdad? —supuso.

—Sí, y, aunque me ha prometido guardar silencio y me ha brindado su apoyo, sé que no puede ayudarme —reconoció abatida, colocando una mano en su pecho para contener la angustia—. Puedo permanecer aquí como invitada durante un tiempo, como tantas otras veces, pero mi padre me estará buscando y no tardará en encontrarme —dijo llena de temor—, obligándome a volver con él para unirme a uno de esos...

—¡No puede obligaros a eso! —espetó Cailen de repente, furioso—. ¿Me equivoco o me habéis insinuado que amáis a alguien? —preguntó con desconocida ansiedad.

—Sí —admitió, desviando la mirada, avergonzada.

—Entonces tenéis derecho a casaros con él.

—Por lo visto yo no cuento con ese derecho —negó ella—. Mi padre ha decidido mi destino por mí.

—Si ese hombre os ama, se enfrentará a él —insistió Cailen.

—No es tan sencillo —seguía ella con su aire pesimista.

—¡Claro que lo es! —se exaltó él, apretando los puños—. A no ser que ese hombre sea un cobarde.

—¿Es que no lo entendéis? —agitó las manos, en un gesto de desesperación—. ¡Ni siquiera sé si él siente algo por mí!

Cailen enmudeció.

—¿Me comprendéis ahora? No tengo esperanza alguna —exclamó sumida en la angustia y la congoja, cubriéndose de nuevo el rostro con las manos.

Sin poder soportar su llanto, y lleno de impotencia, la abrazó. Adrianne no opuso resistencia, al contrario, se dejó envolver contra su pecho, ofreciéndole Cailen su consuelo, dejando que derramara todas aquellas lágrimas que no podían limpiar, ni siquiera mitigar, su dolor.

Si él pudiera hacerlo...

Se preguntó lleno de rabia quién era aquel estúpido que, tan ciego, ignoraba poseer el amor de aquella mujer, mientras un deseo irrefrenable e inexplicable le hacía maldecir a los cielos por no ser él.

Capítulo 19



Con la cabeza apoyada sobre el pecho desnudo de su esposa, Erick escuchaba la melodía que conformaban su acompasada respiración y su corazón al palpar. Mientras, acariciaba distraídamente con la yema de sus dedos la piel de su vientre hasta que, de repente, Claire tomó su mano y le hizo colocar la palma completamente abierta sobre su abdomen.

—¿Lo notas? —le preguntó ella a la vez que él alzaba su rostro, sorprendido.

—¿Eso ha sido nuestra hija? —le cuestionó él a mitad camino entre la preocupación y la emoción.

—Así es —respondió Claire entre risas.

—Te veo muy tranquila —frunció él el ceño.

—Es normal que se mueva así, lo hace desde hace algunas semanas.

—¿Y por qué yo nunca lo había notado hasta ahora? —espetó casi molesto.

Claire volvió a reír viendo su mueca de inconformidad casi infantil.

—He estado muy enfadada contigo como para decírtelo —respondió con aire burlón.

—Claire... —el rostro de Erick se tornó en culpabilidad.

Ella se incorporó con gesto pesaroso y alcanzó con una de sus manos el rostro de su marido.

—Lo siento, Erick, no quería que sonara a reproche.

—En cualquier caso lo merezco —admitió él.

—No volvamos a lo mismo —casi le suplicó ella—. ¿De qué sirve reconciliarnos si tú sigues con tus culpas?

—Tienes razón —admitió Erick con un suspiro.

Se inclinó sobre ella y la besó lentamente y con dulzura. Era la mejor forma de volverle a pedir perdón sin pronunciar las palabras, y Claire lo perdonaba al instante correspondiendo a su beso con sincero amor.

—Te amo tanto, Claire —le susurró mirándola a los ojos.

—Nos amamos, Erick. Somos uno —respondió ella y él la estrechó entre sus brazos preso de la emoción al escuchar aquello, con la certeza de tener ese amor en sus manos, tan real y hermoso, y que había estado a punto de perder por un error que no cometería nunca más. Sabía que era demasiado sobreprotector y no iba a poder evitar el estar preocupado por ella, pero casi había llegado a rebasar el límite, al punto de no retorno, y había estado a un paso de perderla.

—Sé cómo eres, no puedes evitarlo —la oyó decir como si ella hubiera escuchado su interior—, y me gusta que me cuides, aunque no lo creas, pero no puedes encerrarme en una urna de cristal para protegerme, alejándome de todo y de todos, incluso de ti. Te aseguro que si buscas mi bienestar, no es lejos de ti donde lo encontrare.

Claire se separó buscando los ojos de su esposo.

—Erick, quiero estar junto a ti siempre. Me basta con sentirte cerca para ser feliz.

Erick volvió a tomar los labios de su mujer, aunque esta vez arrebatado por ese caudal de sentimientos que Claire provocaba en su corazón.

—Amor, estaré a tu lado mientras tú lo quieras —murmuró casi sin aliento.

—Siempre te querré a mi lado —repuso ella hundiendo su rostro en la curva del tan tentador cuello de su esposo.

—Entonces así será —le corroboró estrechándola entre sus brazos, lleno de alivio y felicidad—. Lo prometo.

—Te costará muy caro si no lo cumples —le advirtió ella con tono divertido.

—Lo sé —rio él—. Ya he podido comprobar cómo te transformas cuando estás enfadada.

—¿Lo dices por lo de hace un rato? No has visto nada aún —se hizo la interesante.

—Te aseguro que no siento deseo alguno de verlo —bromeó—. Y para tu información, lo que tú llamas “un rato” son en realidad varias horas. Ya está oscureciendo.

Claire miró hacia la ventana, sobresaltada al ver que las primeras estrellas ya iluminaban el cielo.

—Dios mío, todos se estarán preguntando dónde estamos.

—¿Y ese pudor a estas alturas? —rio Erick—. No tiene nada de extraño que una pareja de esposos, tan enamorados como nosotros, pasen la tarde encerrados en su recámara —agregó con mirada sugerente mientras acariciaba con uno de sus dedos los labios de su mujer, haciéndola enrojecer profundamente.

—¡Erick! —protestó ella tumbándose para refugiarse entre las sábanas, cubriéndose hasta la cabeza.

—¿Qué mejor compañía que la tuya? —insistió con cálida voz y tirando del tejido para descubrir su rostro.

—Ahora mismo me viene alguien más a la cabeza —bromeó ella para responder a su provocación.

—Eso ha sido un golpe bajo —repuso él tratando de contener la risa y fingiendo hacerse el ofendido.

—¿Ha funcionado? —continuó ella.

—No —espetó Erick tajante, comenzando a hacerle cosquillas a Claire al instante.

—¡Para! —le pidió ella entre risas—. ¡Por favor, Erick! —le repitió.

—¿Aceptas entonces que no hay nadie más que tú? —la retó, deteniéndose.

—Lo acepto —accedió ella casi sin aliento.

—¿Convencida? —se quiso asegurar.

—Solo estaba bromeando —le corroboró ella.

—Ya lo sé —repuso él sonriente.

—Aunque...

—¿Sí? —la miró con recelo, apoyándose sobre un codo.

—No puedo negar que siento curiosidad por saber el motivo por el que está aquí.

A Erick no le hacía falta que Claire le aclarase a quién se refería. Se recostó al lado de su mujer y la acercó a él, apoyándola sobre su pecho, narrándole así todo lo que la Princesa Adrienne le había confesado.

—Ha sido muy valiente al escaparse de ese modo —tuvo que admitir Claire—. Yo no creo que hubiera sido capaz de luchar así contra el destino.

—Te recuerdo que, no hace tanto, tú pasaste por algo parecido —apuntó Erick rememorando su forzado compromiso con Zayev.

—Esto no tiene ni punto de comparación con aquello, Erick —discrepó su esposa, incorporándose ligeramente—. Yo contaba con tu amor, fuimos los dos quienes actuamos juntos para enfrentar a mi padre, y no olvides que todos nos apoyaban en esto. La Princesa Adrienne está sola.

—Tienes toda la razón —concordó, tumbándola de nuevo a su lado para volver a abrazarla—. Yo he tratado de apoyarla, consolarla de algún modo, pero me siento impotente porque no sé qué respuestas dar a sus preguntas. Al menos le he asegurado que podrá permanecer aquí el tiempo que necesite.

—Nicholas lo sabe —supuso Claire.

—Le prometí que no se lo contaría a nadie, pero era lo menos que podía hacer. Este castillo es como mi hogar, pero en definitiva, no lo es.

—¿Y qué opina?

—Tampoco sabe darme una respuesta —negó con la cabeza—. La situación de la Princesa es cuanto menos que precaria. Y lo peor es que su padre puede decidir venir aquí a buscarla y reclamarla.

—Ahora entiendo cuando decías que había que compadecerla —recordó Claire—. Debe estar desesperada.

—No quiero sonar frívolo, pero en cierto modo, me alegro de que le guste la compañía de Cailen —sonrió levemente—. Al menos podrá distraerse un poco.

—¿Tú crees que le agrada? —sugirió ella pasando distraídamente la punta del dedo por el pecho de Erick.

—Pues ciertamente no lo sé, porque desde que me sustituyó por él, y para alegría tuya, no he vuelto a hablar con ella —besó cariñosamente su frente.

—Sería bonito —susurró Claire, escapándosele un suspiro.

—¿Desde cuándo te has vuelto una romántica? —bromeó Erick alzándole la barbilla para que lo mirase—. Creí que tú eras la de los libros y las ideas sensatas y que le dejabas las fantasías a Gabrielle.

—Tal vez necesitaba encontrar a mi príncipe para que me hiciera soñar —murmuró sugerente, acercando sus labios a los de su esposo.

De repente, el violento tañido de unas campanas rompió el idílico silencio, alarmando a Claire y haciendo que Erick saltara de la cama para dirigirse a la ventana.

—¿Y esas campanas? —apuntó ella preocupada al no haberlas escuchado jamás en toda su estancia allí—. Parece el aviso de una catástrofe.

—Por todos los Dioses del Bratvah —masculló Erick que se apartaba rápidamente de la ventana y comenzaba a vestirse con premura.

—¿Qué sucede? —quiso saber Claire.

—Por favor, no te muevas de aquí —le pidió dándole un corto beso tras lo que salió a la carrera de la recámara.

Cubriendo su cuerpo con una sábana, Claire caminó hacia la ventana, y le bastó un simple vistazo para comprender al instante.



Con la espalda recostada contra el grueso tronco de un árbol, Nicholas

observaba cómo Gabrielle, sentada a su lado, mecía en su regazo a Ilsik, quien dormía plácidamente entre los brazos de su madre.

—Tal vez no debería dormir tanto —le susurró el joven a su esposa—. Temo que esta noche se la pase en vela y tampoco nos deje dormir a nosotros.

—No te preocupes —negó ella, sonriendo—. Lo llevaré con nosotros al comedor mientras cenamos. El ruido de nuestras conversaciones lo mantienen muy entretenido, alerta. Se cansará y, cuando le amamante antes de acostarnos, se quedará dormido como un angelito.

—Y luego soy yo el estratega —apuntó con una divertida mueca a la que Gabrielle respondió riendo sonoramente—. ¿Qué? —preguntó extrañado.

—Es solo que empiezo a reconocer tus gestos en nuestro hijo —alargó Gabrielle su mano para tocar con uno de sus dedos su barbilla—. Cada día se parece más a ti.

—¿Tú crees? —preguntó con mal disimulado orgullo, volviendo Gabrielle a reír.

—Será un rey muy apuesto y justo, como su padre.

—Yo espero que también sea feliz —agregó Nicholas y Gabrielle se giró a mirarlo con interés.

—¿Por qué no habría de serlo? —le cuestionó ella. Su afirmación bien le había parecido un temor, más que un simple comentario.

—Es solo un decir —le quiso restar importancia.

—¿Qué sucede? —insistió ella, sin embargo.

—No es nada, una tontería —se encogió él de hombros.

—Dime —lo instó con voz firme a contarle.

—Nunca me has contado lo que sentiste cuando tu padre te dijo que debías desposar a un desconocido —le dijo en un susurro.

—Nicholas... —Gabrielle miró a su esposo, muy sorprendida, y apenada por ese pensamiento.

—Imagino que te sumirías en la desesperación —bajó él su rostro—. Eres tan dulce, tierna, cálida... La expectativa de tener que unir tu vida a un hombre que no amabas sería poco menos que la condena a muerte de tu corazón.

—No hables así —le pidió ella acariciando su mejilla—. Eso no fue nada comparado con la felicidad que he encontrado a tu lado. Mi desasosiego desapareció en el momento en que subí esa escalinata y vi tus ojos por primera vez. Ya deberías saberlo.

—Y yo me enamoré de ti en cuanto te tuve frente a mí —corroboró posando su mano sobre la de Gabrielle para presionarla más contra su rostro.

—Nicholas, ya lo sé —se inclinó para besar con dulzura los labios de su esposo—. Lo que no sé es el porqué de esta inquietud ahora. ¿Acaso dudas? ¿Crees que yo...?

—En realidad, esto no tiene que ver contigo —dijo en un impulso, como si buscara liberarse.

Gabrielle enredó sus dedos entre los suyos.

—¿De quién estás hablando? —preguntó suavemente.

—De la Princesa Adrianne —alzó la vista hacia ella.

—¿La obligan a casarse? —demandó sorprendida.

—Peor...

—Pero eso es una atrocidad —exclamó Gabrielle una vez Nicholas le hubo narrado todo lo que Erick le había contado—. Yo puedo entender que mi padre buscaba el bien de mi reino, incluso mi protección cuando acordó contigo nuestro matrimonio, pero lo que el Rey Josiah pretende hacer con su hija es... venderla —dijo esto último con aversión—. Hay que ayudarla de algún modo.

—Pensé que no te resultaba especialmente simpática —quiso Nicholas bromear.

—Creo que, si te recuerdo cual fue su actitud en nuestro matrimonio, en especial el día del torneo, mi antipatía quedaría más que justificada —se defendió—. Además de lo que sufrió mi prima al creer que estaba comprometida con Erick, incluso ahora lo hace. ¿O no te has dado cuenta de los celos tan terribles que siente?

—Gabrielle, no debes decirle nada —le advirtió a su esposa. Conociéndola, sería lo primero que haría—. Eso es cosa de Erick.

—Tú más que nadie deberías querer ayudarlos —le reprochó—. Al fin y al cabo, Erick hizo lo mismo contigo.

—De acuerdo —admitió—. Hablaré con él, si eso te deja más tranquila. Pero Gabrielle, esto no puede saberlo nadie.

—No entiendo por qué —hizo ella un mohín—. Tal vez entre todos encontraríamos una forma de ayudarla.

—Por lo pronto, Erick le ha asegurado que puede permanecer aquí el tiempo que quiera —le explicó—, pero si a su padre se le ocurre venir a buscarla, no sé cómo impedir que se la lleve.

—Todo se arreglaría si ella se casara antes —dijo Gabrielle de pronto, con su habitual aire risueño.

—¡Pero qué dices! —rio Nicholas.

—Ahora pasa mucho tiempo con Cailen —sonrió ella con malicia, entrecerrando los ojos. Nicholas volvió a reír con fuerza.

—Eso solo se le puede ocurrir a una mente tan soñadora como la tuya.

—¿No acabas de decir que te enamoraste de mí en cuanto me viste? ¿Por qué no puede sucederles a ellos? —inquirió haciéndose la ofendida.

—Está bien, está bien —deslizó sus dedos hasta su nuca y acercó el rostro de Gabrielle al suyo, para atrapar sus labios y aplacar su enojo. Pronto la notó relajarse y corresponder a su beso que se fue tornando más y más intenso.

—Nicholas —murmuró ella sobre sus labios.

—Qué —respondió él sin dejar de besarla.

—Ya está oscureciendo y empieza a refrescar.

—Shhh.

Él la acalló volviendo a poseer sus labios, rodeando con un brazo su cintura para acercarla más a sí y unir aún más sus bocas, profundizando su beso. Suspiró al sentir el sabor de su esposa, su dulzor siempre lograba desarmarlo y, feliz, se rendía ante él; pasaría la vida acariciando los labios de su mujer.

De súbito, un ensordecer sonido de campanas batiendo le hizo apartarse de ella sobresaltado y Gabrielle apretó contra su pecho a Ilsik al removerse en sus brazos a causa de aquel estruendo.

—¿Qué sucede? —preguntó, mientras Nicholas se erguía con rapidez y comenzaba a mirar a su alrededor.

En ese momento, vio a Nigel cruzar corriendo por uno de los extremos del jardín.

—¡Nigel! —llamó su atención.

—Es en la parte norte, Majestad —respondió el Capitán sin refrenar su carrera.

—Voy para allá —exclamó.

—Pero...

—Gabrielle, rápido, ve al castillo y espérame allí, por favor —le pidió claramente afectado mientras la ayudaba a levantarse.

—De acuerdo —alcanzó ella a decir antes de que el joven le diera un corto beso y escapara con premura hacia donde había desaparecido Nigel.



—Ya anochece, deberíamos irnos ya —anunció Agatha, incorporándose.

—No —se hizo Jordan el remolón, cogiendo a su esposa para volver a tumbarla a su lado.

—No tardarán en servir la cena —trató de quejarse ella, evitando reír.

—Observa detrás de ti —le pidió, levantando ella la vista—. Estamos a dos minutos a caballo de las murallas y qué mejor compañía que la mía —alzó una ceja con simulada arrogancia—. ¿Prefieres la de tu amiga Adrienne? —pronunció con sonsonete.

—Eres imposible —golpeó ella su brazo.

—Vamos, mujer, deberías estarla agradecida —rio él.

—¿Ah, sí? —preguntó altiva, separándose un poco—. Explícame por qué. Ilústrame —se cruzó de brazos, molesta.

—Viene a mi memoria el día del torneo —dijo recreándose en el recuerdo.

—Sí, y cómo me puso en ridículo delante de todos, ¿no? —espetó—. Empujándome a besarte.

Jordan rio con ganas.

—¿Te parece divertido? —le reprochó ella.

—Estabas deseando hacerlo —le dijo él entonces, sugerente.

—¡Eso no es cierto! —se indignó ella y Jordan volvió a reír.

Agatha, ofuscada, hizo ademán de levantarse, pero Jordan se lo impidió haciendo rodar su cuerpo para colocarlo sobre el de ella, aprisionándola contra la hierba.

—¿Por qué lo niegas? —insistió Jordan, divertido—. Con su intención de dejarte en evidencia, Adrienne provocó que entre nosotros estallara ese fuego que aún vive en nuestro interior.

—No sé de qué hablas —intentó negar ella.

Jordan soltó una carcajada.

—Ese día me deseabas tanto como me deseas ahora —susurró acercando sus labios peligrosamente a los de su esposa.

—Presuntuoso —masculló ella tratando de no dejarse intimidar.

—Y aún falta lo mejor —sonrió lleno de seguridad.

—¿El qué? —preguntó ella sin amedrentarse ante su cercanía.

—Que yo te deseo aún más —sentenció asaltando, por fin, sus labios.

Agatha gimió contra su boca y entreabrió la suya, dando acceso a su íntima y húmeda caricia mientras Jordan se perdía en esa voluptuosidad de su esposa que le hacía perder la razón.

—No sabes cuánto te amo, mujer —murmuró Jordan entre besos.

—¿A pesar de todo? —respondió ella.

Jordan sabía muy bien el significado de esa pregunta, pero él no quiso darse por enterado, era por el mismo motivo que el luminoso brillo de sus ojos ya no lo era tanto. Ya no le había vuelto a nombrar el tema, pero la idea de no poder darle un hijo sabía que vivía en ella y, por desgracia, él no podía hacer más que estar ahí para apoyarla, amándola, a pesar de todo, siempre...

—Siempre, mi princesa —alzó su mirada para fundirla con la de ella—. Y te lo demostraré cada día, a todas horas y de todas las formas posibles que existan.

—Jordan...

—Lo eres todo para mí, y no quiero que lo olvides nunca. Lo grabaré en tu piel si es necesario —sentenció como una sensual amenaza.

—Hazlo —le rogó con hambrienta mirada.

Jordan hundió su boca en su cuello, besando su piel, recorriéndola con sus labios mientras Agatha asía sus manos a su espalda, disfrutando del contacto de su esposo y del modo en que se avivaba ese fuego que, ciertamente, existía en sus cuerpos. Jordan la abrumaba de tal modo que era capaz de olvidarse de todo, incluso de su propia realidad.

Abruptamente, sin embargo, tuvo que volver a ella, ambos lo hicieron. Jordan se apartó al escuchar unas campanas batir con rapidez y violencia.

—Viene del castillo —dijo Jordan irguiéndose y ayudándola a ella a hacerlo—. Mira —le señaló a lo lejos.

Tras las murallas del castillo, a uno de los lados de la vasta construcción, se veía una espesa y ancha columna de humo.

—Un incendio —anunció Agatha preocupada mientras montaba a Dama con rapidez. Y debía ser importante, pues conforme se iban acercando a las murallas, a pesar de la gran altura de los sillares, se apreciaba el rojizo fulgor de las llamas reflejado en las piedras.

—Es en el arrabal norte —gritó Jordan conforme cruzaban el portón—. Tú ve al castillo.

—No —respondió Agatha con seguridad espoleando su yegua.

—Corres peligro viniendo conmigo. ¡Vete! —le exigió su esposo.

Pero Agatha desoyó su orden y continuó cabalgando. No tardaron nada en llegar al lugar del incendio, la visión era dantesca. Varias cabañas se veían afectadas por el fuego y muchos pueblerinos trataban de sofocarlo con cubos de agua, aunque una de ellas en particular, era pasto de las llamas. Apenas quedaba algo del tejado y las lenguas de fuego escapaban amenazantes por las ventanas.

—¡Es la casa de Flora, mi costurera! —exclamó Agatha con desesperación mientras desmontaba.

Jordan apenas lo hizo a tiempo para evitar que la joven corriese hacia la casa, rodeándola por la cintura entre sus brazos para detenerla.

—¿Qué demonios haces?

—¡Hay que ayudarla! —bramó, forcejeando.

Justo en ese instante, vieron que alguien salía de ese infierno. Trystan, Zayev y Cailen arrastraban como podían a un hombre hacia el exterior, mientras Nicholas y Erick escapaban tras ellos, llevando consigo a una mujer.

—¿Dónde está Frederick? —les gritó Agatha.

Los hombres alzaron la vista hacia ella y luego se miraron entre sí, sin comprender.

—¿Quién? —le preguntó Jordan.

—El bebé de Flora —dijo angustiada, haciendo otro intento por soltarse de sus brazos.

—¡Maldita sea, Agatha! ¡Quédate aquí! —le ordenó.

Corrió hacia un barril lleno de agua para mojar con rapidez su cabeza y la parte superior de su cuerpo, tras lo que se introdujo sin titubeos en aquella cabaña convertida en el mismo averno.

—¡Jordan! —gritó Agatha al ver que el joven desaparecía tras las llamas.

—Alteza —oyó a sus pies el afanoso quejido de su costurera mientras Nicholas y Erick la colocaban con delicadeza en el suelo.

—Tranquila, Flora —se arrodilló a su lado para tomar su mano e infundirle ánimo.

Entonces Agatha alzó la vista hasta unos metros más allá, hacia donde Trystan atendía al esposo de Flora. En ese momento, estaba cerrándole los ojos, y Zayev y Cailen lanzaban una sábana sobre él para cubrirlo.

—Todo va a salir bien —le dijo, sin embargo, aunque dirigió sus ojos a la cabaña. Jordan tardaba demasiado y temió que él también pereciera tratando de salvar al bebé. Además, la cabaña iba a derrumbarse de un momento a otro, porque los intentos por extinguir el fuego eran inútiles.

De repente, sintió un apretón en su mano y Agatha volvió la mirada de nuevo hacia Flora. Respiraba con mucha dificultad, abría la boca exageradamente en busca de aire. Tenía el rostro y las manos llenas de quemaduras y su cuerpo temblaba, sin duda, quemado también. Se podía apreciar cómo se le habían pegado las ropas a la carne.

—Alteza —gimió la mujer alcanzada por un latigazo de dolor.

—¡Tío! —llamó la joven a Trystan quien acudió al instante a atenderla.

—Frederick —susurraba la costurera sin parar—. Frederick.

Presa de la desesperación, Agatha se puso en pie dispuesta a entrar en aquella cabaña cuando vio que Jordan salía de aquel infierno. Estaba todo sucio, lleno de tizne y carbón. Cubría su boca con un trapo, tratando de no respirar el tóxico humo mientras, con la otra mano, aferraba hacia su pecho con gesto protector un pequeño hatillo de ropas. Agatha corrió a su encuentro tomándolo entre sus brazos y comprobando por sí misma que el bebé, que lloraba desconsolado, se hallaba en perfecto estado.

Con los ojos llenos de lágrimas por el alivio, Agatha volvió a arrodillarse al lado de su costurera, mostrándole al bebé.

—Frederick —susurró ella de nuevo.

—Cálmate, se encuentra bien —le dijo Agatha.

—Mi pequeño —musitó, con las lágrimas corriendo por sus mejillas abrasadas.

Agatha alzó entonces la vista hacia Trystan, a quien le bastó con negar cerrando los ojos para explicarle la suerte que correría la costurera.

—Es un niño muy bueno —oyó entonces murmurar a la mujer que alzaba una mano hacia su hijo, con la mirada perdida—. Apenas tiene un año pero ya come de todo —seguía susurrando con doloroso esfuerzo.

—No hables —le pidió Agatha en un sollozo.

—Os lo ruego, Alteza —cogió Flora entonces, de repente, una de las manos de la joven, con sus últimas fuerzas—. Entregadlo a una buena familia.

—Yo me encargaré de él —le prometió sumida en las lágrimas.

Con los ojos llenos de súplica, Agatha alzó la mirada hacia Jordan quien simplemente asintió con la cabeza. Entonces, un atisbo de sonrisa se esbozó en los labios de Flora, y dentro de todo el sufrimiento y el dolor que se reflejaba en sus facciones, una luz de paz brilló por un instante en sus ojos.

—Los Dioses os recompensarán a ambos —proclamó la mujer con el que fue su último suspiro. Una de sus manos había intentado alargarse hasta el rostro del niño, pero cayó pesadamente contra el regazo de Agatha.

—¡Flora! —gritó la joven enfundada en llanto.

Trystan cerró sus ojos y la cubrieron con una sábana al igual que hicieran

con su esposo, mientras Jordan tomaba a Agatha y la ponía en pie para alejarla de allí unos pasos. Tomó al bebé con uno de sus brazos y con el otro sostuvo a su esposa, tratando de calmar el llanto de ambos.

Aún con los rescoldos a medio extinguir de aquel fatídico incendio, se alzó en la plazuela del arrabal una gran pira funeraria, donde se consumieron los restos del desventurado matrimonio, con todo el pueblo y la Familia Real acompañándolos en su último viaje.

Durante todo el tiempo que duró la aciaga ceremonia, Jordan no dejó de abrazar y consolar a Agatha y a Frederick, permaneciendo siempre juntos los tres. Desde ese instante, para duda de nadie y certeza de todos, había nacido una nueva familia.

Capítulo 20



Cuando entraron al comedor para cenar, lo hallaron mucho más vacío que de costumbre. Anyan se obligó a hacerse la sorprendida, como el resto, al ver que no había ni rastro de Francis o de su guardia. De hecho, también se ausentaron sus doncellas, siendo las Hãe las únicas que sirvieron las mesas. Anyan sabía muy bien cuál era el motivo de su ausencia, pero no quiso darse por enterada, a fin de cuentas, iba a tener que aclarar de dónde había sacado la información, y dar explicaciones podía de algún modo comprometerla. En cualquier caso, tras la sorpresa inicial, nadie parecía tener interés en saberlo, ni siquiera los Reyes que cenaban tranquilamente.

—Se nota que no está la chusma entre nosotros —sacó por fin el tema Araw—. Ya era hora, un poco de paz. No tendremos la fortuna de que hayan decidido marcharse y desaparecer para siempre de nuestra vista, ¿verdad?

—Pues mucho me temo que no —le respondió Antü con sonrisa sardónica.

—¿Sabes tú dónde están? —preguntó Griän, quien pretendía mostrar menos interés del que en realidad sentía.

—En el Patio de Armas, celebrando el cumpleaños del Capitán —repuso

con tono consecuente.

—Nada más mundano —rio Cam sacudiendo la cabeza—. No entiendo qué aliciente hay en recordar cada año el día del nacimiento.

—¿No despierta vuestra curiosidad? —intervino Anyan con expresión inocente.

—Viniendo de ellos, debe ser una completa vulgaridad —opinó Araw con total desgana.

—Pues a mí sí me apetecería saber cómo celebran —apuntó Antü divertido—. Antes de venir he echado un vistazo y está lleno de mujeres hermosas sirviendo vino e hidromiel a mansalva.

—Seguro que estás pensando en una mujer en concreto —añadió Griän claramente molesto, aunque trataba de no aparentarlo.

—Si ya es alegre de por sí, imagínatela con un par de hidromieles de más —repuso malicioso.

—Entonces, vamos —sentenció dejando su copa en la mesa de mala gana—. Vayamos a esa celebración para que sacies tu curiosidad.

—De acuerdo —asintió Antü con sonrisa triunfal—. Y, tal vez, pueda saciar algo más.

Los cinco aguardaron a que todos, incluido los Reyes, se hubieran retirado para dirigirse al Patio de Armas. La algarabía se escuchaba mucho antes de llegar y, al hacerlo, comprobaron que el patio estaba totalmente ocupado por hombres y mujeres que comían, bebían y danzaban, riendo sin parar. A un lado habían dispuesto mesas con taburetes donde se sentaban los guardias a disfrutar del banquete, corderos y lechones que se iban asando en unas fogatas cercanas, mientras las doncellas deambulaban sin parar entre las mesas sirviendo de beber. En el otro lado habían dejado un espacio libre y varios guardias amenizaban la fiesta haciendo sonar la música de sus instrumentos y acompañando a las parejas que danzaban alegremente, entre ellos Francis con su hermana.

Cuando el grupo de los Hæe hizo su aparición, las personas más cercanas a ellos detuvieron durante unos instantes la actividad que realizaban, un tanto sorprendidos por su presencia allí, lo que hizo que el Capitán se percatara de su llegada. Se dirigió hacia ellos dando un tirón a Selene para que lo siguiera, obedeciendo ella a regañadientes y manteniéndose un par de pasos por detrás

de él.

—Esperamos que no nos consideres inoportunos al acudir a tu celebración sin ser invitados —habló Antü en nombre de todos.

—En absoluto, Milord. Es todo un honor —aseguró Francis—. En cualquier caso, sería yo quien debería disculparme por no haber hecho extensiva la invitación, pero supuse que, siendo como sois de la nobleza, sería un atrevimiento pretender que compartierais con nosotros que, al fin y al cabo, no somos más que plebe.

—En realidad, nunca hemos estado en una celebración de este tipo y ha despertado nuestra curiosidad —intervino Griän—. ¿Podemos unirnos a ella?

—Por supuesto —repuso el Capitán con ánimo—. Confío en que os divirtáis.

Griän asintió con la cabeza a modo de respuesta.

—Y aprovechándome de mi calidad de agasajado —agregó Francis mirando de reojo a Anyan—, ¿perdonaríais mi osadía si os pido permiso para bailar con vuestra hermana?

—Si tú me permites bailar con la tuya —demandó con rapidez, tal vez demasiada.

—Si ella no tiene inconveniente, por mí tampoco lo hay —respondió mirando a su hermana quien contraía el rostro.

Griän se apresuró a caminar hacia ella ofreciéndole su mano.

—¿Serías capaz de hacer una de tus escenas en el cumpleaños de tu hermano? —murmuró solo para oídos de la joven.

Selene miró hacia su hermano quien ya tomaba la mano de Anyan, y se sintió obligada a aceptar la de Griän que aún esperaba su respuesta.

—¿Tanto te desagrada una simple danza conmigo? —le preguntó Griän mientras se unían ya al resto de bailarines—. ¿No sería motivo de halago para una mujer?

—¿Un noble como vos bailando con una simple doncella? —ironizó ella—. Sois vos quien debería sentir que os estáis rebajando al hacerlo, lo que me hace dudar de vuestras intenciones —le aclaró ella con desdén.

—¿Y qué otra intención podría haber, además de bailar? —se hizo el ofendido.

—Dejadme pensar un momento —ironizó ella.

Entonces, aprovechó uno de los giros para mirar hacia donde estaban el resto de los Häe. Un par de doncellas con sendas jarras se habían acercado a Cam y Antü, quien los miraba ceñudo, mientras Araw, con el rictus crispado, se marchaba de allí.

Selene lanzó una carcajada de satisfacción.

—¿Se puede saber qué te divierte tanto? —se interesó Griän mirándola con suspicacia.

—He tardado menos en averiguarlo de lo que pensaba —se jactó ella.

—No sé a qué te refieres.

—¿Aún sigue la competencia con vuestro amigo? —preguntó ella con gran sarcasmo.

—¿Tan vanidosa eres como para creer que dos hombres se pelearían por ti? —Le pagó con la misma moneda.

—Entonces, no tendréis inconveniente si prefiero a Lord Antü como pareja de baile, ¿no? —le sonrió, picara.

En ese instante, daban un giro con los brazos estirados y las manos entrelazadas, y Selene se soltó con toda la intención de ir en busca de Antü. Pero Griän la tomó con fuerza de las muñecas, impidiéndoselo, obligándola a seguir con la danza.

—Ni se te ocurra —masculló entre dientes.

—Soltadme —le exigió con seriedad.

—No te quiero cerca de él —casi le ordenó.

—Vos no tenéis ningún derecho a exigirme nada —lo increpó—. Que me consideréis una sirvienta no os otorga ningún poder sobre mí.

—¿Es que no lo entiendes? —siseó atormentado.

—¿Qué debo entender? —casi gritó—. ¿Que sois un déspota que se ha propuesto someterme a su antojo?

—¡No! —exclamó—. Yo...

El silencio que se creó súbitamente a su alrededor lo hizo callarse. En un segundo desaparecieron las risas, el jolgorio y la música. Los presentes incluso cesaron de comer y danzar.

Griän miró entonces en torno a él, comprendiendo al instante. Los tres Reyes de Häe, acompañados de Araw, estaban allí, observándolos a él y al resto de sus compañeros con claras muestras de desaprobación en sus rostros. Griän soltó a Selene como si su contacto quemara, y lo mismo hicieron los demás: Antü, Cam y Anyan con sus respectivas parejas.

Sin que los soberanos hubieran pronunciado ni una sola palabra, voltearon para dirigir sus pasos de nuevo al castillo, y los cuatro los siguieron con la cabeza gacha, sumisos, mientras Araw sonreía para sí.

Entraban de nuevo al comedor cuando escucharon los ruidos de la fiesta que se reanudaba. Sin que aquello les afectase en absoluto, los tres Reyes se sentaron en sus tronos mientras los jóvenes permanecían frente a ellos, aguardando.

—Creo que está de más explicaros cuán decepcionante es para nosotros vuestro comportamiento —comenzó Quyosh a decir.

—¿Teníais algún motivo en especial para tal despropósito? —cuestionó Günes.

—Simple curiosidad —apuntó Antü, no sin temor.

—¿Y la curiosidad es una razón de tal calibre que os obliga a actuar así? —continuó Quyosh.

—¿Habéis olvidado por qué estamos aquí? —apostilló Günes duramente.

—No, Majestad —respondió Griän con firmeza.

—Recuérdamelo —le pidió el Rey.

—Impedir que la Profecía se cumpla, Majestad.

—No, Griän —discrepó él—. Vamos a destruir su mundo —alargó el brazo, señalando en la lejanía—. ¿Creéis que crear vínculos con ellos, sean cuales sean, es lo apropiado para el caso?

—No, Majestad —recitaron todos al unísono.

—Cuanto menos nos relacionemos con ellos, mejor —agregó Günes—. Aceptamos compartir el comedor en las comidas, porque se supone que nos están ayudando a controlar este reino y debemos tener una mínima consideración con ellos, pero lo de esta noche es excesivo, los cinco os habéis extralimitado, y teniendo en cuenta que sois a los que tenemos en mayor estima de nuestra Corte, es mucho más decepcionante todavía.

—Pero Majestad —trató Araw de rebatir al verse incluida.

—Es cierto que has venido a advertirnos —la cortó Günes—. Pero acudiste con ellos a esa celebración en un primer momento y fue después cuando decidiste venir a nosotros, quién sabrá por qué motivo, y eso no te hace más digna que los demás.

Araw no pudo menos que asentir y agachar la cabeza.

—¿Tú no tienes nada que decir, Korw? —apuntó Quyosh—. Estás demasiado callado.

—Lo que estoy es demasiado desencantado —habló Korw por primera vez, mientras miraba a Anyan con áspera intensidad—. Y no puedo negar, ni ocultar, que quien más me ha defraudado has sido tú.

—Lo siento mucho, Majestad —bajó la mirada.

—¿Ni siquiera te vas a defender? —demandó él, visiblemente furioso.

—No tengo defensa posible —admitió ella—. Me dejé llevar por la curiosidad, como todos los demás.

—¿Es solamente eso? —insistió con mirada indagadora—. Temo que te estés olvidando de lo que, especialmente, tú significas para mí y, por ende, para el Reino.

—No lo he olvidado, Majestad —trató de convencerle—. Os aseguro que nos impulsó una inocente curiosidad. Nunca habíamos visto algo así en Hæe.

—Ese es el problema —intervino Quyosh—. Llevamos demasiado tiempo mezclados con esa gente y nos están contaminando —dijo esto último con gran desprecio.

—Tal vez deberíamos hacer algo —repuso Günes con pausada calma.

—Y ahora mismo, además —lo secundó—. Vosotras dos encerraros en vuestra habitación, donde deberíais estar ya —les ordenó a las mujeres—. Y vosotros tres, vendréis con nosotros. Vamos a hacer una pequeña salida extraoficial.

—Sí, Majestad —respondió Griän por sus compañeros.

Con la mirada aún baja, las dos jóvenes se retiraron del comedor y pusieron rumbo a sus habitaciones, en silencio. Araw fue la primera en alcanzar su recámara, en la que desapareció tras despedirse brevemente. Meditabunda, Anyan se encaminó hacia la suya.

Había sido una imprudencia y ella misma, con su oportuno comentario, la había ocasionado. Ella sí sabía de la celebración. Francis había insistido mucho para que asistiera, pero ella se había negado alegando que no era apropiado y que se expondría frente a todos. Creyó que despertar la curiosidad en los demás sería buena idea, todos asistirían movidos, aparentemente, por ese interés y, sin embargo, lo que había despertado era la ira de los Reyes, sobre todo la de Korw.

Un pequeño hálito en su corazón le dijo que poco importaba eso, pero se obligó a no dejar que lo influenciase; sí que importaba, y demasiado. Su destino estaba escrito, por mucho que ella se dejara deslumbrar por un brillante espejismo que, tarde o temprano, se desvanecería, en el preciso instante en el que Francis supiera el verdadero motivo por el que estaban ahí.

Una dolorosa punzada atravesó su pecho, sin duda, el prólogo al sufrimiento que vendría después... Tal vez, sería mejor cortar aquello de raíz, cuanto antes, y no dilatar más el tiempo de su llegada. Pensativa, cerró la puerta de su habitación, apoyando su frente en la madera. Sí, debía deshacerse de ese sentimiento que empezaba a dominarla, confundiéndola, haciéndola perder su norte.

De pronto, notó que unas manos se posaban en su cintura y, sin tomarse ni un solo segundo que le permitiera pensar, sacó un puñal del interior de su capa y se giró dispuesta a defenderse de aquel intruso. Sin embargo, él fue más rápido que ella y le atrapó la muñeca, sacudiéndola contra la puerta y haciendo caer así el puñal.

—Me alegra ser realmente más rápido que tú.

—¡Francis! —exclamó ella sobresaltada—. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a por mi regalo de cumpleaños —esbozó una sonrisa torcida y sin que ella pudiera replicar, Francis asaltó sus labios.

Todo aquel acto de contrición que Anyan hiciera solo hacía unos instantes, se diluyó al sentir el calor de su boca que la recorría con apremio. Enredó los dedos en su pelo castaño mientras las manos de Francis se aferraban a su cuerpo, rodeándola entre sus brazos, con fuerza, e intensificando la ardiente caricia de su beso. Durante un segundo, la parte sensata de Anyan quiso salir a la luz, luchar, pero la sensación vivida era demasiado deliciosa como para desecharla. Su olor, su sabor, el calor de su piel y su tacto, su voz... todo en él la ataba irremediamente, y supo que su inminente separación sería mucho

más dura de lo que había imaginado.

—Es el mejor presente que haya recibido jamás —susurró Francis sobre sus labios.

—¿Y es vuestra costumbre celebrarlo así, irrumpiendo en la recámara de doncellas desvalidas? —le reprochó ella.

—¿Desvalida? —rio él—. Ese puñal dice lo contrario.

—¿Te das cuenta de que te podría haber matado? —se enorgulleció ella.

—No te hace falta el puñal para eso —comenzó a acariciar de nuevo sus labios muy lentamente—. Aléjate de mí y caeré fulminado —musitó antes del volver a hundir su boca en la suya, en un beso exigente, lleno de urgencia y necesidad.

—Francis —trató de apartarlo—. No deberías estar aquí.

—Cuando te he visto llegar con los demás, ha sido una gran sorpresa, pero tu visita me ha sabido a muy poco —le dijo en tono travieso—. Lo que me recuerda... —se puso serio ahora—. ¿Has tenido problemas con los Reyes? Su actitud ha sido un tanto extraña.

—No más de lo esperado, teniendo en cuenta que nuestro proceder ha estado totalmente fuera de lugar —declaró ella con cierta sequedad, recuperando la cordura y su propósito de encauzar su camino.

—Entiendo que seáis nobles, pero ha sido del todo inocente —le rebatió él.

—Tal vez para vosotros —discrepó ella—. Aún no parece entender que nuestras costumbres poco tienen que ver con las vuestras.

—A mí eso no me importa —aseguró encogiendo los hombros, restándole importancia, y volvió a abrazarla con fuerza.

—Pues debería —puso ella las manos en su torso, deteniéndolo.

—No tiene nada que ver con nosotros dos —insistió él.

—¿Ah, no? —se escabulló de entre sus brazos separándose de él unos pasos—. ¿Cuál crees que va a ser el final de esto?

—Tú y yo juntos, para siempre —sentenció él, serio.

—¿Lo crees así verdaderamente? —ironizó haciéndose la sorprendida.

—¿Y por qué no?

—¿Crees que vas a estar aquí siempre? —le recordó ella—. Algún día te marcharás...

—Y tú vendrás conmigo —aseveró firme.

—¿Te has vuelto loco? —se exaltó ella.

—Sí, estoy loco por ti, igual que tú lo estás por mí.

Con un par de zancadas, Francis llegó hasta ella y la tomó con fuerza, besándola con intensidad y, aunque ella trató de evitarlo, su resistencia no duró más que un segundo, abandonándose por completo a su demanda.

—No eres capaz de luchar contra esto, por mucho que te empeñes.

—Pues algún día tendré que hacerlo —murmuró ella, luchando contra sí misma—. En un principio te advertí que te alejaras de mí.

—Y yo te demostré, desde ese mismo principio, que estoy dispuesto a enfrentarme a todo —le advirtió—. Vas a ser mía, le pese a quien le pese, incluso si tengo que doblegar esa parte de ti que trata de negar lo irrefutable, que nos amamos.

—Pero... Francis...

Dispuesto a no escuchar nada más de lo que tuviera que decirle, volvió a besarla, para acallar sus réplicas y dejar sentenciado su alegato; no había más que añadir. Con semblante confiado, Francis se alejó de ella y salió de la habitación, y Anyan se sintió perdida. Aquel epitafio volvía a estar presente en su mente con más significado que nunca. Su destino estaba escrito y ni siquiera Francis podría salvarla.



Moira extrajo con cuidado el pergamino atado a la pata del cuervo, depositando al ave, después, sobre el alfeizar de la ventana.

—¡Maldita sea! —exclamó cuando apenas había echado un vistazo a su contenido.

—¿Malas noticias de Douglas? —preguntó Hrodgar, quien estaba recostado perezosamente en la cama con una jarra de vino en la mano.

—Compruébalo tú mismo —le pidió ella alargándole el pequeño pliego de

papel.

Hrodgar lo tomó, sentándose y dejando la jarra en la mesita cercana a la cama.

—¿Y esto cambia los planes? —aventuró, aunque no muy seguro.

—Necesitamos que ella quede encinta, no que adopte como hijo suyo a cuanto huérfano se encuentre por ahí —respondió un tanto exasperada.

—No creo que este niño impida que eso ocurra —replicó él, sin comprender.

Moira tomó la jarra de Hrodgar y dio un largo sorbo mientras deambulaba con nerviosismo por la habitación.

—Jordan y ella llevan varios meses casados —comenzó a explicarle por fin—. No creo que el motivo por el que no han concebido aún sea que no cumplen con sus obligaciones maritales. Es una pareja joven y enamorada, y no creo que la abstinencia sexual esté presente en su relación.

—¿Crees que el Marqués es estéril? —rio Hrodgar divertido.

—O es ella la que está seca por dentro —espetó molesta.

—Pero tú la viste en tus sueños con un bebé en brazos —le recordó Hrodgar.

—¿Estás dando credibilidad a mis premoniciones? —se hizo la sorprendida—. Eso es un halago viniendo de ti.

—Ver es creer —sonrió con malicia—. Además, si no creyera en ti, no te apoyaría en todo esto. Se supone que la Princesa Claire dará a luz una niña.

—Y así será —aseveró ella firmemente.

—Entonces, no nos preocupemos —le restó importancia—. Si la has visto con un bebé en brazos...

—¿Y si era este bebé? —tomó el pergamino, mostrándoselo.

Hrodgar guardó silencio comprendiendo, finalmente, la situación.

—Debo adelantar mi viaje e introducirme en ese castillo cuanto antes —expresó Moira sus pensamientos en voz alta.

—¿Crees que con tu brujería podrás solucionarlo? —quiso saber Hrodgar—. Porque si Jordan es estéril...

—Necesito que ella quede preñada, no que el padre sea él —sentenció,

dibujándose una sonrisa ladina en su boca.

—¿Es lo que estoy pensando?

—¿Te interesa la tarea?

Hrodgar soltó una risotada.

—Aunque no te hagas muchas ilusiones —prosiguió ella—. Tal vez se solucione con un par de pociones y no sean necesarios tus servicios.

—En verdad, eres malvada —se levantó de la cama y fue hacia ella. Tomándola de la cintura la obligó a caminar de espaldas hasta una mesa donde la hizo sentarse. Ella abrió sus piernas para permitirle un mayor acercamiento a su cuerpo.

—Veo que te atrae la idea —susurró ella, maliciosa, al notar su excitación incipiente contra su muslo.

—Lo que me atrae es tu mente sucia —dijo hundiendo los dientes en su cuello.

—Creo que vas a tener que darte prisa —le anunció ella con la voz entrecortada—. Vamos a tener visita.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó mientras comenzaba a acariciar sus pechos.

—El suficiente —respondió ella entre gemidos.

Sin mayor preámbulo, Hrodgar liberó su masculinidad del pantalón y se introdujo en ella. Ambos gimieron ante la urgencia del contacto, y Moira rodeó las caderas de Hrodgar con sus piernas para hacerlo aún más pleno. Él embistió una y otra vez contra su húmedo interior con ímpetu e impaciente necesidad. Entonces, Moira se echó hacia atrás, recostándose sobre la mesa, dándole así a Hrodgar total acceso a su cuerpo. Él le levantó el vestido y comenzó a acariciar su intimidad desnuda mientras con la otra mano la sujetaba de una de las caderas, haciéndose sus movimientos mucho más fuertes y rápidos, casi desesperados y que se tornaron erráticos cuando el clímax los alcanzó, llenando la habitación de quejidos de placer. Aún ondeaba dentro de ellos cuando, sin permitirle a Hrodgar salir de ella, Moira se irguió y se restregó contra él, alargándolo un poco más.

—¿No has tenido suficiente? —murmuró Hrodgar casi sin aliento, acunando sus caderas contra ella, siguiéndola.

—Ni tú tampoco —le sonrió con mirada libidinosa—. Pero tendrá que ser después —dijo entonces, apartándolo de ella de un empujón—. Aséate un poco —le pidió mientras atusaba su vestido. Luego llenó el aguamanil para que ambos se refrescasen.

—¿Quién viene? —le preguntó Hrodgar mientras secaba sus manos.

—Los Reyes de Häe —respondió con tranquilidad—. Aunque también presiento a tres más.

—Será alguien de su Corte —supuso él—. ¿Crees que se habrán enterado de lo de Agatha?

—Tal vez —respondió ella mientras colocaba un mantel en la mesa. Le señaló el decantador de vino para que lo pusiese encima en tanto ella buscaba las jarras—. Por lo pronto, escuchemos lo que nos tienen que decir y nosotros les daremos la información que creamos oportuna —dijo cogiendo el pergamino y exponiéndolo a la llama de una vela para quemarlo. Estaba echándole unos granitos de incienso para ambientar la estancia cuando llamaron a la puerta. Hrodgar acudió a abrir.

—Buenas noches, Majestades —los recibió amablemente.

—Esperamos no ser inoportunos —dijo Quyosh en nombre de todos.

—En absoluto —respondió Hrodgar mientras les hacía un gesto para que entrasen.

—¿Esperáis visita? —aventuró Korw al ver la mesa preparada.

—A sus Majestades —aclaró Moira sonriente.

Los recién llegados la miraron con extrañeza.

—He podido detectar vuestra presencia viniendo hacia aquí —les explicó y las miradas de los Reyes se tornaron en recelo y precaución—. Creo que mi vanidad ha hecho que malinterpretéis mis intenciones —se disculpó ella—. Quería mostraros otro pequeño matiz de mis habilidades, no inspiraros desconfianza.

—Entonces os haréis cargo de nuestra sorpresa —trató de excusarse Günes.

—Por supuesto. De hecho —se acercó a un estante—, como prueba de mi buena fe, os revelaré un pequeño secreto. Poned esto entre vuestras ropas y no sabré si vais o venís —dijo entregándole a cada uno una ramita de romero.

—Resultáis cada día más fascinante, Lady Moira —la alabó Quyosh.

—Favor que me hacéis, Majestad —inclinó ella su cabeza con aceptación—. Ahora, si gustáis, tomad un poco de vino, mientras nos contáis sobre el motivo de vuestra visita.

—Necesitamos liberar el castillo de presencias indeseables —explicó Günes, al tiempo que los soberanos tomaban asiento. Tanto Griän como Antü y Cam permanecieron de pie, tras ellos. Su misión era acompañarlos, no ser partícipes de la reunión.

—Intoxican nuestra tranquilidad y forma de vida —añadió entonces Quyosh.

—Y de más está decir que hay que tener al enemigo cerca, pero no tanto —concluyó Korw.

—Entiendo perfectamente —asintió Moira—. Desde luego su estancia se está alargando más de lo que pensaba.

—Parece que el Capitán Francis no siente deseos de volver a casa —agregó Hrodgar de mala gana. Que el castillo estuviera ocupado suponía que ellos debían seguir ocultos en esa modesta cabaña.

—Creo que el problema reside en que aún no está establecido del todo el sistema de gobierno que pretende imponer —continuó Günes.

—Como si fuera a hacer falta —dijo Hrodgar por lo bajo.

—Por eso mismo se está demorando tanto el proceso —lo secundó Korw—. Vuestra gente sabe que todo es una pantomima y por eso están soportando la situación, pero ¿por cuánto tiempo?

—Su colaboración está siendo inestimable y apenas aparecen por el castillo, para evitar enfrentamientos —intervino Quyosh—. Sin embargo, todo tiene un límite. Hay que encontrar una solución.

—Y, desde luego, no es factible una simple invitación a que se marche —sugirió Korw.

—En ese caso, habrá que empujarlo a hacerlo —propuso Moira.

—¿En qué estáis pensando? —sintió curiosidad Quyosh.

—Le daré un motivo inamovible al Capitán para volver cuanto antes a Los Lagos.

—¿Cómo piensas hacerlo? —quiso saber Hrodgar.

—Adelantaré mi viaje —le lanzó una mirada llena de significado que él comprendió al instante—. Estando cerca, encontraré la ocasión oportuna para provocar la vuelta del Capitán y toda su gente.

—¿Vos sola? —apuntó Günes.

—Soy una mujer de recursos, Majestad —se jactó ella—. Antes de lo que pensáis podréis volver a respirar tranquilo.

Capítulo 21



Griän recorría, un tanto distraído, los terrenos de la fortaleza. Acababa de separarse del resto de sus compañeros tras regresar de aquella, poco menos que enigmática, visita a Lady Moira y, aunque Antü había insistido en que tomaran unas copas de vino antes de retirarse a dormir, Griän había respondido a su propuesta que prefería caminar a solas un rato.

Extrajo la ramita de romero de entre los pliegues de su túnica y la llevó a su nariz. Aún se hallaba un tanto desconcertado por aquel descubrimiento acerca de Lady Moira. El hecho de que hubiera sido capaz de percibir su presencia, sin duda, era sorprendente y les daba un motivo más para confiar en sus habilidades aunque, sin embargo, Griän no estaba muy seguro de cuáles habían sido sus intenciones al habérselo confesado. Podría haber sido una seña de buena fe, tal y como ella había asegurado, pero Griän no podía dejar de preguntarse qué tanto más les estaría ocultando. Lady Moira era una mujer muy inteligente y, por eso mismo, era difícil de creer que no tuviese algún as bajo la manga.

De repente, Griän se detuvo sobre sus talones al escuchar unas voces en la oscuridad, una risa de mujer y murmullos de hombre. La curiosidad hizo que se ocultara, aunque seguía atisbando con la intención de saber la identidad de

los protagonistas de aquel encuentro idílico. Por desgracia, escuchó cierta voz que disipó todas sus dudas.

—Por fin voy a tenerte, palomita —dijo aquel hombre y Griän supo que se trataba de Antü, aunque lo que lo torturó no fue saber quién era él, sino suponer quién era ella. *Palomita*. Solo sabía de una mujer a la que Antü se había referido con ese nombre, y Griän deseó con todo su ser estar equivocado.

Muy despacio, desde el lugar en el que se encontraba, alargó el cuello para tratar de averiguar, de asegurarse. Vio la figura de Antü algunos metros más allá, de espaldas a él, y entre su torso y la fría piedra de la muralla, aprisionaba un cuerpo de mujer. Sin embargo, la oscuridad no le permitía ver su rostro, aunque sí podía oír los gemidos como respuesta a las caricias de Antü. Escuchó entonces la fricción de unas ropas y vio cómo la muchacha alzaba las piernas y las enredaba alrededor del cuerpo de su amigo, cayendo desde sus caderas el tejido de un vestido color verde. Griän habría reconocido ese vestido entre mil.

—Eres tal y como pensaba, palomita —escuchó jadear a Antü mientras la joven lo acompañaba con sus propios jadeos de placer. Griän ya no pudo soportarlo más.

Dio media vuelta y se alejó de allí sin rumbo fijo, mientras el germen de una idea se arraigaba como una raíz envenenada en su mente. Esa mujer era Selene, lo era. No le había visto el rostro, de acuerdo, pero la forma en que la llamaba Antü... y aquel vestido... Era el mismo que ella llevaba el día que se encontraron por primera vez, cuando a punto estuvo de arrollarla con su caballo. Era su vestido, era ella.

La ira y la rabia comenzaban a cegar lo a cada instante, mientras el aire a su alrededor se enrarecía como olor a carne putrefacta, y el amargor de su saliva lo intoxicaba, invadiéndole las náuseas. Durante días había tenido la sospecha de que aquello podía suceder, pero jamás imaginó que el destino hubiera planeado para él ser testigo de ello. Y que el Divino Sol lo maldijera. No debía importarle y, sin embargo, su sangre se estaba tiñendo de un odio mortal que recorría todo su cuerpo con cada uno de los dolorosos latidos de su corazón, que asemejaban a un puñal que se iba clavando en su pecho.

Se descubrió sintiendo unos deseos fulminantes de volver sobre sus pasos y atravesarlos con su espada, matarlos a los dos de un solo golpe certero e,

incluso, su puño estaba aferrado con fuerza a la empuñadura, pero siguió caminando hasta que llegó, sin saber muy bien cómo, al campo de entrenamiento de la Guardia de Francis. Con toda su rabia interior transformada en energía, extrajo la espada y la hizo estallar contra uno de los mástiles enfundados en sisal, tan fuerte que hasta se le escapó de la mano de forma dolorosa. Pero poco le importaba ese dolor, podían dolerle todos los huesos, que no mitigarían ni camuflarían el que estaba sintiendo en su alma que parecía haber estallado en miles de pedazos, y que se le clavaban uno a uno en todo su ser.

No se molestó en tomar su arma, por el contrario, necesitaba deshacerse, a como diera lugar, de ese maldito resquemor que lo abrasaba por dentro, así que comenzó a golpear con las manos desnudas aquel mástil. El dolor pronto hizo su aparición, mientras la sangre comenzaba a correr por sus nudillos en carne viva, mas sin ser suficiente, y gemidos guturales salían de su garganta mientras seguía maltratando sus manos heridas. La sangre que recorría el esparto se desdibujaba ante sus ojos en un espejismo macabro, para formar la efigie de Selene en brazos de Antü, entregándosele, siendo suya mientras su risa resonaba en sus oídos como un eco letal.

Volvió a golpear con fuerza, tratando de borrar aquella imagen de su mente, hasta que sintió unas manos fuertes que le agarraban de los hombros tirando de él, separándolo de su objetivo.

—¿Es que os habéis vuelto loco? —escuchó cómo Francis lo reprendía antes de que se hubiera girado a ver quién osaba a interrumpirlo—. Estáis destrozando vuestras manos.

—¿Y a ti qué te importa? —espetó con toda la rabia que aún no le había abandonado.

No agradecía en absoluto su intervención, así que con total soberbia y, dispuesto a no dar explicación alguna, Griän recogió su espada del suelo y se marchó de allí.

Maldiciendo a los Cielos por su suerte, corrió hacia su recámara, sabiéndose incapaz de deshacerse de aquella desazón. Cerró la puerta de golpe y fue hacia la cómoda, donde había una jarra de vino. Llenó una copa hasta arriba y se la bebió de una vez, e hizo lo mismo con una segunda, aunque no estaba sediento. Y, sin embargo, bebió una tercera. Luego, la dejó caer de golpe y fue hasta la cama para sentarse. Al apoyar la frente entre sus

manos, vio cómo la sangre rodaba hacia sus muñecas. Pero poco le importaba; la sangre se limpiaba, las heridas se curaban, pero aquella desesperación que le oprimía el pecho no parecía dispuesta a marcharse. Y lo peor de todo era que no comprendía el motivo real de todo aquello, parecía haber enloquecido de un momento a otro, pues ni él mismo era consciente de lo que le estaba sucediendo.

¿Qué importaba si Antü poseía a Selene? ¿El motivo de su rabia se hallaba en aquel desafío, lanzado por esa mujer al asegurarle que se uniría a cualquier otro menos a él? ¿Era el simple afán de poseer lo que se le negaba o era algo más? Y sí, algo más debía haber, pues a pesar de que él no tenía derecho alguno sobre Selene, sentía aquello como la más vil de las traiciones. Le había advertido varias veces sobre las intenciones de su amigo, y aún así había hecho caso omiso y se había entregado a él. Volvía a sentir náuseas solo de recordarlo.

Se levantó hacia la cómoda y volvió a llenar la copa. Lo que más le dolía era reconocer que no podía culpabilizar a ninguno de los dos; no eran más que una mujer y un hombre, libres, y lo que sucediera entre ellos no era de su incumbencia. Mas sí lo era, porque Griän la quería para él, sí, aunque jamás lo admitiría frente a nadie, pero había querido a Selene para él desde el primer momento en que se encontraran y ella se defendiera de su arrogancia con aquel mordisco. Sin embargo, ella había cumplido con su amenaza, prefería a cualquier otro antes que a él, había preferido a Antü.

Se acercó la copa a los labios, aunque desistió volviendo a dejarla en la cómoda. El vino lo turbaría, pero no lo haría olvidar, no le arrancaría ese dolor del pecho que jamás había experimentado en toda su vida y que le hacía sentir vulnerable, una vulnerabilidad que jamás había experimentado. Caminó de nuevo hacia la cama y se dejó caer pesadamente cuando, de pronto, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo con desgana, sin molestarse a preguntar quién era.

Cuando alzó el rostro vio a Selene frente a él, y reprimió las ganas de frotarse los ojos y ver si aquello era un espejismo. Parecería aún más estúpido ante ella de lo que ya era. La joven portaba un cuenco y algunas vendas entre sus manos y caminó con seguridad hacia él, tras cerrar la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Griän con desdén.

—Mi hermano se sentía preocupado tras vuestro encuentro —respondió

mientras depositaba las cosas en la mesita cercana a la cama y se sentaba a su lado.

—No necesito nada de ti —espetó él apartando sus manos cuando Selene las tomó para inspeccionarlas, pero ella hizo caso omiso y volvió a tomarlas, llevándolas hasta su regazo. El desconcierto se apoderó de Griän.

Se la veía tranquila, serena, con su acostumbrada altivez, pero jamás habría asegurado que la joven sentada frente a él acababa de disfrutar de un encuentro amoroso que, por otro lado, debía haber sido bien corto, pues no solo había tenido tiempo de hablar con su hermano, sino de asearse e incluso de cambiarse de vestido, ya que uno azulado sustituía a aquel verde con el que acababa de verla. Bien pensado, ¿no era ese vestido azul el mismo que portaba en la fiesta de su hermano? Había bailado con ella, debería recordarlo, pero no era capaz, solo recordaba lo que había presenciado momentos antes.

—¿Por qué estás aquí? —demandó el joven tratando de ocultar la rabia que volvía a asaltarle.

—Es evidente que vengo a curaros —respondió con total normalidad, mientras comenzaba a aplicar un ungüento en las heridas—. Tal vez os duela.

—Hay dolores peores —murmuró él por lo bajo.

—¿Tenéis alguna otra herida? —lo miró ella con cierta preocupación—. Mi hermano me habló únicamente de vuestras manos.

Por un pequeño instante a Griän se le antojó sincera, pero el instante se esfumó.

—Nada por lo que debas angustiarte —alegó con sorna—. De hecho, sería mejor que te marcharas.

—Lo haré en cuanto termine —ignoró ella su indicación y continuó con su tarea.

Griän debería haberse levantado de la cama y haberla echado de su habitación; su desfachatez lo enfermaba. Hacía unos momentos había yacido con Antü, y ahora se ocupaba de sus heridas como si tal cosa. Sin embargo, en esos instantes sentía el tacto suave de sus manos sobre las suyas y quiso ser dueño de esas caricias un poco más, aunque en realidad no lo fueran. Sus atenciones eran para Antü, no para él. A él solo le dedicaba sus desaires e indiferencia, incluso los besos compartidos habían sido robados. No sería a él

a quien ofreciera sus labios de buena gana.

—Deberíais poner os este unguento varias veces al día para que no os queden marcas —la escuchó decir, pero de forma lejana, su conciencia estaba fija en aquella boca sonrosada y que bien sabía ya que era deliciosa.

Sin embargo, había sido Antü quien disfrutara de ella y sintió deseos de arrancarle la ropa a jirones y poseerla allí mismo, en el suelo, tratando de borrar las huellas de su amigo sobre su piel. Y no supo qué se apoderó de él, pero en vez de eso, en vez de dejarse llevar por esa ira que le reconcomía por dentro, alzó una de sus manos a medio curar hasta su mejilla y acercó, muy despacio, su rostro al de Selene para besar su boca con lentitud.

Estaba seguro de que en cuanto tocase sus labios, ella se apartaría, pero, para su asombro, no fue así. Selene no solo estaba permitiendo que la besase, sino que estaba correspondiendo a su beso. Griän apenas podía creerlo. No pudo evitar preguntarse por qué motivo la joven actuaba así, incluso pensó, no sin cierta ironía, que tal vez no se había sentido del todo satisfecha en su encuentro con Antü. Sí, le atormentaba que hubiera sido de él, lo enfermaba hasta la demencia y no podía apartar aquella idea de su cabeza.

Lo intentó intensificando la presión de sus labios sobre los de Selene y ella, lejos de rechazarlo, se aunó a él. Mientras Griän comenzaba a esculpir sus labios con avidez, ella se unía a su cadencia, entibiando la caricia. La mano del joven resbaló hasta su espalda y la atrajo hacia él, estrechándola luego con fuerza entre sus brazos, y sintiendo cómo el cuerpo de la joven se acomodaba al suyo en un abrazo tan íntimo como el que nunca había compartido jamás con ninguna otra mujer.

Era todo tan confuso... y ya no solo por la sensación experimentada en ese beso, donde los labios de Selene se habían convertido en una ardiente prolongación de los suyos, sino por la propia actitud de la joven. Siempre lo había rechazado, a estas alturas ya debía haberle dado una bofetada antes de salir hecha una furia de la habitación y, sin embargo, se encontraba en sus brazos, abandonada por completo a sus besos.

—¿A qué has venido? —volvió a preguntar sobre sus labios, un tanto aturdido.

—A curar vuestras heridas —respondió ella en un hilo de voz, casi sin aliento y confundida también.

¿Y cuáles eran esas heridas que ella pretendía sanar? Porque la más

mortífera era la que sentía en su pecho al haberla sabido de Antü.

En ese instante, Selene fijó su mirada en la de él, y Griän no supo si fue porque leyó su lucha interna en ellos o porque había recobrado el sentido común, pero se separó bruscamente de Griän y se levantó de la cama con la firme intención de marcharse.

—¡No! —exclamó Griän en lo que casi era una súplica.

Fue tras ella y, tomándola del brazo, volvió a atraerla hacia él para asaltar su boca con renovada avidez. Si bien, aquello no arrancaría de su mente lo que había sucedido, lo acallaría, aunque fuera por un momento. Su encuentro con Antü no habría ocurrido y Selene habría acudido a él porque era el único hombre para ella.

—Quédate conmigo —se atrevió a pedirle entonces. Sería suya y borraría de su piel toda brizna, resto o indicio que hubiera podido dejar en ella cualquier otro amante.

La besó con mayor fervor, con el único propósito de abrumarla, de seducirla, de hacerla sucumbir y que cayera rendida ante él..., que se le entregara. Acompañó con caricias sus besos que se iban tornando cada vez más ardientes y osados. Delineó su boca con sus labios y continuó hasta su mejilla, hasta su cuello, alcanzando el lugar más sensible, allí donde el pulso era casi palpable, mientras escuchaba cómo la respiración de Selene se iba agitando.

Se separó un instante de ella para ver su rostro. Sus mejillas estaban sonrosadas, cerrados sus ojos, mientras sus labios enrojecidos temblaban entreabiertos de anticipación, a la espera del siguiente beso. Casi parecía una virgen, nerviosa e inexperta, respondiendo con torpeza y timidez a sus caricias. Todo eso era falso, pero Griän prefirió creer que era así, recrearse en la ilusión de que él era el único.

Volvió a tomar sus labios en un beso profundo, cerrando los ojos con fuerza, queriendo sacar todo de su mente, para que solo quedasen ellos dos. Y mientras la maestría de su boca la aturdió hasta robarle la sensatez, sus manos recorrieron su espalda en busca del cordón que sujetaba su vestido. Con movimientos sutiles comenzó a desatar la lazada hasta que se fue deshaciendo de él, elevando sus dedos hasta sus hombros desde donde, con una ligera caricia, hizo caer el vestido, quedando el cuerpo de Selene cubierto, únicamente, con una sencilla enagua de lino.

En ese instante, Griän temió su reacción ante lo evidente de sus intenciones y, aunque su experiencia con las féminas le daba más de una artimaña para disuadir a una mujer sin necesidad alguna de forzarla, deseaba con todas sus fuerzas que ella quisiera entregársele, y descubrió con sorpresa que ese deseo iba mucho más allá de un simple desquite. Aún así, se separó un poco de ella para empezar a quitarse su propio jubón y la camisa, sin dejar de mirarla y viendo cómo ella observaba cada uno de sus movimientos con nerviosismo y una pizca de inocente curiosidad.

Miles de ideas pasaron por la mente de Griän, pero no quiso aferrarse a ninguna, y solo durante un segundo más, el último, volvió a pensar en Antü. Luego, deslizó con suavidad la enagua de Selene hacia el suelo y la abrazó, quedando las pieles de sus torsos en contacto por primera vez y borrándose de un plumazo lo demás, como si un vendaval lo hubiese arrasado todo. Y, en efecto, no había nada ni nadie más en aquella recámara; solo él y ella. Lentamente, Griän se deshizo del resto de sus ropas tras lo que tomó el cuerpo desnudo de Selene entre sus brazos y la recostó en el lecho, acomodándose él a su lado.

La llenó de besos y caricias, saboreando y embriagándose de la esencia de su piel clara y fresca, y contaminándose de ella hasta el punto de saber que jamás podría arrancarse ese aroma de flores blancas de su propia piel. Acarició su cuello, sus brazos, su cintura, la redondez de sus senos, robándole tímidos gemidos cuando fue su boca la que empezó a recorrer aquellos senderos. Exploró toda su desnudez, mientras ella buscaba con sus manos el cuerpo de Griän, queriendo aferrarse a él, y él no solo se lo ofreció, sino que disfrutó de esa necesidad de ella por tenerlo.

Era extraño. Con cada una de la mujeres con las que había yacido, aunque si bien era cierto que ninguna se había mostrado insatisfecha, Griän siempre había buscado en esos encuentros su propio placer. Sin embargo, ahora lo dominaba otra primacía, la de hacerla vibrar entre sus brazos.

Alcanzó con su boca la cima de uno de sus senos mientras sus dedos se deslizaban hasta su intimidad, y la hizo susurrar su nombre cada vez que sus dedos resbalaban entre los pliegues de su carne. Sintió que su pecho se llenaba, aún más, de su deseo por ella, mientras anhelaba arrancar de sus labios mucho más que esas cinco letras, que le asegurara que todo lo ocurrido, antes de ellos dos, no había tenido importancia ninguna para ella, palabras que él, sin dudarle, creería. Tal vez era una simple quimera, un

exabrupto sin sentido, pero no le importaba. La única certeza era la boca de Selene que reclamaba la suya y sus finas manos reclamando su piel. Jamás la caricia de una mujer le había hecho arder de ese modo...

Incapaz de soportar su propia excitación por más tiempo, cubrió el cuerpo de Selene con el suyo y era tan cálido y delicado, casi frágil, como si se fuera a quebrar entre sus dedos. Por eso mismo entró en ella con suavidad y, aunque pudo reprimir el arrebató de hundirse con vigor en su intimidad, no fue capaz de detenerse y la hizo suya en el primer avance.

Se le heló la sangre.

Mientras Selene ahogaba un grito de dolor en su garganta, Griän rompía la barrera de su virginidad al abrirse paso. Era pura, ¡pura!

Griän buscó sus ojos, horrorizado, y una lágrima recorría la mejilla de la joven. Sin embargo, no había tristeza en su mirada, al contrario, rebosaba iluminada en brillo y, aunque él estaba dispuesto a retirarse de su cuerpo, una sonrisa se dibujaba en los labios de Selene deteniendo su voluntad. Ella misma alzó su rostro para alcanzar su boca y besarlo, disuadiéndolo, alentándolo a seguir, y él no pudo menos que rendirse a ese deseo que también era el suyo propio.

Con suma lentitud comenzó a moverse dentro de ella y, a pesar de que la inquietud de haberla dañado estaba latente, pronto se abandonó a aquella sensación cálida que brotaba de la unión de sus cuerpos. Sentía los dedos de Selene clavarse en su espalda, mientras sus respiraciones entrecortadas se acompañaban con el ritmo de sus movimientos y sus besos, y notaba cómo su cuerpo se fundía en el de ella formando un todo, tanto que creyó que jamás podrían separarse. Ciertamente, no le importaba, ese vínculo entre los dos prevalecía ante todo lo demás, igual que el sentimiento de posesión y, a su vez, de pertenencia que aumentaba segundo a segundo.

Pronto Griän comenzó a sentir su éxtasis arremolinarse en su interior, pero no quiso dejarse llevar. Acunó las caderas de Selene para unirla más a él y que su contacto fuera mayor, provocando que la joven se estremeciera por completo. Su interior vibrante se cerró alrededor de él y supo que llegaba su clímax, por lo que él se dejó arrastrar a aquel vórtice que se formó en sus centros, llevándolo hasta los límites de lo jamás sentido.

Apenas le restaron fuerzas para acomodarse fuera de ella y tumbarse de espaldas con Selene entre sus brazos. Y, aunque su cuerpo permanecía

exhausto y laxo, su mente, por el contrario, comenzó a torturarlo con rapidez. Debieron pasar algunos minutos porque, finalmente, Selene se removió sobre su cuerpo y alzó el rostro para mirarlo.

—Griän... —pronunció con cierto temor.

—Eras pura —dijo entonces Griän dejando de forma inconsciente que sus pensamientos tomasen forma—. Esto no debería estar ocurriendo. Yo no quería esto —sentenció llevándose las manos a la frente.

Selene se incorporó y lo miró con extrañeza.

—¿Qué quieres decir? —le cuestionó.

—Pues que yo creía que tú... se suponía que eras... —titubeó negando enérgicamente con la cabeza.

—Una cualquiera que había estado con un sinfín de hombres antes de entregarse a Lord Antü, ¿verdad? —recitó ella con voz dura.

Entonces se levantó de la cama y, furibunda, comenzó a rebuscar entre las sábanas sus ropas mientras Griän la observaba confundido, incapaz de decir nada más.

—Sé que me creíais culpable —continuó ella entre tanto, con gran despecho en su voz—, pero cuando os vi, pensé que algo había cambiado en vos. Veo que me equivoqué, Milord —volvió a tratarlo con formalidad, mas con gran ironía—. Pero no os lamentéis —prosiguió mientras se vestía con movimientos furiosos—. Es todo culpa mía por no haber comprendido vuestras intenciones. A vos solo os movía la revancha; contra Lord Antü, porque creíais que se os había adelantado, y contra mi osada altivez al atreverme a rechazaros frente a todos. Pues bien —le lanzó una sonrisa amarga—, habéis triunfado en ambos campos. Habéis ganado en vuestra competencia con Lord Antü y a mí me habéis hecho la mujer más infeliz de este mundo. Y ni siquiera puedo tener el consuelo de escupiros en la cara lo miserable que sois, pues todo esto me lo he ganado yo sola por haber...

Selene se mordió el labio con rabia, no queriendo terminar la frase mientras se tomaba unos últimos segundos en acomodar su vestido, tiempo en el que Griän no fue capaz de articular palabra alguna, aunque ella tampoco estaba dispuesta a esperar.

—Que paséis buena noche, Milord —le dijo haciendo una dramática y sarcástica reverencia antes de salir de la recámara.

—¡Selene! —gritó Griän entonces, incorporándose, dejándose caer después y golpeando con sus puños la cama al saber que era tarde.

¿Qué había hecho? ¿Por qué había sucedido todo aquello?

Las palabras de Selene revoloteaban sin orden ni concierto en su mente, confundiéndolo aún más, aunque él se esforzaba por comprender cómo había llegado la situación a ese punto. ¿Había entendido mal o Selene también había sido testigo de lo que había ocurrido esa noche? Lo había visto a él... ¿cuándo? Y también debería haber visto a Antü con una mujer, pero ¿con quién?

Su única defensa fue creer que no había sido un despropósito el pensar que su amante era Selene, ella así debía haberlo comprendido también por lo que, entonces, tomaba sentido el que, con la excusa de curarlo, la joven hubiera acudido a su habitación para defenderse ante él de esa idea. Pero ¿por qué entregársele? ¿Acaso encontraba necesario el entregarle su pureza para demostrarle su inocencia? Le constaba que siempre le había creído un patán, ¿tanto había cambiado el concepto que tenía de él como para hacerle merecedor de una ofrenda así?

Griän buscó en la almohada su aroma y lo halló, sintiendo por un instante la absurda ilusión de que ella aún no se había marchado. Tenía que aceptarlo, no se arrepentía de lo que había ocurrido, sino del cómo. Porque ella tenía razón en cierto modo al nombrar los motivos que había tenido él para querer hacerla suya, pero solo él sabía que esos motivos habían desaparecido en cuanto había tocado su piel. No le había importado el hecho de que pudiera haber estado con más hombres antes que con él, le importaba que en esos momentos era suya, y de nadie más. Y se sentía dichoso de haber sido el primero en su vida, tal vez por ese orgullo masculino al saber que no había nadie más que él, pero aún así, debería haber sabido que era pura. Era tan egoísta que tal vez no se hubiera detenido, pero, aunque tampoco había sido brusco, habría sido más gentil y cuidadoso, habiendo tenido en cuenta sus inquietudes y sus miedos, y la habría amado con mayor calma y suavidad.

Un escalofrío recorrió su espalda al hacerse consciente de sus propios pensamientos y de cómo la palabra "amor" se había filtrado entre ellos... ¿Sería eso sobre lo que había leído en los libros que hablaban sobre la cultura de esas gentes y que tan seguro estaba de no haber sentido jamás? Había quienes hablaban de él como el sentimiento más maravilloso del universo, capaz de ennoblecer al más mísero pordiosero, aunque otros se referían a él

como la mayor de las amarguras que un hombre podía soportar. ¿Sería eso? Porque si bien sabía que ni el Astro Sol podía ofrecerle una bendición mayor que la otorgada al sentir a Selene siendo completamente suya, ahora, su corazón trémulo lloraba desconsolado y malherido en su pecho.

Capítulo 22



—Mira cómo vuelo, madre —exclamó Jordan, mientras giraba con Frederick en sus brazos, quien no dejaba de reír.

—Lo que voy a ver es cómo te va a vomitar encima la comida —trató de reprenderle Agatha, aunque le resultaba casi imposible reprimir la sonrisa de sus labios. Era inevitable con lo feliz que se sentía.

—No seas aguafiestas, mujer —refunfuñó Jordan, aunque se detuvo para asegurarse de que el niño estaba bien—. Lo vas a convertir en una niñita debilucha cuando debe ser un hombre fuerte, como yo ¿verdad? —le preguntó directamente a Frederick como si pudiera comprenderlo.

El bebé, sin embargo, comenzó a balbucear y señaló un pequeño caballito de madera que había al pie del árbol, cerca de Agatha. Jordan hizo caso a su petición y se sentó al lado de su esposa, colocando al niño entre sus piernas y entregándole el juguete que empezó a sacudir con emoción.

—Al menos tendrá vuestra misma preferencia por los caballos —bromeó Nicholas sentado cerca de ellos con Gabrielle e Ilsik que dormía en su regazo.

—Quiero conseguirle el mejor poni que pueda encontrar, para enseñarlo a

cabalgar —repuso Jordan con orgullo.

—Pero si apenas camina —apuntó Agatha, frunciendo el ceño.

—Cuanto antes, mejor —discrepó el joven—. Y verás cuando le enseñe a usar el arco —añadió—. Ni su tío podrá superarlo.

—Eso sí que me gustaría verlo —rio Nicholas.

—Así será —respondió Jordan con el pecho henchido.

—Hace tiempo que no vais de caza —comentó entonces Gabrielle—. Pensé que saldríais más a menudo estando Zayev y Cailen aquí.

—Quizás tienes razón —dijo más serio Jordan—. Hemos estado un tanto ocupados —miró a Nicholas—, pero tal vez deberíamos hacer honor a las visitas.

Nicholas asintió, concordando.

—Aunque no sé si mi primo dejaría sola a Claire por ir a cazar —bromeó ahora Agatha.

—No seas exagerada tú también —rio Gabrielle—. Además, parece que entre ellos todo se está normalizando.

—¿Dónde están? —se extrañó Agatha de su ausencia.

—En uno de los jardines, hablando con la Princesa Adrienne.

—Precisamente —agregó la joven con suspicacia.

—No dirías eso si supieras por qué está aquí en realidad —apuntó Gabrielle.

—Ah, pero ¿tú sí lo sabes? —se cruzó de brazos un tanto ofendida.

—Gabrielle, se supone que Erick me lo confió como un secreto —le recordó su esposo.

—Sí, y tanto secreto casi vuelve loca de celos a mi prima —discrepó entonces.

—Vamos, ahora no nos podéis dejar con esta incertidumbre —intervino Jordan.

—Nicholas —miró Gabrielle al joven buscando su aprobación. Este frunció los labios disconforme, pero, finalmente, accedió, pasando Gabrielle a narrarle a la pareja lo que había ocurrido.

—Nunca creí que mi presencia aquí pudiera haber causado tantos problemas —reconocía Adrienne frente a Erick y Claire.

Los tres se hallaban sentados en un amplio banco de piedra, pero Adrienne estaba tan avergonzada que se situó lo más alejada que pudo de ellos, e incluso evitaba sus miradas.

—No busco que os disculpéis conmigo —negó Claire, tratando de sosegarla—. Mi intención era la de excusarme yo por haberme mostrado tan grosera con vos.

—No habéis sido grosera en ningún momento —refutó la Princesa, mirándola sorprendida.

—Pero amigable, tampoco —apuntó Claire.

—En cualquier caso, viéndolo desde vuestro punto de vista, teníais todo el derecho a sentir os incómoda —agregó Adrienne—. Al pedirle a vuestro esposo que no airease un asunto tan vergonzoso no tuve en cuenta lo que podríais pensar acerca de mi presencia aquí.

—Sin embargo, todo ha quedado en un malentendido y ya no tenéis de qué preocuparos —concluyó Erick.

—Al contrario —discrepó Adrienne—. Esto me hace comprender que mi estancia en este castillo no debería prolongarse por más tiempo.

—Pero no podéis rendiros ahora —se sorprendió el joven—. No podéis aceptar las intenciones de vuestro padre.

—Y no lo haré —sentenció ella—. Voy a encomendar mi vida a la Divina Vetsa.

—¡No podéis hacer eso! —se alarmó Claire.

—Las Sacerdotisas Púrpuras suelen acoger en sus templos sagrados a las muchachas de condición humilde cuyos padres no pueden hacerse cargo de ellas —le recordó Erick.

—En cierto modo es mi caso. Yo misma me he condenado al exilio al no obedecer a mi padre, y él nunca aceptará mi regreso de otra forma.

—Pero aún así, deberíais pensarlo —insistió Erick.

—Es que no tengo otra opción —dijo rendida ante las circunstancias.

Se pasó las manos por los brazos con la vista fija en aquel bello jardín. No se percató de que lloraba hasta que Claire le alargó un pañuelo. Adrienne le

agradeció el gesto con una sonrisa, aunque más triste de lo que debería haber sido.

—Llevados a este punto, ¿puedo haceros una pregunta indiscreta? —se aventuró Claire, lanzándole una mirada de complicidad a su esposo.

—Sí, claro —la miró con extrañeza mientras terminaba de enjugarse las lágrimas.

—¿Qué sentís por el Príncipe Cailen? —se atrevió a preguntar entonces.

Adrienne enrojeció profundamente y bajó la vista hacia sus manos que jugueteaban nerviosamente con el pañuelo.

—Ya no es necesario que respondáis —le sonrió ella con picardía al comprender.

—¿Y aún así queréis refundir vuestra vida en un Templo Sagrado? —le reprochó Erick, secundando la idea de su esposa.

—No veo qué tenga que ver una cosa con la otra —suspiró pesadamente.

—¿Acaso Cailen os ha rechazado? —preguntó el joven entonces.

—Ni siquiera creo que tenga sospecha alguna sobre esto —se escandalizó ella, colocando una mano en su pecho, azorada—. Y no podéis pretender que le confiese directamente mis sentimientos.

—Pero no estáis teniendo en cuenta los de él —apuntó Claire.

—No estamos insinuando que se lo preguntéis abiertamente —le aclaró Erick al ver la incomodidad de la joven—, pero ya que tenéis tan buena relación de él, comentadle sobre la decisión tan absurda que habéis tomado. Estoy seguro de que tendrá algo que decir al respecto.

—No creo que pueda hacer eso —dudó.

—¿Y pensáis renunciar antes de intentarlo? —le reprochó la Princesa.

—He tenido suficiente con un malentendido —se excusó ella, levantándose de pronto del banco.

—No os entiendo —se extrañó Erick.

—Si esto llegase a sus oídos y no creyese en mi sinceridad, no podría soportarlo —confesó ella, aunque le costó hacerlo mirándolos a los ojos—. ¿Es que no lo entendéis? —demandó con energía al ver el rostro contrariado de la pareja—. Sería una muy buena solución el conseguirme un esposo joven

y apuesto que me ayude a huir del problema.

—No creo que nadie sea capaz de creer algo así —discrepó Claire, negando con la cabeza.

—Vos dudasteis de mis intenciones con vuestro esposo —le recordó Adrienne—. No pretendía ofenderos —se apresuró en excusarse extendiendo una de sus manos al ver la culpabilidad en el rostro de Claire—. Solo intento que comprendáis mi postura.

—Yo sigo pensando que nada perdéis con decirle a Cailen lo que pretendéis hacer —insistió Erick—. Si habéis tenido la suficiente confianza con él como para contarle lo que os había ocurrido con vuestro padre, no veo por qué no relatarle que pronto os marcharéis.

—Erick tiene razón —insistió Claire viendo que Adrienne vacilaba—. Si no sois correspondida, Cailen no hará nada al respecto y vos podréis huir hacia ese templo, y sin que vuestros sentimientos hayan quedado en entredicho.

—Tengo entendido que iba a las caballerizas a ver el semental que su padre le regaló a mi prima —le insinuó Erick con declarada intención.

—Tal vez no sea tan descabellado —quiso alentarse Adrienne a sí misma, con la mirada perdida y estrujando el ya arrugado, y maltratado, pañuelo entre sus manos.

—Buena suerte —le deseó Claire a modo de acicate.

Adrienne los miró durante unos segundos, sopesando sus palabras. Finalmente, y a pesar de todas las dudas, asintió con una tímida sonrisa en los labios y, tras devolverle el pañuelo a Claire, les hizo una leve reverencia, respondiéndoles ellos con una mirada de complicidad justo antes de que pusiera rumbo hacia las caballerizas.

Sin embargo, ahora que iba camino de encontrarlo, no sabía muy bien cómo enfocar el tema. Quizás un "quería avisaros de que voy a dedicar mi vida a la Divina Vetsa" era demasiado presuntuoso por su parte, a fin de cuentas, qué interés podía tener él con respecto a lo que a ella le sucediese. Había sido muy amable y considerado con ella, de eso no tenía dudas, pero de ahí a que a él le importase lo más mínimo lo que hiciera con su vida..., había un gran trecho.

Y ese era el motivo más importante que la impulsaba a querer abandonar

ese castillo y marcharse. Cuando creyó estar enamorada de Erick se sintió despechada, en un principio, cuando supo que él elegiría a Claire en lugar de a ella, pero aquello pronto pasó. Sin embargo, ahora, la simple idea de la indiferencia por parte de Cailen le hacía daño, tanto que le aterraba un posible rechazo. Él nunca había dado muestras de sentir algo por ella, su acercamiento nunca fue más allá de la simple caballerosidad, y el hecho de que en su día confundiese la amabilidad de Erick con algo más, le había hecho aprender la lección. No volvería a caer de nuevo en el mismo error. Cailen se había mostrado atento y comprensivo con ella, pero nada más.

Estaba ya muy cerca de las caballerizas cuando escuchó voces de varón en su interior. Una de ellas con seguridad era de Cailen, pero estaba con alguien más. Frenó sus pasos queriendo asegurarse de no estar interrumpiendo ninguna conversación privada cuando escuchó su nombre y eso la hizo detenerse en seco, apoyándose cerca del umbral. Sabía que estaba mal escuchar detrás de las puertas, pero la curiosidad fue más fuerte y quiso saber por qué hablaban de ella.

—Así que la Princesa Adrienne te ha confesado que está enamorada —dijo la otra voz que ahora reconoció como el Príncipe Zayev—. Muy oportuno —agregó el joven, sarcástico.

Adrienne sintió una punzada en el pecho, la sospecha de que no le iba a gustar el cariz que iba a tomar aquella conversación era más que palpable, pero, aún así, decidió seguir escuchando.

—No te entiendo —respondía Cailen.

—Vamos, estoy completamente seguro de que se refería a ti —dijo Zayev con socarronería—. No me extrañaría nada que todo esto sea un plan para engatusarte.

—¡No te atrevas a decir algo así! —espetó Cailen tomando por la pechera del jubón a su cuñado.

—Cálmate —rio Zayev con ganas—. Era una broma y reconozco que malintencionada. Quería ver tu reacción, y ha sido más que satisfactoria —se jactó—. Tú también estás enamorado de la Princesa.

—A veces me dan ganas de golpearte —lo soltó con rudeza.

—Va a resultar que me vas a tener que agradecer que te haya pedido que la frecuentaras para averiguar el motivo de su presencia aquí —alardeó—. No

solo la apartaste de Erick, sino que la acercaste a ti —añadió entre risas.

—Eres un estúpido y...

El relinchar de un caballo cerca de la puerta del establo hizo que los jóvenes cortaran su conversación y mirasen hacia la entrada. Ambos vieron cómo la Princesa Adrienne se alejaba de allí. Cailen miró a su cuñado lleno de furia.

—¿Crees que nos habrá oído? —cuestionó Zayev con culpabilidad.

—Esta pienso cobrármela —le advirtió Cailen señalándolo con el dedo antes de salir al encuentro de la joven. Tuvo que acelerar el paso para poder alcanzarla.

—¡Alteza! —la llamó para que se detuviera.

—Decidme —lo encaró ella con toda la entereza de la que fue capaz. En su rostro había surcos de lágrimas recién enjugadas; no era necesario preguntar si los había escuchado.

—Dejadme que os explique antes de sacar conclusiones equivocadas —le pidió él.

—Yo no debo sacar conclusiones equivocadas, pero el resto del mundo puede pensar sobre mí lo que se le antoje sin haberme escuchado siquiera, ¿verdad? —se defendió ella con rabia.

—No es lo que pensáis —trató de convencerla—. Zayev estaba bromeando.

—¿Y lo de apartarme del Príncipe Erick? —citó con punzante ironía.

—Os lo ruego, permitidme...

—En cualquier caso podéis decirle a vuestro cuñado que no tiene de qué preocuparse —lo cortó ella, nada dispuesta a escuchar sus explicaciones—. Sabed que pronto me marcharé, pues tengo intención de dedicar el resto de mis días al culto de la Divina Vetsa.

—¡No podéis hacer eso! —le exigió él con brío, tomándola de los hombros.

—¡Claro que puedo! —se zafó ella de su agarre—. En uno de los picos de La Espina hay un templo. Donaré las pocas joyas y vestidos que traje conmigo a la Sacerdotisa para que permita mi acceso, cortaré mis cabellos y dedicaré mi vida al culto de la Señora del Bratvah —recitó con sarcasmo—.

Es tan sencillo como eso.

—¿Vais a renunciar a una vida sin amor? —protestó él.

—¿De qué amor me estáis hablando? —refutó ella indignada—. ¿Del que mi padre siente por mí?

—Dijisteis que amabais a un hombre, que...

—Eso no tiene ningún valor —lo interrumpió—. Mi amor puede ser inmenso como el Mar Istook, pero si no es correspondido... será como un abismo, oscuro y vacío.

—¿Y quién dijo que no es correspondido? —preguntó él tensando la mandíbula.

Y, aunque Adrienne entendió perfectamente aquella insinuación, se limitó a mirarlo de arriba abajo, tras lo que volteó para marcharse de allí. Sin embargo, Cailen no estaba dispuesto a dejarla ir así. La tomó con fuerza de los brazos y la atrajo hacia él para estrellar sus labios con los suyos en un beso poderoso y exigente.

Adrienne apenas fue capaz de reaccionar a algo tan inesperado. Además, jamás hombre alguno la había besado y, de repente, sentir los labios de Cailen sobre los suyos... ¿qué mujer no desea ser besada por el hombre que ama? Por eso, aunque su vanidad femenina le exigía apartarse de él de inmediato, el deseo de sentirlo le hizo dejar todo a un lado y corresponder a ese beso, a pesar de su titubeante inexperiencia. Su cuerpo se destensó, notando que, al instante, Cailen aprovechaba su rendición para estrecharla entre sus brazos, por lo que ella elevó los suyos hundiendo sus manos en aquellas largas hebras negras que conformaban su cabello, como tantas veces había querido hacer. Dejó que Cailen poseyera su boca a su antojo, disfrutando de esa caricia cálida y turbadora, y sin importarle ni su propio honor ni su dignidad. Tantas veces habían quedado en entredicho que una más poco podía importar. Al menos, se llevaría ese recuerdo consigo cuando se marchara, sabiendo lo que era sentirse amada, aunque fuera por un efímero momento.

Cuando Cailen se separó de sus labios, apenas les quedaba aliento.

—¿Esto también formaba parte del plan de vuestro cuñado, el que me enamorarais? —preguntó ella con mordaz tristeza.

—¿Vais a permitirme que me explique? —comenzó Cailen a desesperarse.

—No hay nada que explicar —replicó ella, claramente dolida—. Debíais acercaros a mí para...

—Es que yo no me acerqué a vos —la cortó abruptamente—. Fuisteis vos la que...

—Sí, ya sé que mi comportamiento, por enésima vez, es más que reprochable —exclamó bajando la mirada llena de vergüenza.

—En ningún momento he querido decir eso —alzó con los dedos su barbilla—. Yo jamás tuve intención alguna de indagar en vuestra vida, aunque Zayev me lo haya sugerido. No me habría atrevido a acercarme a vos y por eso me alegro de que tomarais la iniciativa y fuerais vos quien lo hiciera, porque así he tenido la oportunidad de conoceros realmente y lo que he descubierto me ha atraído tanto, que ha hecho que me enamore de vos.

—No lo digáis —apartó la vista de él no queriendo escucharlo.

—Sabéis que es cierto —tomó su rostro para que lo mirara—. Acabáis de sentirlo al teneros entre mis brazos, al igual que sé que es a mí a quien amáis.

—¿Y no habéis pensado que tal vez vuestro cuñado tiene razón? —preguntó con fingida malicia—. Quizás solo quiero engatusaros para que resolváis mi problema.

—No os juzgué mal en un principio cuando no os conocía ni lo haré ahora —masculló entre dientes intentando no responder a su provocación—. Y si manteniendo esa infamia creéis que me apartaréis de vos, os confundís. Os amo y quiero haceros mi esposa, digáis lo que digáis.

—Aunque jure y perjure que yo no os amo a vos —lo retó.

La respuesta de Cailen a su desafío fue volver a tomarla entre sus brazos para besarla intensamente, apretándola contra su pecho y acariciando sus labios con insistencia y frenesí, haciendo que Adrianne se aferrara a su cuello al sentir que las piernas eran incapaces de sostenerla ante su beso arrebatado.

—Miradme de frente y decidme que no me amáis —le pidió él susurrando sobre sus labios.

Adrianne dio un paso atrás, tomando aire a la vez que valor.

—No importa lo que yo sienta. No pienso casarme con vos.

Sabía que si Cailen volvía a besarla destrozaría su voluntad, así que salió corriendo de allí sin dejarle lugar a réplica. Cailen, por su parte, la dejó

marchar. Al fin y al cabo, Adrienne podría huir a los Confines del Mundo, pero jamás lograría escapar de él.

Capítulo 23



No la había visto en todo el día y era lo que más deseaba tras lo sucedido la noche anterior. Y no debería, pero lo hacía y no sabía por qué. La esencia de Selene se le había metido muy adentro, tanto que ya lo ocupaba todo, hasta sus sueños. La vio vestida de blanco, con docenas de florecillas prendidas de su cabello, y bailando a su alrededor. Luego le tendía la mano y lo instaba a acompañarla, acabando uno en brazos del otro, unidos en aquella danza.

Lo atormentaba, aquella sensación cálida y amarga se negaba a abandonarlo, algo que jamás había sentido y que lo llenaba de debilidad. Tantas mujeres con las que había estado, puras muchas de ellas, y que habían ido a parar a un rincón oscuro y extraviado de su memoria en cuanto las perdía de vista. Nunca sintió necesidad por ninguna de ellas, pues sabía que otra ocuparía en algún momento su lugar. Selene, sin embargo, había vuelto su mundo del revés, y eso era una contrariedad.

Por esa razón, al despertar de aquel sueño, trató de dejarlo a un lado y retomar las riendas de su sensatez. El motivo de su presencia en aquellas tierras debía ser lo más importante y, una vez alcanzado su objetivo, se marcharían de allí. Nada podría ligarlos a aquel lugar, y menos un

sentimiento que quería erradicar de su ser a toda costa.

Con toda la firmeza que fue capaz de reunir, había acudido a desayunar, ensayando su mejor mueca de indiferencia para encarar a Selene en cuanto la tuviera delante, aunque de poco le sirvió, pues la joven no apareció. Imaginó que lo estaba esquivando y, aunque quiso convencerse de que no le importaba, cierto resquemor asomaba de vez en cuando al bajar inconscientemente la guardia. Empero la desazón pasó a recelo cuando, a la hora de la comida, Selene siguió sin aparecer y, además, su hermano Francis tampoco los acompañó a comer. Y ahora, una extraña angustia le hacía buscarla entre las doncellas que servían la cena en el comedor. De nuevo, no había rastro de ella, ni de su hermano.

Una de las muchachas se acercó a servirles vino. Quiso pedir razón de ella, pero se mordió la lengua a tiempo, evitándolo.

—¿Sabes por qué no nos acompaña el Capitán Francis? —escuchó la voz de su hermana en frente suyo.

Frunció el ceño. ¿A qué tanto interés para preguntar abiertamente por él, ante sus...?

—Está cuidando de su hermana que está muy enferma, Milady.

—¿Cómo? —Griän casi escupe el vino que bebía en ese momento.

La mujer no pareció escucharlo y se retiró, y él a punto estuvo de alargar la mano para detenerla.

—¿Y ese interés? —preguntó Araw, suspicaz, lanzando con disimulo una mirada de complicidad a Antü que a Griän no le pasó desapercibida.

—Interés, ninguno —trató de parecer indiferente—. Me resulta inaudito que se encargue él de su cuidado habiendo tanta servidumbre —añadió con fingido desdén—. En cualquier caso, es a Antü a quien debería preocuparle.

—¿A mí? —soltó su amigo una risotada.

—Tanto que la perseguías en estos últimos días...

La única intención de Griän al insistir en aquella conversación era tantear a Antü sobre lo sucedido la noche anterior.

—Sí, hasta anoche —vio cómo le guiñó el ojo con complicidad.

—Vaya, así que esta vez Antü se te ha adelantado —le dio un codazo Cam con camaradería, quien estaba sentado a su lado.

—Eso parece —se esforzó por sonreír—. ¿Valió la pena?

—La palomita resultó ser puro fuego —siseó Antü con satisfacción.

—¿Queréis dejarlo ya? —los cortó Anyan, molesta.

Tanto Cam como Antü comenzaron a reír, pero Griän aprovechó para volver su atención a la cena y tratar de controlar sus nervios.

Aquello se escapaba a su comprensión. ¿Por qué Antü se empeñaba en hacerle creer que había estado con Selene? Cuando él sabía que no era así; Selene no había estado con hombre alguno, jamás se había entregado a nadie, excepto a él.

Siguió cenando con el deseo de que todos acabaran y se retiraran cuanto antes. Cuando así fue, mientras sus compañeros se alejaban, tomó a su hermana por el brazo y la detuvo.

—Necesito que me acompañes —le pidió.

La joven frunció el ceño.

—¿Adónde?

—A ver a Selene —le dijo sin reparo—. Parte de tu instrucción son las bondades de las plantas curativas —le recordó—. Seguro que puedes hacer algo por ella.

—¿Y por qué debería hacerlo? —le hizo una mueca de extrañeza.

Griän tuvo que pensar con rapidez para responder a algo que, realmente, no sabía explicar.

—Tal vez su enfermedad la tenga postrada en cama durante semanas —se las ingenió para darle una excusa—. Eso perjudicaría nuestra misión. Ya sabes que nuestros soberanos desean deshacerse del Capitán y su guardia cuanto antes.

Siendo ese el caso, Anyan deseó poder negarse a ayudar a Selene para evitar la marcha de Francis, pero no podía desobedecer sin que Griän sospechase algo. Asintió, accediendo, y acompañó a su hermano.

Tuvieron que adentrarse en la zona de la servidumbre quienes, extrañados, los miraban con curiosidad, y Anyan preguntó por la habitación de Selene a uno de aquellos criados para poder llegar cuanto antes y evitar sus miradas escrutadoras. Al hacerlo, llamaron a la puerta cerrada y, tal y como esperaban, fue Francis quien les abrió. Tenía el cabello revuelto y la tez

pálida, que se llenó de sorpresa al verlos frente a él.

—Venimos a interesarnos por tu hermana —le dijo Anyan antes de que pudiera articular palabra.

—Pues... tiene mucha fiebre —titubeó aún asombrado.

—¿Podemos pasar?

—Sí, claro —les instó a entrar—. Disculpad mi falta de cortesía.

—Nos hacemos cargo —dijo Griän que miraba hacia la cama de Selene, a la que Anyan ya se había acercado para revisarla de cerca.

La vio tomar su mano y se le antojó inerte, como sin vida, al igual que su rostro níveo, a excepción de las sombras violáceas bajo sus párpados y un ligero toque sonrosado de sus labios, tan diferente al carmesí que había robado de ellos la noche anterior.

—La fiebre es demasiado alta —le escuchó decir a su hermana y haciendo que Francis reaccionara, caminando hacia ella. Y es que el Capitán no salía de su asombro..., si ya le resultaba extraño ver a Anyan allí, más lo era que también estuviera Griän.

—Le estoy aplicando paños húmedos —le contó—, pero siento que empeora en vez de mejorar. Y, además, no sé a qué se debe su mal.

—Anyan —la llamó su hermano con tono grave—. ¿Crees que puedes ayudarla?

Ella asintió.

—Un cocimiento de flores de sauco, verbena y...

—No te pido que me digas cómo hacerlo, sino que lo hagas —sentenció Griän, haciéndola enmudecer durante un momento.

—Por supuesto —alzó su barbilla un tanto seria—. Aunque dudo que encuentre todos los ingredientes en este castillo.

—Yo podría ir a buscarlos al bosque si me indicáis cómo son esas plantas —se ofreció Francis, expectante, ante la esperanza de curar a su hermana.

—Tardaría más tiempo en explicártelo que en ir a buscarlos yo misma —discrepó.

—Entonces os acompaño. Es demasiado tarde para que vayáis sola...

Él mismo ímpetu con el que pronunció esas palabras fue el mismo que lo

hizo detenerse en seco y mirar hacia Selene.

—Yo puedo quedarme con ella —se ofreció Griän.

—¿Haríais eso? —preguntó Francis. La expectativa de pasar unos minutos con Anyan, aunque fuera rebuscando entre los arbustos, era más que deseable.

—Es lo menos que puedo hacer después de que ella curara mis heridas —le mostró sus manos.

—¿Mi hermana? —se extrañó—. ¿Cuándo?

—Anoche, después de que le hablaras de nuestro encuentro...

—¿Yo?

—Será mejor que nos vayamos de una vez —los interrumpió Anyan que ya estaba en la puerta.

—Sí —obedeció Francis—. Gracias, Lord Griän.

El joven asintió mientras los veía marchar, pensativo y muy confundido, porque la reacción de Francis dejaba patente que él no le había hablado en ningún momento de su ataque de furia ni de las heridas... ¿Por qué ella entonces le dijo lo contrario?

Se acercó a la cama y se sentó en el borde. Sin saber muy bien cómo hacerlo, tomó la compresa que Selene tenía en la frente, para humedecerla y volver a colocársela. Llevado por un impulso, cogió su mano y la acercó a sus labios, suspirando con culpabilidad. Había herido tanto su alma que su cuerpo estaba sufriendo las consecuencias. De nuevo lo asaltaron sentimientos encontrados, aunque viéndola así, decidió no atormentarse. Deseaba con todas sus fuerzas que se recuperara, aun si después se pasaba el resto de su vida maldiciéndolo por su vileza.

De pronto, lo que acababa de suceder con Francis volvió a su mente, entremezclándose de forma caprichosa con lo transcurrido durante la cena, las palabras de Antü y las miradas maliciosas de Araw, asaltándolo una inquietante sospecha. Tal vez, la falta cometida no era solo suya...

Capítulo 24



—Es que solo a ti se te puede ocurrir algo así —reprendía Ylva a su esposo.

Zayev recorrió con la mirada la mesa y no encontró en ninguno de los comensales muestra alguna de complicidad.

—Erick, no me mires así —resopló—. No es que quiera justificarme, pero, en realidad, lo hice por vosotros —lo señaló a él y a Claire—. Además, que no había ninguna mala intención al pedirle lo que le pedí —sacudió la mano en dirección a Cailen.

—Solo querías que la embaucara para sonsacarle...

—Dicho así, suena sucio —lo cortó su cuñado—. Y precisamente tú deberías estarme agradecido, pues gracias a mi intervención, os habéis enamorado —se mofó.

—¡Pero serás...!

—Dejadlo ya —quiso Ylva poner paz—. La Princesa Adrienne os estará escuchando desde su habitación.

—Por cierto —intervino Agatha—, ¿no nos va a acompañar a cenar?

—Le he pedido a Erin que vaya a avisarla —le informó Gabrielle. Justo en ese instante la doncella se acercaba a la mesa.

—Majestad —se dirigió a Gabrielle—. Su Alteza me pide que os lo agradezca, pero no tiene apetito.

—Como ella guste entonces —concordó Gabrielle, pero Erin bajó la mirada, sin intención de retirarse—. ¿Querías algo más? —le preguntó extrañada.

—No quiero que penséis que me entrometo en asuntos que no me conciernen —comenzaba a excusarse la doncella.

—Habla con tranquilidad —le pidió Nicholas, y ella asintió.

—Es que, al ir a avisar a la Princesa, me ha parecido ver que estaba haciendo su equipaje.

Cailen soltó un resoplido, mirando a Zayev con malestar, quien se hizo cargo de la seriedad de la situación.

—Si quieres voy a hablar con ella para explicarle de primera mano mis intenciones —le propuso Zayev.

—Ya le expliqué esta tarde tanto tus intenciones como las mías —negó con la cabeza.

—¿Y qué “intenciones” son esas? —preguntó su hermana con prudencia y retintín.

Cailen no contestó, limitándose a bajar la cabeza, aunque de pronto, se puso en pie.

—Podéis comenzar sin mí —se dirigió a todos los comensales, tras lo que se encaminó hacia las habitaciones con paso firme. Y con la misma decisión golpeó la puerta de la habitación.

—Pasa —escuchó desde dentro.

Debía creer que era una doncella, pues seguía con su tarea como si nada, sorprendiéndose sobremanera cuando, al darse la vuelta, se encontró a Cailen frente a frente. Sin embargo, disimuló su asombro lo mejor que pudo, volviendo la mirada hacia su equipaje.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con tono monótono.

—¿Y vos, qué estáis haciendo? —su tono, sin embargo, fue bastante duro.

—Creo que salta a la vista —contestó girando su rostro para hacerle un mohín desdeñoso.

—Y también veo que habéis hecho caso omiso a nuestra conversación.

Ella continuó prestando atención a sus vestidos, así que Cailen la tomó del brazo y la obligó a mirarlo, tal vez con demasiada brusquedad.

—¿Es que no os importa que os haya confesado que os amo? —dijo soltándola, suavizando su actitud. Veía que la perdía sin tenerla en realidad y eso... lo desesperaba, dejándose llevar por sus impulsos—. No podéis iros —dijo casi suplicante.

—¿Me lo vais a impedir? —lo desafió ella, alzando su barbilla.

—Si es necesario...

—¿Pero quién os creéis que sois? —le cuestionó ella comenzando a escocerle la garganta, donde se le mezclaba la tristeza y la rabia—. ¿Vuestro amor os da permiso para controlar mi vida?

El rictus de Cailen cambió al instante, y la pesadumbre y el arrepentimiento se hicieron paso.

—Sois igual a mi padre —lo culpabilizó ella, y Cailen se sintió morir.

—No me digáis eso —le pidió lleno de vergüenza—. Yo os amo de verdad.

—Y yo decido si quiero creerlos y si quiero amarlos —continuó ella, sintiendo que empezaban a correrle las lágrimas por las mejillas.

Cailen bajó la mirada, guardando silencio. No tenía justificación alguna, pues en cierto modo, Adrienne tenía razón. Tanta era su ansia de protegerla que la estaba aprisionando.

—Disculpadme —dijo finalmente—. No tengo derecho alguno a entrometerme en lo que decidáis, ni siquiera a insinuarlo, pero quiero pedirlos algo.

Hizo una pausa esperando la respuesta de Adrienne, quien se limitó a asentir.

—Quisiera que no confundierais mi impulsividad con egoísmo —comenzó a decirle—. Aunque en realidad sí que soy egoísta, porque os quiero para mí.

De pronto, Cailen se acercó a ella, demasiado, tanto que Adrienne sentía su aliento en sus mejillas. Estaba casi segura de que iba a besarla. Sin

embargo, en un acto que la dejó perpleja, Cailen se quitó su anillo y vio que, con delicadeza, tomaba su mano y lo deslizaba por su dedo, dejando la de ella entre las suyas. La joven quedó en silencio, sin saber reaccionar, lo que Cailen utilizó para continuar su alegato.

—Mi única intención es la de desposaros, porque os amo como jamás creí que se podía amar, y mi comportamiento, aunque no es justificable, se debe a que temo perder algo tan bello como lo que siento por vos. Sois tan hermosa... —alargó su mano con la intención de acariciar su mejilla, aunque se arrepintió antes de hacerlo—, y la mujer más valiente que jamás he conocido. Si, ciertamente, no sentís lo mismo, no intentaré deteneros si realmente queréis marcharos, pero si sentís algo por mí, dejad que vuestro corazón hable por vos, no habléis por boca de vuestro orgullo, os lo ruego.

Adrienne no supo qué responder, aunque Cailen no se lo tomó a mal, creyó necesario que ella precisase de algún tiempo para reflexionar. Así que se inclinó levemente y acercó la mano de la joven, que aún sujetaba para besarla, tras lo que se marchó.

Sus piernas temblorosas la sostuvieron lo justo, hasta que Cailen cerró la puerta, derrumbándose sobre la cama. Adrienne alzó su mano y observó con incredulidad el anillo. Era un sello de platino con diminutos zafiros engarzados que delineaban la letra C, pero lo importante no era el anillo en sí, sino su significado. No solo la amaba, sino que deseaba hacerla su esposa, algo que no se habría atrevido ni a imaginarse cuando lo vio por primera vez, con su cuñado, cerca de la escalinata principal.

Ya sabía de la peculiaridad del aspecto en los hombres Gealach: su piel trigüeña, casi dorada; cabello negro, liso y largo hasta poco antes de la cintura y sus ojos oscuros. Tuvo ocasión de comprobarlo al haber conocido al Príncipe Zayev en los esponsales de Nicholas y Gabrielle. Cailen era tan fornido como él, incluso un poco más, con esa presencia imponente propia de un guerrero. Pero si bien era cierto que Zayev se le había antojado un hombre demasiado impulsivo y de animosidad rápidamente alterable, Cailen le parecía más juicioso, reflexivo y observador. Mentiría si dijese que no le había deslumbrado su gran atractivo masculino. Su mirada era penetrante, osada y, cada vez que habían compartido juntos la mesa, ella había tenido que hacer grandes esfuerzos por escapar del alcance de sus ojos si no quería enrojecer frente a todos como una adolescente. Con el porte propio de un Príncipe heredero, su sola presencia irradiaba fuerza y pasión, la que ahora

sabía que se ocultaba bajo su piel, y le bastaba escuchar su voz grave entre los corredores de aquel vasto castillo para temblar como una hoja.

Era consciente de que había actuado mal, que no debería haberse ofrecido a acompañarlo aquella tarde a pescar, pero Erick había despertado la chispa de su curiosidad al mofarse de él al verlo dispuesto a sumergirse en una tarea tan sosegada para un guerrero como él, acostumbrado a la lucha y las emociones fuertes. Algo más debía esconderse tras aquella fachada de hombre rudo y belicoso, y su corazón desbocado golpeaba fuertemente en su pecho como producto, primero, del miedo a su rechazo, y después, por haberle mentido. Que la Divina Vetsa la perdonase... ¡desde el ventanal de su recámara casi podía tocar el mar! Y había vivido rodeada de redes y sedales. Pero era mostrar su desconocimiento y curiosidad por el arte de la pesca, o decirle que se moría por sentir más de cerca esa voz aterciopelada que la hacía estremecer. Seguramente lo había mirado embobada, atendiendo cada una de sus explicaciones, pero su corazón seguía galopando en su pecho al descubrir en Cailen a un hombre no solo apuesto y gallardo, sino muy interesante, paciente y muy atento. Por eso no había podido contenerse y le preparó aquella merienda. Cailen olía a hierba, a tierra y especias, y cuando sintió su aliento cálido en su piel...

En su defensa podría decir que estaba obnubilada por su cercanía, o que la complicidad que se había creado entre los dos le había dado pie a contarle su fatal historia, pero en el fondo de su corazón brillaba la pequeña esperanza de que su amor la salvara... ¿Amor? ¿Qué amor? No había razón alguna para pensar que Cailen sintiese algo por ella, y solo la había abrazado para consolar a una mujer que lo estaba poniendo en un aprieto con su dramático llanto.

Antiguos fantasmas acudieron a su memoria y por eso había decidido marcharse de allí; no iba a tropezar dos veces en la misma piedra y confundir su caballerosidad con galantería o interés hacia ella.

Y, sin embargo...

Tumbada en la cama continuó observando aquel sello... Aquel pequeño trozo de metal representaba todo lo que había deseado, lo que esperaba del amor, algo tan fiero que pudiese desmontar su mundo y volverlo del revés. La pasión de Cailen era arrolladora y, aunque ella se metiera en su papel de engréida, deseaba con todas sus fuerzas que Cailen se la llevara con él, que la

arrancase de ese destino que la sumiría en la infelicidad. Porque por mucho que fingiera, era cierto que lo amaba, igual de cierto como que su orgullo era quien hablaba por ella.

Pasó la noche en una especie de extraña duermevela, donde la realidad se enredaba con los sueños; imaginaba lo que sería dejarse llevar por su corazón, preguntándose cuán feliz podría ser con él, cuando el sopor la sorprendía, y mostrándole en su ensoñación el rostro de la felicidad: Cailen.

Así la encontró el alba, con la decisión definitiva tomada. Cuantos más rayos de sol iban entrando por su ventana más ardía en deseos de que Cailen irrumpiera en su habitación para besarla hasta que perdiera el sentido.

Llamaron a la puerta y esos pensamientos ocupando su mente hicieron que se sobresaltara... ¿Sería él?

—Adelante —dijo con nerviosismo, sentándose en la cama, pero la llenó la desilusión al comprobar que era una de las doncellas la que entraba. Ivette, creía recordar.

Supuso que vendría a decirle que el desayuno estaba listo, pero no le pasó desapercibido el rictus grave de la joven.

—¿Sucedo algo? —quiso saber.

—Disculpadme que os moleste —se excusó Ivette—. Me han pedido que venga a buscaros porque... —vaciló—, porque vuestro padre acaba de llegar.

A quien se le crispó ahora el rictus fue a Adrienne.

Llegó al comedor arrastrando el miedo en sus pasos. No había duda posible en cuanto a las intenciones de su padre, de hecho, era muy capaz de tomarla del brazo y llevársela a rastras de allí. Todos aguardaban en mitad de la estancia, hablando entre sí, su padre con Trystan, ambos con semblante tenso. Fue directa hacia él, dispuesta a enfrentar lo que viniera, pero alguien se cruzó en su camino, impidiéndoselo.

—Buenos días, amor —Cailen besó con suavidad sus labios—. Discúlpame, pero dormías tan plácidamente que no he querido despertarte.

Adrienne trató de esbozar una sonrisa, sin saber muy bien qué estaba ocurriendo realmente. Primero, la llegada de su padre; luego, ese beso y esas palabras... La confusión la invadía, aunque permitió que Cailen tomara su brazo para enredarlo con el suyo.

—¡Adrienne! —exclamó entonces su padre al percatarse, en ese momento, de la presencia de su hija—. Apártate, entrometido —le increpó a Cailen, haciendo que se alejara un par de pasos de ella.

—Pa... padre —balbuceó ella—. ¿Qué haces aquí?

—¿Y te atreves a pedirme explicaciones? —se enfureció tomándola del brazo con brusquedad.

Todos se voltearon a mirar la escena, incluso Trystan hizo ademán de intervenir, pero quien, finalmente, sí lo hizo fue Cailen, interponiéndose entre Adrienne y su padre.

—Vos seréis su padre, pero ahora yo soy su esposo, y muy mal haría mi papel si permitiera que alguien la vapuleara frente a mí, incluso vos —recitó con la barbilla alzada y el pecho lleno de valentía.

Un silencio sepulcral se alzó en la sala. Todos se miraban los unos a los otros, sin comprender, excepto Cailen, que seguía enfrentando al Rey con su actitud firme, y Adrienne, que intentaba disimular su sorpresa al haber entendido, por fin, las intenciones del joven.

—¿Es eso cierto? —masculló Josiah apretando la mandíbula—. ¿Es tu esposo?

—Sí —pronunció ella con toda la seguridad que fue capaz de reunir.

—¿Cómo lo has permitido? —se dirigió el Rey con enfado a Trystan, quien no podía ocultar su asombro—. Creí que eras mi amigo.

—Él nada tiene que ver —le cortó Cailen—. Temíamos que se opusieran, así que nos casamos en secreto, anoche —añadió.

—Mientes —le desafió Josiah.

Entonces Cailen tomó la mano de Adrienne y le mostró el sello que le había dado la noche anterior.

—Acudimos a un pequeño feudo cuyo Señor no tuvo reparos en officiar la ceremonia a cambio de una sustancial cantidad —le ratificó—. Y, de igual modo, una pareja de campesinos hicieron las veces de testigos —agregó con la misma seguridad.

—Siendo así, pagarás muy caro esta afrenta —dijo entonces, desenvainando su espada.

—Detente, Josiah —le pidió Trystan mientras todos miraban con estupor

lo que sucedía.

—No pienso luchar con vos —negó, sin embargo, Cailen sin moverse un ápice—. No lucharé contra el padre de mi esposa, haciéndola sufrir si os hiriese.

—Pues a mí poco me importa hacerlo contra su esposo —farfulló Josiah con rabia, levantando su mandoble.

—Si lo matas a él, tendrás que matarme a mí también —se interpuso de repente Adrienne entre su filo y el cuerpo de Cailen.

—¿Estarías dispuesta a morir por él? —demandó su padre con furia.

—Le amo —respondió mirándolo directamente a los ojos—. Voy a compartir mi vida con él y, si es necesario, también la muerte.

Josiah observó unos segundos a su hija antes de bajar por fin el arma.

—Tenía tantas esperanzas puestas en ti —susurró con impotencia.

—¿Usándome como moneda de cambio para salvar tu reino? —inquirió ella con una mueca.

—Te recuerdo que también es el tuyo —espetó él con dureza—. Aunque después de esto...

—Imagino que no seré bien recibida —apretó los puños entre los pliegues de su vestido.

Su padre no respondió. Se limitó a mirarla con gesto inescrutable durante unos instantes. Luego desvió la mirada hacia Trystan e inclinó levemente la cabeza, tras lo que se marchó.

Adrienne sintió que parte de su corazón se iba con él, pues a pesar de lo que le había hecho, seguía siendo su padre.

—Verás que con el tiempo recapacita —le escuchó decir a Trystan.

—Pero mientras tanto —le cortó Ylva—, no estaría mal que nos explicaras lo de tus esponsales —se dirigió a su hermano con cierta dureza.

No obstante, Cailen le devolvió una mirada lánguida y abatida.

—Es todo mentira —pronunció con lo que bien parecía pesar.

Y esa misma pesadumbre vio Adrienne en sus ojos cuando la miró fugazmente antes de marcharse. Porque no hacía falta mayor explicación. Todos comprendieron que su única intención había sido librar a la joven del

destino que su padre había previsto para ella. Adrienne bajó el rostro y fijó la vista en el sello que brillaba en su dedo.

—¿Estás bien? —se interesó Gabrielle.

Volvió a levantar el rostro y le sonrió agradecida.

—No —le respondió—, pero no tardaré en estarlo.

Y salió en la misma dirección en la que lo había hecho Cailen. Lo alcanzó en uno de los jardines. Lo había visto golpear, enfurecido, el tronco de un árbol, tras lo que apoyó su frente en él, mortificado. Ella se acercó por detrás y tocó su hombro, sorprendiéndolo. Sin duda no la había oído llegar.

—Adrienne, yo... —comenzó a disculparse.

—No todo es mentira —lo interrumpió ella y Cailen frunció el ceño mostrando su confusión y, aunque a Adrienne le hubiera bastado repetirle las palabras que había pronunciado, prefirió mostrárselo. Así que alzó los brazos para rodear su cuello y buscó los labios masculinos con los suyos.

El titubeo de Cailen duró un segundo, el que necesitó para convencerse de que aquello era cierto, pero el aliento de Adrienne sobre su boca era un sueño hecho realidad. La estrechó con fuerza mientras la besaba con impaciencia, deseando capturar todo su dulzor por completo ante la posibilidad de que aquello fuera un espejismo, pero notaba los dedos de Adrienne enredándose en su largo cabello y sus labios suaves acariciando los suyos, como tantas veces él había deseado, tanto que alargó ese beso hasta que nos les quedó una brizna de aliento.

—Perdóname —la escuchó susurrar.

—No hay nada que perdonar —le aseguró él, acariciando su mejilla.

—Anoche no debí dejarte marchar —se reprochó a sí misma—. Tenías razón. Era mi orgullo el que me hacía actuar así.

—No he podido dormir, pensando que no volvería a verte jamás, ahogado por la impotencia —reconoció—. Sin embargo, mil noches en vela bien valen la pena si luego voy a tenerte así, entre mis brazos.

Adrienne apoyó la mejilla en su pecho, y se dejó abrazar.

—Creí que mi padre me arrancaría de tu lado.

—Sé que ha sido un vil engaño —lamentó Cailen—. Fue la única forma que se me ocurrió de poder proteger tu libertad, aunque no quisieras

disfrutarla a mi lado.

—Pero sí que quiero —alzó ella su rostro para mirarlo y que viera la verdad en sus ojos—. Lo que más deseo es convertirme en tu esposa, si aún lo quieres tú —sonrió con coquetería.

—Tal vez muchos se escandalizarían con tu proceder al escapar de Gunnar —comenzó a decirle, acariciando sus labios con la yema de los dedos—, pero una mujer así, valiente, decidida, que lucha hasta las últimas consecuencias por controlar su propio destino, ¿qué no haría por amor?

—Por el amor de mi hombre haría lo que sea —declaró con la mirada brillante.

—Yo voy a ser ese hombre —le aseguró justo antes de atrapar su boca.

La apretó contra él rodeándola con sus fuertes brazos, besándola intensamente y, aunque el cuerpo de Adrienne parecía perderse en su abrazo, encajaba perfectamente en el suyo, como lo hacían sus corazones. De pronto, Cailen se separó de ella y tiró de su mano.

—¿A dónde me llevas? —se quejó ella, echando ya de menos sus labios.

—A contárselo a los demás —sonrió ampliamente—. Quiero que nos casemos cuanto antes.

Adrienne lanzó una risita traviesa y lo siguió con gusto. Se respiraba un aire de gravedad en la sala y que se transformó en confusión al verlos llegar sonrientes y cogidos de la mano.

—Que me aspen si lo entiendo —masculló Zayev medio en broma.

—Creo que la idea de dedicar vuestra vida al culto ya no entra dentro de vuestros planes de futuro, ¿verdad? —alegó Claire con un guiño.

Cailen tenía toda la intención de explicar lo sucedido hacía unos minutos con el padre de Adrienne, y pedir disculpas por la escena de la que habían sido partícipes sin pretenderlo, pero todos en la sala se habían acercado a ellos para felicitarlos.

—Tenemos boda —aventuró Gabrielle con su acostumbrado entusiasmo, acercándose a Adrienne—. ¿O no? —dudó al ver cierta angustia en su rostro.

—Sí —afirmó ella mirando a Cailen con complicidad—. Es solo que esta dicha me hace sentir un tanto culpable después de lo sucedido con mi padre.

—Ya te dije que acabará por aceptarlo —le repitió Trystan—. De hecho,

no me extrañaría que ya haya empezado a hacerlo en vista de la forma en la que se ha marchado.

—Ojala —suspiró.

—Ten confianza —le reiteró Gladys.

—Además, ahora deberías pensar en tu felicidad —le señaló Agatha.

Adrienne agradeció su gesto, significaba mucho después de la rivalidad que había existido en el pasado entre ellas, más bien provocado por ella misma.

—Esto hay que celebrarlo —anunció Jordan.

—Cacería a la vista —bromeó Erick.

—Pues no es mala idea —afirmó—. Creo que les estamos dando una tregua demasiado larga a los habitantes del bosque.

Todos rieron, pero la propuesta de Jordan acabó reafirmandose y los hombres concordaron en salir a cazar después del desayuno. Las mujeres quedaron a la mesa, charlando y comentando la buena nueva.

—Nosotras te ayudaremos con los preparativos —se había ofrecido Gladys—. ¿Os casaréis en Tarsus? —le preguntó la Reina.

—En realidad, no hemos hablado de eso, pero imagino que sí —supuso ella—. Lo que me hace pensar...

—¿Qué? —preguntó Ylva por todas.

—Que tal vez tu padre no vea con buenos ojos nuestra unión —le confesó su temor—. Imagino que habría esperado para su Príncipe heredero un matrimonio que le otorgase una alianza ventajosa con algún otro reino.

—Mi padre nunca ha buscado alianzas —la tranquilizó—. Tarsus forma parte de los Territorios Gealach, por lo que cuenta con buenos amigos que siempre acudirían en su ayuda en caso de necesitarlo.

—Tampoco creo que sea plato de buen gusto contar con una princesa desheredada como nuera —siguió lamentándose ella—. Tal vez habría que ponerle sobre aviso —le planteó—, escribirle, para que no le llegue la noticia de improviso. Cailen me comentó una vez que había estado enfermo.

—Creo que estás exagerando —alegó Claire.

—Cosas peores se han visto por aquí —bromeó Agatha y, que lo dijera

precisamente ella hizo reír a todas las demás, a todas menos a Gabrielle, quien parecía distraída, con la mirada perdida. Justo en ese momento, Ilsik rompió a llorar en su cuna, así que se levantó a consolarlo, apenas consiguiéndolo. Se la veía un tanto angustiada y el niño parecía notarlo.

—¿Estás bien, prima?

—No lo sé —reconoció—. He sentido de repente una opresión en el pecho.

—Tal vez Trystan no debería haberse ido —lamentó Gladys—. Podría haberte revisado.

—No creo que sea nada —trató de restarle importancia Gabrielle, dejando que Agatha se ocupara del niño, a la que le costó un poco más de la cuenta calmarlo.

No terminaba de dejarlo en la cuna cuando, de repente, los hombres entraron en tropel en la sala, encabezados por Jordan. Todas los miraron sorprendidas, apenas hacía una hora que se habían marchado, pero lo que las preocupó sobre manera fueron sus rostros contritos, así que fueron a su encuentro.

—¿Qué sucede? —le preguntó Agatha a su esposo.

—¿Dónde está Nicholas? —demandó Gabrielle al no verlo con ellos.

—No ha vuelto aquí, entonces —miró Jordan con cara de circunstancias a Erick, quien se atusaba con nerviosismo los cabellos.

—¿Qué...?

—Nadie en el castillo lo ha visto —exclamó Nigel que entraba en ese instante a la carrera en la sala.

—¿Alguien me puede explicar qué ocurre? —comenzó Gabrielle a exasperarse—. ¡¿Dónde está mi esposo?!

—No lo sabemos —habló ahora Zayev.

—¿Cómo?

La inquietud se hizo presa de todas las mujeres, mientras Gabrielle creía que el alma iba a abandonar su cuerpo. Ilsik comenzó a llorar de nuevo.

—Explicaos —les exigió Gabrielle acudiendo a consolarlo.

—Cazábamos cuando salió detrás de un ciervo al que había herido

—comenzó a explicarles Trystan con la poca calma con la que contaba—. En vista de su tardanza, acudimos en su busca. Solo encontramos su caballo.

—Tal vez se cayó, pero lo hemos buscado por la zona y no había ni rastro de él —añadió Cailen.

—Confiábamos en que hubiera vuelto de algún modo al castillo —concluyó Erick con la voz rasgada.

Pero no había vuelto.

Gabrielle, con Ilsik pegado a su pecho, sabía que algo grave le había sucedido, su corazón se lo decía. Una lágrima resbalaba por su mejilla, pero se apresuró en secarla, queriendo reflejar una fortaleza que, en realidad, no tenía.

—Hay que seguir buscándolo —sentenció entonces, tratando de que la desesperación que sentía no se reflejara en sus palabras—. Así tengamos que llegar hasta los Confines del Mundo para encontrarlo.



—Toma esta bolsa con monedas —dijo Moira entregándosela a Douglas—. Repártela con esa muchacha que tan buen servicio nos ha prestado.

Miró hacia el jergón donde lo habían depositado y sonrió satisfecha.

—¿Vivirá? —preguntó él.

—Debe hacerlo —rio con malicia—. De poco me sirve muerto.

—Lo buscarán aquí.

—Puede ser —asintió ella—, pero tú me avisarás si eso sucede para estar preparada en mis respuestas.

—Como ordenéis —accedió el criado.

—¿Estás seguro de que no hay ni rastro de nuestra presencia en el bosque? —quiso cerciorarse.

—Sí, señora.

—De acuerdo —lo miró con recelo—. Ahora paséate por los arrabales, toda información que puedas obtener será buena.

Douglas inclinó la cabeza en gesto de obediencia y abandonó la cabaña. Moira se dirigió hacia el jergón, tomando una compresa húmeda para limpiar una herida sangrante situada en el lado izquierdo de la cabeza. Tal vez se habían excedido y, en cierto modo, se alegraba, todo sufrimiento sería poco. Además, que tardara un poco más de la cuenta en despertar no iba a influir en sus planes. En realidad, todo estaba saliendo a pedir de boca.

Capítulo 25



—Selene..., pequeña, abre los ojos.

La joven sacudió las manos frente a su rostro, tratando de ocultar los fuertes rayos de sol que parecían querer perforar sus pupilas.

—Selene —la voz de su hermano vibraba de ansiedad e impaciencia—. Selene, ¿puedes oírme?

—Francis —susurró ella, abriendo por fin los ojos.

Su hermano estaba arrodillado cerca de su cama y había tomado una de sus manos que besaba con devoción y alivio. Aquellos destellos de fuego que tan bien conocía brillaban en sus ojos grises, aunque una intensa sombra violácea bajo ellos reflejaba una profunda fatiga.

—Gracias a los Dioses que has despertado.

Francis la tomó por los hombros y la apretó contra su pecho.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Yo...

—Me has tenido con el alma en vilo —la apartó un poco para poder ver su

rostro y convencerse de que realmente estaba bien—. Has estado inconsciente, con una fiebre altísima —le explicó—, y no sabía qué hacer contigo. Si no hubiera sido por Lady Anyan y Lord Griän...

Con tan extrema palidez, el rubor de sus mejillas se hizo bien patente. Y, para empeorarlo todo, no fue capaz de sostenerle la mirada a su hermano.

Él, sin embargo, la tomó por la barbilla y le obligó a hacerlo. Selene creyó que encontraría reprobación en sus ojos, pero se mostraban tiernos, hasta comprensivos.

—Así que todo esto tiene que ver con Lord Griän...

—No sé de qué hablas —consiguió, finalmente, apartarse.

—Solo sé que has estado postrada en esta cama casi dos días —le dijo con calma—, y en los que él no hacía más que venir a interesarse por ti.

Selene no pudo ocultar su asombro.

—De hecho, más de una vez se ha quedado a tu cuidado cuando yo me he visto en la necesidad de ausentarme.

Selene abrió aún más los ojos, mientras el arrebol de sus mejillas se hacía más intenso. Francis, por su parte, guardó silencio durante unos segundos, observándola. Luego alzó una mano hasta su rostro y la tomó por la nuca, llevándola hacia su pecho.

—Así que es él —susurró contra su cabello.

—No —negó ella, tragándose las lágrimas—. No puede serlo, no quiero que lo sea.

—Sé por experiencia que uno no puede decidir sobre eso —su voz sonó a lamento.

—Pero se supone que el amor es algo bello.

—No siempre —besó sus cabellos—. Si es correspondido, es el sentimiento más hermoso de este mundo —suspiró con pesar—. Pero un amor malogrado puede enfermar el espíritu, incluso el cuerpo —resopló tratando de contenerse—. ¿Qué ha sucedido entre vosotros, Selene? Sabes que nunca he querido entrometerme en...

—Entonces no lo hagas ahora —le cortó ella con lo que parecía una súplica.

—Hermana —apretó la mandíbula—, si ese hombre es el causante de un

dolor tal que tu cuerpo apenas ha podido soportarlo..., lo mínimo que se merece es que lo mate.

—¡No!

—¿Y lo defiendes? —le reprochó.

Ella negó categóricamente.

—Lo amas, entonces —lamentó—. ¡No lo merece!

—Lo sé —sacudió la cabeza y las lágrimas que anegaban sus ojos—. Y por eso mismo yo soy la única culpable de esto —le tomó las manos—. Francis, por favor.

Él bajó el rostro, suspirando.

—Ya estoy mejor —trató de convencerlo—. Terminaré de recuperarme muy pronto.

—Tus ilusiones rotas, tu corazón..., eso no sanará tan fácilmente —la miró lleno de ternura.

—Pero lo hará algún día —le dijo reflejando en su voz y su rostro una esperanza que, realmente, no sentía.

Francis alzó su mano para acariciar su mejilla.

—¿Capitán Francis?

Ambos se sobresaltaron al escuchar la voz de Griän tras la puerta. Francis miró a su hermana, cauteloso.

—Le pediré que se marche.

—No —lo detuvo ella—. No le des más importancia de la que necesito darle yo. Algún día tendré que enfrentarlo, y hoy es un día tan bueno como cualquier otro.

Haciendo un mohín de reticencia caminó hacia la puerta y abrió.

—Lord Griän —lo saludó, apartándose del umbral e invitándolo a pasar.

Apenas había dado un paso dentro de la habitación cuando la vio recostada en la cama. Le fue difícil disimular aquella sonrisa que se dibujaba en sus labios al ver que, por fin, había despertado, que estaba viva. Jamás en su vida conoció el miedo, pero supuso que la desagradable y fría sensación que le licuaba las entrañas cada vez que la veía inerte en aquella cama se le parecía mucho.

Tragó saliva tratando de aclarar su garganta, de buscar su voz sin verse delatado y de calmar el temblor de sus manos, que habían empezado a sudar más de la cuenta.

—Ya veo que estás mejor —dijo con el tono más monótono que le fue posible.

Ella se limitó a asentir.

—Ha sido gracias a vuestra atención y los cuidados de vuestra hermana —le dio el mérito Francis.

—Yo no he hecho nada —respondió Griän casi cortante, asaltado por la culpabilidad de haberla postrado en esa cama al haberse dejado llevar por sus instintos más bajos.

—En cualquier caso, os lo agradezco —insistió Francis.

Griän se encogió de hombros como si no quisiera darle ninguna importancia.

—En realidad, he venido a traerte esto —le entregó lo que parecía una misiva—. Quien se la ha entregado a uno de nuestros siervos le ha informado de su importancia y de la urgencia de que llegara a tus manos y yo, bueno, no he considerado oportuno que te importunase alguien ajeno, dadas las circunstancias —mintió, porque había estado buscando una excusa para poder ir a verla, y aquella carta había sido su salvación.

Con presteza, Francis la tomó y comenzó a leerla.

—Son malas noticias —supuso Selene al ver cómo se iba transformando el rictus de su hermano conforme iba leyendo.

—El Rey Nicholas ha desaparecido.

—¿Qué? —se alarmó ella, incluso Griän se mostró asombrado, aunque realmente no lo estuviera tanto. Lady Moira y su eficacia.

—Me necesitan —prosiguió Francis—, a todos. Debemos regresar enseguida —comenzó a caminar por la estancia con nerviosismo—. Debo informar a vuestros soberanos —le dijo a Griän—, y disponer a toda mi gente de inmediato para partir, y debo... Tú... —alzó de pronto el rostro hacia su hermana.

—Estoy bien —le aseguró ella—. Puedo hacer el viaje en una de las carretas.

—¿Estás segura?

—No pienso quedarme aquí —miró fugazmente a Griän—, por una simple indisposición con semejante desgracia sobre nosotros.

—Una simple indisposición —masculló Francis, disgustado.

—No hay tiempo para tonterías —le recordó Selene—. Dispón todo para que podamos partir cuanto antes.

Francis asintió y tras besarla en la frente, se marchó. Estaba tan afectado que ni se percató del hecho de que Griän no había salido tras él, permaneciendo en la habitación, con Selene.

—Os agradecería que os marcharais —le dijo ella sin mirarlo—. Debo prepararme para el viaje.

—No creo que estés en condiciones de hacer un viaje tan largo.

Griän apretó los labios. Que lo partiese un rayo si estaba pidiéndole que se quedara.

—Lo que vos penséis me tiene sin cuidado —exclamó ella entonces, mirándolo con ojos fieros.

En cualquier otra circunstancia, Griän habría hecho pagar a cualquiera que se hubiera atrevido a hablarle así, pero Selene... Selene tenía derecho a lanzarlo de cabeza a los infiernos.

—Lo sé —bajó el rostro—, pero aún así quiero que sepas que me alegra que estés mejor.

—¿Acaso os sentíais culpable? —se mofó ella—. Debería alegrarme de que así fuera, pero en realidad, no tengo interés alguno en vuestros remordimientos.

—Pues no tendrás intención de regodearte en ello, mas aún así, te diré que no he sido capaz de conciliar el sueño pensando en lo que sucedió aquella noche.

—Me sorprende —alzó las cejas mostrando su escepticismo—. Creí que lo habríais olvidado en cuanto abandoné vuestros aposentos.

Griän apretó los puños contra sus muslos. No entendía por qué permanecía allí dándole explicaciones que, claramente, ella no quería. Y tampoco entendía esa necesidad de hacerlo igualmente. Divino Sol... Iba a humillarse como no lo había hecho nunca, lo estaba haciendo ya, pero aquella necesidad

de justificarse frente a ella era lo único capaz de reconocer en toda la vorágine de sentimientos que campaban, a sus anchas y sin control alguno, dentro de él.

—No creo que pueda olvidarlo en toda mi vida —dijo entonces, y Selene tuvo que hacer un gran esfuerzo para continuar respirando.

—No entiendo por qué —logró decir, alzando la barbilla para tratar de mostrarse altiva y segura—. No creo que haya sido la primera mujer a la que habéis desflorado.

—Dicho así suena sucio —se molestó él.

—¿Y cómo queréis que lo diga? —lanzó una carcajada fruto de la propia incredulidad—. ¿Os gusta más si os digo que tomasteis mi doncellez?

—¿Tan poco valor le das que te resulta tan fácil burlarte? —se acercó a ella, amenazante.

—Reírme de mí misma es lo poco que me queda después de aquello, Milord —apretó los labios—. Y sabed que os entregué lo más preciado que tenía.

—¿Por qué? —casi le gritó. Apretó aún más los puños, conteniéndose los deseos de agarrarla, de tocarla—. ¿Por qué yo?

—¿Es que también queréis llevaros la poca dignidad que poseo obligándome a decíroslo?

Sin ser capaz de reprimirse por más tiempo, Griän se sentó en la cama, la tomó de los brazos y suplicó.

—Por favor...

Selene jamás había visto esa mirada en él. Sus ojos verdes siempre la habían mirado con frialdad, con ira, incluso con deseo mientras la hacía suya, pero jamás con un ruego, con la súplica de un condenado que busca la salvación. Vio a un hombre perdido y atormentado en esos ojos que no olvidaría nunca.

—Por amor —le susurró y esa palabra que Griän tanto esperaba, que tanto temía, golpeó su pecho de un modo implacable.

No fue capaz de decir nada, no podía decirle que toda esa tortura, ese tormento que le consumía por dentro, respondía a aquel mismo nombre. Y no porque no fuera así, sino porque no debía serlo, ¡no podía serlo! No le estaba

permitido y menos siendo ella quien era, parte de ese mundo que amenazaba con destruir el suyo.

Sin embargo, algo en su interior le decía que ese silencio lo cubriría todo, lo negaría, y si bien no era capaz de pronunciar las palabras, tampoco podía dejar que las de Selene se las llevara el viento.

La besó. Creyó que nunca había sido capaz de besar a una mujer con semejante lentitud y dulzura y, aunque existía el riesgo de que Selene lo rechazara, él no se permitió ni el planteárselo siquiera. Aquel beso podía durar un segundo, o toda la vida, pero a él lo único que le importaba era acariciar esa boca, despacio y por completo, saboreando la piel de sus labios e impregnándose de su aroma para no deshacerse de él jamás. Sus manos, que durante un momento se habían convertido en garras, se soltaron para acariciar sus brazos hasta su espalda, para envolverla después entre los suyos. Sintió a Selene hundirse sobre su pecho, su cuerpo laxo y dócil y, aunque bien podía ser debido a su debilidad, Griän quería pensar que aquello que impulsaba sus delicadas manos a enredarse entre su pelo era ese amor que, momentos antes, le había confesado y del que no era merecedor.

Al demonio con eso. Ya lo lamentaría después, ya tendría tiempo de fustigarse por no ser capaz de retener a su lado a la única mujer en el mundo que lo haría vibrar, sentir. Por el momento solo quería besar sus labios y acariciar toda su piel. Era deliciosa, bien lo sabía ya, y se permitió llenarse de dicha al sentir que también era besado, y acariciado, siendo ese uno de los momentos más bellos que podría atesorar en su vida. Aunque había otro más, el momento en que se unieron para convertirse en uno solo. Se sorprendió al pensar que daría la vida por volver a tenerla y poder amarla con lentitud, con la suavidad de ese beso, entregándole todo lo que merecía y que nunca podría darle.

Con reticencia, se obligó a separarse de ella cuando casi estaban sin aliento, aventurándose a acariciar sus labios una vez más, breve pero intensamente. Y luego sus ojos se encadenaron a los suyos. Brillaban de emoción y de tristeza, estaban llenos de lágrimas. Que los Cielos lo fulminasen, pero lo que deseaba por encima de cualquier otra cosa era permanecer al lado de esa mujer.

—Griän...

—No —susurró, tapando su boca con los dedos. No quería escuchar nada.

Había correspondido a su beso, pero la había herido profundamente y cuando ese dolor volviera a la superficie, cosa que no tardaría en hacer, lo único que podría salir de sus labios eran reproches y desprecio. Ese beso sería lo último que se llevaría de ella.

Acarició suavemente su mejilla, por la que ya vagaba una lágrima solitaria y, reprimiendo las ansias de volver a besarla, se puso en pie... y se marchó.



Francis se puso el pantalón y continuó secando sus cabellos enérgicamente. Estaba realmente agotado. Además de organizar su partida y de informar a los Reyes de Hæe acerca de su marcha, había tenido que dejar indicaciones precisas de cómo continuar con el proceso de instauración de su monarquía en aquellas tierras, y de cómo solucionar eventuales complicaciones. No se podía hacer de la noche a la mañana, de hecho, aún faltaba mucho trabajo por delante, pero la buena voluntad de la Reina Gabrielle al mandarlo allí para que aquella transición fuera lo más pacífica posible ya no tenía cabida, como tampoco la tenía su necesidad de permanecer en aquel castillo. El deber para con su rey era lo primero, y su desaparición lo llevaba de vuelta a Los Lagos, a buscarlo sin descanso hasta dar con él.

Se sentó en la cama con el lienzo húmedo entre las manos, y resopló. Había estado tan ocupado que no pudo ver a Anyan, ni siquiera a la hora de las comidas, pues él lo había hecho a destiempo y en la cocina. Pero necesitaba verla, tenía que verla antes de partir, hablarle y... convencerla.

Divino Bhut... Se sentía un ser tan egoísta. A pesar de aquella tragedia, lo que más le pesaba era tener que separarse de Anyan, pues una vez que él abandonase Adamón, un futuro para ambos, juntos, era más bien improbable. Si ella aceptase irse con él...

Bien pensado, tampoco era una idea tan descabellada. Ella lo amaba, nunca se lo había dicho, eso era cierto, pero él sabía que lo amaba, podía sentirlo cada vez que la estrechaba entre sus brazos y él..., él la quería con locura. Nunca creyó poder amar así a una mujer, ni volvería a hacerlo con tal intensidad. Después de Anyan, no habría ninguna más y no podía perderla. Siempre se había dicho que el día que encontrara a la mujer que tenía

destinada, lucharía por ella, y ese momento había llegado.

Llamaron a la puerta. Con premura, se levantó y soltó el paño, tras lo que comenzó a colocarse la camisa.

—Adelante —dijo sin apenas terminar de hacerlo. De hecho, sus dedos se detuvieron y se abrió su sonrisa al ver que era Anyan quien estaba tras la puerta.

—Os llamo con el pensamiento, Milady —murmuró, tirando de su brazo para hacer que sus labios se encontraran en un beso impaciente. Ella, sin embargo, no se dejó llevar, parecía inquieta. Se separó de él y caminó hacia el interior de la recámara, esperando que él cerrase la puerta.

—Vengo de despedirme de Selene —le dijo al fin, con la mirada baja y jugueteando con sus dedos entre los pliegues del vestido—. Le he dado unos brebajes que deberá tomar en el camino, aún está un poco débil.

—Gracias —respondió él, estudiándola. Ella le rehuía la mirada.

—Y tú, ¿ya lo tienes todo listo?

—No —caminó hacia ella—. Aún me falta lo más importante.

Anyan cerró los ojos y suspiró pesadamente, como si hubiera llegado el momento que tanto temía.

—Por favor, no me lo pidas —sus ojos realmente reflejaban una súplica, como si aquella petición pudiera costarle la vida—. Sabes que no puedo ir contigo.

—Y tú sabes que no puedo vivir sin ti.

—Francis, por todos los Cielos —se sentó en la cama. Más bien se derrumbó, con el rostro entre las manos, atormentada. Había tratado de prepararse durante todo el día para aquello, pero había sido inútil.

Él se sentó a su lado y le hizo soltar las manos. Una lágrima corría por su mejilla que ella se apresuró en secar.

—No puedo —susurró.

—¿Por qué?

—¿Por qué te vas tú? —preguntó Anyan a cambio.

—Me debo a mi rey —Francis alzó la barbilla, solemne, como si aquella pregunta estuviera fuera de lugar—. Mi deber es protegerlo con mi propia

vida si es necesario, ahora más que nunca.

—Entonces no te costará entender que yo consagré la mía a mis soberanos —apuntó ella de modo certero.

—¿En qué forma? —inquirió él molesto, sin llegar a comprender a qué se refería.

—Al igual que tú, también tengo obligaciones —respondió de forma esquiva.

Con el ceño fruncido, Francis se puso en pie, cruzándose de brazos y mirándola de arriba abajo. ¿Qué obligaciones eran las que la ataban a ellos? ¿Acaso dirigía la Guardia, o controlaba a la servidumbre? Ni siquiera sabía que su lugar en la Corte fuera tan importante. Por todos los Dioses del Bratvah, ¡si nunca la había visto cruzar más de dos palabras con ellos!

—¿Cuáles son tus obligaciones para con ellos? —insistió, aunque más calmado, pero esperando una respuesta—. ¿Cuál es exactamente tu cometido?

Ella se limitó a bajar la mirada mordiéndose el labio.

—¿Necesitas tiempo para buscar una excusa? —preguntó él con frialdad—. ¿O quieres que sea yo el que te diga la verdad?

Aquello le hizo alzar la vista, con temor.

—Así que es eso... —murmuró él y Anyan sintió un creciente desasosiego en su interior. ¿Acaso él sabía...?

Francis resopló.

—¿A qué verdad te refieres? —A Anyan casi se le crispó la voz. Se veía descubierta.

—Basta con que me digas que no me amas para que yo mismo te abra la puerta y te deje marchar.

Ella cerró los ojos y soltó el aire que le oprimía los pulmones, pero no al sentirse aliviada, sino por aquel dolor que le cruzó el pecho de modo repentino. Que el Astro Sol la iluminase. Supo que habría preferido escuchar que Francis lo había averiguado todo..., a esas palabras. Y el dolor se hacía aún más intenso al ver esa mirada de hielo que la atravesaba.

—Vete —le repitió él, con dureza—, pero antes necesito que me lo digas. Dime que todo este tiempo ha sido un juego para ti, pura vanidad femenina

que disfrutaba al sentirse admirada y deseada.

Anyan se tomó unos segundos antes de hablar, entumecida por aquella dolorosa y, a su pesar, justa acusación.

—Sería tan fácil hacerlo —asintió—. Tan sencillo como pronunciar esas tres palabras, no te amo, para que me dejaras marchar sin más y que nuestras vidas volvieran a retomar el rumbo que tenían destinado, sin importarme lo que pudieras creer o pensar de mí después.

Anyan se tragó un sollozo que luchaba por salir de su garganta.

—Pero tú lo has cambiado todo, maldito seas —pronunció ahora con una rabia que nacía de un lugar desconocido—. Y maldita sea yo por no haber sabido luchar contra lo que me haces sentir.

—Anyan...

—Sí, te amo —le cortó con brusquedad, notando cómo las lágrimas comenzaban a fluir sin poder contenerlas—. Jamás creí que diría estas palabras, como jamás creí que las sentiría. Y también siento que el corazón se me hace añicos al saber que te marchas sin mí.

—Entonces, ven conmigo.

—¡No puedo! —se exasperó ella.

—¿Por qué no, maldita sea? —apretó los puños con desesperación.

—¡Morirás! —le gritó bañada en lágrimas—. Ambos moriremos, pero si me quedo, al menos mi muerte habrá valido la pena.

—¿De qué demonios hablas?

Anyan se apretó los ojos con las manos. Todo le daba vueltas y se sentía confusa, abatida, así que ni se esforzó en contener sus palabras.

—Tu amor no puede salvarme de mi destino —sentenció ella—. El precio que estoy pagando por amarte es muy alto, pero acabo de descubrir que no me importará hacerlo por ti. Por eso, nada de lo que hagas o digas hará que abandone este castillo. Nada.

Francis apenas era capaz de respirar. Las palabras de Anyan retumbaban en su mente como un galimatías, sin pies ni cabeza, pero por extraño que pareciera, le hizo comprender. Siempre había estado equivocado, desde un principio. Pensó que la fuerza de su amor sería suficiente para superarlo todo, que su lucha bastaría para salir victorioso, peleando por los dos, contra todo y

todos, incluso si Anyan luchaba contra ella misma. Pero nunca bastaría, aunque ella lo amara, nunca bastaría. Porque Anyan no estaba luchando contra ella misma, luchaba contra él.

Se sintió vencido por aquella mujer que lo miraba con ojos llorosos y llenos de amor. Maldición... Aunque no le hubiera dicho que lo amaba, hacía unos instantes, lo habría sabido; esa mirada se lo estaba gritando. Y del mismo modo supo que la perdería en cuanto saliese por esa puerta. De hecho, Anyan se estaba levantando de la cama para hacerlo ya.

—No —le pidió, tomándola por un brazo.

—Francis...

—Ya sé que no vendrás conmigo —lamentó profundamente—. Es solo que no quiero que nos despidamos así.

Anyan sabía que era absurdo alargar aquella agonía, pero todo su ser rogaba por permanecer con él un poco más.

—¿De qué nos serviría? —se resistió, sin embargo.

Francis le soltó el brazo solo con la intención de tomar su rostro entre ambas manos y acercarla a su boca.

—Quiero un momento que poder atesorar para el resto de mi vida —susurró mientras depositaba suaves y húmedos besos en sus labios—. Un momento contigo, compartido contigo, en el que no tenga que robarte los besos o desear que me acaricies.

Francis atrapó un suspiro que escapó de la boca temblorosa de Anyan, toda ella temblaba. Soltó sus mejillas para anclar sus manos alrededor de su cintura y acercarla a él, haciéndola estremecerse, aunque volvió a tensarse al instante.

—Francis, yo...

Él se separó de sus labios buscando su mirada.

—No te estoy pidiendo más de lo que quieras darme —le dijo con suavidad, sin exigencias—. Podría conformarme con un simple beso si sientes que es lo único que puedes entregarme. Pero hazlo —le rogó anhelante.

Anyan alzó las manos hasta su camisa entreabierta y se agarró de ella, apoyando su frente en su pecho desnudo. Su aroma a hombre y a jabón le

invadió los sentidos, al igual que el calor de su piel. Que los demonios de la noche la devorasen si no había querido entregárselo todo desde la primera vez que sintió sus labios sobre los suyos, aquella vez que la salvó en el lago.

Las manos de Francis comenzaron a recorrer su espalda mientras bajaba su rostro hacia el de ella, sin premura, casi pidiendo permiso para conseguir ese beso, esa caricia sincera que deseaba de ella. Anyan ya no lo dudó más y buscó sus labios para entregarle hasta el alma a través de ellos.

Francis no pudo evitar gemir al sentir que la boca de Anyan se fundía con la suya, ardiente y suave, pero debía mantener su palabra y contenerse, no avanzar ningún paso más allá de los que ella quisiera dar. Pero era tan dulce... Sus manos subieron por la espalda hasta su nuca despejada y acarició la suave piel de sus mejillas con los pulgares, deseando que ese beso no acabara jamás. Podría ser el último, y temía que no fuera suficiente.

Sin embargo, fue ella la que se separó de él, aunque sin alejarse, simplemente para mirarlo, y Francis comprendió que su intención era la de grabar su imagen en su memoria. Sentía que lo acariciaba con los ojos y, para su deleite, fueron sus labios los que empezaron a hacerlo después. Primero uno de sus marcados pómulos, luego el otro, su frente, el vello de su barbilla, su cuello..., era deliciosa, aunque también una tortura, pues mientras sus labios bajaban hasta su clavícula, sus pequeñas manos se introducían por debajo de su camisa hasta sus hombros, empujándola desde ahí para hacerla resbalar por sus brazos, hasta el suelo.

Sin embargo, no se detuvo ahí.

Siguió recorriendo su torso con los ojos, las manos y su boca; sus pectorales, su firme abdomen, incluso se permitió el girar para continuar con su espalda, los hombros, haciendo que sus dedos bailaran alrededor de su estrecha cintura. Exceptuando a Griän, era la primera vez que Anyan veía el cuerpo desnudo de un hombre y se descubrió fascinantemente atraída por su aspecto viril, y deseando acariciar sin descanso esa piel curtida por el sol y la batalla. En cierto punto trataron de hacer su aparición el pudor y el sentido común, pero ninguno de los dos le era útil en ese momento. De hecho, ya poco tenía que perder. Su sentencia de muerte estaba firmada hacía mucho tiempo, así que, al menos, quería disfrutar, aunque solo fuera por unas horas de aquel amor absoluto y sublime del que tantos libros hablaban.

Cuando volvió a colocarse frente a Francis, estaba tenso, con las

mandíbulas apretadas de modo doloroso y respirando con dificultad. En sus ojos podía leer claramente una advertencia, pero que ella tenía intención de obviar. Alzó las manos hacia su cabello y se quitó el pasador que lo sujetaba en su acostumbrado recogido y lo dejó caer sobre sus hombros y la espalda.

—Creo que deberías detenerte —dijo Francis visiblemente afectado, aunque el mayor impacto vino al verla palidecer—. No me malinterpretes, por favor.

—No —carraspeó, tratando de recomponerse—. Puedo comprender que tú no quieras...

—Te deseo tanto que voy a volverme loco —avanzó el único paso que los separaba—. Es solo que podrías lamentarlo después.

—¿Tú lo lamentarías?

—Jamás —respondió con firmeza—, pero para una mujer, para ti, las consecuencias en un futuro pueden ser...

—Créeme que sé muy bien lo que puede suponer para mí —le dijo con convencimiento, y tratando de convencerlo a él—. Y nunca me arrepentiré de habértelo dado todo.

—Anyan...

—Hace un momento me dijiste que te entregara lo que deseara darte —le recordó—. Hablaste de un beso. Dime, ¿es eso lo único que tú me darías?

—Te daría mi vida entera en este mismo instante —respondió con ardor.

—Pues eso mismo es lo que voy a entregarte yo. Solo quiero saber si tú la tomarás.

Francis se permitió un único instante para coger aire. Alargó sus manos hasta sus rubios cabellos y los apartó de sus hombros, despejando su busto, dejando que sus dedos viajaran por él hasta sus pechos, que apenas rozó hasta llegar al cordón delantero que cerraba el corpiño de su oscuro vestido.

No tuvo prisa por desanudarlo, fue uno a uno, ojal a ojal, mientras sentía cómo Anyan se estremecía, más y más, agitándose su respiración con el anhelo de la anticipación. Sus labios estaban entreabiertos, sus ojos velados y sonrosadas sus mejillas. Francis dejó caer el vestido al suelo quedando el cuerpo de Anyan cubierto por aquella fina prenda de lino que dejaba adivinar el contorno de su figura. No quiso esperar más y también la hizo caer desde

sus hombros hacia el suelo y Anyan perdió el aliento, sintiéndose vulnerable ante su desnudez. Los labios de Francis le devolvieron la calidez y, tal y como había hecho ella, fue él quien, en esta ocasión, comenzó a estudiarla para grabarla en su memoria. Acarició su rostro con sus labios, sintiendo el fuerte palpitar del corazón de Anyan al rozar sus sienes, se embriagó de su aroma al recorrer la curva de su perfecto cuello hasta sus hombros, su nuca, su espalda. Memorizó cada línea, besó cada lunar, incluso se detuvo a acariciar una extraña marca que reposaba cerca de su hombro y que asemejaba tres esferas unidas en forma de pirámide. Tal vez, en otra ocasión, hubiera satisfecho su curiosidad sobre ella, pero le pudo más el deseo de aventurarse en todo lo que le faltaba por descubrir.

Era delicioso sentir cómo la piel de Anyan respondía a sus caricias, sonrosándose al paso de sus dedos y, lo más maravilloso de todo, provocando que ella lo buscase a él, su contacto, su cercanía. Su boca, besaba. Sus manos, acariciaban. Su cuerpo, deseaba. A él.

Él mismo se deshizo de su pantalón, ansioso de que sus pieles pudieran tocarse sin barreras y Anyan notó que sus piernas flaqueaban al sentir la majestuosa desnudez de Francis contra su cuerpo. El temor era inevitable, pero fue la sensualidad que envolvía aquel momento perfecto lo que más la afectó. Sin embargo, los fuertes brazos de Francis la sostenían, sin vacilar, contra su amplio pecho y supo que nunca la hubiera dejado caer. No hubo tristeza en aquel pensamiento, sino una hermosa certeza que su mente tampoco tardó mucho en olvidar. Era imposible no hacerlo con aquella boca que empezaba a viajar hacia uno de sus pechos, llenándola de sensaciones exquisitas y ardientes. No pudo evitar gemir, de hecho, creyó que iba a derretirse cuando su mano se deslizó hacia su muslo y más allá, hasta su intimidad, donde Francis tampoco pudo reprimirse. Su femineidad suave y húmeda se abría para él, mientras él ardía por poder perderse entre los pliegues de su carne. Tuvo que contenerse, quería ser delicado y amable, alargando aquel instante todo lo que pudiera.

Tomó a Anyan entre sus brazos y la depositó en la cama, mas ella se arqueó en su busca. Anhelaba su contacto, exigiéndole sus besos mientras ella no dejaba ninguna caricia por dar, con manos inquietas y casi febriles. Antes de que el ansia de los dos se convirtiera en tortura, Francis se colocó sobre ella. Hubiera querido decirle tantas cosas, culpable por provocarle aquel dolor que solía ser inevitable la primera vez. Pero los ojos de Anyan le

sonreían, lo justificaban por lo que sabía que iba a suceder y le mostraban su deseo de entregarse a él.

Se cerraron de golpe al sentir aquella punzada que la atravesó.

—Anyan —musitó él, atormentado.

Y ella volvió a mirarlo, volvió a sonreírle y a besarlo. Sí, había sido doloroso, pero sentirse suya, completa y dueña de él..., la llenó tanto que no había cabida para nada más, solo para ese amor que compartían y que los iba recorriendo a través de la unión de sus cuerpos que ya empezaban a moverse con lentitud.

Era sublime esa paz de sentir que no existía nadie más que ellos, amándose. Las caricias no cesaban, ni los gemidos conforme el placer se iba incrementando con cada movimiento, con cada embate. Cuanto más se hundía Francis en ella, más deseaba Anyan que la atravesara hasta llegar a su alma. Y escucharlo decir su nombre contra su oído, con su voz profunda y grave por el deseo, la hacía arder aún más.

Cuando sintió las manos de Francis apretarse contra sus muslos, mientras su cuerpo tembloroso se introducía en ella en una sacudida profunda y poderosa, se vio sumergida de pronto en una espiral de fuego líquido que la llevó al más inesperado y sobrecogedor éxtasis. Sus pulmones se olvidaron de respirar y su corazón de latir, mientras su cuerpo se hundía una y otra vez contra el de Francis que palpitaba dentro del suyo y desde el que se extendió una calidez que la invadió por completo. Se sintió llena de él y supo que, aún después de separarse, algo suyo siempre viviría en ella.

Sus cuerpos se negaron a alejarse y volvieron a amarse otra vez, para asegurarse de que no quedaba nada por entregar o por decir.

—Te amaré toda mi vida —juró Francis aún dentro de ella.

—Y yo el resto de la mía —respondió Anyan con el llanto atenazado en la garganta.

Fue duro separarse de él. Se vistió mientras lo observaba dormir en el lecho, viendo aquella espalda perfecta y esos fuertes brazos en los que hubiera deseado permanecer para siempre. Iba a recoger sus cabellos, pero cambió de idea y dejó el broche encima de la mesita. Él siempre había preferido vérselo suelto y así permanecería a partir de entonces. Tomó su camisa que aún estaba en el suelo y la acercó a su rostro, llena de su aroma.

Seguro que a él no le importaba y ella satisfaría la necesidad imperiosa de tener algo tangible que la uniese a él.

Despuntaba el alba cuando caminaba hasta una de las almenas. Él iba a lomos de su caballo controlando la marcha de la comitiva, pero aquello no le impidió volverse hacia ella y mirarla. Se llevó una mano al pecho, donde brillaba su broche clavado en su jubón, mientras ella abrazaba la camisa contra su regazo.

Sabía que jamás se volverían a ver, así que contuvo las lágrimas para que pudiese llevarse una imagen de ella sonriente, y sonrió hasta que Francis volvió a darse la vuelta... y ya no pudo reprimir su llanto ni un segundo más.

Una mano se posó suavemente sobre su hombro. No le hacía falta girarse para saber que Griän se hallaba a su lado, pero aún así lo hizo. Su mirada era sombría, llena de pesar y permanecía fija en la lejanía. Anyan vio a Francis colocarse cerca de la carreta donde viajaba Selene, acomodada entre cojines y mantas, y sobre ella se posaba la mirada de su hermano Griän. Como si hubiera sentido una sacudida, Selene miró hacia él y Anyan observó el mismo pesar. Habría jurado que una lágrima brilló en la mejilla de la joven si no hubiera estado tan sorprendida al ver la que recorría el rostro de Griän. Aquella mano que aún reposaba sobre su hombro se afianzó y la acercó, haciendo que se apoyara contra él.

Anyan suspiró. Tal vez era la primera vez que se abrazaban así porque, tal vez, era la primera vez que lloraban juntos... y por amor.

Epílogo



Gabrielle dejaba vagar la mirada a través de aquella ventana del Torreón Sur..., como tantas veces había hecho, pero la diferencia, en esta ocasión, era que Nicholas no estaba a su lado, contemplando en la lejanía aquellos lagos y el bosque que se elevaba en el horizonte. Extrañaba sentir su cercanía, echar levemente hacia atrás la cabeza para apoyarla contra su pecho mientras sus brazos se enredaban con los suyos. Solo Ilsik los ocupaba ahora, pero no podía evitar sentirlos vacíos, igual que su corazón, que se hallaba a mitad camino entre la desesperación y la desolación.

Habían pasado tres días desde su desaparición y que a Gabrielle se le antojaban tres siglos, eternos. Apenas había comido ni dormido, y era el pequeño Ilsik lo que mantenía firme su cordura. Su más ferviente deseo, desde que despuntaba el alba hasta que caía la noche, era salir de aquel castillo y adentrarse hasta los confines más lejanos del reino en busca de su esposo. Pero todos allí se lo impedían, prácticamente la tenían confinada

entre aquellos muros, clamando a su sensatez y a sus deberes como reina y madre. ¿Y sus deberes como esposa? Nicholas estaba ahí fuera, en algún lado, necesiéndola, de eso estaba segura, y le corroía las entrañas no poder hacer nada por él, mientras que los demás continuaban la búsqueda.

Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Y nadie lo decía frente a ella, pero en los rostros de muchos podía leer que no esperaban encontrarlo con vida. Aún así, seguirían buscando, lo hacían sin descanso y sabía que no se detendrían hasta dar con él, vivo, porque Gabrielle sabía que Nicholas vivía, su corazón se lo decía. De no ser así, habría dejado de latir en el mismo instante en el que hubiera dejado de hacerlo el suyo.

La calidez de una lágrima rodó por su mejilla y se preguntó cuántas más tendría que derramar hasta agotarlas todas, lágrimas inútiles que no le devolverían a su esposo. Ya le nublaban la visión cuando las enjugó. Eran inútiles pero las necesitaba tanto. Un sollozo escapó de su garganta, agitando a Ilsik, a quien apretó contra su pecho.

—Tranquilo, cariño —le susurró mientras lo mecía.

Él también acusaba la ausencia de su padre, a pesar de ser tan pequeño. No había vuelto a reír desde entonces y Gabrielle podía ver la tristeza en sus ojitos grises, ahora de un color apagado como el humo.

—Ese niño ya debería estar descansando —escuchó la voz de Claire detrás de ella—, al igual que tú.

Y, ciertamente, no tenía sueño, pero estaba agotada. La tensión debida a la espera y la incertidumbre le robaban las energías.

—Debes estar fuerte para cuando Nicholas regrese —le murmuró su prima ya a su lado.

Gabrielle le dedicó una leve sonrisa de agradecimiento.

—Volverá —le ratificó.

—Claro que sí —Claire pasó un brazo por encima de su hombro y la apretó hacia ella.

—Y estoy segura de que no lo ha hecho todavía porque algo o alguien se lo impide —añadió con voz firme y convincente.

—Nicholas no querría que pensases otra cosa. Aunque sí querría que descansases como es debido. Ilsik te necesita, igual que lo hará él.

Gabrielle se limitó a asentir. Dio un último vistazo a aquel bosque que se negaba a entregarle sus secretos y el paradero de su esposo, antes de dejarse guiar por su prima hacia su recámara. Claire también esperó, pacientemente, a que terminase de amamantar a Ilsik y luego la ayudó a cambiarlo de ropa para acostarlo, tras lo que la asistió a ella. En otras circunstancias Gabrielle se habría negado, pero estaba tan exhausta que se dejó llevar.

—Trata de no pensar. Tu mente también necesita descanso —le había dicho Claire antes de marcharse, mas aquello era imposible. Aunque lo hubiese intentado no lo habría conseguido, pero, además, necesitaba hacerlo, necesitaba pensar, recordar los momentos felices vividos junto a él. Su imagen invadiría sus sueños, podría sentirlo, hasta tocarlo, aunque no fuera más que una ilusión, pero sería Nicholas, su Nicholas...

Sentía el corazón atenazado contra su pecho mientras miraba a su alrededor. Era una noche de luna llena cuya luz bañaba aquel jardín que tanto adoraba, pero sintió sobre ella una soledad que la aplastaba. No estaba allí... Suspiró sin que aquella opresión que anudaba su interior se aliviara, sin que pudiera disfrutar de aquel lugar de ensueño donde tan feliz había sido.

Cayó sobre sus rodillas, desesperanzada y empequeñecida, y arrugando aquel vestido que a él tanto le gustaba. Era vaporoso, ligero, ondeando con la más mínima brisa, y su color de cielo contrastaba con su negro cabello. Su Oona la llamaba cada vez que se lo veía puesto, y ella habría dado todo lo que era por oírsele decir una vez más.

Notó cómo una lágrima recorría su mejilla y él sintió un deseo irrefrenable de secarla con sus labios, aunque no sabía muy bien de dónde surgía aquel anhelo. La observó oculto tras aquel árbol. Parecía una deidad, un ser divino, con ese cabello largo y negro cayendo sobre su regazo y aquel vestido liviano, casi etéreo, que parecía que iba a deshacerse en miles de gotas de aire. Y esa piel... blanca, nivea... y cuyo tacto podía sentir en sus dedos, aunque no la había acariciado nunca...

Era tan extraño, tan deliciosamente extraño... Porque si bien estaba seguro de que no la había visto nunca antes, su corazón la reconocía. Aquella mujer que tomaba un pequeño ramillete de violetas entre sus manos hacía que su interior vibrara, y aquellos labios que acariciaban levemente uno de esos pétalos... podía sentir en sus propios labios su sabor, aunque jamás la hubiera besado.

—Vuelve —la escuchó sollozar—, regresa a mí —decía como una petición, una orden, un deseo, y que él casi sentía como propio.

Porque, de pronto, lo único que quería era recorrer esos cinco pasos que lo separaban de ella. Pero algo se lo impedía... Su corazón tenía alas, pero en su mente no había más que una niebla espesa que empezaba a embotarle los sentidos. No hubiera podido moverse aunque lo hubiera querido y, más aún, porque aquella bruma comenzaba a cegarlo, levantándose entre ellos. Casi los alejaba por completo cuando ella alzó su rostro hacia él y, antes de que todo se oscureciese a su alrededor, pudo contemplar unos ojos grises que clamaban por él.

Esa era la última imagen que se llevaría con él allá donde fuera...

Una radiante luz blanca golpeaba sus párpados que sentía tan pesados que apenas podía moverlos. Se tomó su tiempo y, tras varios intentos, consiguió abrirlos.

Era un techo de cañizo, madera y paja, no muy alto y desconocido como lo era aquel rostro femenino enmarcado en una melena de fuego que lo miraba.

—Por fin despertáis —le dijo ella con la voz entre el alivio y la ansiedad.

—¿Eso quiere decir que me conocéis, Señora?

Intentó erguirse, pero solo consiguió apoyarse sobre sus codos, sentía los músculos de papel.

—Sí, claro —titubeó ella ahora, sin comprender su pregunta.

—Entonces, por caridad, ¿podrías decirme quién soy?

FIN

Apéndice



Durante siglos resistió este reino los incesantes intentos de invasión por parte del Reino de Adamón, situado justo al norte. Pero el Rey Alexandre sentía que sus fuerzas estaban a punto de extinguirse y, al ver que ni siquiera su cuñado, el Rey Richard de Breslau, estaba en posición de quebrar la fijación del Rey Balkar por aquel territorio, tomó una decisión. Le planteó una alianza a su vecino del sur, el Rey Nicholas de Los Lagos, por la cual, desposaría a su única hija, Gabrielle, a cambio de protegerla a ella y a su pueblo de los ataques del villano Rey Balkar. Ya, una vez, la tuvo en el punto de mira de sus pérfidas intenciones al tratar de secuestrarla, con el único propósito de presionarlo a entregarle su trono, y no podía dejarla desamparada. Así que, el Rey Alexandre optó por dejar su reino y su hija en manos de este joven rey cuya fama de compasivo y magnánimo lo acompañaba allá donde se escuchaba hablar de él.

Gabrielle, Reina de Los Lagos y Asbath: Sus sueños de doncella inocente se vieron truncados cuando su padre, el Rey Alexandre, le comunicó en su lecho de muerte que debía desposar al Rey Nicholas, un completo extraño para ella. Su corazón cándido y puro estaba desprotegido contra esta unión de conveniencia y que distaba tanto del amor. Pero el de Nicholas quedó prendado perdidamente del suyo, encontrando en ella a la mejor Reina que Los Hados podrían haber destinado para él, además del amor de su vida.

Jordan, antiguo Capitán de la Guardia de Asbath, Marqués de Asbath y Virrey de Los Lagos: Tras un intento fallido por parte de Balkar de secuestrar a Gabrielle y en el que él casi pierde la vida, decidió convertirse en el guardia personal de la Princesa, siguiéndola así en su viaje a Los Lagos, donde debía contraer matrimonio con el Rey Nicholas. Al conocer a su hermana, la bella Princesa Agatha, tuvo que olvidar todas las reglas y normas

establecidas y que él seguía y respetaba como buen guerrero que era, para rendirse al amor de la que poco tiempo después se convirtió en su esposa.

Francis: Capitán de la Guardia de Asbath. Durante la época que Jordan se ocupó de la protección de la aún entonces Princesa Gabrielle, él se encargó de capitanear la Guardia, siendo su nombramiento oficial y definitivo cuando Jordan desposó a la Princesa Agatha y pasó a ser Marqués de Asbath.

Selene: Hermana menor de Francis y doncella en el castillo de Asbath.



Cuenta la leyenda que cierta Oona hizo volcar traviesamente su cántaro y dejó caer el agua desde su elevada morada, en el corazón del Bratvah. Aquellas divinas gotas se tornaron en mágicos lagos que salpican la vasta extensión del reino. En honor a esta deidad, que algunos viajeros nocturnos aseguran haber visto disfrutando de sus cálidas aguas, y agradeciendo aquel don otorgado al convertir aquella llanura en prósperas y fructíferas tierras, el reino adoptó el nombre de Los Lagos.

Alcanzó la época de mayor esplendor con el reinado de Flavus, mas no quiso la Divina Vetsa concederle un varón heredero. Johanne fue su primogénita y Gladys, su hija menor. Temió que su reino cayese en viles manos, así que dirigió su mirada al reino vecino, Meissen. El Rey Teagan había sido afortunado al engendrar dos hijos: Trystan y Theodore, y Flavus quiso asegurarse de que sus dos hijas fueran reinas. Trystan desposó a Gladys, convirtiéndose en Reina de Meissen, y Theodore desposó a Johanne, siendo así los nuevos reyes de Los Lagos tras su muerte. De su unión nacieron sus dos hijos, mellizos, una niña y un niño.

Agatha, Princesa de Los Lagos, Marquesa de Asbath: Ella fue la que nació primero, quien debería haber reinado Los Lagos al fallecer su padre. Pero el reino quedó maltrecho tras el mandato de su progenitor, por lo que cedió la corona a su hermano Nicholas, convencida de su capacidad para volver a alzarlo y devolverlo a sus tiempos de prosperidad. Aún así, se vanagloriaba de su posición, de su alcurnia, empero quedando reducido a cenizas su orgullo y el pundonor de su cuna al enamorarse irremediamente de Jordan, el antiguo Capitán de la Guardia de Asbath.

Nicholas, Rey de Los Lagos y Asbath: Con solo veinte años fue coronado Rey de Los Lagos, tras la triste muerte de su padre. Considerado un rey

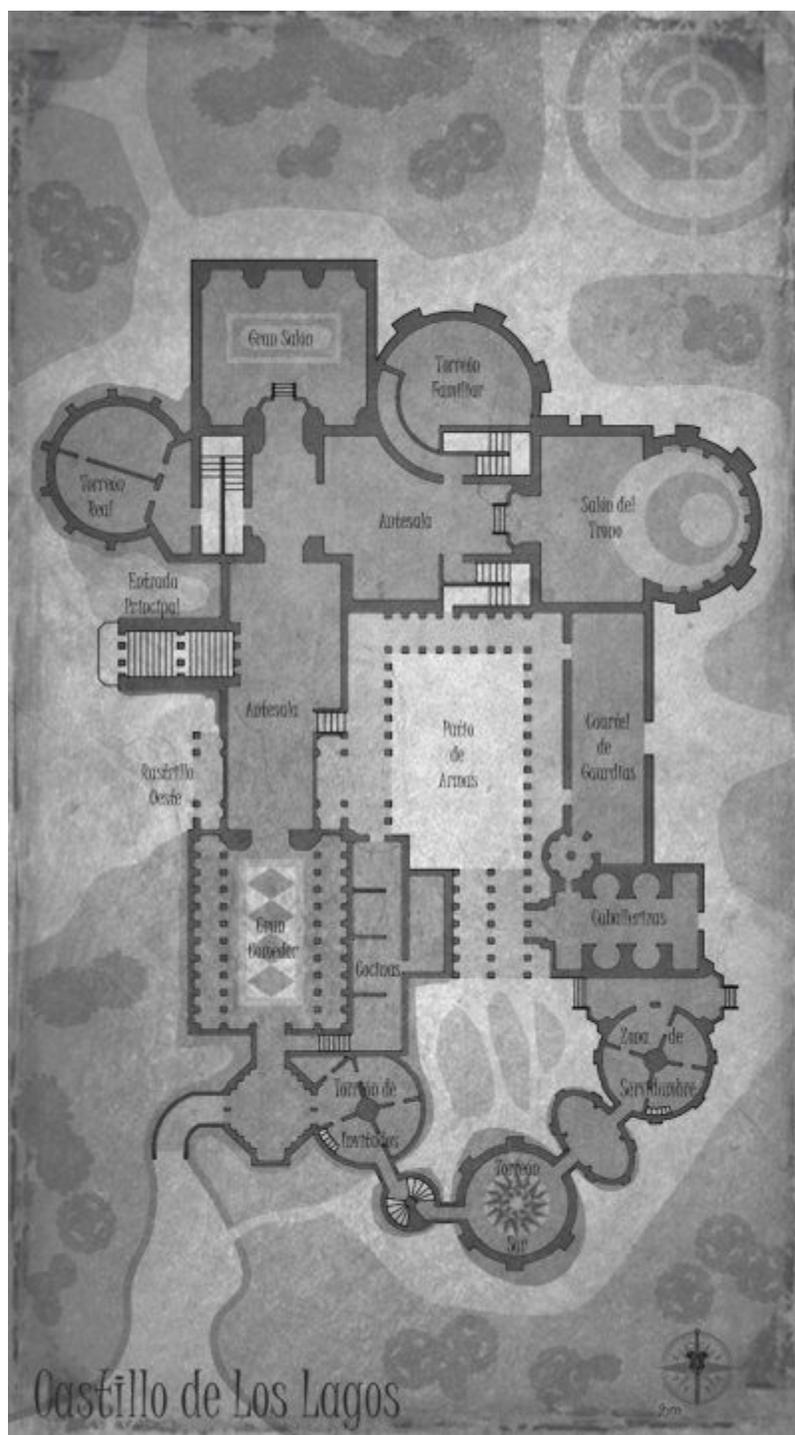
benevolente y justo con su pueblo, también demostró sus dotes de guerrero y estratega cuando sus vecinos más al Sur, los Reinos de Almhim y Sephos, se aliaron para tratar de invadir Los Lagos. Su triunfo prevalece en la memoria de todos, reconociéndolo como un rey poderoso. Y así lo creyó el difunto Rey Alexandre de Asbath quien, antes de morir, dejó en sus manos su reino y la seguridad de sus ciudadanos al pactar su matrimonio con su única hija, Gabrielle. Un matrimonio de conveniencia que derivó en el más profundo amor.

Nigel: Capitán de la Guardia de Los Lagos.

Erin: Doncella en el castillo de Los Lagos, suele encargarse de la cocina. Está comprometida con Nigel.

Bruc: Miembro de la Guardia de Los Lagos.

Ivette: Doncella en el castillo de Los Lagos. Ayudó a la Princesa Claire a instaurar una escuela en el castillo. Bruc y Ivette están enamorados.



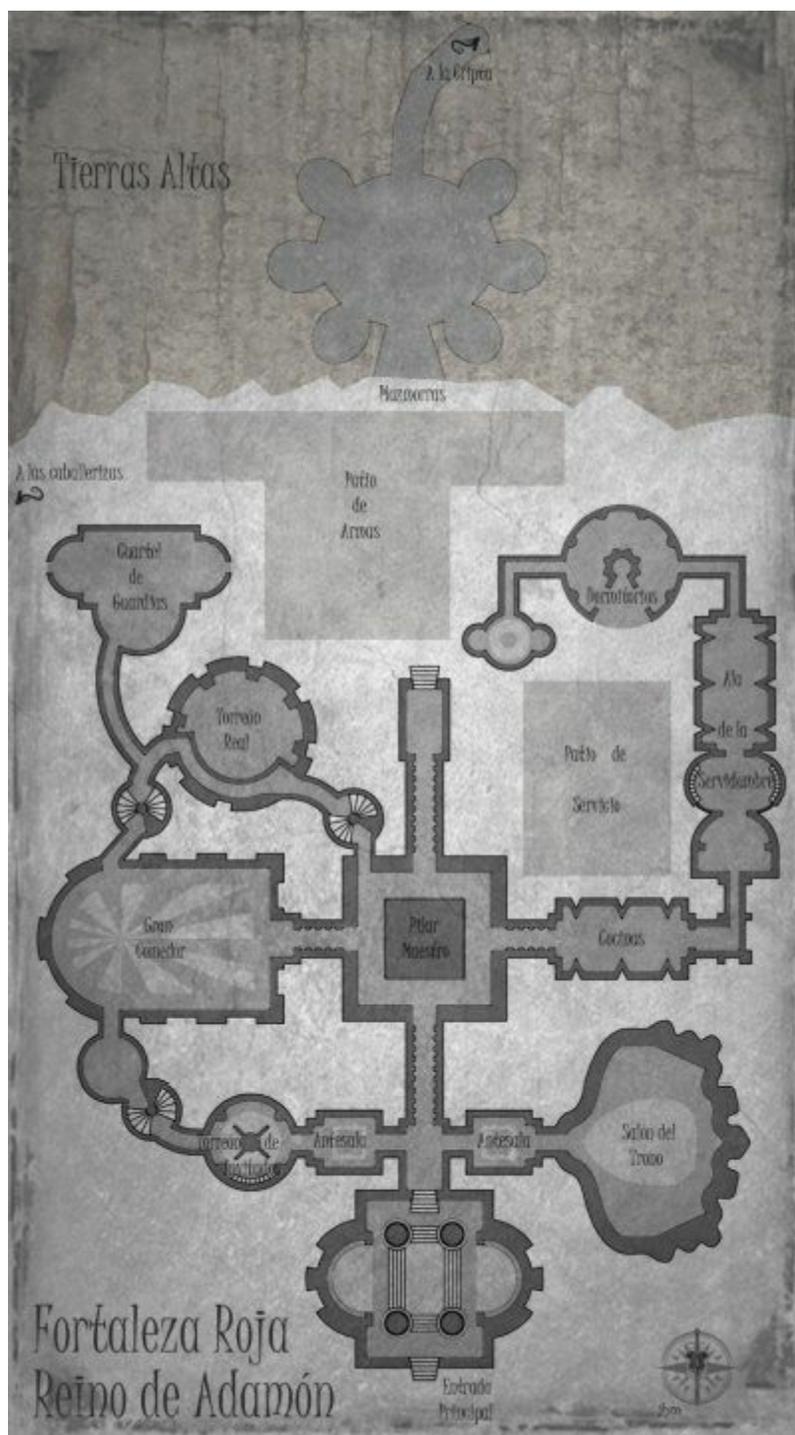


Reino erigido al sur de las Tierras Altas, no tiene grandes territorios que cultivar. Su riqueza se basó durante mucho tiempo en los asaltos a los viajeros que cruzaban el Paso de Teschen, y expolios a otros reinos situados al norte de la escarpada cordillera. Porque la Fortaleza Roja, una vez invadida por un clan de reyes crueles y despiadados siglos atrás, solo ha albergado soberanos sedientos de sangre y poder.

Rey Balkar de Adamón: Al contrario de toda lógica, este soberano jamás tuvo sus expectativas puestas en dejar un heredero que continuase con su legado. Muerto él, ¿qué le importaba lo que dejara atrás? Jamás consintió que las mujeres de las que gozaba engendrasen un hijo suyo. Sus miras estaban fijas en disfrutar de riquezas y placeres mientras viviera.

Hrodgar, mano derecha del rey: Su espíritu sanguinario y déspota estuvo siempre muy en consonancia con los deseos de su rey, y que él siempre cumplía gustosamente. Sin embargo, la fijación de Balkar por invadir el Reino de Asbath llevará al soberano a la muerte y casi lo arrastra con él.

Moira, la Hechicera: El sexo ocasional era su único nexo de unión con Hrodgar, y a ambos les complacía el trato. Aunque su relación cambió cuando Moira utilizó todo su conocimiento y sus poderes para alejarlo del Inframundo. Hrodgar podría jurar y perjurar que solo la necesitaba para llevar a cabo su venganza, pero sus cuerpos siempre dirían lo contrario.





Este reino está vinculado al de Los Lagos por un doble lazo de sangre. Por ello, no es extraño que los Reyes Trystan y Gladys pasen la temporada estival allí.

Rey Trystan de Meissen: Llamado también el rey Sanador por su amor y conocimientos acerca de las Artes Curativas. Sus habilidades lo llevaron años atrás al Reino de Breslau, ayudando a erradicar un brote de escarlatina que a punto estuvo de diezmar la población. Sin embargo, el Rey Richard siempre le quedó agradecido, la imponente barrera que suponen los Montes Gaynor les impidió profundizar en su trato. Aunque adora a Nicholas y Agatha por el simple hecho de ser sus sobrinos, siempre quiso mantenerse cerca de ellos por un profundo sentimiento de culpa que jamás le abandonó al no poder salvar de las garras de Deati a los padres de los jóvenes: el Rey Theodore, su hermano menor y a su esposa, Johanne, hermana de Gladys. Sin embargo, Gladys siempre fue su apoyo, incluso antes de ser esposos, y el amor que compartían prevaleció sobre todo lo demás.

Reina Gladys de Meissen: Su matrimonio con Trystan estuvo pactado desde su cuna, pero, tal vez predispuesta al saber que se convertiría en su esposo, era todavía una jovencita cuando se enamoró de aquel príncipe tan inteligente y atento, como apuesto. Fue una dura prueba para su amor cuando Trystan decidió retirarse a los Montes Gaynor en busca de la sabiduría sobre las Artes Curativas, pero sus sentimientos eran lo suficientemente fuertes como para superar todos los embates que le había lanzado la vida.

Príncipe Erick de Meissen: Único hijo de Trystan y Gladys, siempre sintió a Nicholas y Agatha como los hermanos que nunca tuvo. No duda en acompañar a sus padres en sus visitas al Reino de Los Lagos y disfrutar así de su compañía y de los deliciosos lagos y bosques de este reino. Curiosamente,

este reino también le trajo la dicha de conocer a la que sería su esposa, la Princesa Claire de Breslau, aunque tuvieron que luchar para conseguir que se diera su unión.



Situado al este de Los Picos de la Media Luna, es su cercanía a esta cadena montañosa lo que lo convierte en un territorio frío. Sus vientos invernales pueden congelar vivo a los intrépidos que osen pasar la noche a la intemperie. Mas un importante aliado le otorgarán estas montañas: los reinos que componen los Territorios Gealach, ahuyentando así a posibles enemigos como el Rey Balkar.

Rey Richard de Breslau: Cuenta con grandes amigos en los Territorios Gealach, sobre todo, Phelan de Tarsus y Lyal de Dagmar. Aunque la amistad con este último casi se ve truncada cuando Zayev, el hijo de Lyal, pretende contraer matrimonio con su hija, Claire.

Princesa Claire de Breslau y Meissen: Su decisión acerca de acompañar a su prima Gabrielle al Reino de Los Lagos para reunirse con su futuro esposo, cambió su destino para siempre al conocer al primo del Rey Nicholas, el Príncipe Erick.



Varios son los reinos que conforman estos territorios de ancestrales y arraigadas tradiciones, situados al oeste de Los Picos de la Media Luna. La envergadura de este sistema montañoso crea una barrera física que pocas veces atraviesan. El culto a la Luna y a las deidades asociadas con esta, rige las creencias de sus gentes y une todos estos reinos bajo un mismo emblema, aunque cada territorio tiene su propio soberano.

Rey Lyal de Dagmar: Su linaje se remonta a los Primeros Guerreros Gealach. Gran amigo de Phelan de Tarsus y su vecino al otro lado de las montañas, el Rey Richard de Breslau.

Príncipe Zayev, heredero de Dagmar: Sus malas artes al tratar de desposar a Claire de Breslau contra su voluntad, casi crea un conflicto con los reinos más allá de Los Picos de la Media Luna.

Rey Phelan de Tarsus: Gran amigo de los Reyes Lyal y Richard. Su reino, junto con el de Mhoën, controla el borde sur del Paso de Teschen.

Princesa Ylva de Tarsus: Toda la vida ha estado enamorada del Príncipe Zayev, en secreto. El desacierto del joven al intentar casarse con Claire, hizo que hallase en Ylva lo que siempre había deseado encontrar en su compañera.

Príncipe Cailen, heredero de Tarsus: Amigo íntimo de Zayev. Tras los esponsales de Zayev y su hermana, decide viajar con ellos a Los Lagos. Allí conoce a la Princesa Adrianne de Gunnar.



A pesar de la lejanía de ambos reinos, Gunnar y Meissen, justo al norte, siempre han sido reinos hermanados. Este reino a orillas del Mar de Istook, posee una de las más importantes ciudadelas-puerto, sirviendo de vínculo con los reinos al otro lado de dicho mar.

Rey Josiah de Gunnar: este rey vive abatido por la muerte de su esposa y una de sus hijas, lo que implica que no sea del todo consciente de lo que ocurre en realidad a su alrededor y que puede llevar al borde del abismo a su pueblo.

Princesa Adrienne de Gunnar: caracterizada por la vanidad propia que da la certeza de la propia belleza, esta princesa vivía encaprichada de Erick de Meissen al confundir su caballerosidad con interés hacia ella. Aunque este enamoramiento no resultó ser tal al saber del matrimonio del Príncipe Erick con la Princesa Claire y del que apenas le supuso esfuerzo sobreponerse. Sin embargo, su corazón no respondió de igual modo al conocer al Príncipe Cailen de Tarsus.



Nunca han cruzado los tres Reyes de Häe las murallas de este lejano reino. Además, los Antiguos Hombres se encargaron de levantar perniciosas supersticiones y mitos que alejasen así de sus muros a posibles vecinos curiosos, ya que sus costumbres y ritos podrían resultar censurables a los ojos del resto. El Sol es su dios, y su forma de adoración es a través de sacrificios humanos, de doncellas vírgenes. En dicho ritual, los tres soberanos beben la sangre de La Ofrecida para que el Divino Sol se alimente a través de ellos. Temerosos de la Profecía del Fin de los Días, ven como una amenaza a Ilsik, el primogénito de Nicholas y Gabrielle, el Hijo de la Sizigia, según ellos.

Rey Günes de Häe: Es llamado Rey del Atardecer al ser el más longevo de los tres. Representa al Sol en su etapa del ocaso.

Rey Quyosh de Häe: También llamado Rey del Mediodía por representar al Sol en su cénit. Es el más carismático y poderoso de los tres.

Rey Korw de Häe: Nieto de Günes, hijo de Quyosh: Es el Rey del Amanecer por representar al Sol en su primera etapa. Será él quien engendre al próximo Rey de Häe, y que ocupará su trono correspondiente tras la muerte de Günes.

Lady Anyan de Häe: Es La Elegida. Se escudará en su misteriosa misión para no sucumbir al amor del Capitán Francis.

Lord Griän de Häe: Hermano de Lady Anyan y su Preceptor. Arrogante y de fuerte personalidad, siempre ha sido un ejemplo, un fiel seguidor de las costumbres Häe. Sin embargo, conocer a Selene desestabilizará su sosegada y predefinida vida.

Lady Araw de Häe: Dama de la Corte Häe. Cuenta con la deferencia de los soberanos al formar parte de los ritos Häe.

Lord Antü y Lord Cam de Häe: Amigos de Griän, a quien admiran por la importancia del joven en el Reino dado su papel de Preceptor de Anyan. Ambos forman parte de los ritos Häe.

Agradecimientos

A Romina, porque sigues estando ahí, porque te echo de menos si estamos muchos días sin hablar... Y van dos... ¿aguantarás un tercero?

A Elena. Gracias por tu apoyo y tus ánimos; por todas tus ideas, propósitos y despropósitos; por esos mails interminables que tanto me gustan y tu amistad, lo que más valoro.

A M^a Luisa, por haber metido “Mi corazón en tus manos” en tu “Estuchito de monerías”, y por haberme obsequiado con tu amistad. Gracias por todo tu apoyo, por las palabras de aliento, los consejos y ese “movimiento” que ha hecho que esta novela vibre un poco más.

A Vanessa. Gracias por tenderme tu mano cuando creí que nadie lo haría. Mis novelas han encontrado en tu librería esa estación donde esperar hasta hallar un nuevo hogar... y donde yo encontré a una amiga.

A Yolanda, porque no es suficiente ser amigas; también has querido ser una lectora que me ofrece su apoyo incondicional y todo el cariño.

A mis Chicas Atenea, por vuestro entusiasmo y por esa premier en la que estaréis en primera fila..., porque siempre tenéis una sonrisa para ofrecerme.

A GinebraCamelot, por poner rostro a mis personajes; porque cuatro ideas sin orden ni concierto se transforman en una obra de arte.

A mis chicas y chicos del “Rincón de Riona”. Gracias por permitirme contar con ese lugar especial donde siempre encontraré amigos.

A las chicas de Publi-Books, porque gracias a vuestro esfuerzo y dedicación, “La Saga de Los Lagos” alcanzará las estrellas.

A ti, que leíste “Mi corazón en tus manos” y sigues recorriendo este camino, a mi lado.

Sobre la autora

Juani Hernández nació en 1976 en Aldaia (Valencia), aunque pasó la mayor parte de su infancia en Picassent (Valencia).

Casada con un chileno, parte de su corazón reside en Chile, su otra patria, donde vivió durante casi dos años, y a la que no descarta volver para quedarse definitivamente.

Finalizó la carrera de Arquitectura Superior en la Universidad Politécnica de Valencia, aunque circunstancias personales le han mantenido alejada de su profesión.

Su primera incursión en la novela romántica fue “Mi corazón en tus manos”, un soplo de aire fresco para un panorama saturado con el género erótico. Ya está trabajando en la tercera entrega de la “Saga de Los Lagos” y que podría ver la luz en los próximos meses.

Actualmente vive en Aldaia, donde su principal ocupación es ser madre y esposa, aunque siempre se las ingenia para hacerse con un buen puñado de ratos libres y seguir escribiendo.

Más información en:

www.sagadeloslagos.blogspot.com

www.facebook.com/Juanihernandezautora

@JuaniHdezAutora